



EBER ROCHA CERVANTES

"FUE SENCILLO ENCONTRARTE, LO
DIFÍCIL SERÁ SALIR CON VIDA"

EL

QUINTO SOL

DE LOS HERMANOS

D.J.57

ARIAS

Contenidos

EL QUINTO SOL DE LOS HERMANOS ARIAS

Copyright

TIERRA

1

2

3

4

5

6

VIENTO

7

8

9

10

FUEGO

11

12

13

14

15

16

AGUA

17

18

19

20

21

22

MOVIMIENTO

23

CINCO AÑOS DESPUES

Mensaje del Autor y Contacto

EL QUINTO SOL DE LOS HERMANOS ARIAS

Eber Rocha Cervantes

EL QUINTO SOL DE LOS HERMANOS ARIAS
Copyright

D. R. © Eber Rocha Cervantes, 2019

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida —sin la autorización escrita y legal del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes— la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía o el tratamiento informático.

Diseño de portada

Eber Rocha Cervantes

1
TIERRA

Es curiosa la manera en que llegas a conocer a la gente o la manera en que conoces a la persona con quien pasarás más momentos, más aventuras y peores ratos. Es curioso a veces cómo todo se relaciona y terminas en un camino que nunca pensaste o previste, cómo te involucras y es imposible salir ileso o ajeno a él.

Es curioso también el hecho de estar aquí, rodeado de gente extraña, en un lugar ajeno a mí, en una tarde de vientos fuertes y helados con una posible lluvia en camino. Era evidente que no estaba más en casa ni en su entorno, y aun sintiendo la diferencia del ambiente no extrañaba mi hogar, no extrañaba la cálida tranquilidad de sus tardes, la quietud de las calles, el silencio apenas roto por el zumbido de un auto que pasaba de incógnito. No extrañaba nada; sin embargo tenía una inmensa sensación entrañable hacia este lugar por alguna razón desconocida.

Sus ojos eran oscuros, a la distancia en que me miraban, sigilosos; era difícil precisar su color. El suéter negro ajustaba su delgada y moldeada figura. No tendría más de dieciocho o diecinueve años, o eso creía. Cada vez es más difícil calcular una posible edad y más en jóvenes como él. Su mirada se perdió en el suelo cuando yo se la devolví con la misma intensidad. Había algo en su mirada. A pesar de la enorme tristeza que en ese momento esclavizaban sus ojos lo pude notar, algo más que curiosidad por el rostro y la presencia del extraño que entonces se encontraba observándolo: yo.

Pero mi interés por el joven de ojos negros, cabello castaño medianamente largo a la altura de las cejas, piel blanca y facciones de alguien que aún posee rastros de niñez se vio opacado por otra trémula mirada. No me había percatado de que, a un lado de él, un adolescente más chico me veía con ojos cristalizados en gruesas lágrimas. Era un niño de cabello rubio oscuro, de apenas doce años —o eso creía—, tal vez trece. Su aspecto no escondía la inmensa tristeza, dolor ni desconsuelo que lo golpeaba en esos momentos. Tenía cierto parecido con el otro joven —o eso pensé—, pero las muecas de dolor dibujadas en su rostro me impedían verlo con más claridad.

Atraje la atención y miradas no sólo de ellos, sino de muchos más: señores, señoras y hasta del mismo sacerdote que rezaba salmos y palabras fúnebres frente a los dos ataúdes rodeados de flores blancas en contraste con la ropa negra de la gente. Todas alrededor, con la mirada perdida, y algunos con gestos fríos o despistados, formaban lo que parecía una gran cortina negra de

la cual yo era integrante en primera fila.

Me di cuenta entonces de que tal vez no debía estar ahí, de que aquello pudo haber sido un error y de que ese lúgubre entierro nada tenía que ver conmigo, aunque el cuerpo de la persona que yacía muerta en uno de los ataúdes fuera mi padre, noticia de la cual no tenía más de un día en saberla.

Me retiré con sigilo y me abrí paso lentamente hacia un árbol cercano al sombrío evento. Desde ahí podía ver y medio escuchar todo a la perfección, sin la necesidad de sentir las curiosas miradas de aquellos extraños.

Aún no comprendía ni asimilaba la situación. El hecho era que ya estaba ahí y no lograba experimentar ningún sentimiento de pertenencia, mucho menos por el lugar de donde venía. En esos momentos me sentía como un viajero sin rumbo, alguien que busca la vida en las carreteras y en los pueblos a los que llega; pero me encontraba en un cementerio; no en un pueblo, sino en la ciudad, una muy lejana de donde solía vivir. Mi vida empezaba a convertirse en un gran misterio que no dejaba de crecer, el cual no tenía idea de cómo terminaría.

Sólo una cosa tenía clara en aquellos momentos (dadas las circunstancias, eran pocas las cosas que tenía claras), y eso era que no regresaría a casa. Había pasado gran parte de mi vida encontrando el pretexto ideal para irme, y ahora que lo tenía, aunque no de la manera en que hubiera querido, no lo echaría a perder con mi regreso.

—¿Quién eres? —la voz infantil hizo que me sobresaltara. Traté de incorporarme del árbol en que me encontraba recargado y buscar a la persona que había hecho la pregunta. Ahí estaba el jovencito, con ese rostro tan característico de quien aún no entra por completo en la adolescencia y no ha dejado de ser un niño.

—Hola —dije torpemente.

—¿Por qué estás aquí? ¿Quién eres? —me volvió a cuestionar. Más que hostilidad, su voz tenía un dejo de curiosidad.

—Vengo a presenciar el entierro, como todos los demás. Y tú, niño, ¿quién eres?

—Soy Raúl. ¿Tú conocías a mis papás?

—Sí, sí los conocía. Bueno... sólo al señor. ¿Es tu papá quien está... ahí?
—pregunté casi olvidando por completo el tacto con que lo cuestionaba.

—Sí, mi papá está muerto.

No supe qué decirle. No supe cómo continuar aquella extraña conversación, pero él se encargó de romper el silencio.

—Nunca te conocí. ¿Mi papá era tu amigo? Conocí a todos los amigos de mi papá, y me llevaba con ellos a ver los partidos.

—Sí, yo fui su amigo de la infancia. No lo veía desde hace varios años — mentí.

Entonces salí del trance personal en el que aún me encontraba. Él no era mi amigo de la infancia. La persona que se encontraba en uno de los ataúdes, ese hombre, fue mi padre, y el niño que se encontraba frente a mí resultaba ser mi hermano, mi medio hermano en realidad. Aquello me sonaba algo irreal, como toda la situación en conjunto que estaba atravesando en esos momentos. No era que me asombrara el hecho. Lo que en realidad me impactó fue la conmoción que logré sentir ante ese hecho. Siempre supe y sospeché que el hombre que alguna vez me había procreado junto a mi madre vivía en algún lugar del mundo, compartía su vida con otra mujer y tenía una familia, una en la que yo nunca figuré.

—Pero, si era tu amigo, ¿por qué no lo visitabas o llamabas por teléfono? —me siguió cuestionando el pequeño adolescente.

Entonces pude comprender otra cosa: el niño necesitaba hablar, quería hablar con alguien. ¿De qué otra manera se podría explicar el hecho de que alguien preguntara tanto e insistiera en iniciar una conversación cuando el dolor lo estaba torturando?, y más si el tema de la conversación era su recién fallecido padre. Es clásico, pero siempre cierto, que una mentira te lleva a otras, pues había ya armado toda una historia para futuras preguntas. Tenía en mente los pocos datos que mi madre me había dicho hace tantos años ya, anécdotas sobre mi padre con las que me mantuvo tranquilo los primeros años de mi vida cuando le preguntaba por él.

Gracias a esas anécdotas pude crear otras. Hice que la mentira tomara más forma y sonara casi real, al menos para mí, lo cual hacía de la mentira una realidad para quien la contaba. De nuevo volví a sentir contemplaciones. El joven con el que hace rato había intercambiado una mirada tenía la vista clavada en nosotros. Podía percibir desde esa distancia la vacilación en su rostro. ¿Qué estaría pensando de mí en ese momento? De pronto deduje que no quería saberlo, pero luego llegaron, una tras otra, teorías, las cuales ignoré y a las que no presté atención. Después de todo era un completo desconocido para mí, pero... no para el pequeño Raúl. En vista de las circunstancias, todo parecía indicar eso, o tal vez no.

—¿Puedo hacerte yo ahora una pregunta, Raúl? —el niño frunció el ceño y asintió de manera desencajada.

—¿Conoces a aquel joven de suéter negro y camisa gris, el que está viéndonos?

—¿Damián? Ah, sí, es mi hermano —terminó diciendo mientras lo llamaba con una seña y lo invitaba a venir hasta donde nos encontrábamos.

Otro golpe me dio de lleno en el pecho: eran dos, no sólo Raúl. También estaba ese joven inquietante, Damián. Cuando pude recuperar el aplomo volví la mirada. Ya estaba casi frente a nosotros.

—¿Qué haces aquí? Vete con tu tía —una voz fría, tajante y sin expresión salió de él. Dirigía la orden a su pequeño hermano.

—Hablabas con él. Dice que conocía a mi papá.

—¿Ah, sí? Yo también vengo a hablar con él. Tu tía quiere que estés con ella. Ve.

—Ahorita vamos, es que...

—Raúl... ve con ella —lo interrumpió su hermano con una mirada firme.

Raúl exhaló aire en un intento por no mostrar su desacuerdo y se fue. Después de alejarse unos cinco pasos de distancia y sin mirar atrás profirió un “idiota” muy por lo bajo, como si lo dijera para sus adentros. Damián torció los labios. Ésa era una mueca parecida a una sonrisa cargada de sarcasmo.

Estábamos frente a frente. “Yo también vengo a hablar con él”, le había dicho al pequeño Raúl. No puedo precisar con exactitud el tiempo que pasó entre nosotros. Sólo el silencio que los árboles respetaban llenaba nuestra distancia, como si entendieran el lugar y el motivo de éste. El viento soplaba fuerte sin producir ese silbido desesperante. Las ramas de los árboles se agitaban quedamente. Apenas había pasado un segundo o parte de él.

Damián tenía las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones negros. Después de estar un rato cabizbajo irguió la mirada. Entonces clavó sus ojos en mí; eran negros, demasiado oscuros, tan negros que sólo podía ver el reflejo brillante de lo que veía en esos momentos: a mí.

Su nariz era recta y delgada. Resaltaban esos ojos negros y la forma un tanto ovalada de su rostro. Entonces despegó sus labios perfectamente igualados. Ninguno de los dos era más grueso que el otro, estaban bien proporcionados, un rasgo poco común en los hombres.

—¿Te molestó? —dijo finalmente, sin apartar la mirada.

—¿Qué?... ¿Quién?... —titubeé.

—Raúl, mi hermano.

—¡Ah! No, para nada, platicaba conmigo de... su papá.

Asintió mientras arqueaba las cejas y desviaba su mirada a los árboles.

—Mi tía tiene desconfianza de ti. Me mando a averiguar por qué hablabas con Raúl. Es algo paranoica. Discúlpala.

—Oh, sí, la señora de “alegre” mirada —bromeé torpemente mientras le dirigía una estúpida sonrisa. ¿Por qué lo hacía?

—¿Tiene razones para estar alegre? —dijo seriamente, sin ocultar su disgusto.

—Disculpa, no sé qué pensaba. Olvídalo.

—No hagas caso. Es sólo que no estoy del mejor humor.

—Es totalmente comprensible —asentí sin mirarlo. ¿Era posible que dentro de él hubiera un joven de dieciocho o diecinueve años? Lo que proyectaba era alguien mayor, a veces inexpresivo. Entonces comprendí que no era el mejor momento para hablar, que no estaba en una situación precisamente casual.

—Y... ¿entonces eres conocido de Jorge?

—¿De Jorge?...

—Sí, Raúl dijo que lo conociste. Le dijiste que lo conocías.

—Ah sí, sí, era un amigo, un viejo amigo. Lo dejé de ver cuando me fui de la ciudad —seguí mintiendo mientras trataba de entender el hecho de que Damián hubiera llamado a su ahora difunto padre por su nombre propio: Jorge... el nombre que mi madre me había dicho, el nombre que yo también tenía, pero que raramente había usado para presentarme. Al menos en eso no me habían mentido, si era así como se llamaba.

—Él era algo así como un hermano mayor para mí. Cuando recibí la noticia, mi mamá me lo dijo apenas ayer, decidí venir inmediatamente.

—¿Y por qué no vino contigo? —me seguía estudiando, sin quitar la vista de mí. Tenía los brazos cruzados. De vez en cuando mostraba más interés en lo que le decía y volvía a meter las manos en sus bolsillos.

—Supongo que no tuvo la misma importancia para ella. No hablamos mucho.

—Entiendo. ¡Bueno! Mi tía puede estar tranquila ahora. No creo que seas ningún psicópata.

—No, para nada —sonreí inconscientemente. Él me devolvió el gesto, un poco más franco a comparación de la mueca que había hecho cuando su hermano lo llamó “idiota”.

—¿Te molesta si caminamos? Quiero estar lejos de toda esta gente —me dijo mientras veía el grupo de personas alrededor de los ataúdes.

—Caminemos entonces —correspondí a su petición.

Mi interés por el chico misterioso se volvía más fuerte. Entre más conversaba con él más entendía sus gestos, pero no sus ojos de escudo, difíciles de descifrar, de entender; sólo eran dos puntos negros reflejantes, pero, al igual que la luna, su brillo era especial. Me hacían querer seguir mirándolo. Era crucial en esos momentos, una necesidad que aparecía de la nada y que realizaba automáticamente ante el inexplicable impulso. Era demasiado inquietante pensar en ello, pero dejé reposar todo ante la explicación que eclipsó mis divagaciones. Debía ser el lazo que nos unía, el mismo que me unía al pequeño Raúl. Damián también era mi medio hermano.

No era el mejor hotel del mundo, eso era obvio, pero al menos podía costearlo. Podría estar ahora en un cinco estrellas si así lo hubiera deseado, pero era el momento menos indicado en toda mi vida para gastar el dinero que había ahorrado en cosas tales como ésa.

La recepcionista no vino enseguida, así que tuve que entrar por mí mismo hasta encontrar a una camarera de muy baja estatura que limpiaba la ventana en una de las habitaciones. Ella me llevó de mala gana a una oficina, en la cual, un señor bastante obeso, con el rostro cubierto por una espesa barba, me regresó de nuevo a la recepción con la promesa de atenderme en un minuto, pues hablaba palabrerías insulsas al teléfono en esos momentos. De nuevo, en el mismo lugar de hace un rato, no me quedó más remedio que hojear las viejas revistas que había sobre la mesilla de centro, carros, caballos, mascotas, manualidades, temas que en esos momentos no tenían cabida e importancia en mi vida. Mientras pasaba las páginas, al liberarlas de las yemas de mis dedos, con esa rapidez que no permite apreciar nada, sólo una ráfaga de colores, borrones y fotografías, de vez en cuando alguna hoja quedaba atascada en mis manos. Leía titulares como “Mantener el cabello teñido sano y con brillo”. No recordaba haber tomado una revista sobre modas y estilos. Mi mente divagaba en miles de cosas, a veces aquí, a veces allá, en nada... en sus ojos, en su mirada, en Raúl y en Damián.

Entonces, en aquel instante muerto, de esos tantos que nos da la vida, donde el tiempo ya no transcurre en minutos, sino en recuerdos, comencé a hundirme de nuevo en la tarde que acababa de pasar. Al igual que en una película, rebobinaba esa parte favorita para verla una y otra vez. De igual forma, mi mente lo hacía y me regresaba a los momentos transcurridos unas horas antes.

Y en mis recuerdos ahí estaba de nuevo, con esa sensación de no saber qué decir, qué tema tocar o simplemente dejar que la plática y la empatía se diera por sí sola. Mis manos jugaban con una figurilla en la mesa, pero las memorias no paraban de proyectarse ante mí; no sólo eso, sino que comenzaba a recrearlas de una mejor manera, con una mejor interacción, esa versión perfecta que la imaginación se encarga de tejer, la historia más emocionante que hayamos visto, pero sólo es eso, algo infundado que termina deshaciéndose con la realidad, pero por el momento no reparaba en ella. Sabía que se encontraba en cada cosa que me rodeaba, en la figurilla con

forma de Tontín, uno de aquellos personajes de Blanca Nieves y los Siete Enanos, en esas revistas viejas y recortadas al lado de la figurilla, en la recepción del hotel, en las paredes, en los ruidos y voces lejanas, pero sólo estaba ahí, pausada, sostenida por mis ojos, pero detenida en mis pensamientos. Seguramente lucía ese característico aire despistado, con la mirada fija en la nada, cuando, al igual que una cámara fotográfica, el iris desenfoca su visión.

Habíamos platicado de mucho y de nada en aquel instante. Sus palabras seguían reproduciéndose con un tono distinto cada vez, intentando interpretar una sola frase: “Si gustas puedes venir mañana por la mañana un rato a casa y desayunar juntos. No caería mal un poco de compañía y menos de alguien que conocía a Jorge”. Damián era esa clase de persona que te hacía aceptar propuestas que de la nada surgían, como un factor motivante, a pesar de su fría postura y secas palabras.

Finalmente, la camarera apareció y me llevó por los pasillos hacia una habitación recién ordenada. El olor a limpiapisos y suavizante de telas me hizo sentir lo lejos que estaba de mi desastrada recámara en casa de mamá, donde los olores se mezclaban en un raro componente.

Pensé en hablarle a mi madre desde uno de los teléfonos públicos o desde el hotel, pero no quise averiguar cuál tenía mejores tarifas, así que, sin meditarlo, tomé el viejo teléfono de la habitación, marqué la lada, el número y, mientras escuchaba el característico tono de marcación, preparaba la mejor forma de decirle todo lo ocurrido.

—¿Mamá? Soy yo, Elías. Ya estoy aquí. Me instalé en un hotel de paso y luego iré a buscar a Jorge... ¿Cómo estás? —mentí pensando en alargar el momento antes de decirlo todo; al menos hasta que me fuera.

—Sigo preocupada. Sé que tenías dudas sobre ese asunto, pero... ¿irte?

—Estoy bien, de veras. Dame un rato para aclarar eso y un par de cosas que pasan por mi mente. Después ahí estaré de vuelta en casa. No te preocupes. Bueno... quería decir otra cosa.

—¿Otra cosa?...

—Sí, ya lo encontré... —no pude ocultarlo, no algo así. Ya buscaría la forma de justificar mi estancia si se prolongaba.

—¿De verdad?... ¿Y cómo está?

—Llegué en mal momento. Después de investigar la dirección y los nombres... di con él y no de la forma que hubiera querido. Quiero decir: él está... muerto —un silencio del otro lado en la línea se prolongó por más de

tres segundos. El sonido ambiental que salía por la bocina nunca había sido más desconcertante, lo cual me hizo pensar que tal vez la llamada se había interrumpido.

—¿Muerto? ¿Cómo? ¿Por qué?...

—Al parecer un accidente... Llegué directo al entierro, y no fue nada agradable... Era egoísta de mi parte no decírtelo. En vista de que no hay más por hacer aquí, en cuanto se cumplan los días pagados en el hotel me regreso... Cuídate. Seguimos en contacto.

—Está bien. Cuídate...

—Gracias, mamá, hasta luego.

Al colgar sentí que una parte de mí estaba cambiando. Le dije la verdad, y sin embargo sentía que aún ocultaba un mundo de acontecimientos, y así era... ¿pero acaso era el momento correcto para hablar de Damián, de Raúl? No vi que fuera prudente y mucho menos necesario en aquellos momentos. Ya habría tiempo de contarle todo lo ocurrido; al menos, lo más importante.

Me tumbé en la cama un rato, y esa sensación de estar sin rumbo ni dirección se volvió a apoderar de mí, mezclada con una extraña excitación de estar viviendo algo nuevo, algo que no sabía adónde me llevaría. Cada vez que despertaba en casa de mamá era como releer un pasaje de algún libro. Podía variar ligeramente, pero siempre sabía cómo terminaría ese día y los siguientes; algunos planeados, otros rutinarios. Había perdido por completo el sentido de la espontaneidad a medida que los años pasaban, ese asalto de adrenalina o motivación para hacer cosas de la nada. En una tarde cualquiera y después de tanto meditarlo, por fin estaba fuera de casa.

Mi madre era eso, una buena madre; pero, como hijo único, jamás tuve mucha libertad de hacer cualquier tipo de cosas. Tuve que estar siempre pendiente de los dos, de nosotros. En un inicio, ella cuidaba de mí, y entonces, que podía cuidarme al menos por mí mismo, trataba de no dejarla sola mucho tiempo. Si hay algo que atemoriza a mamá es la soledad, aunque no lo diga. ¿Y quién era yo para deshacer todo su tiempo invertido en mí huyendo lejos? Eso me hacía sentir un tanto culpable, pero, si no lo hacía, tarde que temprano terminaría por cambiar de rumbo de buena o mala manera.

Entre mi insulso trabajo de medio tiempo en una tienda de autoservicio, mis estudios irregulares en la universidad y el tiempo dedicado a los asuntos del hogar me quedaba poco o nada de espacio para socializar, trabar alguna amistad más allá de los “hola” y los “¿qué hay?” Conocía a muchas personas

en mi pueblo, y varias realmente me apreciaban, un par de compañeros de trabajo por ejemplo. En la escuela no destacaba mucho, pues siempre llegaba tarde y me iba rápido. Tenía un par de conocidos, pero no eran la gran cosa.

Siempre supe dónde se encontraba mi padre y lo suficiente para poder localizarlo, pero jamás se me ocurrió visitarlo; no tenía algún impulso genuino o real más allá del lazo genético, pero funcionó perfecto como motivo para por fin escapar un rato de todo, de mi vida rutinaria y aburrida, incluso de mis propios conflictos internos, y ahí estaba ante una nueva y extraña situación.

Al ver hacia la ventana, noté que el cielo estaba gris, iluminado de vez en cuando por alguna ráfaga de luz eléctrica. Parecía ser el aviso de una lluvia. De cualquier modo, faltaba poco para anoecer. Si quería despejar mi mente caminando y encontrar un lugar para comer debería ser en ese momento. Desempaqué una chamarra por si las dudas y continúe con lo pensado. De pronto caí en cuenta de algo: ya llevaba varias acciones espontáneas en lo que iba del día. Sonreí para mis adentros pensando “no todo está tan mal”.

Me tardé más tiempo del deseado para elegir un buen lugar para comer. Me atendió una mujer bajita y de tez morena que parecía estar cerca de los treinta, la clase de mujer que luce como tal a pesar de tener menos edad, aquellas que viven su vida de manera algo precoz, con más trabajo e hijos que otra cosa, pero que aun así pueden levantarse con una sonrisa casi a diario y hacer sentir un poco mejor a extraños como yo. Era ese tipo de persona que parecía detectar tu lejana procedencia. Aunque yo no era demasiado sociable, pude disfrutar de las palabras que cruzamos a la par que apreciaba la vista por la ventana. Un enorme aguacero golpeaba los techos y hacía que los cristales se empañaran, así que lo tomé con calma al percatarme de que iba a estar un largo rato ahí para poder regresar al hotel.

La lluvia tardó en cesar un poco. Tan pronto se detuvo, caminé lo más rápido que pude hacia mi destino. Había sido un día bastante cargado de acontecimientos, y en mi interior utilicé la gastada frase “demasiadas emociones para un solo día”. ¿Hacía cuánto que no me sentía así? En casa, por lo general, cualquier decisión inesperada me llevaba a arrepentirme de haberla tomado. Pensaba que sería divertido hacer algo diferente, pero terminaba contando los minutos y deseando que todo acabara para regresar pronto a mi habitación. Entonces era diferente. Por primera vez en mucho tiempo estaba completamente seguro de que algo bueno resultaría de todo esto, a pesar de no parecer así.

Justo cuando doblé la esquina en una gasolinera para llegar al hotel recordé que no había traído conmigo pasta de dientes. El fuerte sabor a condimentos en mi boca hizo que me diera cuenta. Junto a los despachadores de gasolina había un pequeño supermercado, así que de manera casi automática desanduve mis pasos hacia él. Al acercarme a la entrada pude ver desde lejos a un singular joven recargado en la pared con aires de nerviosismo y mirada evasiva, pero no tímida; usaba pantalones ceñidos con un estampado de cuadros a juego con una playera negra que tenía al centro el logotipo de algún grupo de rock. No supe identificar bien cuál era. Lo más llamativo en su vestuario era sin duda una chaqueta corta, de piel negra, plagada de detalles metálicos que atraían la vista. Después reparé en su corte de cabello, corto, casi al ras a ambos lados de la cabeza, y en la coronilla un poco más largo, desaliñado, en una mata de cabello negro carbón, la cual sobresalía debido a sus cejas albinas de un rubio muy claro. Lo saludé por cortesía una vez que abrí la puerta, y éste se limitó a ignorarme, lo cual me hizo sentir impertinente. No le di más importancia y escogí las cosas que llevaría. La lista se resumía a comida chatarra, pasta de dientes y un cepillo. Mientras pagaba la mercancía pude ver, desde los cristales, cómo un sujeto alto y delgado que vestía una sudadera negra y pantalones de mezclilla se acercaba hacia el chico que acababa de ver en la entrada. Tomé la bolsa de plástico y me marché.

Al salir, ya no había nadie afuera. Sin más, me limité a seguir mi camino, cuando, al llegar a la esquina del minisúper, me detuve casi de forma automática; pero ya era tarde y había presenciado toda la escena. A unos palmos de distancia, el sujeto con sudadera negra y capucha se descubría los bolsillos de su pantalón, sacaba un pequeño sobre y volteaba a ambos lados para asegurarse de que nadie estuviera mirando. Luego metió sus manos en uno de los bolsillos de la chaqueta llena de adornos metálicos que portaba el extraño joven que había visto segundos antes en la entrada. Éste se metió la mano al mismo bolsillo para comprobar lo que estaba dentro y, al siguiente segundo, ya le había entregado un fajo de billetes a su cómplice, quien rápidamente lo guardó en su sudadera. Al percatarse de mi vacilante posición en la esquina volteó rápidamente hacia mí y dio unos pasos hacia delante.

No me quedé para ver más y regresé por donde había llegado, con pasos rápidos y constantes, sin entender las palabras que me gritaba aquel hombre ni volver la mirada hacia ellos. Di vuelta en una de las avenidas y, sin pensarlo, seguí caminando hasta sentirme un poco más seguro. Debía tener

más cuidado. Problemas era lo menos que necesitaba en ese momento, así que respiré hondo al reconocer a lo lejos uno de los letreros que me indicaba estar cerca del hotel.

Observaba el cadáver en el féretro abierto dentro de aquel profundo agujero. Sentía angustia al verlo, pero algo me obligaba a hacerlo. Resbalé al acercarme un poco más y caí sobre el cuerpo inerte de aquel hombre, quien se suponía debía ser mi padre. El ataúd se cerraba conmigo dentro como si una fuerza lo empujara, y no podía evitarlo. Sentía el dolor de mis dedos siendo aplastados por la presión. Gritaba, pero no salía voz de mi garganta, y cada vez que lo intentaba un ardor me quemaba. Podía oler y sentir claramente la tierra sobre la madera mientras golpeaba con todas mis fuerzas en un intento por salir.

Desperté sobresaltado boca arriba sin querer dormir otra vez. Tenía la playera pegada al torso por culpa del sudor a pesar del frío en la habitación. Fue una mala noche desde el inicio, puesto que no lograba conciliar sueño alguno. La televisión aún seguía prendida, pero no recordaba haberme quedado dormido. Esperé a que la mala sensación de aquella pesadilla se alejara para volver por completo a la realidad, cruzar ese puente entre el túnel de haber despertado y la completa lucidez. Poco a poco, los sucesos de días anteriores fueron refrescando mi mente, regresándome al lugar en el que estaba.

Nunca había tardado más de dos minutos en escoger la ropa que me pondría, pero entre la apretujada y revuelta maleta no encontraba la camisa que tenía en mente para ese día. Estaba algo inquieto y un poco preocupado sin saber exactamente por qué razón. Tal vez había sido esa pesadilla. Al final encontré mi camisa dentro de otra con el fin de ahorrar espacio. Olvidé por completo la manera en que había empacado mis cosas. Mientras trataba de hacer algo con mi cabello que lucía más ondulado de lo normal recordé que mi teléfono móvil seguía estando sin carga. Minutos después de haber llegado, éste se había apagado por completo, y no le di importancia, ya que no tenía señal. Tal vez cuando lo encendiera tendría intensidad. Al conectarlo a la corriente y encenderlo, la leyenda de un nuevo mensaje de texto me confirmó que mi teléfono tenía cobertura. Era mi madre, quien preguntaba qué había pasado y cuándo regresaría. Pensé en responder su mensaje en ese momento, pero no sabía qué decirle, así que continúe dando forma con los dedos a mi cabello hasta que quedó lo mejor posible, aunque francamente daba igual, pues el viento se encargaría de despeinarme en unos instantes.

Se me dificultó bastante encontrar la dirección. Iba y venía por calles sin

saber adónde me dirigía. Al final, tomé un taxi que me ubicó en aquel fraccionamiento de viviendas con techos de teja y casi completamente igual una de otra, a excepción de pequeñas modificaciones en el jardín y las ventanas. La casa de Damián y Raúl se diferenciaba un poco del resto. Para mi suerte, no era de color beige como todas, sino blanca con detalles azul celeste. El jardín constaba de dos secciones de césped bien recortado de un color verde esmeralda, que, a la luz del sol, daba un aspecto prolijo y limpio, sin macetas, flores o adornos recargados. Sería fácil identificarla. Después, mis pensamientos se detuvieron fríos, temerosos ante esa idea, pero como todo lo que últimamente me inquietaba lo aparté de mi mente, aplicando la frase “sólo tengo el hoy”.

Serio e indiferente, Damián se asomó por la ventana junto a la puerta cuando toqué el timbre por tercera ocasión. Me sentí algo fuera de lugar. ¿Y si sólo fue cortesía su invitación, mas no con la intención de que viniera? Pensé en marcharme, pero era demasiado tarde para eso...

—¡Hola!... ¿Cómo supiste dónde vivo? —fue lo primero que dijo cuando abrió la puerta con aires de somnolencia y los ojos casi cerrados por la luz del día.

—Tú me dijiste, ¿recuerdas?... que no estaría mal algo de compañía en la comida.

Traté de ocultar mi tono molesto, pero sinceramente era yo quien había cometido el error. Comprendí que no debí haber ido.

—¡Vaya! Ni siquiera te dije el número de mi casa; sólo la calle y algunas señas. Debiste haber tardado en encontrarla... Lo siento, es que con todo lo de ayer olvidé por completo eso... Disculpa, ¿quieres pasar?

—En realidad ando corto de tiempo. Me voy en un par de días y, bueno, sólo pasaba para saludar.

Damián ni siquiera estaba prestando atención a lo que le decía. Se tallaba los ojos y bostezaba. Justo cuando estaba alejándome de la entrada, una voz familiar rompió la tensión entre los dos...

—¡Hola, Elías! —Raúl pasó por debajo del brazo de su hermano, quien sostenía la puerta, y me saludó como si me conociera de toda la vida.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —le pregunté. Raúl se encogió de hombros y supuse lo que eso significaba.

—Vamos, pasa... —insistió Damián, y Raúl completó con un “sí, pasa”. No tuve más remedio que aceptar. De cualquier forma ya estaba ahí, y los dos habían sido amables.

La entrada de la casa daba directamente a un recibidor con tres sillas de apariencia minimalista, hechas de madera color vino; no tenían estampado alguno en su acolchado revestimiento blanco. En medio había una mesita de centro. Al fondo, a la izquierda, se erguía una entrada con marco de madera, la cual no distinguí adónde conducía. Del mismo modo, a la derecha, una entrada grande revelaba la sala de estar. Se escuchaban sonidos de algún televisor o aparato electrónico provenientes de ahí. Raúl se fue corriendo hacia donde provenían aquellos sonidos.

Damián tenía un aspecto más lúcido entonces, aunque me sorprendió ver unas grandes ojeras color gris enmarcar sus profundos y grandes ojos. Me dejó a solas por un momento mientras iba a cambiarse de ropa y, supongo, a mejorar ese aspecto desaliñado de haber dormido todo el día. Al sentarme en una de las sillas, Raúl me gritó desde la sala para invitarme a reunirme con él. Después de unos segundos fui. Pensé que tal vez sería un poco menos incómodo ir que simplemente esperar sin hacer nada en aquel recibidor.

La sala de estar era amplia con sillones color beige claro, casi blanco. Raúl se encontraba sentado en el suelo, recargado a los pies del sofá principal. Atento al televisor, manipulaba un control de videojuegos simulando ser el futbolista en pantalla. De vez en cuando golpeaba al suelo en señal de protesta y otras blandía el control celebrando algo, supongo una buena jugada.

—¿Nunca has probado este videojuego? —me dijo mientras unos marcadores con números salían en la pantalla.

—La verdad no. No juego muchos videojuegos. ¿Te gustan mucho?

—Sí, soy más bueno aquí que en un partido de verdad —me respondió sonriendo, pero con un gesto de decepción.

—Yo no soy bueno en uno de verdad ni en los videojuegos —dije al instante para tratar de animarlo.

—A ver, ¿quieres jugar?

—Ni siquiera sé cómo se maneja.

—Es muy fácil, ten —dijo mientras me ofrecía otro control. Lo tomé, aunque no tenía intención de acompañarlo, pues no creía concentrarme, ya que estaba aún algo ansioso ante la situación.

Raúl me dijo cómo mover los controles y qué hacer con cada botón. Entendí poco, pero lo necesario para acompañarlo en aquella actividad. Al final de la partida, con los marcadores en la pantalla, se incorporó para sentarse en el sofá. Me pregunto si quería jugar por segunda vez, a lo que me

negué. Él tampoco quería seguir.

—Mañana tendré partido en la escuela, pero no tengo muchas ganas de competir. Será contra el equipo de la Ochenta y Seis. Son muy buenos. Nuestro entrenador dice que no tenemos oportunidad —comentó cuando le pregunté si jugaba muy seguido fútbol.

—¿Su entrenador les dice eso? ¿No se supone que debería animarlos y alentarlos a competir?

—Tal vez, pero él no cree en nosotros. No nos presta mucha atención más que en clase de educación física. No sé ni para qué entré al equipo. De todos modos no soy bueno. Todos lo dicen.

—Nadie es bueno ni malo, sólo tienen más experiencia, y, si es lo que te gusta, deberías seguir practicándolo. Ya verás cómo pronto serás un excelente jugador, Raúl, así que no prestes atención a esos comentarios.

—¿Tú crees? Tal vez sí juegue mañana. A mi mamá no le interesaba mucho, pero mi papá en ocasiones jugaba conmigo antes de los partidos. Era mucho mejor que mi entrenador.

—Entonces estarás listo.

Raúl me vio a los ojos y sonrió un poco para después clavar la vista en la nada por un largo rato en el que no supe qué decir. Fingí estar sacudiendo mi camisa y buscar algo en mis bolsillos para darle tiempo de que volviera a la conversación, pero en vez de eso se puso de pie inesperadamente y se alejó a grandes zancadas de ahí. Me quedé solo. ¿Había dicho algo malo? Era increíble, pero por un instante muy pequeño olvidé que la muerte de nuestro padre no era lo mismo para mí que para él. Había perdido en un segundo a su madre y padre. Era huérfano a su complicada edad. Sentí tristeza por él y una necesidad de aminorar ese dolor; tratar de hacerlo sentirse mejor, pero no podía hacer nada. No tenía derecho a eso ni razón que lo justificara en apariencia. Para ellos dos, yo era un completo desconocido, y había un margen entre nosotros que no podía cruzar. En aquel momento, me di cuenta del peligroso borde en el que me encontraba y me pregunté: “¿Qué carajos estás haciendo?”

Escuché unos pasos disímiles que se acercaban hasta donde me encontraba. Damián entró con sus andares inseguros y una mano masajeando su frente. Entonces tenía el cabello un poco más aplacado, peinado, de manera irregular, hacia atrás, con algunos mechones rebeldes que le rozaban sus sienes. Portaba una sudadera gris que encuadraba su torso delgado a la altura de la pelvis con un chaleco de mezclilla encima, pantalones negros y unos

zapatos de bota.

—Después de todo, sí habrá comida. Ven. Es por acá —me indicó para que lo siguiera.

Quería irme en ese instante, pero ya había llegado muy lejos. Desde el momento que fui a su casa seguí pensando que tal vez cometía un error. Sin más, seguí a Damián hasta el comedor y atravesé el recibidor de hace unos instantes. Lo que me encontré confirmó aún más mi arrepentimiento de haber llegado hasta donde estaba y no pintaba nada bien: la mujer que me veía con mirada de desaprobación en el entierro se encontraba repartiendo los platos y las manteletas en la mesa. Raúl le ayudaba con los cubiertos. Recordé entonces que esa mujer era su tía.

—Tenemos invitados —anunció con un tono frío y me lanzó una mordaz sonrisilla.

—Buenas tardes —secundé, y me respondió el saludo entre dientes.

—Es un amigo, tía. Se llama Elías. Viene de fuera. Estaba con nosotros ayer. Conocía a mi papá —le recordó Raúl, lo cual agradecí bastante. Me había evitado la pena de tener que presentarme yo mismo.

—Sí, ya me habían dicho tú y tu hermano. Mucho gusto, Elías. Siéntate, ahorita les sirvo.

—Gracias —respondí con cortesía ante su indicación.

Los tres tomamos asiento y permanecemos en silencio. Pregunté por el baño para romper esa atmósfera incómoda y fui a lavarme las manos. Siempre me sorprendía mi reflejo en el espejo, sobre todo en alguno que no fuera el de siempre, en mi recámara, a kilómetros de ahí. Tenía ojeras pero no tan marcadas como las de Damián. Mi piel, de un tono más clara que en su normalidad, lucía un poco reseca, y mis labios también. Tenía un ojo un poco enrojecido y cansado. En general, no lucía muy bien pero al menos mis rasgos no estaban alterados; sólo el ojo izquierdo estaba un poco más cerrado que el otro. Tal vez era por la excesiva luz solar que iluminaba el cuarto de baño, esa luz que precede al atardecer.

Cuando llegué al comedor, mi plato estaba servido. Raúl y Damián ya estaban sentados a la mesa.

—¿A qué hora llegó la tía Juliana? —pregunto Damián antes de que yo irrumpiera y tomara asiento.

—Temprano, cuando te fuiste a dormir otra vez —le respondió Raúl mientras jugaba con un salero entre sus dedos.

—Deja eso...

—¿Por qué?

—¡Que dejes eso! —le ordenó Damián y le arrebató el salero de las manos, el cual rodó por la mesa y fue a caer al suelo hasta hacerse añicos.

—Eres un imbécil. Ahora recógelo.

—¡Pero si yo no lo tiré! —replicó el adolescente.

—Yo lo recojo —antes de que siguieran discutiendo por aquella cosa sin importancia un impulso me hizo ponerme de pie, lo cual hizo chillar la silla. Recogí los pedazos de vidrio y con una servilleta húmeda absorbí la sal del suelo.

—No tenías que haber hecho eso, Elías. ¿Ves lo que provocas, Rulito?

—¡No me digas así! —le espetó Raúl a su hermano mientras desacomodaba su plato con un manotazo, completamente molesto y con ojos llorosos.

—Ay, por favor, ya no llores. Tu papá ya no está para darte la razón y defenderte.

En ese momento sentí cómo una ligera punzada me atravesaba el estómago. Pude sentir el dolor de Raúl, que yacía duro y tenso, cabizbajo en su asiento, sin nada más que decir. También pude percibir sus enormes ganas de llorar y cómo luchaba contra ello. Por eso se había levantado sin decir nada y marchado mientras conversábamos en la sala: quería estar a solas para llorar. En ese mismo momento tenía ganas de irse, pero se sentía avergonzado al sentir tal debilidad ante un desconocido. Damián se había excedido. ¿Era siempre así con él? Es comprensible entre hermanos, pero en aquellos momentos, ¿cómo podía ser tan cruel?

Antes de que pudiera tratar de argumentar algo, lo cual no me correspondía, entró la tía Juliana. Así era como Damián la había llamado. Sirvió en los platos generosos cortes de res, una cucharada de arroz y verduras.

—¿Qué te pasa, Raúl? —quiso saber Juliana mientras lo veía por lo bajo, con sus ojos saltones. Era una mujer muy delgada, con cabello corto extremadamente lacio a la altura de la barbilla, que enmarcaba sus pómulos y expresiones de su afilado rostro. Sus labios delgados y cubiertos con un lápiz labial de color café rojizo se entreabrieron para soltar un ligero bufido de desaprobación.

Raúl permanecía inmóvil. Se frotó la cara con ambas manos y suspiró. Tomó la cuchara en silencio y comenzó a comer. Todos hicimos lo mismo.

—¿Y de dónde dices que eres, Elías? —rompió el silencio la tía Juliana

después de un largo rato. Tenía sus ojos clavados en mí, interesada, como un carroñero que vigila una presa fácil. Nunca había dicho de dónde venía exactamente, pero lo preguntaba como un viejo truco para sacar información.

—De Páramo Alto, al noroeste del país, bastante lejos, de hecho.

—Lo bastante para no identificarlo —comentó mientras engullía un pequeño trozo de filete que había estado tratando de cortar por varios minutos mientras tenía su vista fija en mí, como una serpiente. Me limité a fingir una ligera sonrisa y deposité de nuevo mi atención en el plato cuando Juliana soltó un leve sonido gutural, como si acabara de recordar algo.

—¿Y cómo fue que conociste a Jorge, Elías?

—Bueno, la verdad es que mi mamá y él se conocían desde la escuela. Lo vi en un par de ocasiones y, cuando tuve que hacer mis prácticas para la universidad, las hice con él. Fue mi supervisor —recordé la mentira que había creado mi mente cuando Raúl y Damián me habían cuestionado.

—O sea que no hace mucho de eso, ¿verdad?

—En realidad sí. Hace aproximadamente tres años que terminé mis estudios.

—¿En serio? Te ves demasiado joven, déjame decirte —aseguró al instante. No me creía. Pude percibirlo en sus palabras, razón por la cual me dedicó su mordaz comentario disfrazado de cumplido, a lo que simplemente sonreí y continúe comiendo. Antes de que pudiera seguir, volvió a dirigirse a mí.

—Entonces ya debes ser todo un profesionalista. Dime, ¿a qué te dedicas?

—Por el momento no he logrado mucho, salvo un par de trabajos de medio tiempo. La verdad es que había varios asuntos y problemas familiares que me lo impedían, pero pienso cambiar eso pronto.

—¡Oh!, ya verás que sí. Por cierto, no estaría mal que invitaras a tu mamá alguna ocasión. Yo llegué a conocer a casi todas las amistades de Jorge, que en paz descansa... De jóvenes fuimos hermanos bastante unidos y seguro que la ubicaría de haberla conocido.

—Qué amable, gracias, aunque lo dudo, pues es una persona bastante ocupada y no acostumbra viajar mucho.

—Qué lástima. Ahora que recuerdo, nunca escuché a Jorge mencionarte a ti o a...

—¡Ya está bien! Invité a Elías porque es lo que Jorge hubiera querido, ¿no? Es lo menos que se puede hacer como cortesía. Ha hecho un largo viaje hasta acá y lo menos que necesita es un maldito interrogatorio tuyo —

intervino sorprendentemente Damián. Todos en la mesa nos quedamos helados. El ambiente incómodo que ya se iba endureciendo llegó a su máximo nivel. No supe qué hacer o decir en ese instante, pero me vi obligado una vez más a romper el silencio.

—No es ninguna molestia. Comprendo el interés, de veras.

—Damián, sé que estás algo... conmocionado. Todos lo estamos, pero no tienes que ser tan grosero conmigo ni...

—¿Conmocionado? Vaya forma de llamarlo... y sólo digo que Elías no viene a una entrevista, ¿ya? Es todo.

Damián la interrumpió una vez más. Juliana trataba de controlarse, pero la manera en que sus manos y labios temblaban la delataban. Veía a su sobrino con los ojos aún más abiertos, cargados de incontenible reprimenda.

Después de unos segundos de intentar fingir que no pasaba nada, Damián se levantó y abandonó el comedor con un “no tengo hambre”. Raúl permanecía en la misma posición, comiendo de manera automática y con la mirada baja. Parecía que su mente estaba muy lejos de la situación, vagando por ahí. O tal vez sólo intentaba no prestar atención.

En vista de lo mucho que todo se había complicado, sólo deseaba poder salir de ahí cuanto antes, así que use el pretexto “vengo de paso” para retirarme. Juliana no me lo discutió y me deseó una buena estancia y un buen viaje. Me despedí de Raúl, que sólo se limitó a mover un poco la cabeza y decir “hasta luego”.

No me di cuenta de en qué momento apresuré todo, pero ya había dejado la casa de aquella sorpresiva familia ahora incompleta. Una puerta se abrió y cerró rápidamente. Luego escuché a alguien llamarme por mi nombre en voz alta. Era Damián. Caminaba casi trotando a pasos presurosos, y, una vez que me detuve a esperar, volvió a adoptar sus habituales pasos.

—Raúl me hizo venir. No sé para qué te quería. No me quiso decir —me informó un tanto exhausto.

—Está bien. Lo espero afuera —aguardé un poco a que Damián regresara, pero al ver que no lo hacía le indiqué con señas que iba en camino.

—Espera un poco. Quiero decirte algo sobre lo de ahorita...

—No tienes que decir nada, Damián. Lo entiendo.

—Me refiero a la actitud de mi tía. Ella siempre ha sido así, y ahora, con su situación, está peor. Supongo que no es fácil, pero para nadie lo es.

—¿Su situación? Te refieres a lo de Jorge y su... esposa.

—También eso, es una larga historia.

Hubo un pequeño silencio, pero mi mente no lo notó al estar concentrado en lo último que acababa de escuchar. Damián se sentó al borde de la acera, justo al lado de un pequeño árbol con una forma ya desvanecida de ave. Supuse que era una invitación a sentarme también. No lo sabía, pues sólo se limitó a sentarse, me lanzó una mirada como diciendo “¿vas a quedarte ahí parado?”, o eso interpreté.

—¿Me creerías si te dijera que estoy atravesando por algo similar, aunque, claro, de una forma distinta? —le pregunté sin saber por qué mientras me sentaba a su lado.

—¿De verdad? ¿Hace cuánto tiempo de eso?

Quise responder: “Ahora mismo, al igual que tú”.

—Hace tiempo perdí a mi padre de la misma forma, pero... ni siquiera lo conocía, así que supongo que no tiene comparación.

—Ni tan distinto —me respondió mientras me volteaba a ver. Automáticamente evité sus ojos.

—Jamás piensas que eso pueda pasar. Siempre están ahí, como pieza fundamental e imborrable de tu vida lo quieras o no, y de pronto... ya no están, tan simple; sólo se esfuman, como todo.

Pronunciaba cada palabra lentamente. Yo lo observaba sin saber qué decir. Se llevó una mano a los labios, y bajo la luz del sol pude ver sus pestañas humedecidas y sus ojos cristalizados, que delataban las lágrimas en sus ojos como una cortina de plástico. Damián lloraba en silencio con las manos en la nuca, mientras veía el suelo. Sólo percibía los ligeros espasmos de su espalda.

Fue en ese instante que todo el tanto o poco desprecio que pude haber sentido por él desapareció en un segundo. Sólo veía a alguien hundido, desolado y sin dirección. Tal vez su actitud era producto de ello. Me pregunté lo que podría sentir yo estando en su lugar, a su edad y en sus circunstancias. Entonces traté de entenderlo y me di cuenta de que en realidad nunca había sentido desprecio por él.

Con cautela, acerqué mi mano a su espalda para darle ligeros masajes en un intento por tranquilizarlo. No era que estuviera precisamente alterado; todo lo contrario: se mantenía quieto y con sollozos casi inaudibles. Instantáneamente dejé la cautela y lo rodeé con mi brazo para apretar fuerte su hombro y atraerlo a mi pecho. Él correspondió recargándose suavemente en mí. Sin cambiar de posición duramos un par de segundos más en aquel improvisado y extraño abrazo que le brindaba. No podía hacer más. Las palabras sobraban y nada de lo que dijera lo haría sentir mejor.

El motor de un automóvil encendiéndose hizo que la escena cobrara peso y terminara, al igual que un sueño que se interrumpe ante un fuerte estruendo. Damián limpió sus lágrimas rápida y bruscamente, se puso de pie y fingió que le molestaba la débil luz del sol, pero el rojo y la hinchazón de sus ojos no lo ayudaban, a pesar de tenerlos casi cerrados como una rendija.

Yo también me puse en pie, y a una distancia considerable pude ver que el carro que se había encendido era el de la tía Juliana. Ella nos observaba fijamente. Lo sentía al igual que minutos atrás en el comedor, a pesar de sus grandes gafas de sol. Cuando nos encontramos de nuevo cerca de la casa, Juliana sacó la mano por la ventanilla para hacer un llamado a Damián, quien acudió con desgana. Raúl me esperaba en la puerta de su casa. Tenía un semblante mucho mejor que hace unos instantes.

Raúl me comentó que si quería podía ir a verlo a uno de sus partidos, pues había decidido que no perdería nada por intentarlo, lo cual me dio cierta alegría por él; pero mi atención estaba dividida, e inconscientemente no prestaba mucha atención a las palabras del adolescente. Llamaba mi atención la manera en que Juliana platicaba con Damián, quien tenía las manos en la cintura y después cruzaba los brazos, casi rechazando los regaños y réplicas de su tía. Era demasiado evidente incluso cuando ella hacía un gran esfuerzo por hablar en silencio. Finalmente, Damián le dio la espalda mientras decía en voz alta a medio camino: “Sí, como quieras”.

Antes de subirse de nuevo al auto se despidió en voz alta de todos con un: “No se olviden de cerrar bien puertas y ventanas. Hasta luego, Elías”. Sólo me limité a decirle adiós con la mano. Un alboroto emitido por el televisor de nuevo hizo que Raúl corriera hacia la sala de estar, como si recordara que había dejado algo pendiente.

Era extraño todo lo que estaba ocurriendo, pero, contrario a lo incómodo que hace unos momentos me sentía, la atmósfera había cambiado y era más cómodo ahora. Sentí la necesidad de alargar aquel instante. Por alguna razón no quería estar en el hotel, solo otra vez, con mis pensamientos mezclados en innecesarias preocupaciones y preguntas absurdas: Tal vez se debía a que entonces, sin la presencia de la tía Juliana, sin su pesada intromisión, podía sentirme más liberado.

—Damián, ¿no te gustaría salir a tomar algo? Podemos platicar mejor así —noté cómo mi lengua se había congelado al decir lo último y se escuchó como un torpe balbuceó. Me puse nervioso y no entendí por qué si sólo lo estaba invitando a tomar algo. Tenía la oportunidad de conocerlo mejor, y en

ese momento no había algo mejor que pudiera hacer.

—Me leíste el pensamiento. No puedo estar ni un momento más dentro de esta casa —su respuesta me tomó por sorpresa. Pensé que fingiría algún compromiso para deshacerse de mi presencia, dadas las circunstancias y lo que había pasado.

—¿No hay problema? Raúl se quedaría solo.

—Sólo iremos por un trago. No iré a ninguna parte. Una vez que se queda ahí no se mueve después de horas —los gritos emocionados de Raúl al televisor atravesaban las paredes hasta afuera, y entendí lo que Damián decía: sí que estaría ahí largo rato.

—Sólo iré por una chamarra. Ya vengo —se apresuró a decir Damián y desapareció.

Mientras lo esperaba, una idea me asaltó; tenía rato golpeando mi cabeza, y de pronto pensé que tal vez ésa sería una buena oportunidad para decirle de dónde venía y quién era yo exactamente. Después de todo no tenía más por hacer o qué perder.

Mi brazo se había dormido totalmente. El hormigueo era casi insoportable cuando intenté moverlo, pero la cabeza de Damián reposaba en él y lo sujetaba con sus manos. Se había quedado completamente dormido así, en mi brazo; yo también.

Un ligero dolor de cabeza y resequedad en mi boca hizo que sintiera náuseas al sentarme en la cama de mi cuarto de hotel. A pesar de intentar moverme lo más sutilmente posible terminé por liberar bruscamente mi brazo de la cabeza y manos de Damián, producto del reflejo ante el calambre que me atacó mientras trataba de moverlo; sin embargo, el chico no dio signos de querer despertar. Seguía dormido profundamente emitiendo una rítmica respiración. Quería despertarlo y decirle que fuera a su casa, pero al verlo en aquella tranquilidad que bastante falta le hacía no pude hacerlo. En vez de eso, le quité los zapatos para que descansara mejor.

Las memorias de la noche anterior me atacaron y me sentí culpable e irresponsable. ¿En qué estaba pensando? Había permitido que Raúl pasara la noche solo en casa. A él no parecía importarle. Actuaba de manera tan natural por el teléfono que me impresionaba. Todo tomó sentido cuando, en una de las tantas llamadas que hice a casa del chico antes que éste fuera a dormir, me contó lo mucho que Damián se ausentaba desde que se quedaron solos, incluso antes, cuando sus padres salían fuera por cuestiones laborales. A ambos parecía no importarles, pues todo indicaba que disfrutaban de su mutua ausencia, como si tuvieran un acuerdo. Estaba claro que no se soportaban más de un par de horas.

Había sido una noche tanto tediosa como magnífica; sí que lo fue, pero eso no aminoraba mi culpa. ¿Qué pasaría si la tía Juliana se enterara de que Raúl había pasado la noche solo en casa?; peor aún, si supiera que yo había sido la causa de que Damián no llegara a dormir, o por lo menos el factor principal para que sucediera.

En un inicio, todo transcurrió de manera tranquila. Él sugirió un buen lugar para tomar un trago con música indie, en donde podíamos estar relajados y platicando acerca de todo aquello que nos ahogaba, en especial él. Tenía pensado desde el inicio escuchar y comentar más que hablar de mí, y así fue.

Damián se sentía solo y sin rumbo. Aquello que lo detenía en su universo era un débil hilo apenas atado por un flojo nudo que en cualquier momento podía romperse y terminar con él. Desearía poder cambiar eso. Entre varias

cosas que me contó, mencionó por qué Juliana se comportaba de esa manera con ellos, sobre todo con él, pues tenía una notable preferencia por Raúl. Había sido así desde que nació, y no sólo por su tía, sino por sus padres también. Imagino lo desalentador que eso debe ser. Siempre fue el hijo relegado o la oveja negra, lo que lo llevaba a tener fuertes discusiones con Jorge. Qué extraño pensar que, de algún modo, el motivo por el que Damián había hablado conmigo era gracias a su difunto padre, un padre que compartíamos aunque sólo de forma genética. Raúl había forjado a lo largo del tiempo un fuerte vínculo con su padre mientras que, por el contrario, la relación entre Damián y él sólo empeoraba. A diferencia de Jorge, su madre se había mantenido al margen e intentaba hacer que todos se llevaran mejor, aunque no tenía éxito. Según Damián, todos esos desacuerdos eran ya motivo de alargadas discusiones y peleas entre ellos mismos. No era un hogar próspero, y, por si eso fuera poco, Raúl y él no se llevaban bien. “Es un niño tonto e iluso. No sabe nada”, fue lo que me dijo. “No necesitó nunca de un hermano, pues tenía toda la atención de sus dos padres”. Era claro que, en gran parte, el rechazo de Damián hacia su hermano Raúl se debía a la preferencia y atención que el menor siempre había tenido por parte de sus padres.

“Si todo está yéndose a la mierda no piensas que pueda empeorar. Pensaba que no podía, pero vaya que me equivoqué. Las cosas pueden ser aún peores”, aún recordaba cada detalle y las palabras con que me había descrito su situación la noche anterior. A eso de las once cuarenta de la noche, le sugerí que nos fuéramos, a lo que respondió: “No quiero regresar. No tengo pensado hacerlo. Si gustas, puedes irte”. Su respuesta me puso en una difícil situación, pues, a decir verdad, tampoco quería irme, y el hecho de que así lo hiciera no cambiaría nada. Seguro hablaría con alguno de sus amigos y continuaría con esa noche lejos de casa. Si me quedaba con él, al menos me aseguraría que estaría bien y lo acompañaría de vuelta.

En tres ocasiones salió al exterior del bar en el que nos encontrábamos para responder la llamada de alguien. En una de esas ocasiones, su celular comenzó a timbrar mientras él estaba en el baño. Lo había dejado en la mesa. Casi por instinto vi la pantalla y el nombre “Fernanda” en ella. Supuse que era alguna amiga o tal vez su novia. Nunca lo dijo ni se lo pregunté.

“Ya no están y ni siquiera me doy cuenta. Llego a la casa pensando que a la mañana siguiente me harán los reproches de siempre y entonces, ¡oh!, recuerdo... están muertos, y todo se viene abajo en un instante, no tanto por

mí, sino... ¿Qué va a ser de Raúl? ¿Qué voy a hacer con él? ¿Qué se supone que deba hacer? Nunca fui el “hermano mayor” y ahora, en ocasiones, él me cuestiona, se acerca a mí y no sé qué hacer más que alejarlo o darle una respuesta que no quería escuchar. ¿Debo mentirle? Me siento perdido. ¿Por qué ocurrió esto ahora? Tenía pensado irme en cuanto pudiera y ahora no sé qué pasará conmigo, qué pasará con nosotros”, mientras Damián hablaba, yo lo observaba. Tenía que dar un largo suspiro entre palabras, intentando contener el muro que había dentro de él y que se venía abajo. Pensé que tal vez debíamos cambiar de tema, y entonces le comencé a contar sobre mí.

Por suerte, lo hice reír cuando me preguntó si había dejado algún amor o alguien esperándome en casa. Yo le conté una vieja historia sobre la primera vez que una mujer intentó tener sexo conmigo, y yo lo eché a perder todo con la pregunta: “¿Funcionará igual aunque no me gustes?” Se enfureció en un instante y me lanzó la ropa encima. Era la primera vez que había llegado tan lejos con una chica y ni siquiera supe por qué ella había malinterpretado todo. Nunca le dije que me gustara, y esa noche tuve que correr de su casa. Había enloquecido y me echó en ropa interior a la calle. Cuando le conté a Damián esa parte, después de toda la noche, al fin vi en su rostro una sonrisa que luego se volvió más intensa cuando entré en detalles.

El tiempo pasó tan rápido que, cuando menos lo pensé, ya eran las dos treinta de la mañana. El bar estaba muy solo, y los meseros nos observaban insistentes mientras limpiaban las mesas. Nos fuimos de ahí enseguida. Mientras caminábamos un poco no pude evitar preguntarle sobre Juliana y “lo que estaba atravesando”, o al menos eso me dio a entender Damián la vez que habló sobre ella.

Me dijo que tenían prohibido hablar al respecto, y rápidamente desistí de mi pregunta, pero aun así, él me lo contó diciendo que sólo era una recomendación y que le importaban poco los consejos de su tía. En realidad lo había dicho con otro tipo de palabras.

Me costaba trabajo creer la cantidad de peripecias que habían ocurrido con tan poco tiempo en esa familia. En ningún momento pensé en esa mujer como esposa o madre, pero así era. Su esposo había desaparecido hacía ya un tiempo, había sido secuestrado, y su hija y ella habían quedado solas. Constantemente recibía amenazas telefónicas, y la policía local vigilaba de cerca el caso. Según Damián, los primeros días, Juliana no dejaba de llorar y visitar a Jorge. Ambos se aislaban por horas o conversaban en el jardín de la casa. Mucho se dijo sobre un posible asesinato, y cada vez Juliana fue

tomando otra actitud para intentar mantener el control de la situación. Su comportamiento extraño tal vez era porque aún tenía esperanza de encontrar con vida a su esposo, pero prefería no hablar de ello más que con su hermano Jorge. Eso cambió con rapidez, pues la pesadilla continuó con la muerte de Jorge y Beatriz, la madre de Damián y Raúl. Desde entonces, Juliana parecía haberse derrumbado por completo. En ocasiones desaparecía todo el día, y Abril, la hija de Juliana, cansada y atormentada por el llanto y las prolongadas ausencias de su madre, charlaba por teléfono con Raúl o iba a visitarlo. Compartían más o menos una buena relación y casi la misma edad.

En otras ocasiones, Juliana parecía estar en una mejor posición, aunque tensa y preocupada, más irritable que de costumbre. Aun así se hacía cargo de su hija, la llevaba al colegio junto con Raúl y limpiaba todo el desorden en la casa de los hermanos para poner de nuevo las cosas en orden. Desde la desaparición de su esposo y la muerte de su hermano Jorge se había vuelto impredecible, pero luchaba por mantenerse de pie.

Cuando conocí su historia sentí incluso un poco de compasión por esa mujer, puesto que trataba de mantenerse firme. Había bastante mérito en ello, aunque eso no cambiaba el hecho de que me siguiera desagradando y dando desconfianza. Damián me contó lo mucho que Juliana había tenido que interceder para lograr trasladar los cadáveres de sus padres desde el lugar del accidente hasta ellos, trámite que, según entendí, duró bastante tiempo. Supongo que fue otra de las razones por la cual los ataúdes se encontraban cerrados. Desde entonces, y a pesar de que Damián era ya mayor de edad, Juliana había estado manejando todo el proceso para poder tener la tutela de Raúl y hacerse cargo de ellos dos.

A pesar del mal que causaba a los hermanos estar en la casa que había pertenecido a sus padres y donde durante mucho tiempo trataron ser una familia, no querían moverse de ahí. En varias ocasiones, Juliana intentó llevárselos con ella, pero Damián no se lo permitió, causa por la cual protagonizaron una fuerte discusión. Tampoco dejó que se llevara a Raúl. A pesar de no congeniar mucho, se mantenían juntos.

“Al menos nos dejaron un buen seguro, bastante amplio, según sé. Bien nos permitiría vivir un par de años mientras nos acostumbramos a esto... Después sólo tengo que terminar mis estudios, conseguir un trabajo, y el resto ya se verá. La perra de Juliana no tendría que intervenir si yo me hiciera cargo”, fue lo que terminó por argumentar Damián al respecto. Me sorprendía la sinceridad con la que decía las cosas, razón por la cual también tenía

problemas con su tía.

El teléfono celular de Damián timbró una vez más. Él contestó con una cansina sonrisa lanzando frases como: “Claro que sí. ¿Cómo puedo decirte que no?” Seguramente era la misma chica que lo había estado llamando toda la noche. Recordé entonces que Raúl estaba solo y, por lo visto, esto no terminaría pronto. Marqué el número que me había dado Damián antes, y me conectó rápidamente a la casa de los dos. Un Raúl somnoliento contestó la llamada. Pregunté qué estaba haciendo, y respondió estar trabajando en su tarea. “Ya me voy a dormir. Cerré todas las puertas como de costumbre. Damián tiene llaves. Él sabe cómo llegar. No te preocupes”, dijo después de contarle que tal vez su hermano llegaría un poco tarde.

Después de colgar la llamada, Damián se había detenido. Dijo que iría a otro lado con una amiga. Supongo que era la persona que había estado llamándolo. “No quiero regresar aún a casa y eres bienvenido si quieres ir con nosotros”, dijo. Era imposible no percibir el güisqui cuando el viento helado golpeaba mi cara. Hacía mucho que no tomaba más de lo debido; sin embargo, aún me encontraba en perfecto estado. Raúl se hallaba bien. Sabía arreglárselas solo, y no serían más de unas cuantas horas. Pensé que estaría bien seguir a Damián en lo que aparentaba ser una larga noche.

Esperábamos afuera de una vieja heladería. Damián sacó de su chaqueta una cajetilla de cigarros y me ofreció uno. “Es extraño, pero sólo fumo mientras espero”, fue lo que dijo mientras daba una larga calada a su cigarrillo. Me pareció un comentario peculiar y reí. Él también rió conmigo.

Después de un par de minutos, mientras conversábamos acerca de los mitos sobre fumadores, un Volkswagen se acercó con su ruidoso motor. La luz azulada que provenía del interior me dejó ver la silueta de una larga cabellera al volante, y la música a todo volumen de lo que parecía ser Madonna competía con el estruendoso motor y avisaba su llegada. El pequeño automóvil reveló su verdadero color a la luz de las viejas farolas en la calle, un fuerte rosa chicle que me hizo entornar los ojos.

El auto se detuvo en plena calle desierta. Damián dio una fuerte palmada en mi espalda y logró que me estremeciera. Rápidamente corrió hacia el auto y se metió por la ventanilla del copiloto, pues la puerta parecía estar atascada. Encantado y desconcertado al mismo tiempo por la escena me quedé ahí, hasta que una voz femenina desde dentro me dijo: “¡Súbete!” La conductora flexionó su asiento para dejarme entrar en la parte trasera. Segundos después, el pequeño auto aceleró.

La mujer rubia que conducía estaba encantada con Damián, quien no paraba de hablar en voz alta, conversación que me resultó inaudible por la canción Ray of light, que sobresalía entre sus voces. Maravillado, veía por la ventana el espectáculo nocturno de luces en aquella bella ciudad, con la mejor compañía que podía tener. Por un momento me sentí plenamente feliz.

Damián había insistido en pagar la cuenta del bar, así que me propuse pagar las entradas al lugar. La chica rubia iba por delante y pagó por todos. Me sentí un poco fuera de lugar, pero ya no me importaba. Estaba pasándola bien, y Damián me hacía reír con comentarios banales acerca de las personas que nos estudiaban con miradas de interés. Al entrar, no pensé que nos encontraríamos frente a aquel espectáculo de luces neón. Una larga barra del lado izquierdo estaba abarrotada de gente, y, por el lado derecho, un desfile de personas avanzaba a corta distancia. Me sentí perdido entre aquella multitud. El lugar no era muy grande, pero el número de personas sí.

Damián fue a la barra y me dejó con aquella chica. No había entablado conversación alguna con ella y no la podía ver bien entre la oscuridad y las luces. La mezcla de algún dj invadía el lugar y hacía del silencio algo inexistente. Aun así sentía esa incomodidad al estar a solas con ella, sin hablar palabra alguna.

“Siempre insiste por venir a este lugar. Yo le digo que es mejor Gressel. ¿Tú qué piensas?” Aquella pregunta me tomó por sorpresa. Ni siquiera sabía dónde me encontraba. Estaba en otra ciudad y naturalmente no conocía nada de ella, así que mis posibilidades de opinar acerca de sus lugares más famosos se reducían a nada.

—No soy de aquí. La verdad no sé cuál será mejor, pero éste parece estar bien —respondí.

—Deberías visitarlo entonces. Espero que vayamos después. ¿Cómo te llamas?

—Elías, Jorge Elías, en realidad, pero todos me dicen Elías, ¿y tú?

—Fernanda, y todos me dicen Fer. Mucho gusto, Elías.

Ella sonrió y todo el lugar se iluminó. Nunca había visto una mujer tan hermosa como ella. Su cabello rubio caía sobre sus hombros y reposaba en sus senos. Sus labios no eran gruesos, pero tampoco delgados; enmarcaban su dentadura y su perfecta sonrisa. No distinguí el color de sus ojos exactamente, pero a la luz de aquellos destellos neón pude notar que eran muy claros y profundos, igual de profundos que los ojos de Damián. Su nariz tenía una curvatura casi perfecta, y el flequillo a un lado dejaba ver la

armoniosa proporción de aquel rostro.

La observaba fijamente sin saber qué decir. Ella sólo me guiñó el ojo y fue hacia Damián, que venía cargado con varias bebidas en sus brazos y manos. Un líquido azul resplandecía en un vaso de cristal, y lo tomé sin saber su contenido. Fernanda vestía un abrigo púrpura hasta las rodillas y un vestido floreado a la misma altura que sobresalía. Sus medias negras terminaban en unos zapatos de tacón alto color rosado. Yo iba tras de ellos, y de vez en cuando observaba la manera en que se comunicaban, junto a las rubias puntas onduladas del cabello, que se movía en el aire, de Fernanda.

Los recuerdos después de eso y la bebida azul fueron difusos. Varias personas me observaban mientras me encontraba solo en una esquina. Entonces llegaron Damián y Fernanda y con un brazo cada uno me sacaron de ahí. Los había perdido por unos instantes. Damián lloraba en los brazos de Fernanda, y ella con él. Yo presenciaba todo, pero no podía hacer nada al respecto. Fernanda debía ser una persona significativa en la vida de Damián, y no iba a interferir en ello.

Debí haberme quedado dormido en el coche, pues tiempo después tan sólo veía las luces formando líneas todo el trayecto hasta llegar al hotel en el que me hospedaba. Los dos estaban en silencio, y sólo la música de la radio interrumpía el espacio. Al instante supe que era mi bajada. Intenté mover el asiento, pero gracias a la pérdida de noción olvidé que Damián estaba ahí. Él se bajó rápidamente e intercambió unas palabras con su conductora. “No, no regresaré a casa. Por hoy me quedaré aquí”, dijo Damián mientras se alejaba del auto. La chica me habló y asomé la cabeza por la ventanilla. Ella me hizo prometer que dejaría quedarse a Damián en mi habitación y lo llevaría a casa después, a lo que me comprometí, pues previamente le había ofrecido esa opción sin motivo alguno. Casi lo había olvidado.

Todo ello era tan real como el dolor de cabeza y el brazo acalambrado. Preparaba un par de cafés en una tienda de autoservicio cercana esperando que Damián ya estuviera despierto a mi regreso, pero había algo que mi mente ocultaba entre aquellos recuerdos, algo que había intentado borrar por completo; sin embargo, la sensación de lo ocurrido estaba presente, tan presente que mi piel se erizaba al recordarlo. Lo había ignorado por completo, pensando que podía ser un invento mío entre sueños, pero en ese momento que estaba despierto y sobrio podría recordarlo con claridad.

Damián se había quitado la chaqueta y se había recostado en la cama mientras yo me lavaba la cara en el baño tratando de recobrar la sobriedad.

Encendió el televisor, y, cuando regresé, me senté en el otro extremo. Un video musical se transmitía en uno de los canales. El güisqui y las bebidas de color extraño pegaron fuerte en mi cabeza, así que, al igual que él, me recosté sin mencionar palabra alguna. Sólo quería descansar un poco. Debí haberme quedado medio dormido otra vez, pues la mano de Damián en mi estómago me sobresaltó. Creyó que seguía despierto y se disculpó por haberme despertado. Después me preguntó acerca de Fernanda. Yo le dije lo bien que me había caído y lo hermosa que era. Rió entre dientes y se acercó un poco más.

Giré la cabeza hacia él y me sorprendió lo cerca que estábamos uno del otro. Podía incluso sentir su respiración, respirarla también. Ese oxígeno tibio que ya había sido procesado por su cuerpo era tan exquisito que lograba dejarme inmóvil. Mi mente estaba en blanco, y sólo lo veía a él, sin darme cuenta de que sus ojos negros también estaban clavados en mí. Reaccioné de forma negativa al instante y le di la espalda. Asustado ante mis pensamientos, no quise interpretar lo que sentía en ese instante; pero no había mejor momento para hacerlo.

Damián me tocó el brazo y le di la cara al instante. Sus dientes castañeaban tal vez por el frío o el alcohol, pero sus manos eran cálidas. Tomé su mano y la puse cerca de su cuerpo con la esperanza que se alejara. “Fernanda ya está muy lejos”, pensé. Antes que pudiera alejarme, me tomó del brazo nuevamente y me dijo al oído:

—¿Sabes? Es extraño, pero te pareces a Jorge en sus fotos cuando era joven, sólo que más atractivo.

No sé qué estaba pensando. Lo alejé y le dije:

—Debes dormir algo —pero no pareció importarle. Su cuerpo se acercó más y se extendió sobre mi costado. Podía sentirlo en aquel instante congelado, cada parte de él y su respiración en mi rostro.

Mi cuerpo había cambiado. Percibía todas las acciones de Damián como si fuese su vigilante, pasó la lengua sobre sus labios que brillaban ante la luz que emitía el televisor sobre nosotros. Poco a poco los vi acercarse más y más sin moverme siquiera un poco hasta sentirlos suaves y húmedos al contacto con los míos, resacos y congelados. No recordaban la última vez que habían sido besados.

“Incesto”, era como lo llamaban y lo que pensaba. “Fue sólo una confusión”, cavilaba una y otra vez. Toda la culpa la tenía yo. ¿Por qué había dejado que pasara? No fue la gran cosa, pero, a pesar de no ser alguien moralista, sabía que aquello estaba mal.

Toda la responsabilidad caía en mí, en nadie más que en mí. Yo sí sabía la verdad. Lo sabía todo. Él sólo actuaba conforme a su sentir. Había quedado huérfano, ¿y yo?, no tenía nada que hacer ahí; sólo venir a complicar las cosas.

Me golpeaba con la culpa una y otra vez, pero rápidamente lo había borrado de mi memoria, aunque era el recuerdo principal de aquella noche. El resto no tenía caso recordarlo: abracé a Damián tan fuerte que no recuerdo haber abrazado así a alguien. Durmió a mi lado de esa forma y fue así que amanecimos.

Me asustaba a mí mismo y a la vez me tranquilizaba saber que no había ocurrido nada más. “¿Qué otra cosa podía haber pasado?”, pensé, pero no quise responderme la cuestión al descubrir la verdadera razón de ésta. Uno de los cafés me quemó y lo solté. El oscuro líquido se derramó sobre el suelo, y la mujer que atendía el lugar me lanzó una mirada asesina negando con la cabeza. ¡Qué idiota soy!

Pagué tres por mi accidente, pues era lo menos que podía hacer. Los llevé con cautela en un portavasos de cartón. La luz del sol al amanecer complicaba las cosas. Al llegar, me tomó por sorpresa ver la cama vacía, pero los ruidos en el baño me confirmaron que Damián aún estaba en la habitación. Dejé los cafés en el tocador junto al espejo. Un Damián ojeroso y desaliñado, igual al que había encontrado la tarde anterior, salió del cuarto de baño y tomó el café sin decir siquiera “gracias”. Dio ligeros sorbos en silencio sentado al borde de la cama.

Una vez que terminó se puso en pie y me miró fijamente.

—Te imaginaba más serio, pero eres divertido también.

—Menos mal que sí lo soy —respondí sonriendo después de dar un último trago al café negro. Me despedí de él mientras lo dejaba fuera del hotel. Sabía regresar perfectamente a su casa. Luego recordé la promesa que le había hecho a Fernanda, pero ya no importaba.

Todo lo que había disfrutado un día antes se había desvanecido debido a ese beso; sin embargo, me sentía alegre. Aquella había sido una de las

mejores noches de mi vida. Tan mal me encontraba que creía eso. No quise darle más vueltas al asunto, pues, una vez aclarado todo, las cosas volverían a la normalidad. El suceso pasaría a formar parte de un error. ¿Tan sólo era eso, no? ¿Qué más podría ser?

Ese día no hice más que pensar, recordar y volver a lo mismo para llegar a la conclusión de un inicio. Fue mentalmente agotador, y me obligué a relajarme, tratar de olvidarlo todo y plantearme una sola cosa: ¿qué haría? No veía ya razón ni motivo para seguir en ese lugar. Sentí que debía irme, pero recordé que la idea era no detenerme y seguir, adonde quiera que eso me llevara. El dinero cada vez era menos y no tenía ni la menor pista de adónde entonces. Regresar a la casa donde crecí asaltó mis pensamientos más de una vez.

El sol pegaba fuerte sobre las gradas de concreto esa mañana. Aun bajo el resguardo de la sombra, el calor era casi insoportable. La transpiración constante hacía que mi camiseta se pegara a mi espalda. Odiaba esa sofocante sensación además de la presente somnolencia producto de una mala noche. Había dormido escasas tres horas y despertado constantemente por una inexplicable ansiedad o fugaces imágenes de pesadilla que, tratando de recordarlas, me di cuenta de que ya las había olvidado por completo.

Sin embargo, la estaba pasando bien viendo cómo Raúl se movía de un lado a otro haciendo lo que interpreté como buenas jugadas. El partido estaba casi por terminar. Había llegado un poco tarde, pero no tanto como para perderme lo más interesante. Los gritos de una delgada voz infantil resonaban a varios metros cada que Raúl entraba en acción. Pensé que era parte de algún grupo de animadores hasta que en una de esas ocasiones escuché que gritó su nombre. Desde arriba, lo único que alcanzaba a ver era una niña de espaldas con una larga cabellera castaña recogida en una coleta.

Las sudorosas cabezas de los adolescentes corrieron hacia las gradas mientras tomaban aire y descansaban. Los entrenadores se acercaron y platicaban con ellos mientras bebían ininterrumpidamente agua de sus cilindros. Raúl me vio desde abajo, y una sonrisa se dibujó en su rostro; me hizo señas para indicarme que lo esperara, y yo asentí con la cabeza para hacerle saber que ahí estaría.

Un joven con una larga playera sin mangas que dejaba ver un extraño tatuaje en su brazo derecho estaba recargado en uno de los postes y lo veía todo. Usaba pantalones demasiado ajustados de un color azul blanquecino y zapatos con agujetas desabrochadas... Era la misma persona afuera del

minisúper que estaba comprándole droga a un extraño sujeto. La coincidencia no fue de mi agrado, y al instante clavó una hosca mirada hasta donde me encontraba. Fingí estar viendo hacia otro lado.

Ya mucha gente se había ido, y las gradas quedaron casi vacías, también los adolescentes que habían protagonizado el partido. Casi sin darme cuenta, mis oídos se vieron atraídos por el sonido de un par de tacones que daban pasos rítmicos en donde sólo se escuchaban silbatos, gritos y bruscas pisadas hacía unos instantes. Al ver de dónde provenían, reconocí al instante esa rubia cabellera ondulada. Si no me equivocaba, se trataba de Fernanda, la mejor amiga de Damián y... por lo visto conocía a la persona que yo trataba de evitar en esos momentos.

Fernanda se acercó al joven de singular cabello y le dijo unas palabras que no pude interpretar debido a su delgada voz. Luego corrió haciendo escándalo con sus altos tacones en el asfalto para encontrarse con Raúl y plantarle un gran abrazo, con el que balanceó al pequeño joven de un lado a otro. Raúl se ruborizó cuando Fernanda acarició una de sus mejillas en señal de felicitación. Aquella era una escena realmente divertida hasta que el supuesto amigo de Fernanda se acercó y saludó a Raúl también. Me levanté al instante y me dirigí hacia donde se encontraban los tres reunidos. Aquello sí que sería bastante incómodo.

Fernanda se sorprendió al verme, pero mi súbita presencia parecía alegrarle tanto como a Raúl, a los dos, excepto al tercero en el grupo.

Fingí una ligera sonrisilla al saludarlo. Su nombre era Héctor, según la rápida presentación que Fernanda le dio. Mis pensamientos se vieron interrumpidos por un pequeño empujón que me tomó por sorpresa. Alguien había chocado conmigo y, antes de poder identificar quién o qué me había golpeado, una pequeña persona se abalanzó sobre Raúl dando ligeros saltos mientras lo tomaba por los hombros. Era la niña que había estado animándolo todo el tiempo. Pareció tardar un poco en percatarse de mi presencia, pero, casi como si recordara algo importante, se giró hacia mí con aire preocupado, pidiendo disculpas de manera educada por haberme empujado mientras corría.

—Has causado mucha emoción hoy, Raúl —le dije con la intención de ser partícipe de aquel pequeño público.

—¿Sí? Qué bueno que viniste. Pensé que sólo estaría Abril —“la hija de la tía Juliana”, pensé al instante al recordar que Damián me había contado sobre ella y la estrecha amistad que tenía con Raúl.

—Pues ya ves. Tarde pero seguro. ¡Estuviste muy bien!

—¡Demasiado bien, diría yo! —me secundó Fernanda, que hace instantes se encontraba hablando con Héctor. Cuando me volví a percatar de su incómoda presencia, el aludido ya estaba sentado en las gradas atrás de nosotros. Mejor así—. ¿No han visto a Damián? Dijo que vendría —continuó Fernanda mientras se dirigía a nosotros con una mirada, en especial a mí, como si pudiera tener alguna pista de su paradero.

—Claro que no vendrá. Ha de estar dormido ahora mismo. No lo vi todo el día de ayer —nos informó Raúl.

—Ya veo, pues si lo encuentran le dicen que me llame.

—Yo pensé que estaba contigo —inquirí con una suposición.

—Pues tampoco lo vi ayer. ¡Bueno! Me tengo que ir. Debo llegar a casa y alistarme para hoy en la noche... ¡Oh! Por cierto, Elías, esta noche un amigo nuestro tendrá una exposición fotográfica. ¿Quieres ir?

—Pues... sí, claro, ¿por qué no? —Fernanda me había tomado por sorpresa y no supe qué decir. Ella también tenía un extraño poder sobre la gente. Era difícil decirle que no con esa sonrisa dibujada en su rostro y sus ojos envueltos de un brillo que sólo posee la gente como ella. Además, sinceramente no tenía nada mejor que hacer. Todo se resumía a quedarme en mi cuarto de hotel viendo programas estúpidos por la televisión o conocer un poco más este lugar que no dejaba de sorprenderme, esta pequeña metrópoli que en una realidad paralela pudo haber sido mi hogar, con una familia y quizá... hermanos. Vaya tontería se me ocurrió imaginar, sonreí.

—¡Genial! Claro, si no tienes algo más que hacer —su entusiasmo se tornó en seriedad casi al instante.

—No, créeme que no. Aparte me gusta la fotografía.

—¡Perfecto! Entonces te veo en... no. Creo mejor paso por ti. ¿Te sigues hospedando en el mismo lugar? Eso me evitaría explicarte la dirección.

—Sí, sigo donde mismo y...

—Así sea entonces. Paso por ti. Me voy porque es tardísimo. ¡Raúl!, sorprendiste a todos. De no ser por ti, el equipo seguro hubiera perdido —continuó diciendo sin siquiera dejarme terminar. Se despidió de Raúl y luego se dirigió hacia Abril.

—¡Mírate! Cada día te pones más bonita —la elogió Fernanda mientras le acariciaba su larga cabellera castaña. Abril, a su vez, soltó una ligera risita con las mejillas rosadas. El cumplido también hizo que se sonrojara. Abril mantuvo sus manos ocupadas peinando la punta de su larga coleta con los

dedos.

Fernanda se despidió de los adolescentes con un beso al aire, se puso unos grandes lentes de sol, y Héctor se levantó enseguida para dirigirse hacia ella. Siguieron conversando mientras se alejaban.

La tarde se mezcló con la noche de una forma imperceptible. Las nubes grises se tiñeron de un azul casi negro hasta llegar a la oscuridad y abrir paso a las estrellas. Su brillo era el mismo, pero lo sentía distinto. Todo lo era. Fernanda iluminó el exterior con las luces de su Volkswagen, anunciado por un agudo claxon. Apenas terminé de abrochar las agujetas de mis zapatos, salí de inmediato. Hablé lo más que pude sobre ese lugar, sobre el clima y sobre la fotografía. Cuando no tuve más que decir me quedé en silencio, pero ella aligeró la carga con música a alto volumen y sus anécdotas sobre ese día, la mala experiencia con su vestido por no tenerlo listo a tiempo así como también lo preocupada que estaba por Damián. Cuando tocó ese tema, los dos cambiamos de postura y sugerí un par de preguntas sobre el porqué de su preocupación. Parecía haber algo más allá de la actual situación por la que Damián atravesaba. No quise verme demasiado indiscreto y noté que la hiperactividad verbal de Fernanda se había visto afectada por esa cuestión, así que retomé el asunto de la fotografía y el lugar adonde íbamos.

Cuando dijo que tenía que ir a casa para comenzar a alistarse, pensé que ya no había más por hacer. Esa mañana llevaba una blusa sencilla de seda, un chaleco descubierto por la espalda y unos shorts de mezclilla, sin contar con sus inseparables zapatos de tacón, no tan altos como los que usaba aquella noche que la conocí; sin embargo, ella los hacía ver fáciles de portar como si usara zapatos deportivos. Mientras la mayoría de las chicas salían con un calzado diferente esa noche, Fernanda salió como llegó. No había sufrido alteración alguna en su apariencia.

Al parecer estaba equivocado. Podía lucir aún mejor, pues cuando bajamos del auto pude observarla con detenimiento mientras caminábamos. Tenía la mitad del cabello recogido en una lacia coleta. El resto le caía recto sobre su espalda y hombros. Había recogido su flequillo también y sustituido por un alto copete, el cual daba otro aspecto a su rubia melena. El vestido negro del que tanto hablaba era sencillo en apariencia, e incluso cubría sus brazos con unas mangas de encaje, pero, por la parte de atrás, su espalda quedaba totalmente al descubierto un poco más debajo de su cintura. Todo ello hacía juego con unos zapatos sin detalle alguno más que un fino y alto tacón que daba la apariencia de estar sostenida sobre un palillo de dientes que en

cualquier momento colapsaría. Si Fernanda era eso, no representaba problema alguno.

Al lado de la mujer que acompañaba esa noche, yo debía tener una apariencia más que informal, ni siquiera casual; pero no me importó hasta que descubrí que, si todos vestían bien esa noche, yo desentonaría aún más generando el efecto que deseaba evitar: llamar demasiado la atención. Por suerte no fue así. La mayoría de los hombres vestían de negro, alguna chaqueta de piel, no tan desgastada como la mía, pantalones de mezclilla y de vestir a juego con algún saco o elemento formal; la mayoría, a excepción del fotógrafo, quien portaba un traje bastante elegante.

No sabía mucho en sí de fotografía, pero lo que vi me agradó, sobre todo la forma en que usaba la luz para resaltar aquello que el fotógrafo consideraba importante. Fernanda, por el contrario, se pasó disculpándose toda la noche conmigo por dejarme solo todo el tiempo. Era una chica bastante social, pues duraba más de veinte minutos con cada grupo de invitados, y cada uno parecía encantado de verla, a excepción de un par de señoritas que la veían con desagrado y hacían comentarios entre ellas sonriendo, imitando alguno de sus movimientos y haciendo ademanes de superioridad.

Al final, fue una buena noche. Fernanda seguía conmocionada con el hecho de que no tuviera perfil en Facebook. No sabía lo importante que eso podía llegar a ser. Le conté que en alguna ocasión abrí una cuenta, pero olvidé mi contraseña y jamás intenté volver a ingresar. Aquello parecía ofenderle cuando se lo contaba. Después de la impresión sonrió y dijo: “Bueno, no podré etiquetar a mi nuevo amigo en las fotos de hoy”. Sonreí y le recordé que de cualquier forma pronto me iría, a lo que respondió: “Con más razón aún”. Me devolvió la sonrisa y me dejó en una esquina a un par de calles del hotel, pues con la impresión había tomado una ruta equivocada. Tardé en convencerla de que no había problema, pues en verdad estaba ya muy cerca. Finalmente accedió.

La luz de mi habitación estaba encendida. No recordaba haberla dejado así. Intrigado, me dirigí con cautela por el pasillo desierto. Incluso el sonido nocturno de los grillos resonaba más fuerte fuera de ese viejo hotel. Saqué las llaves de mi bolsillo mientras intentaba ver por la ventana, pero las cortinas recorridas impedían percibir cualquier cosa que no fuera la luz del interior. Abrí la puerta finalmente lo más rápido que pude.

—De noche en un lugar que no conoces. Te puedes perder —las palabras de Damián me desconcertaron más aún. Estaba esperándome.

—¿Pero cómo has entrado?

—Fue difícil convencer a los recepcionistas, pero finalmente accedieron. ¿Quieres cenar? Compré comida china aquí, cerca, y algunas cervezas — señaló las bolsas de plástico sobre la pequeña mesa.

—Pues vaya, gracias, pero, es un poco tarde y pensaba...

—Oh, ya veo. No te preocupes. Era una sugerencia. Sólo pasaba y quise traerte algo.

—No, está bien. En realidad también tengo hambre. Cenemos —le dije mientras me quitaba la chaqueta y los zapatos. Sentía su mirada recorriendo mis movimientos, en mis manos, en mi cuerpo, en mis ojos.

Pensé en quitarme la sudadera para estar más cómodo, pero algo me lo impidió. Esa noche había una fricción desconocida e inquietante entre Damián y yo. Evitaba saber por qué y actuaba lo de la manera más normal posible. Me dejé caer en una de las viejas sillas, y ésta emitió un crujido similar al de madera rota. Una ligera nube de polvo salió expulsada por el descolorido y manchado tapiz. Damián destapó una cerveza y le dio un gran sorbo.

—¿Qué tal estuvo la exposición de Berto? —dijo mientras veía hacia el techo. Tardé en digerir mentalmente su pregunta. Mi cerebro estaba haciendo extrañas jugadas. Volteó a verme de nuevo directamente y continuó—: de Roberto, la exposición de Roberto. ¿Qué tal estuvo?

—¡Ah!, pues... bien, muy buena.

—¿Te gusta?

—¿Que?

—Fernanda, mi amiga. ¿Te gusta?

—¿Qué? ¿Por qué? ¡No!, es muy atractiva, pero no tengo esas intenciones.

Damián soltó una risa extraña. ¿Le había dicho algo gracioso? Comencé a ponerme un poco nervioso. Así que de eso se trataba: él y Fernanda eran más que amigos y en ese momento quería dármele a entender tal vez para que me alejara. Aquella idea pasó en un segundo por mi mente sin darme cuenta, pero tenía mucho sentido: la manera en que se trataban, la preocupación de Fernanda por Damián, el hecho de haberme invitado ese día a ese evento. Querían obtener información uno del otro y arreglar sus diferencias a través de mí. Y él, aquí, con el pretexto de una supuesta cena me hacía esa pregunta.

—¡De verdad! Sólo acepté porque, no sé... me tomó por sorpresa.

—Así es ella, tranquilízate. ¿Por qué te pones así? Me río por tu aspecto serio. Sólo fue una pregunta por curiosidad. No te estoy reclamando nada —

volvió a reírse. Estaba comenzando a confundirme su actitud.

—Damián, creo que será mejor que te vayas. Hoy, Raúl y también Fernanda estaban preocupados por ti —le dije casi sin meditar lo despectivo de mi comentario. Deseé haberlo dicho con otras palabras.

—Oye, disculpa, no pensé que te molestara mi pregunta. Yo sólo...

—¡No, para nada! Es sólo que ya es tarde y quiero dormir —de nuevo terminé comportándome como un idiota sin pensarlo.

—Bien, ya entendí. Me voy —dio un largo trago a su cerveza y la dejó sobre la mesita con un golpe seco que me hizo reaccionar. Recordé que estábamos lejos de su casa y que era bastante tarde.

—Espera...

—¡Hasta luego! —no pude interpretar el tono con el que lo dijo, pero era entre un “púdrete” y un “adiós”. Cerró la puerta de un golpe y dejó tras de sí una sensación que hace mucho no experimentaba.

Soy un imbécil.

La sensación de haber alejado a alguien que posiblemente necesitaba de mí, de haber decepcionado a alguien que me importaba, de la forma en que en ese momento lo sentía, sólo tenía precedentes en una ocasión, hace mucho tiempo.

Le decían Somoza Pecos. Para ser sincero, no recuerdo en qué punto noté su presencia dentro de nuestro grupo de educación primaria. Sólo recuerdo que fue mi único verdadero amigo cuando tenía esa edad. Constantemente era acosado por todos los chicos debido a su apariencia peculiar: su cabello largo y rebelde era naranja, su piel rosada estaba salpicada por miles de pequeños puntos rojos que hacían brillar sus ojos verde aguamarina. Frecuentemente tenía problemas de piel cuando se exponía al sol. No era como los demás niños, y se lo hacían notar, pero de lo que más se burlaban, aparte de su delicada apariencia, era de su aspecto femenino.

Se llamaba Misael Somoza. El apodo surgió por su piel y su nombre. Después de que todos comenzaron a llamarlo Somoza Pecos, nadie volvió a usar su verdadero nombre más que yo. Nunca fui popular ni tampoco me llevaba bien con todos, pero en una ocasión cuatro de mis compañeros con quienes solía hablar a menudo hacían alarde de ver una revista pornográfica. Ya me habían metido en bastantes problemas con la profesora, quien todo se lo informaban a mi madre. Ese día decidí que no quería ser castigado por sus estupideces y busqué otro equipo con el cual trabajar. Nadie me quería en el suyo, puesto que ya estaban reunidos o no les agradaba la idea. Sólo quedaba alguien sin equipo: Misael.

Jamás presté atención a los insultos que le proferían ni tenía problema con él, así que le pedí permiso para sentarme a su lado y comenzar a trabajar en las actividades de ese día. Pareció sorprendido y accedió cautelosamente. No hablaba mucho, pero era bastante inteligente. De todo el grupo, era uno de los pocos con las mejores notas. En un par de instantes reímos juntos. Su sentido del humor era parecido al mío, y reíamos por cosas que otros encontrarían estúpidas o sin gracia. Desde ese día, algo nos conectó, y cada que podía platicaba o trabaja con él, a pesar de los comentarios de mis compañeros: “Hey, así que ahora prefieres a Somoza Pecos. No sabíamos que eras maricón”. La mayoría de las veces trataba de ignorarlos o negar sus acusaciones, pero me cansé de hacerlo. Después de un tiempo, ya no sólo charlaba con Misael cada que podía, sino que comíamos juntos a la hora del

receso. Por lo general, siempre estaba acompañado por tres niñas de otro grupo, así fue como poco a poco nuestra amistad creció hasta llegar al último grado en la escuela. Nunca me importaron las críticas, pero, cada que había alguna oportunidad, los integrantes del cuarteto agresor no dudaban en fastidiarnos a los dos; tanto, que ya nos habíamos acostumbrado a ello e incluso bromeábamos al respecto.

Pocos días antes del fin de año, nos reunimos en una plaza abandonada del pueblo, cubierta por hojas muertas de otoño, tierra y excremento seco de aves. Nos sentamos en lo que solía ser una fuente de piedra, entonces llena de basura y con musgo en los extremos. De niño recordaba haberla visto funcionando. El agua fluía como un torrente sanguíneo y la mantenía viva.

—Mis papás quieren mandarme con mi hermana. No estoy seguro de querer ir. Sé que no lo dirán, pero les aliviaría saber que me voy.

—¿Por qué querrían deshacerte de ti?

—Mi mamá está embarazada otra vez. No les haré mucha falta de todos modos —Misael extendía el brazo y doblaba la mano en un ademán que recordaba a las doncellas en las obras de teatro que llegaban a exhibirse aquí.

—Pues si te vas, espero que regreses para las vacaciones. Hay un nuevo cine aquí cerca de Páramo. ¡Deberíamos ir antes de que te vayas! En la escuela siempre ponen las mismas películas.

—No seas tonto. Aún hay tiempo. No sé si en realidad me vaya; pero si me voy te voy a extrañar mucho, Elías —Misael me tomó la mano, y yo la quité. Lo volteé a ver un tanto molesto, y él se abalanzó sobre mí y me aprisionó con un fuerte abrazo.

—Ves por qué te dicen todas esas cosas. Pareces niña —ni siquiera pude percibir su reacción, pues unas bullas coreaban a pocos metros de nosotros. Me levanté de un salto e hice a un lado a Misael. Se acercaban hacia nosotros, y al instante reconocí los gritos: eran los patanes de nuestro grupo. No se cansaban de fastidiar hasta fuera de la escuela.

Me oculté debajo de la fuente. Misael los veía y permanecía quieto.

—¿Qué haces? Levántate. No tenemos que escondernos. Mejor vámonos antes de que lleguen.

—No nos van a dejar ir. Ya los conoces. Sígueme... —le dije mientras caminaba en cuclillas cuesta abajo hacia un arroyuelo seco atravesado por un puente. Lo hice tan rápidamente que no me detuve ni un segundo hasta estar abajo. Me di cuenta de que Misael nunca me siguió. Escuchaba más cerca las voces tan familiares de cuatro desagradables chicos junto con sus pisadas

torpes.

—¡Hey, miren!, es Somoza Pecosa. La verdad te distinguimos desde lejos. Tu cabeza zanahoria se nota donde sea; tu ropa de niñita, también —todos soltaron una fuerte carcajada.

Si me quedaba más tiempo ahí me descubrirían, pero tampoco podía dejar a Misael con ellos. No supe por qué, por cobardía quizá, me escabullí poco a poco dando pequeños pasos sin hacer ruido hasta subir cuesta arriba tras unos álamos de rojizas copas y gruesos troncos. Desde ahí pude ver y escuchar desde lejos lo que decían.

—¿Tu novio por qué huyó? ¿Le das vergüenza? Bueno, a cualquiera le daría, ¿no? —dijo el más grande y gordo.

—Sí, ¿quién era, Pecosa? Dinos —lo secundó el más larguirucho y feo de todos.

—¿Estás mudo, mariquita? Te hicimos una pregunta —con un tono más hosco el chico gordo tomó del naranja cabello a Misael y lo arrojó al suelo. Todos reían y lo celebraban. Yo sentía coraje. Quería aplastar sus cabezas con una roca, pero ni siquiera tenía la valentía de salir de mi escondite.

Misael se levantó e intentó irse. Los dos cómplices le cerraron el paso, y el sujeto gordo lo tomó del brazo mientras lo jaloneaba y hacía perder el equilibrio. De nuevo rieron.

—Vine solo. No había nadie conmigo. Déjenme ir.

De nuevo lo tiraron al suelo, y todos rieron celebrando la gracia de su líder al unísono. Esta vez Misael permaneció ahí. El largo brazo del chico más alto sujetó su muñeca. Luego volteó a ver a su compinche, quien se bajó el cierre y descubrió parte de sus genitales apenas visibles a la sombra de su gran panza. Entre todos pusieron de rodillas a Misael y le restregaron la cara entre la barriga y el pene del gordo. Otro de ellos se desabrochó el pantalón e hizo lo mismo. El tercero del grupo quiso imitar a sus compañeros, pero, apenas lo intentó, un chillido de dolor escapó de su garganta mientras asestaba una bofetada contra Misael.

—¡Me mordió! Puto maricón, ésta sí me la pagas —gritó mientras los demás reían y pateó en el estómago tres veces seguidas a Misael.

—¡Ya déjalo! Si algo le pasa nos culparán a todos —mientras se abrochaba el pantalón, los otros tres aprovecharon para amenazar a Misael, que yacía tendido en posición fetal.

Entonces parecían pelear entre sí, mientras uno de ellos maldecía aún por el dolor. Se fueron corriendo cuando escucharon un carro pasar por la

avenida que bordeaba la placita y el parque.

Mis manos y pies reaccionaron de manera cobarde una vez fuera de peligro. Corrí hacia Misael, quien ya se había levantado lentamente y reposaba de nuevo sentado en la fuente.

—¡Te dije que me siguieras! ¿Por qué te quedaste ahí? —le grité.

Misael tenía la mirada en el suelo y respiraba con dificultad. Me senté a su lado para esperar que recobrara el aliento e intenté poner mi mano en su espalda; pero Misael se apartó y se puso de pie. Con las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones cortos caminó a paso decidido y se fue. Le pregunté adónde iba, pero no me respondió. Después de unos segundos, lo seguí y logré detenerlo antes de cruzar la calle. Le dije cuánto sentía lo que había ocurrido o eso intenté, aunque no parecía ser una disculpa sino una tonta excusa. Él siguió sin hablar. Me inquietó demasiado su actitud, y no supe qué más hacer. Me sentía terrible por haber dejado que lo lastimaran, por no haberlos detenido. También había algo más que no supe identificar y era lo que más me dolía. Esa parte de mí nubló mi mente. Sabía que, si dejaba que cruzara la calle y fuera a casa, jamás lo volvería a ver, así que lo abracé muy fuerte, tan fuerte que le hice daño, pero él no me apartó ni tampoco respondió.

—Yo también te voy a echar mucho de menos si te vas —le dije cuando finalmente lo solté.

—Hasta luego, Elías —Misael tomó aire y por fin habló. Me dio la espalda y siguió caminando. Supe que ya no debía seguirlo.

Y ahora, muchos años más tarde, lo recordaba y temía saber qué era lo que estaba sintiendo; pero eso ni siquiera merecía ser parte de mis pensamientos. Sólo el hecho de haber decepcionado a alguien a quien, por alguna razón, sólo explicaba con el hecho de ser mi medio hermano, estaba empezando a tener tanta importancia en mi presente.

Si Fernanda me había indicado correctamente el lugar, Damián ya no tardaría en salir. Es más, ya se estaba tardando. Pensé que tal vez no había asistido o había utilizado alguna otra salida. Según ella, los martes lo podía encontrar ahí, cerca de las siete de la tarde. Tan ansioso estaba por verlo y disculparme que no le pregunté por qué o qué hacía ahí los martes. Era un pequeño edificio colonial de tres pisos, pero no parecía tener más salida que la misma entrada, así que sólo esperé.

Seis minutos más tarde, Damián abrió la puerta de cristal acompañada del tintineo de las campanas que cuelgan en las puertas. Luchaba contra una

gabardina negra, de la cual no encontraba la manga con su brazo derecho, y una mochila de piel colgada al hombro izquierdo le impedía la tarea. Dejó la mochila un rato en el suelo y se puso con movimientos bruscos la gabardina que sentaba perfecta en él. Después sacó el móvil de una de las bolsas delanteras de la mochila y se la colgó al hombro. Sonrió ante su celular. Tecleó algo en la pantalla táctil y se disponía a poner el auricular en su oído cuando me vio.

—Me debes una cena. La verdad es que yo te la debo a ti, pero quiero compensarla, aunque no quieras que te acompañe, por favor —le dije apenas me acerqué.

—¿Y por qué no había de querer “acompañarte”?

—Pues... no sé, ¿por la forma en que me porté anoche?

—Ah, sí, andabas de mal humor o algo.

—Discúlpame.

—Tal vez llegué en mal momento, como tú ahora, porque justo iba a llamar a Fer...

—¡No tardaremos más de veinte minutos, lo prometo! Un café solamente. Acompañame.

—Pero es que tenía pensado... ¿Te dijo Fer que me encontrarías aquí, verdad? —me cuestionó de pronto como si cayera en cuenta de algo importante.

—Pues lo averigüé.

—¿Eres detective o qué? Siempre apareces de la nada —sonreí ante su comentario sin saber qué decir—. Está bien, mi pretenciosa amiga tendrá que contarme muchas cosas cuando la vea. ¿Y adónde iremos?

—Oh, ¿eso significa que sí aceptas?

—Qué de otra —bromeó sonriendo, pero no con una de las sonrisas cansinas de antes. Esta vez fue una real y sencilla. Daba a su rostro otro aspecto, como otra persona. Había luz en ella también, aunque de una forma misteriosa. Algo más se escondía tras cada gesto, y eso era lo fascinante de Damián.

Una vez que tuve su consentimiento para ir a cenar o tomar algo con el fin de disculparme y saber cómo estaba, le dije que no se detuviera por mí, que llamara a quien tenía que llamar. Dijo que lo haría después, pero al final de todos modos terminó por llamar a su inseparable.

“¡Hola! ¿Qué te traes ahora, Fer?... Sí, aquí está, ¿tú crees?... Pues ya sabes, lo de siempre. Te cuento luego. Ahora tengo que colgar, ¿sí? Yo más,

bye”, fue lo que pude escuchar de la corta llamada mientras íbamos caminando hacia un lugar de comida corrida que Damián conocía. Supuse que mi persona fue uno de los temas de conversación, pero no quise hacer más interpretaciones.

En esa misma esquina encontramos lo que parecía ser un sitio bastante relajado para cenar algo y platicar. Al final, los dos terminamos pidiendo tan sólo un café. Damián aseguró haber ido un par de veces antes por la cercanía con el edificio del cual había salido hacía unos instantes.

—No quisiera parecer entrometido, más de lo que hasta ahora he parecido, pero... ¿qué haces ahí? —pregunté unos segundos después de que nos trajeron dos tazas con humeante contenido.

—Hacia mi servicio social. Solía ser una famosa librería. Todos los libros obligados para los cursos en la universidad los encuentras ahí. Es eso o conseguirlos por Mercado Libre. Con gastos de envío tienen prácticamente el mismo precio. Hace mucho era un centro cultural. El piso de arriba funcionaba como galería de arte y sala de conferencias, pero los dueños se fueron, y el lugar se convirtió en eso: una simple librería.

—¿Y ya terminaste tu servicio?

—Desde hace mucho. Ahora sólo voy porque los actuales dueños no tienen ni idea de cómo manejarla, y yo conozco más o menos bien el funcionamiento. Sólo voy los martes medio tiempo, y me pagan una jornada laboral de casi dos días. No puedo quejarme.

—Debes de entender muy bien el negocio para que te retengan y paguen eso.

—O ellos muy ineptos —ambos reímos mientras endulzábamos el líquido negro y espumoso. No supe si era la compañía o el viento helado que soplaba afuera, aunque los débiles rayos del sol intentaban templar la tarde, pero ese café era el mejor que había probado. El olor era igual de delicioso.

—¿No se suponía que ya estarías de vuelta a casa para estos días? —me preguntó después de hacer bromas acerca del nulo conocimiento literario de sus jefes.

—Se suponía, pero creo que he pospuesto mi regreso por un rato. Tengo que dejar algo listo antes de irme —le respondí casi en automático. Mi estómago se estrujó ante el reflejo inesperado por el nerviosismo de recordar mi actual situación: el dinero, que cada vez era menos, la promesa conmigo mismo de seguir avanzando, los pretextos a mi madre para no regresar y lo que le diría si no lo hiciera; pero, sobre todo, el remordimiento que eso me

generaría a futuro. ¿Soportaría estar sola por tanto tiempo? ¿Se acostumbraría a verme una vez al año o menos?

—¿Qué otra cosa tienes pendiente aquí? —me cuestionó consternado.

—Es algo que... no puedo decirlo aquí. Es complicado y no es el momento, tú sabes... —traté de sonar lo más convincente posible.

—Pues no, no sé en realidad, pero... lo imagino —dio un gran sorbo a la taza de café. Su mirada escaneaba cada uno de mis movimientos y expresiones. Yo fingía no darme cuenta, pero finalmente mis ojos se encontraron con los suyos e hicieron estragos en mi cuerpo, logrando que mis movimientos se desfasaran e hiciera cosas estúpidas como derramar un poco de café sobre mis dedos. Me limpié al instante con el pantalón para aparentar no sentir nada.

Damián no quiso decir mucho sobre el tiempo en que se había ausentado y lo preocupados que estaban Fernanda y Raúl. Sólo mencionó o dio a entender sus problemas con la tía Juliana, tema del cual ya había sabido más de la cuenta en los últimos días, así que tampoco pregunté. En realidad sentía que estaba ahí para ganarme su empatía nuevamente. Cada vez era más difícil encontrar en mi mente otra justificación, para mi interés, por la percepción que llegara a tener de mí, que no fuera la evidente relación que nos unía.

—Bueno, creo que la cena tendrá que ser en mi casa. No tengo muchos ánimos de estar hoy en lugares concurridos —terminó diciéndome después de un incómodo silencio, cuando los temas de conversación parecen llegar a una conclusión.

—No quisiera interferir en tus planes o lo que sea que hagas esta noche —afirmé cauteloso.

—Elías, es martes. ¿Qué podría hacer hoy en la noche? De cualquier modo, ya me voy.

—Te acompaño entonces.

Caminamos un poco. La noche era tranquila, y el frío seco complementaba su silencio y desolación. Las calles estaban desiertas, y las luces de las farolas parpadeaban constantemente, dejando tramos en la oscuridad donde sólo las siluetas eran visibles. Escuchaba nuestros pasos en el pavimento de una manera exagerada, como si de pronto el sonido del ambiente hubiera sido aumentado. Incluso podía oír el tintineo metálico de unas llaves en el abrigo de Damián.

De nuevo me encontraba frente a la casa de la recién desmoronada familia Arias. La luz de la estancia principal estaba encendida. Al entrar,

inmediatamente sentí esa comodidad de estar en casa después de haber caminado calles enteras entre el frío. A pesar de las circunstancias y especialmente esa noche, encontraba lo que no tenía desde hace ya mucho tiempo: una grata compañía que maximizaba mi propia existencia, traducida, a final de cuentas, en algo parecido a la felicidad. Después de todo casi olvidaba lo que esos segundos de plenitud regalaban. Entonces, sin darme cuenta, sonreí. Dos grandes ojos negros me contemplaban, y un placentero cosquilleo recorrió mi nuca y terminó en mi espalda.

—¿No has tenido la ligera sensación alguna vez de que lo que estás viviendo en determinado momento no está pasando en realidad? ¿Será que se sale de lo ordinario en tu vida? —pregunté de repente. Segundos después me di cuenta de que mi fortuita introspección rara vez era seguida por alguien más.

—Sí, ahora mismo lo siento de doble manera; primera, porque aún espero al despertar ver a mi mamá en la cocina... —hubo un intervalo de silencio en el que sólo lo observé mientras daba un mordisco al hot cake recalentado que él me había servido— y, segunda, en este instante que una persona como tú está haciéndome compañía en medio de todo este caos silencioso —terminó diciendo con algo parecido a una sonrisa en sus labios. Como era costumbre ya, la correspondí de igual manera.

Me sorprendió no tener que explicarme para que lograra entender a lo que realmente me refería con mi pregunta, a pesar de haber tomado una doble connotación para él: muerte y esperanza.

—¿Y Raúl? —pregunté dándome cuenta de su ausencia.

—Dormido o viendo televisión en su cuarto. Siempre se duerme con la tele prendida —respondió Damián indiferente.

Durante un instante sólo se percibían los quedos golpes de los cubiertos en el plato. Incluso sentí que se escuchaba a gran distancia el sonido de mi garganta al pasar alimento o el chocolate con leche que acompañaba la improvisada cena.

—Tenía otra cosa en mente, pero la verdad es que cuando la tía Juliana no viene no cocino mucho que digamos.

—Pues te han quedado muy ricos. Yo jamás he podido preparar hot cakes... que sepan bien —le confesé.

—Si los que yo hago te parecen buenos, entonces sí.

Damián limpió la mesa mientras yo esperaba sentado en la sala de estar. Prendí la televisión en un afán de romper el silencio nocturno que ya

comenzaba a ser poco tolerable, y en automático comencé a buscar alguna programación agradable dónde dejarla. Me encontré con demasiados cortes comerciales, mala música y películas pornográficas. Descarté todo eso como una opción para luego detenerme al encontrar lo que parecía ser una película o serie con algo de drama sobrenatural. No quise investigar qué más podía encontrar.

—Nada como las series de bajo presupuesto... ¿Se supone que eso es una clase de espectro o es un simio? —la súbita aparición de Damián hizo que me sobresaltara un poco. Se sentó a mi lado. Yo me retiré un poco para dejar espacio. Damián me observó extrañado.

—¿Por qué te alejas? ¿Huelo mal?

—Claro que no. Es sólo la costumbre. Invadir el espacio personal de alguien puede malinterpretarse —señalé con un fingido intelectualismo para que mi comentario no fuera tomado en serio.

—Es la cosa más estúpida que he escuchado. O sea, ¿qué interpretación podría tener que yo me siento así, tan cerca? —se movió tan rápido que en menos de un segundo ya estaba frente a mí a escasos centímetros de distancia, con su brazo y su pierna junto a la mía. Soltó una risilla y cambió de posición para verme de frente.

—Elías... ¿sí recuerdas qué pasó la ocasión en que me quedé contigo? —su pregunta me tomó totalmente desprevenido. Ya bastante me costaba mantener mis pensamientos claros ante su extraña forma de comportarse conmigo. Una gélida sensación atravesó mi pecho y me hizo soltar un extraño sonido gutural al intentar aclararme la garganta. Traté de disimularlo con una falsa tosecilla.

—Sí, ¿tú no? Veníamos algo mal. Nos quedamos dormidos.

—Sí, lo recuerdo, pero...

—¡Por suerte Fernanda nos llevó a mi habitación! Si no... hubiéramos despertado en la calle —lo interrumpí para evitar cualquier referencia incómoda de aquella noche.

Damián se volvió a acercar, y ésta vez no me moví. Mi cuerpo quedó paralizado igual que la última vez. Entonces, todas esas sensaciones y pensamientos contenidos desde aquella noche, bloqueados por un muro que en afán de aparentar normalidad había construido inconscientemente, todos esos pensamientos, atacaron a la vez. El muro se vino abajo dejando ante mí una ola de instintos y necesidades inexplicables.

Puso su mano en mi brazo y lentamente llegó a mi hombro para apoyarse

en él sin saber ya quién de los dos se había acercado aún más. De nuevo su respiración quemaba el aire que acariciaba mi rostro. Sentí por un momento mi piel erizada cada vez más susceptible. Podría jurar que una droga dentro se activaba ante el tacto de Damián, recorría rápidamente cada rincón de mi cuerpo y regresaba convertida en impulsos que en ese momento ya no podía ni quería detener.

Supe en ese instante que no podría soportar los ojos de Damián sobre mí. Bajé la mirada hasta cerrar los ojos, y, casi al instante, mis labios finalmente volvieron a encontrarse con los de él. No estaba seguro de si era mi cerebro quien lo interpretaba así o el azúcar del café, pero la sensación al contacto era dulce. Ya no había nada. Aquel momento ocupó todo en lo que un cuerpo humano puede funcionar, cada movimiento, cada respiro, incluso cuando no estaba sintiéndolo. Necesité más. Mis manos necesitaban tocar su piel y encontraron saciedad en el contorno de su cuello descubierto, en su rostro. Con el dedo índice recorrí sus labios mientras los míos volvieron a reclamar lo que resultaba la dosis perfecta para ser elevado más allá de los sentidos.

Un ataúd, flores, tierra fue lo que me hizo rechazar aquello que entonces encontraba casi imprescindible para volver a conseguir el bienestar que dominaba todo lo demás.

—Tengo que... tengo que decirte algo —interrumpí. Damián se frotó el rostro con las manos, como si acabara de salir de algún trance. Yo sentía lo mismo.

—¿Ahora?

—No creo que sea bueno hacer esto.

—¿Es por Jorge, no?

—De eso te quería hablar.

—Te sientes mal de estar con el hijo de tu amigo, ¿no es así?, porque digo, debió haber sido alguien importante para ti como para venir hasta aquí.

Yo mismo había llegado a esto. Entonces me encontraba en un callejón sin salida y tenía que decirle todo a Damián. Mi mente aún estaba siendo sometida por miles de sensaciones que dejaban una gran inquietud de estar haciendo algo incorrecto. Había cruzado el límite de todo; no sólo al permanecer ahí sin haber dicho antes la verdad, sino sintiendo lo que sentía. Fuera de ese hecho no sería la gran cosa, pero resultaba que me sentía atraído de toda forma posible por alguien que, aunque tratara de disfrazarlo, genéticamente era hijo del mismo hombre que yo. No encontraba cómo eso podía continuar o terminar bien.

—Ni siquiera me conoces. Eres algunos años menor que yo y...

—¿En serio es eso lo que te preocupa? Además, qué tiene que ver Jorge con esto. Ni siquiera era mi papá para empezar. La nostalgia o culpa que sientas no tiene lugar.

—¿Cómo dices?, pero tú y Raúl son hermanos, ¿no?

—A ver, sí, Raúl es hijo de mi mamá y Jorge... ellos se conocieron, se casaron, y yo ya venía incluido en el paquete con ella. Mi papá... bueno, a ése nunca lo conocí. Tampoco es algo que me quite el sueño. No me malinterpretes: Jorge no era un mal tipo, pero jamás lo conocí lo suficiente como para considerarlo mi padre. Además, estaba bastante ocupado cuidando a su verdadero hijo, Raúl.

—Ahora entiendo —una gran barrera invisible se había deshecho esa noche, y algo tan simple como eso cambió el curso de muchas cosas, en especial esa noche.

2
VIENTO

—¿Y qué es eso tan importante que tenías que decir? —la voz de Damián me regresó. No sé cuánto tiempo duré perdido en mis propias conjeturas y deseos, pero supuse que fue lo suficiente para continuar lo que hace segundos había pensado que era algo incorrecto.

—La verdad siento mucho lo que ha pasado, y no sé si sea el momento para esto... ¿Lo es? —mis palabras cada vez se limpiaban de cualquier culpa que pudiera sentir. De nuevo vi esa sonrisa que hacía mi pequeño universo detenerse por unos instantes.

—No quiero hablar de eso... Ya funcionaste como terapia y te lo agradezco. Ni siquiera con Raúl o alguien de mi familia he dicho lo que siento después de... lo que ha pasado, ¡con nadie!, sólo contigo y con Fernanda. Tal vez sea el hecho de que un desconocido entró en el momento adecuado con las palabras adecuadas —no sólo había perforado mis sentidos. Entonces todas mis emociones estaban difusas ante sus palabras. Sentía una dicha enorme al mismo tiempo que un extraño temor a lo desconocido y tristeza por las circunstancias de ambos.

A pesar de haber ocultado una vez más lo que pensaba decir —lo que por dentro sentía debía decir—, algo me impidió continuar. Entonces yo me acerqué cautelosamente, y Damián correspondió al instante. Sus labios ya eran míos esa noche. Podía sentir cómo respondían ante el mandato de los míos una vez más, dominados por lo que fuera que electrificara nuestros cuerpos. Era imposible separarme de él. Experimentaba algo parecido a la sed, sólo que no tenía saciedad alguna. Besar su cuello no era suficiente, ir directo a su pecho tampoco. No era lo mismo que antes había probado. Era otra dimensión. Cada que recorría su cuerpo tenía que volver de nuevo a sus labios para continuar con ello una vez más. Mi sed se vio sólo interrumpida por sus caricias, que me pedían dejara mi actividad y contemplara lo que sus alcances podían lograr.

El sofá era pequeño. Antes era enorme y en ese momento necesitaba espacio. Damián estaba encima de mí. Nuestra ropa había desaparecido en algún punto, pero no recordaba exactamente haberme despojado de todo. Entonces estaba ahí, desnudo, y él aún tenía puestos unos *boxers* grises, entallados a su grácil figura. Besó mi pecho y recorrió mi estómago. En un instante que no pude predecir, sus labios estaban sostenidos a la mitad de mi cuerpo. Algo estalló más allá de lo que pensé que podía llegar a sentir.

Fueron escasos minutos que yo concebí como segundos. Damián estaba de pie frente a mí indicándome el camino. Yo iba detrás mientras contemplaba sus glúteos moverse al caminar de una forma natural. Sus músculos respondían a sus piernas, y sin embargo yo dotaba ese simple acto natural de algo divino, porque él se acercaba a serlo.

La luz de la luna entraba directo por la ventana e inundaba las sábanas azules revueltas en la cama. Pensé en lo que estaba a punto de ocurrir, y ya estaba ahí. A pesar de saber lo que seguía después me resultaba sacado de alguno de mis sueños fortuitamente placenteros. Entonces dejé que mi instinto fuera el que decidiera y actuara. Casi había olvidado la sensación de estar lo más dentro posible en la mente y cuerpo de alguien.

Recorrí su cuerpo una vez más. Conté y besé cada parte de él. Cada textura en su piel se almacenó en la mía. De nuevo estaban sus labios esperando los míos, al igual que un autor espera el resultado de su creación. Los besé una vez más y con ello liberé una nueva sensación. Algo se activaba en el cuerpo de Damián y respondía de la misma forma que yo.

Toda esa energía irradiada entre los dos podría iluminar en ese momento la calle oscura, que era nuestro escenario tras la ventana. La luna nos brindaba la suficiente luz para apreciar el punto perfecto dónde comenzar y dónde terminar. De pronto, toda esa energía se concentró y fluyó entre los dos, y nos conectamos en uno solo, una vez tras otra.

No podía regresar al mundo. Debí haber durado suspendido una hora o más repasando cada acontecimiento de ese día y, en especial, la manera en que todo continuó. Nada perturbó mi plenitud en ese instante. Cada parte estaba completa y todo tenía una mejor vista; pero no podía durar para siempre. Mis ojos me pesaban un poco, y por la ventana veía el cielo, ya claro. Un manto de luz grisácea antecedió el inminente día que ya llegaba. Estaba en el mundo en ese momento, y una necesidad más grande lo había pausado todo: el sueño. Damián estaba junto a mí casi abrigado hasta la cabeza con las sábanas. Sus ojos, cubiertos por unos párpados oscurecidos, permanecían viendo tal vez a través de algún sueño ya. Todo estaba bien en ese momento.

Se había ido. Desperté de la misma forma en que me encontraba hace unos instantes, aunque el reloj indicaba que habían transcurrido horas ya. Eran las once de la mañana. Me levanté lo más rápido que pude y me sacudí el rostro con las manos intentando espabilar mi aún adormecida mente y cuerpo. Recorrí la casa descalzo para no hacer ruido por si se encontraba alguien en ella, pero nadie aparecía. Toqué varias veces a la puerta de la recámara de

Raúl. Nada. Los cuartos de baño, el patio trasero, la cocina, la sala de estar y el comedor, todo vacío. Un silencio en el interior de la casa era respuesta a mi búsqueda. Me vestí lo más rápido que pude y al intentar irme me percaté de que la puerta principal estaba cerrada con llave.

Busqué en el interior de mis bolsillos el teléfono celular, con la idea de que no fuera inoportuno llamarlo. Al encenderse la pantalla, una nota estaba abierta: “Siento haberme ido así. Se me olvidaba que tenía un asunto pendiente en el juzgado. Ya te contaré. Mis llaves están sobre el horno de microondas. Puedes irte si quieres y volver más tarde. Si es así, llámame”. Habría sido más fácil escribir una nota convencional y dejarla sobre la cama. Fue inevitable no encontrar referencia con esas películas en las que el amante se va mientras el otro duerme. Esto era sin duda un acontecimiento más agregado a mi lista de sucesos inusuales que rompían la rutina.

Ese día fue uno de los más tediosos que tuve. Pasó todo y nada en un instante. Mi mente divagaba y se perdía constantemente entre imaginaciones, hechos y suposiciones sobre todo: sobre mí, sobre Damián, sobre lo que debía hacer y lo que no. No quería parecer inoportuno y terminé siendo más que eso. Ya había hablado más de tres veces a casa de los hermanos Arias, y, en todas ellas, Raúl me contestó y me dijo lo mismo: Damián aún no había vuelto. Lo llamé a su celular, pero no contestaba. La última vez que lo hice opté por dejar un mensaje de voz y, para garantizar mi comunicado, envié varios textos. La idea de no parecer insistente se había esfumado dadas las circunstancias.

Qué pena me daba. Arrojé el teléfono al suelo alfombrado y me recosté sobre la cama. Caminé tanto en círculos que me dolían los talones de los pies. Sin darme cuenta había fumado ya casi una cajetilla entera de cigarrillos. Me preocupaba lo que pensaba Damián de todo esto. Tal vez se había retractado conmigo y entonces me estaba evitando. ¿Pero retractarse de qué? Analicé mis pensamientos y encontré aquello ridículo, sobre todo teniendo cosas más importantes que solucionar de una buena vez, por ejemplo: mi actual e imprecisa situación. Tenía que hacer algo rápido si planeaba quedarme aquí más tiempo, y eso implicaba confesar el parentesco familiar que había funcionado como trampolín hacia el presente que entonces me abrazaba, cada vez más fuerte.

El agudo sonido me sobresaltó exageradamente. Agradecí haber estado a solas y que nadie viera mi reacción. El sonido inconfundible lo emitía el desgastado teléfono celular. Casi como un resorte me puse de pie y recogí el

móvil del suelo. Ni siquiera vi quién era por temor a que se perdiera la llamada. Tan sólo contesté.

—¿Estás en tu habitación del hotel... Elías? —su voz resultó reconfortarme, más de lo que había imaginado, tanto que me quedé sin habla por un segundo.

—Sí, sí, aquí estoy —dije finalmente con una extraña vocecilla. Después la llamada se cortó.

Antes que pudiera pensar cualquier cosa, tres quedos golpes llamaron a la puerta. Abrí inmediatamente sin siquiera preguntar. Lo que el sol dejó y la luna trajo era el protagonista perfecto para que las estrellas cayeran una a una, cubriéndolo todo de luz nocturna, dejando intacta su aura con la cual iluminaba mi voluntad, voluntad que entonces me hacía ser la noche donde él dejaba reposar su cuerpo dominado por la luna que coronaba su cabeza, la cual él opacaba en nuestro cielo.

Damián sostenía en una mano su teléfono celular, y con la otra peinaba su revuelto cabello. Al verme, una sonrisa se dibujó en su rostro, una real que no conocía hasta ese momento. Sus dientes blancos y un tanto escalonados creaban una sonrisa peculiar, que en ese momento ya eran parte de mis más grandes hallazgos. Le daba gusto verme, y a mí me había llenado de algo más que felicidad verlo una vez más.

Se quitó la gabardina color camello que traía puesta mientras un largo suspiro inflaba su pecho. Yo lo veía sin parpadear y seguía sin entender lo que estaba pasando. Era imposible tratar que mi mente lo descompusiera, interpretara o moldeara; pero era tan fácil de sentir que llegaba a asustarme lo blando y vulnerable que aquello me dejaba, pero a la vez tan fuerte y lleno de impulso. ¿Tenía sentido?

Toqué su rostro como apreciando una obra de arte que nadie había comprendido aún, descifrando cada curva tallada en sus facciones. Sus pupilas, iluminadas por la lámpara, destellaban un brillo que absorbía las mías y llegaba directo a un lugar donde se almacenaba toda esa energía fabricada por él, un sol creciente que necesitaba ser alimentado por su creador solamente. Sostener esa mirada era fácil gracias a esa conexión, entendida solamente con los sentidos y transportada por ellos hasta un lugar donde todo permanecía elevado. Sus labios al tacto eran la corteza de un fruto que no existía, pero conocía bien su sabor. Sus ojos permanecieron entrecerrados, y yo retiré mi mano de su rostro lentamente hasta despedirlo con las yemas de mis dedos, como si nunca quisieran separarse. Él atrapó

entre sus labios, húmedos en el interior, mi pulgar para invitarme a sentir y recrear lo que la luna de ayer me había regalado y esa noche quería engrandecer aún más.

Lo besé sin respirar por largos segundos, minutos tal vez. No había tiempo para medir mis actos. Damián respondía y se estremecía en mis brazos indicando un nivel más hacia el paraíso. Comenzó a respirar con agitación mientras se quitaba desesperadamente los pantalones, como si la ropa le causara una reacción alérgica en ese momento. Yo sentía exactamente lo mismo. Me separé de él por un instante en que mi mente pudo ver por una rendija la realidad, igual que un artista se detiene para ver el curso de su obra antes de continuar y decidir qué será lo siguiente.

—Discúlpame... yo. No sé —dije justificándome falsamente.

—Está bien —respondió.

—¿Qué está pasando, eh? —le pregunté mientras sonreía, casi sin filtrar la pregunta que había salido directo de mi mente.

—Lo que esté pasando ojalá no termine pronto —y me miró con esos ojos envueltos en el brillo creacional de mi sol interno. Entonces había una tormenta dentro que me quemaba.

Fue como continuar lo que el cuerpo físico no pudo seguir hace un día. Ser humano era insuficiente en ese momento, y cualquier acto por satisfacer al sol resultaba sólo en incrementar su poder e insaciabilidad, una y otra vez. Descubrí que, a final de cuentas, lo importante era la dosis aplicada, aunque no fuera suficiente. Encontrar la indicada era inútil.

—Tengo que volver a casa. Desde ahora no me sorprendería que mis movimientos fueran vigilados —comentó finalmente una vez que mi sol interno permaneció plácido.

—Has estado pasándola mal, ¿verdad?

—¿Más? Sí... —era como un niño tratando de explicar una tarea muy difícil.

—Puedes contarme si quieres, y si puedo ser de ayuda... dímelo —le dije intentando aminorar el peso de su carga. Me sonrió otra vez.

—Resulta que Juliana sigue con la idea de llevarse a Raúl. Como no ha podido, dice que yo estoy incapacitado, que sufro de depresión y un sinnúmero de padecimientos emocionales, y que mi estilo de vida no es un buen ejemplo, como si mi hermano fuera un niño pequeño.

—Su ayuda parece más bien sabotaje.

—Explícale eso al juez... Como sea, ahora debo asistir a una terapia

psicológica para evaluar mi estado, al menos dos veces por semana, obligatoriamente.

—Raúl te necesita, aunque no lo diga... Eres su única familia directa en estos momentos. No es que sea mi asunto, pero... deberías tratar de acercarte a él. No puede ser tan malo después de todo.

—Eso intento, lo cual me recuerda que ya es tarde. Debo irme.

—Sí, dejarlo solo tanto tiempo no ayuda... Perdón por mis múltiples llamadas, pero no sabía qué había pasado después de tu nota poco práctica.

—Fue lo único que se me ocurrió en ese momento, con las prisas —Damián se vestía, y yo lo contemplaba como si viera el final de una película que me ha dejado queriendo saber qué pasa después.

—Saluda a Raúl de mi parte —le dije mientras él abría la puerta y esperaba a que se fuera. Se detuvo un instante y me besó. No lo esperaba. Lo retuve un momento más para alargar ese perfecto instante antes de verlo ser engullido por la noche prematura de nuestro refugio.

Los días que precedieron tenían una cosa en común: sus ojos negros siempre presentes y mi sol creciente palpitando dentro hasta hacer mis oídos crujir. Había momentos en los que todo lo ocurrido se separaba del presente y nos dejaba expuestos ante una situación cotidiana. Era tanto encantador como aterrador, pues en muchas ocasiones me di cuenta de lo poco que sabía de la persona que en ese momento ocupaba la mayor parte de mis pensamientos, lo cual castigaba mi mente, la cual luchaba por darle el lugar correcto en el rompecabezas con piezas faltantes que era imposible armar de una forma coherente.

Acompañaba a Damián en las muchas actividades que éste realizaba día con día. Incluso cuando no había nada por hacer, estaba ahí, acompañándolo en el silencio o en la nada de un día vacío, cambiando los rincones de lágrimas por palabras y anécdotas inspiradas en el momento a su lado y los eventos creados.

Casi siempre me reportaba los avances que había tenido con su psicólogo, y el flujo que había tenido cada una de sus sesiones desde que comenzaron. Juliana seguía muy pendiente del asunto e incluso más de una vez realizaba visitas sorpresas por la noche para comprobar si Damián estaba en casa. Aquello comenzaba a molestarme más de lo normal. Después de todo, no era algo que me perjudicara directamente, pero sí a él.

Damián había logrado que me cedieran el trabajo que él ocupaba en la librería, lo cual, aunque me negué rotundamente al inicio pensando que podía encontrar otra cosa por mí mismo, al final terminé por agradecerle. Él replicaba que de cualquier modo ya no podría seguir asistiendo. Los fines de semana, sin embargo, conseguí un trabajo como mesero en un bar escondido entre edificios de concreto color gris. Tan pronto tuve algo de dinero extra comencé a moverme con un poco más de seguridad por mi nuevo lugar de residencia, que al parecer no cambiaría por lo pronto.

Cada que podía llamaba a mi madre, a pesar de la lluvia de preguntas que eso me traía. No daba muchas explicaciones, tomaba mis trabajos como pretexto para quedarme aquí y mentía sobre una posible oportunidad de conseguir un mejor puesto. En un inicio, ella no estaba contenta con la situación, y varios días dejó de responder a mis llamadas. Aquello me hacía sentir terrible, pero dar vuelta atrás era algo ya inconcebible. Después, no tuvo más remedio que aceptarlo. Fue un gran alivio poder escuchar de nuevo

su voz que me deseaba que todo estuviera bien.

Raúl se había acostumbrado tanto a mi compañía que comenzaba a contarme sobre sus aficiones, los torneos que habría en su escuela y lo mucho que se le dificultaba obtener cierto prestigio como jugador en las largas sesiones de videojuegos de las cuales también me hacía un miembro partícipe cada vez más activo. Incluso comenzaba a tornarse divertido. En una ocasión alquiló películas de superhéroes y un nuevo juego competitivo de artes marciales, con personajes caricaturizados y nada realistas. Él, por supuesto, me contaba cada una de las hazañas, características y origen de cada uno. Fue inútil retener algo de todo eso en mi memoria, especialmente los planetas de los cuales eran originarios. Recuerdo haber tenido cierto parecido con él, cuando era niño. Me gustaba leer algunas series de cómics que aún conservaba en mi vieja habitación tan lejos de ese lugar, donde la justicia era algo inmutable y su sentido cobraba vida ante las acciones de su protagonista, el cual siempre trataba de salvar la ciudad que era legado de muchas historias en la cual se había formado y crecido; actos heroicos que siempre resultaban un peligro para su vida personal, en la cual no bastaban los súperpoderes para salir siempre ileso y tener a todos aquellos que quería a salvo.

Recuerdo las tardes después de la escuela yendo a la única tienda de revistas y cómics, ubicada junto a un local de tatuajes, sólo para conseguir el siguiente número. Misael solía acompañarme casi siempre, aunque no compraba nada. Mi cerebro se detuvo antes de rebobinar las memorias en mi mente, claras y nítidas aún. Su piel, enrojecida ante el sol del mediodía y salpicada por diminutos puntos naranja, su mata de cabello rojizo sin forma y abultado hacia un lado, su inconfundible andar silencioso... ¿Me recordaría aún, tal y como yo lo recuerdo a él? La pregunta tomó por sorpresa a mi presente, se quedó sin respuesta y fue engullida por la nube de recientes acontecimientos.

Uno de los días más perfectos y simples fue cuando Raúl llegó de la escuela con las tres primeras temporadas de una serie, la cual también Damián acostumbraba ver, uno de los pocos gustos que los hermanos Arias compartían, según Raúl, cuando las cosas iban mejor para la pequeña familia, mucho antes de que todo terminara con dos ataúdes, dos huérfanos y una tía queriendo separarlos. Damián había alquilado la primera temporada en un videocentro cercano, y la habían visto toda en sólo tres días. Contaba el drama de un pequeño grupo de sobrevivientes a un ataque viral que había dejado la ciudad y el mundo en caos, un escenario postapocalíptico que, al

parecer, muchos disfrutaban.

Fue casi increíble ver un atisbo de empatía entre ellos, como dos viejos amigos al reencontrarse en una zona de confort en la que pueden ser ellos mismos, sin agentes externos que alteren su comportamiento o interacción entre sí. Lo mejor de todo es que yo podía ser parte de ello en esos momentos. Vieron de nuevo la primera temporada con el fin de que yo la conociera y comprendiera mejor las demás. Así fue como ese día transcurrió tan sólo en estar sentados frente a la pantalla viendo capítulo tras capítulo, que, debo admitir, atrapó mi atención e incluso llegué a sentir la misma emoción que Raúl y Damián. En cuanto me surgía una duda sobre el desarrollo de la historia o algún aspecto importante, Damián me daba santo y seña de cada cosa. Tan sólo hicimos una pausa para comer y platicar. Los hermanos ordenaron dos pizzas enormes. No recuerdo haber comido tanto y sentirme así de satisfecho.

Pasaba la mayor parte del tiempo en casa de los hermanos, y, cuando Juliana llegaba a sorprendernos, Damián me hacía permanecer en su recámara para no levantar ninguna clase de sospecha o represalias. Ya era suficiente con que me recalcará de forma irónica las veces que dije que me iría de ahí en pocos días, y después de casi dos meses comenzaba a ser molesto tener que encontrar alguna explicación o justificación para su mordaz necesidad de explicaciones; sin embargo, eso no le impedía preguntar por mí y la temporalidad de mi estancia cada que podía a Damián y a Raúl.

Por otro lado, no había corrido con la misma suerte de Damián y asistía a la librería no sólo los martes, sino también los miércoles y jueves. Aquello no me molestaba en absoluto, pues me mantenía un poco más ocupado. Había ya hecho inventario de casi todo lo más relevante en existencia, ordenado libros por género y autor, todo alfabéticamente como debía estar en los estantes. Los jueves, en ocasiones, tomaba algún pedido y llegaba a tener la visita de los dueños del lugar, sólo para corroborar que todo fuera en orden. La paga no era la misma que tenía Damián, pero sus recomendaciones me permitieron mantenerla aunque por más horas. De cualquier forma, no parecían tener queja alguna de mi trabajo. Las ventas parecían ir muy bien, pues, a pesar de no tener conocimientos en contaduría, la mayor parte de los ingresos, como el mismo Damián había dicho, provenían de grandes pedidos de libros educativos y teóricos sobre distintas materias para las universidades de la ciudad; cada título igual de costoso. Pocas veces, algún adulto o adolescente se acercó a buscar alguna novela clásica o contemporánea. No sé si estuviera

permitido, pero ya había comenzado la lectura de aquellos que más me interesaban cuando no tenía nada que hacer. El tiempo pasaba casi sin notarlo, mientras me encontraba en aquel edificio donde el silencio transportaba imágenes que las palabras leídas difuminaban contando una historia.

Había ya desocupado parcialmente la habitación de hotel que tuve por todo ese tiempo y llevé mi pequeña maleta a la habitación de Damián, escondida en el clóset, pues la mayor parte del tiempo me quedaba ahí a dormir. A Raúl ya no le sorprendía que fuera un huésped más, pero, para no hacerlo una constante, cuando llegábamos a salir por la noche y regresar tarde, Damián le mentía diciendo que yo me había quedado en mi habitación del hotel cuando en realidad estaba ahí esperando salir una vez que Raúl se fuera al colegio. Damián incluso había comenzado a retomar las clases faltantes que tenía de sus cuatrimestres pendientes, razón por la cual dejó el trabajo que cómodamente había conservado y que entonces yo preservaba. Era algo relajante poder compartir todas esas historias leídas con él y los personajes más interesantes. Nos recomendábamos los libros que cada uno había leído y consideraba buenos e intercambiábamos siempre una distinta opinión con alguna similitud. Ésa era la mejor forma de conocerlo más.

Caminaba con pasos rápidos, aunque tenía tiempo de sobra para llegar a la hora indicada. Las nubes azul grisáceo en el cielo no eran buena señal. Más de un estridente y alargado chasquido tomaba por sorpresa a los grupos de chicas adolescentes con uniformes blancos y azul marino, quienes emitían gritos agudos ante el sonido originado por el choque de las nubes. Asustadas continuaban con su camino parlotando cosas sin sentido al mismo tiempo y en voz alta. Había prometido a Damián pasar por él a la universidad donde estudiaba. Aunque ya conocía el camino de memoria, prefería estar ahí tiempo antes.

Damián caminaba con una agujeta desabrochada en su zapato derecho. Parecía no importarle, y, al verme, apresuró un poco el paso apretando los labios para esconder su sonrisa; con una mano se acomodaba el cabello como usualmente lo hacía de forma repetida y descubría a medias su frente que el viento se encargaba de cubrir nuevamente; sujetaba un tirante de su mochila con la otra mano. Yo lo esperaba recargado en un poste del otro lado de la calle y fingía no observarlo tanto.

—¿Qué hago para merecer tanta puntualidad? Disculpa que me haya tardado. Nos entretuvieron al final de la clase —se disculpó. Yo apenas noté

que ya habían pasado veinte minutos después de la hora pactada.

—Ni siquiera me di cuenta —respondí sin dejar de ver sus ojos.

—¡Quiero proponerte algo! —su rostro sereno se vio asaltado de pronto por una expresión efusiva y de emoción que no recuerdo haber visto antes.

Me contó que un grupo de música, del cual yo sólo conocía tres canciones, se presentaría cerca de la ciudad junto a otros más. Había planeado ya la forma en que nos iríamos, la hora y qué días. Aquello me tomó desprevenido, y no supe qué decir al instante; pero sin pensarlo acepté.

—¡Perfecto!, porque ya tenía apartados los boletos. Si no ibas tú le diría a Fer.

—¿Y si ella tampoco pudiera ir?

—Entonces iría solo —dijo resuelto mientras esbozaba una sonrisilla burlona que me hizo, sin razón aparente, tomarlo de su nuca y despeinarlo. Él me apartó con un ligero empujón. Una pareja nos veía con ojos de admiración como si vieran a dos niños haciendo algo increíble o reprobatorio. Los dos reímos frente a sus rostros rígidos.

Cuando le contamos a Fernanda nuestro plan de escape por un fin de semana se sintió traicionada, pero no porque ella quisiera acompañarnos, sino porque uno de esos dos días coincidía con una celebración que ella y sus amigos habían organizado para festejar el cumpleaños de alguno de ellos, al cual no conocía.

—Tienen que estar aquí el sábado por la tarde. No quiero excusas. Los veo ahí a las siete de la tarde —nos señaló mientras nos lanzaba miradas determinantes a ambos.

—Pero si por alguna razón no pudiéramos...

—Por ninguna razón dejarán de asistir. No hay más que decir —interrumpió Fernanda con un aire autoritario, de esos que los líderes y organizadores poseen.

Terminamos por aceptar y no refutar sus mandatos, pues, según Damián, era imposible contradecirla cuando ella preparaba o realizaba algún evento planeado, y de no asistir buscaría cualquier excusa para recordárnoslo a ambos cada que pudiera; eso sin contar su inminente enfado provocado por la ofensa de nuestra ausencia, deliberada o por estar imposibilitados. Conocía poco a Fernanda, pero era gracioso ver la seriedad con que trataba temas como el uso de su vestimenta, los detalles de su arreglo, las reuniones sociales y en general todo aquello que la hacía ser casi una celebridad.

Un grupo de fanáticos se había reunido ya para rentar un autobús que nos

llevaría de ida y regreso al lugar del concierto. Ni siquiera sabía que yo ya estaba inscrito. Damián se había hecho cargo del menor detalle. Tenía eso en común con Fernanda cuando algo importante estaba de por medio. Raúl, en complicidad con nosotros, tomó la iniciativa de quedarse a dormir esa noche en casa de Abril, con Juliana. La idea no me agradó tan sólo por estar involucrada ella, pero, analizándolo detenidamente, era lo mejor, pues, aunque Damián y yo pasábamos la mayor parte del tiempo con él, si Juliana se enterara de que mi aliado lo había dejado solo por dos días, las cosas no terminarían de lo mejor, sobre todo si tomamos en cuenta que Juliana se había convertido en una ave de rapiña y esperaba un descuido para cumplir su objetivo que yo no lograba entender, salvo por el evidente hecho de no querer en absoluto a Damián. Después de todo, él no representaba nada para ella ni había un parentesco real entre ambos.

Todo salió según lo planeado. El viaje había sido bastante gratificante, y, a pesar de que sólo duró tres horas, yo había llegado un poco cansado y con dolor de cabeza. Damián no dejaba de recordar sus partes favoritas del evento y cantó todo el camino en voz baja, extasiado aún por todo. Intenté dormir, pero fue imposible por el ruido del viejo motor bajo mis pies y las voces que se interponían unas sobre otras en voz alta y baja. Algunos gritaban de emoción expresivamente en respuesta a algún comentario. La adrenalina compartida no me había contagiado de sobremanera para estar en el mismo canal emocional que todos, ni siquiera en el de Damián, que se contenía un poco más.

Había disfrutado todo el concierto entero de pie las dos horas y media. Al menos yo y Damián compartíamos el mismo gusto musical. Durante la primera hora terminamos arrastrados en una ola de gente por los empujones de los más efusivos. Por suerte, la multitud se calmó una vez que todo estaba ya empezado. Habíamos avanzado bastante y nos encontrábamos muy cerca del escenario debido a los trompicones propinados en cada aventón. Al terminar fue difícil encontrar la salida. El autobús partiría al amanecer. Rentamos una habitación de la cual no recuerdo más que las sábanas color azul desvanecido y la vieja pintura de un velero errante entre olas marinas. Nos dormimos al instante y, aún bostezando, ya estábamos en nuestros respectivos asientos de regreso.

Cuando estuvimos de vuelta en casa de Damián, Raúl ya estaba ahí. Nos explicó que su tía no había tenido ninguna sospecha de nuestro escape y que todo estaba bien. Le contamos a grandes rasgos la travesía y los puntos más

importantes de ésta, según Damián. Tan pronto vimos el reloj, nos enteramos de que ya era muy tarde. Después de haberme duchado y elegir lo que me pondría para ver a Fernanda y sus invitados, me sentí un poco apenado. No tenía nada realmente presentable, y la camisa que más usaba ya me la había visto por lo menos unas diez veces. En un inicio, no me resultó relevante, pero entonces resultaba vergonzoso. Tenía que comprarme algo más de ropa los próximos días. Me quedé viendo pensativo la maleta abierta.

—¿Quieres que te preste algo? Hay mucha ropa que yo no me pongo ahí en el armario y que en ti luciría mejor —se ofreció Damián cuando notó mi semblante.

—¿Mejor que a ti? Eso lo dudo —respondí casi sin meditar la proyección de esa atracción que sentía por él. Sonrió al instante mientras levantaba sus marcadas cejas.

Hacía mucho no estaba con él de la forma que en un inicio nos permitíamos. Aquello seguía siendo confuso. El rompecabezas seguía sin armarse, y el sol interno que sólo él podía hacer brillar se mantenía encendido cada que estábamos juntos, alumbrando un poco más mis noches oscuras en las que no hay lugar para nada más que el sinuoso camino hacia una resolución que no quería saber. Me detenía a ver lo mucho que había avanzado constantemente, y eso causaba en mí una sensación de nerviosismo, adrenalina y miedo. Recordar mi lugar ahí hacía que cualquier cosa que estuviera pensando se desvaneciera, al igual que construir una pirámide de naipes bajo una hélice en la que el viento soplaba constantemente para derribarla y hacerme ver una vez más la realidad. ¿Cuánto duraría? Aquello me asustaba, y llegué a pensar que lo mejor era no involucrarme mucho en los asuntos de aquella familia rota. ¿Y cómo no hacerlo? Entonces ya no podía simplemente dar la vuelta. Damián buscaba mi presencia, y lo que más causaba mi consternación era ver que no importaba si sólo estaba en silencio a su lado, pues aun así le gustaba permanecer conmigo. Había guardado una infinidad de caricias en mis manos, ahogando en mis labios palabras que querían ser pronunciadas, que querían morir al contacto con su boca. Muchas veces incluso mi pensamiento dejó caer un “quiero estar contigo” que luchaba por ser concebido en tres sencillas palabras, dichas en el silencio de nuestra existencia compartida.

—Sí, me harías un gran favor. ¿Tú qué me recomiendas que use? Es tu ropa, después de todo —respondí una vez que mis pensamientos fueron sosegados por sus ojos.

—Tu piel es clara, pero mucho menos pálida que la mía. Yo te recomendaría esta camisa blanca y este saco beige con un pantalón negro que está aquí abajo —recomendó mientras me señalaba con una mano las prendas que no lograba ver entre toda la indumentaria apilada, colgada en una hilera de telas entre colores oscuros y algunos claros.

Rápidamente sacó cada una de las prendas del cúmulo de ropa y formó un armónico atuendo que definitivamente usaría esa noche. Había luchado por estilizar un poco más mi cabello que en otras ocasiones. Damián se encargó de hacerlo lucir mejor. Se había adjudicado el puesto de mi asesor de imagen en esos momentos, y yo no opuse resistencia alguna.

—Dios mío. ¡Qué bien se ven! ¡Lucen muy guapos! —exclamó Fernanda al vernos después de un leve grito, pero lo bastante efusivo para desconcertarme en esos momentos, dado que no sabía si ocurría algo malo o sólo se trataba de una expresión.

Tan pronto entramos, más de uno de los pocos invitados que estaban presentes en esos momentos saludaron a gritos a Damián e hicieron comentarios incomprensibles para mí. Algunos más le decían cosas como “qué bueno que pudiste venir” o “¿cómo has estado?” Supuse que al menos a ellos no lo habían visto en mucho tiempo. Después de soportar un largo momento incómodo, de pie, ante la mirada de todos, fui formalmente presentado. Agradecí sólo tener que simular un saludo general y no tener que pasar por un “mucho gusto” personalizado para cada uno de ellos.

Damián parecía incluso más alto. Traía puesta una chaqueta azul marino encima de un delgado suéter negro y un pantalón de mezclilla entubado lo bastante ceñido para resaltar algunas formas en su cuerpo, que muy bien recordaba cuando sólo su piel clara y desnuda las hacía visibles. Aquello divagó en mi mente por un buen rato y después desapareció cuando otro pensamiento me asaltó, acompañado de una desagradable sensación ante lo que veía.

—¿Ya conocían a Héctor? —anunció Fernanda, precedida por ese sujeto que me veía siempre de manera apática y desafiante. Cualquiera pensaría que teníamos alguna cuenta pendiente. Héctor cambió por un momento su semblante y fingía terriblemente al hacerlo. Saludaba a cada uno de los ahí presentes con aires de interés en ellos y el lugar. Al llegar conmigo sólo levantó sus delgadas cejas albinas, asintió la cabeza para intentar parecer amable y estrechó mi mano rápido y fuerte. De esa forma cumplió con un obligado saludo. Observé en un intervalo de segundos su aspecto un poco

mejorado. Al menos en ese momento no parecía un *punk* drogadicto. Había cambiado sus pantalones con estampado a cuadros por unos color negro menos ajustados y una gabardina gris. No lo habría reconocido de no haber sido por su singular corte de cabello y sus cejas casi inexistentes mezcladas con su color de piel.

La luz se apagó, y mis ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad apenas atenuada por la luz del exterior que se filtraba a través de las ventanas. El sonido de un automóvil y los faros acercándose al lugar alertaron a todos.

—No hagan ruido cuando esté entrando que tiene que ser sorpresa — indicó Fernanda desde la puerta para callar a quienes aún preguntaban qué estaba ocurriendo.

La silueta de Fernanda regresó rápidamente acompañada por el inconfundible “clac, clac” de sus zapatos de tacón. Inmediatamente, la sombra de alguien pasó por la ventana, y, después, sólo se percibía el sonido metálico de unas llaves que entraban y movían el cerrojo. La puerta se abrió y cerró. Unos pasos avanzaron, y alguien encendió la luz. El rostro de quien llegó pasó en un segundo de la normalidad a un claro asombro cuando todos gritaron: “¡Sorpresa!”

Después de saludar a todos y contar los detalles de su impresión, el aludido y cumpleañero, al cual no conocía, se retiró un momento escaleras arriba para cambiarse, o eso había escuchado. Traía puesto el uniforme de alguna empresa con una camisa blanca percutida y un logotipo bordado del lado derecho del mismo color que su corbata. Una pista electrónica a un volumen alto despidió el silencio anterior. Todos se dispersaron entre la barra de la cocina, la sala de estar en la que aún me encontraba yo y el comedor ubicado frente a ella. Damián platicaba con Fernanda y Héctor mientras yo fingía interés en su conversación sobre los ahí presentes y bebía una cerveza.

La reunión continuó con una sesión de karaoke bastante aleatoria, desde temas clásicos del pop y rock de los setentas hasta música regional. No estaba del todo aburrido, gracias a Damián y Fernanda, quienes me hacían partícipe de todo lo que realizaban y decían. Era difícil sentir empatía por todos los ahí reunidos que desconocía y, siendo sincero, ninguno parecía interesado por mi presencia en ningún sentido, salvo uno de ellos, que, en vista de su notable aburrimiento, pensó que tal vez tendría algo interesante que decirle. Su nombre era Luka y parecía mayor a los demás. Sus temas de plática, aunque cotidianos, eran al menos un poco más interesantes que los del resto. Comentó que estaba a punto de salir ya de su carrera en Derecho Jurídico y

que pronto estaría ejerciendo, pues su padre era un abogado bien pagado que tenía ya resuelto su futuro profesional y laboral. Cuando me detuve a preguntarle si era lo que él quería, me sorprendió su respuesta.

—No es lo que tenía en mente. Antes de eso cursé algunos semestres en artes plásticas. Lo sé: jamás lo habrías imaginado, ¿no? Después intenté diseño, como Damián, pero no se me daba nada de eso. No tenía claro si era un hobby o mi vocación hasta que hice caso a mi papá y entré a estudiar derecho. Me gustó más de lo que pensé, al menos cuando lo ves desde un enfoque más humanista —Luka se explicaba con mucha naturalidad, como si hablara con alguien que ya conocía.

Permanecimos un rato en silencio debido a un discurso, por parte del cumpleaños, dirigido a todos los presentes en agradecimiento a su asistencia. Los demás lo celebraron, y dos chicas en estado alcoholizado se abalanzaron sobre él para abrazarlo.

—¿Alguna chica por la cual hayas venido? —Luka preguntó para hacerme la plática mientras veía a los demás.

—No, la verdad es que no —respondí incómodamente. No veía venir el tema, pero, en un evento así, era de esperarse.

—Muchos aquí pensaban que tal vez eras el nuevo tras Fernanda. ¿Toda una hermosura, eh?

—Sí, muy bella, pero no, supongo que tiene a muchos intentando llamar su atención —dije para tratar de ser lo más imparcial en el asunto mientras veía cómo Damián reía ante algo que comentaba entre Fernanda y uno de los invitados.

—Yo lo conocí por Fernanda. Es una lástima lo de sus padres, por cierto —Luka señaló a Damián para indicarme de quién hablaba. Rápidamente cambié de postura ante su comentario. Ese hombre sí que era observador. ¿Estaría ya sospechando algo? Justo cuando me planteaba esa posibilidad, Luka me observó como alguien que acaba de entender un problema complejo con su ceño fruncido y una ceja curvada. Luego vio una vez más a Damián y soltó una risita cínica, se aclaró la garganta después y volvió a la conversación anterior.

—Pues ese idiota de ahí no la deja ni a sol ni a sombra. No entiendo qué le ve ella, ¿lo raro que es? —al instante supe que hablaba de Héctor, sentimiento que al parecer compartíamos, aunque yo no estaba seguro de por qué. Luka, en cambio, además de notar que algo andaba mal con él lo veía como un obstáculo, y era evidente la razón.

—Lo sé, es un tipo raro... No me cae del todo bien y no tiene nada que ver con su aspecto. Ahora que lo mencionas, tienes razón: pocas veces se separa de Fernanda.

—Espero que no esté considerando nada con él. No creo que sea el tipo de mujer a la que le atraigan los patanes.

—Ni yo —a decir verdad, nunca me lo había preguntado.

—¡Bueno!, dicen que no hay peor lucha que la que no se hace, así que... si no te importa, haré el intento una vez más.

—Adelante —lo animé tratando de no reír al ver que con dificultades se ponía de pie, en parte por el efecto de permanecer sentado mucho tiempo hundido en aquel asiento y por la bebida que sostenía en su mano, la cual terminó de un largo trago y dejó sobre la mesa camino a su conquista. Se dirigió hacia Fernanda, quien ya estaba sola después de mucho tiempo mientras manipulaba algo importante en su teléfono celular. No me quería perder aquello.

No supe en qué momento ocurrió, pero Héctor abordó a Damián. Parecía preguntarle algo, y de vez en cuando lanzaba miradas asesinas a Luka, que conversaba entusiasmado con Fernanda. Aquello no me agradó en absoluto e incluso pensé en llegar e irrumpir en su plática, pero rápidamente cambié de opinión. Estaba exagerando, y esa inmadura actitud no tenía lugar. ¿De qué podrían estar platicando? Además, fuera lo que fuera, no era algo que me incumbiera. Decidí olvidarme de ello y salir. El aire fresco ayudó mucho. Tomé una gran bocanada de aire y esperé mientras veía la luna, pausando un rato todo tras la puerta con mis motivaciones y cuestionamientos de compañía.

Lo de salir resultó una pésima idea. En algún momento, y no entiendo cómo o por qué, Damián perdió por completo el control. Parecía otro. Lo veía a una distancia bastante corta, y la escena no sólo resultó algo perturbadora ante mis ojos, sino decepcionante. Una nueva sensación en mí nació ese día. No era parecido a nada que ya hubiera experimentado, pues aquélla luchaba en formar parte de alguna emoción ya existente. No sabía cómo interpretar ese fuerte estrujamiento en mi interior. Una mano invisible tomaba mi corazón para aplastarlo, y el estómago se retorció en su interior. Era algo parecido a sentirse traicionado.

La luz se había atenuado, y sólo un par de lámparas cubiertas con sábanas daban iluminación al lugar. Habían movido los muebles para que todo pareciera una pista de baile. Los globos de colores fluorescentes que antes colgaban del techo yacían de tal forma que alfombraban el suelo. Héctor discutía con Luka de manera seria, pero agresiva. Fernanda, asombrada, cubría su frente con una mano e intentaba inútilmente hablar con ellos. En ese momento la ignoraban; pero ése sólo era el escenario perfecto que acompañaba al *show* estelar. Damián agitaba sus manos hacía arriba y movía su cuerpo en un baile sin ritmo con la mirada perdida. De espaldas, un sujeto lo abrazaba constantemente y pasaba el dedo índice por su pecho, como si marcara el camino a seguir al cual quería llegar. Los demás permanecían sentados observando con asombro; otros, aburridos en sus teléfonos, y, algunos más, en un rincón donde la oscuridad pudiera ocultar sus cuerpos encontrados. Al resto parecía simplemente no importar nada de lo que estaba pasando.

Después de un brusco movimiento, aquel desconocido tomó a Damián e intentó besarlo. Lo hizo retroceder hasta la pared y continuó. Damián parecía desconcertado y le costaba oponer resistencia. Aquellos instantes quedaron grabados como si se tratara de una realidad alterna o un sueño que parecía demasiado real. Luego dejó caer una bebida, y el hasta ahora desconocido finalmente retrocedió un poco, se rió del incidente, y, antes que pudiera acercarse nuevamente, Damián colapsó y cayó de rodillas, se quedó ahí un segundo, inmóvil, antes de ser atacado por algo que sacudía su cuerpo para después poner sus manos en el suelo y vomitar. El impacto de aquella escena ante mis ojos se transformó en preocupación y desconcierto, lo cual me hizo moverme con unos pasos agigantados hacia él para después empujar al

desconocido que lo acechaba segundos atrás y que ya odiaba. No sabía en qué momento, pero llevaba a Damián casi a rastras a mi costado. Lo sostenía de un brazo y lo sujetaba por la cintura. Él se encontraba completamente inconsciente y con la ropa manchada con su vómito. Al menos lo sostuve y lo levanté antes de que cayera sobre el charco que formó en el suelo.

Fernanda soltó un grito ahogado que terminó en un alarido mientras corría hacia donde estábamos. Luka me ayudaba a cargarlo también. Fernanda hizo señas con las manos a aquellos que se encontraban sentados en el sofá más cercano a nosotros para que se quitaran. Éstos se alejaron de inmediato con los rostros completamente desencajados a causa de la escena presenciada. Damián cayó como un costal en el sillón, sin fuerza ni voluntad. Algo peor estaba ocurriendo, y no sabía qué podía ser. Mis latidos taquicárdicos no hacían más que alterar mis ya desbordados sentidos.

—¿Qué pasó, por qué ha terminado así? —la voz que emití sonaba completamente distinta a mí. Era la incertidumbre que pedía una respuesta.

—Creo se le ha pasado la mano, ¿eh? —volteé instintivamente para ver al emisor de aquel innecesario comentario. Era él, quien minutos antes estaba sobre Damián. Su imagen me había encendido en irritación.

—¿No pensaste por un instante que algo andaba mal con Damián antes de meterte con él? ¡Imbécil! —otra voz que no era mía estalló en mi garganta y fue pronunciada a gritos. Su despistada expresión se borró y adoptó seriedad.

—¿Te conozco? —preguntó con desdén. Me incorporé casi con un salto y ojos asesinos, cuando Fernanda me tomó del brazo.

—¡Elías! Ahora no. Damián está bien. Sólo está inconsciente, pero lo que me preocupa es su fiebre. En la nevera hay varias bolsas de hielo. Ve por una rápido —ordenó, y eso hizo que mi cólera disminuyera. Antes de poder pensar cualquier otra cosa bajé la mirada para no verlo y corrí a la cocina por el hielo y algunas toallas que encontré en uno de los compartimentos.

Fernanda mojó el rostro de Damián, lo limpió y puso un puñado de hielos envueltos en una toalla sobre su frente. Me acerqué y noté que respiraba de manera normal, aunque algo acelerada. Luka se ofreció a llevarnos a algún hospital, y los demás ya se despedían con moderada preocupación, incluido quien estuve a punto de golpear, quien se ofreció para cualquier cosa antes de partir. Fernanda lidiaba aún con su puesto de anfitriona y se disculpaba con cada uno de los invitados por el asunto, mientras los escoltaba hacia afuera.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó Fernanda cuando entró. Nadie respondió. No me había percatado de su ausencia.

—Estaba discutiendo con Luka la última vez que lo vi, ¿no?

—Sí, el muy cretino estaba reclamándome sobre... nada que importe. Luego pasó lo de Damián y desapareció. Seguro se fue —completó Luka para resumir el asunto en cuestión.

Fernanda sacó su celular e indecisa lo guardó de nuevo, se sacudió el cabello con ambas manos, como si al hacerlo fuera a remover el mal momento. Yo observaba el rostro amarillo de Damián, que ahora volvía a lucir blanquecino y ojeroso.

—Y Tommy, ¿dónde quedó? —se cuestionó nuevamente Fernanda casi para sí misma.

—¡Ah!, el Señor Cumpleaños está allá arriba, en su recámara, bastante ocupado con dos chicas.

Todos reímos inconscientemente entre la conmoción. Fernanda levantó la vista al techo, como lo haría alguien que pudiera ver a través de los muros y darse cuenta de la manera en que el mencionado celebraba un nuevo año.

—Pues la fiesta era por él y la está pasando bien —continuó Luka con lo que todos pensábamos, pero nadie tomaba iniciativa en decir.

—¿Crees que sea necesario llevarlo a un hospital? Es que hay cierto asunto con su tía que no quisiera que empeorara con esto —señalé entonces directamente a Fernanda.

—Lo sé. Estoy al tanto de todo. Por eso Damián ha estado mortificado los últimos días, aunque no sé a qué se debe esto de ahora. Lo estaba tomando todo bastante bien. Tu compañía le ha servido —terminó puntualizando Fernanda mientras nos veía a los dos: Damián, tumbado sobre el sofá, y yo a su lado. Luka fingía no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y no intervenía.

—¿Puedo saber por qué no es prudente llevarlo a un hospital? —intervino Luka.

—Su tía está aferrada a separarlo de su hermano, Raúl. Todavía es menor de edad, y, hasta donde yo sé, aunque sus padres dejaron claro qué sería de ellos si llegaran a faltar, Juliana está tomando ventaja de todo. No entiendo por qué razón quiere tener la custodia legal de Raúl y dejar solo a Damián. Sabemos que no es realmente su sobrino y que no se llevan bien, pero, ¿tanto como para estar peleando algo así?... —argumentaba Fernanda con indignación mientras observaba a Damián, que ya comenzaba a arrugar su rostro, señal de estar volviendo en sí. Un alivio que comenzó limpiando cualquier pensamiento pesimista terminó en una cálida sensación interna.

Todo estaría bien.

—No creo que sea bueno despertarlo. Hay que dejar que lo haga a su ritmo. Estará bien —indicó Luka e interesado en la conversación continuó—: pero siendo Damián mayor de edad, no estamos hablando de un adolescente. ¿Tiene diecinueve, veinte? Es evidente que puede hacerse responsable de su hermano, que tampoco es un bebé o un niño pequeño. ¿Cuáles son los argumentos de esa mujer para querer hacerse cargo de Raúl? ¿No sería más fácil simplemente fungir como tutora de ambos o tener a los dos en casa?

—Eso sería lo mejor. Damián tiene diecinueve y no falta mucho para que cumpla los veinte. Es una tontería lo que su tía está intentando. No creo que Jorge ni mucho menos su esposa Beatriz hubieran querido algo así para ellos. Según Juliana, la hermana del difunto señor Arias, Damián no está capacitado por su “estilo de vida”. Alega que es irresponsable, que tiene problemas con el alcohol y las drogas, que atraviesa por una etapa postraumática y depresiva que le impide seguir con su vida normal, lo cual no es cierto. Evidentemente, después de la muerte de tus dos padres no estarás bien, pero él hace lo posible. Disculpa que lo diga, pero ¡es una arpía!

—Estoy de acuerdo —secundé a Fernanda. Ella me vio con complicidad mientras me daba una palmadita en mi rodilla. Nunca la había escuchado hablar así y menos de temas como aquél. Las circunstancias en las que nos encontrábamos me permitían conocerla mejor.

—Creo recordar a Jorge Arias. Era dueño de una inmobiliaria con otro familiar, ¿no? —Luka seguía indagando en un intento evidente de comprender más al respecto.

—La verdad no estoy segura. Era socio y dueño de varios negocios con su cuñado Germán, el esposo de Juliana, que hace mucho tiempo te comenté había sido secuestrado y jamás apareció. No sé bien qué pasó, pero desde entonces esa mujer es otra. En parte es comprensible. Por eso mismo no debería estar haciendo esto. Es horrible. Parece mentira que tantas desgracias se vinieran juntas sobre ellos.

—Pues mientras no demuestre lo que ella piensa de Damián con ayuda legal, eso no va a ocurrir.

—El problema es que hasta ahora todo va muy en serio. Incluso le impusieron atención psicológica, y los resultados y avances en la terapia van directamente al caso... —concluyó Fernanda antes de que el sonido de un leve quejido nos hiciera voltear hacia Damián. Finalmente estaba despertando. Frunció el rostro y se talló los ojos con una mano. La luz del

foco en el techo parecía lastimarle. Trató de entornar nuevamente los ojos, y sólo logró abrirlos en un par de delgadas rendijas.

—¿Qué pasó? —dijo finalmente con una voz rasposa.

—Te desmayaste —respondí al instante.

—No... no lo recuerdo. ¿Por qué?

—No lo sabemos. ¿Tomaste de más o alguna otra cosa que hayas bebido? —preguntó Fernanda insegura.

—¿Qué? Apenas si bebí vodka con jugo. No recuerdo haber tomado nada más. Tú misma me serviste lo mismo dos veces, ¿recuerdas? Fue todo... —Damián se había sentado ya y quitado las toallas heladas que tenía encima.

—Sí, lo recuerdo, pero después te perdí de vista y luego estabas... bailando con el chico de la vez pasada que te invitó a salir.

—¿Es en serio? ¡Jamás recuerdo haber hecho nada de eso! —Damián pareció entender al instante de quién hablaban. Perplejo masajeó su frente para intentar recordar algo más.

—¿El chico de la vez pasada? Entonces ya se conocían —mi curiosidad habló por mí, y entonces no podía retractar mi pregunta.

—Es un tipo que tenía tiempo siguiendo a Damián. Nos reíamos de él porque... bueno, no tiene importancia eso ahora —contestó Fernanda sin dar crédito a mi cuestionamiento.

—Pues no sé entre ustedes, pero si yo veo a una chica que me gusta cayéndose de borracha y aparentemente drogada considero algo muy bajo aprovecharme de su estado para acostarme con ella —soltó Luka el comentario y con él creó una atmósfera incómoda en el lugar. Fernanda le lanzó una mirada reprobatoria, y él intentó arreglar su comentario—: no digo que eso haya pasado en este caso, ¡claro! —Damián abrió los ojos asustado. Hablaban de algo de lo cual él había sido protagonista, pero al parecer desconocía.

—No puede ser peor —dijo Damián apesadumbrado. Fernanda se acercó y lo abrazó.

—¿Entonces no recuerdas haber tomado nada más? —quise saber.

—No, eso fue todo y no me drogué —pude notar un atisbo de ofensa en sus palabras por la notoria desconfianza que todos teníamos ante su versión de los hechos.

Damián permaneció en silencio un momento y, después de pensársela bien, pidió una disculpa a todos, si es que había alterado el orden en la ya acabada convivencia. Se quejaba constantemente por lo que los demás dirían o

pensarían cuando Fernanda entró en detalles sobre su comportamiento esa noche. Había demasiado estrés y preocupación en la expresión de Damián, y comprendí que no bromeaba. Algo fuera de su alcance había ocurrido, y una sensación de inseguridad golpeó cualquier pensamiento que tuviera al respecto. Sentía eso a través de él. Más allá de cualquier sentimiento de compasión, lo que realmente pasaba comenzaba a preocuparme. La burbuja en la que momentáneamente podíamos ocultarnos de todo aquello que pudiera afectar nuestra estabilidad emocional y la conexión que compartíamos había reventado. Las partículas evaporadas en el aire ardían al caer sobre nosotros, repletas de una invisible amenaza.

Tommy, como Fernanda lo había llamado, acababa de bajar las escaleras en ropa interior con gesto de criatura nocturna ante la luz. Su cabello, antes estilizado meticulosamente con gel, estaba despeinado y revuelto en una masa sin forma. Se percató de nuestra presencia, pero no le importó. Fue directamente hacia la cocina y regresó de donde vino mientras bebía jugo de naranja directamente del envase. Antes de continuar con su interrumpido sueño o cualquier actividad que realizara gritó escaleras arriba: “¡Cuando se vayan apaguen todas las luces y cierren con seguro!”

Damián se quería ir ya. Me pidió avergonzado que primero llegáramos a mi sucia habitación de hotel, que pocas veces limpiaban, para tomar una ducha antes de llegar a su casa. No quería ir así por la calle o llegar en ese deplorable estado y ser visto por Raúl. Si él no me lo hubiera pedido, de cualquier forma me habría ofrecido a ello; más aún tomando en cuenta su visible estado, pues no se encontraba del todo bien. Un gesto de asco se dibujó en su rostro al ver y sentir el suéter húmedo con sudor y vómito pegado a su cuerpo. Fue directamente al baño para limpiarse, y yo lo esperé afuera una vez que me despedí de Luka. Aquella casa y su entorno me hacía sentir la misma incómoda atmósfera de hace unos minutos atrás. Me sorprendí al darme cuenta de lo rápido que todo había pasado cuando apenas eran las diez de la noche.

—No lo juzgues mal. Él usualmente no hace eso, al menos con gente así —dijo Fernanda con una sonrisa al final. Había salido a hablar conmigo.

—Imagino que no. Además él sabe lo que hace —respondí indiferente.

—Mira, no quiero entrometerme, pero es evidente que te importa, y tú a él. Lo conozco más que tú desde hace muchos años. Sea lo que sea que tengas con él, no lo castigues por lo que acaba de ocurrir. Él te quiere —las dos últimas palabras estallaron junto a los latidos que hacían eco en mi cabeza.

Intenté responder algo, pero ninguna palabra se hacía presente. Fernanda lo sabía, y nunca me planteé realmente esa posibilidad porque jamás pensé que fuera algo de lo cual preocuparse. Una sensación conocida vino a mí rápidamente y la identifiqué al instante: ese miedo al percatarme de que, tal como ella lo había llamado, “sea lo que sea que hubiera entre Damián y yo”, estaba siendo detectado por más personas. ¿De verdad se notaba tanto? Juraría que Luka también se había dado cuenta de todo. Ese mismo miedo me hizo recordar las veces cuando, de niño, me reunía con Misael Somoza fuera de clases y ocultaba haber estado con él por temor a que los demás lo supieran; pero junto a ello una sensación de sosiego llegó con todo: qué más daba si los demás lo sabían.

—¿Tanto se nota? —no pude evitar preguntarlo, un tanto para mis adentros y otro para ella.

—No es que anden dándolo a entender, pero para alguien observador o una mujer como yo es evidente —dijo con orgullo mientras erguía el pecho. Reí para celebrar su comentario.

—Hay algo que no anda bien aquí. ¿No lo sientes tú? Damián realmente estaba bajo los efectos de... algo. No es que dude de él, pero, no sé.

—Todos lo notamos, pero nadie dijo nada para no hacer las cosas más grandes. Es mejor mantenernos al margen. Puede resultar contraproducente. Ya sabes: sea lo que sea, ya pasó.

—Tal vez tengas razón —era posible que estuviera exagerando y dándole demasiada importancia al asunto. A final de cuentas, no servía de nada. Decidí dejar de pensar en ello.

Luka seguramente ayudaría con exagerada caballerosidad a Fernanda, limpiaría el desastre y pondría nuevamente todo en orden antes de irse. Me agradaba ese par, pero por alguna extraña razón a Fernanda parecía no simpatizarle del todo Luka. Mientras pensaba en la extraña pareja buscaba algo interesante en la televisión que pudiera servir de ruido ambiental. El silencio y el sonido de agua al caer proveniente de la regadera no era suficiente distracción para dejar atrás una mala experiencia. Camino hacia el hotel, Damián había comprado en una farmacia bebidas rehidratantes y pastillas para combatir el dolor de cabeza, entre otras cosas de higiene personal. Al menos en ese momento ya lucía más como él mismo.

Había pasado mucho tiempo ya. Cansado de esperar y no encontrar nada apropiado en la televisión, como de costumbre, aunque fuera sólo para escuchar, terminé por apagarla. Damián había salido del baño entre una

espesa nube de vapor. Parecía que se había renovado por completo. Su cuerpo, aún húmedo, dejaba caer pequeñas gotas de agua que resbalaban hasta la toalla atada a su cintura, la cual al instante se quitó, y comenzó a secar su piel desnuda. La imagen ante mis ojos trajo memorias que prefería mantener aisladas. Sin decir nada, ambos nos sentamos en un extremo de la cama mientras él se secaba el cabello. Cerré los ojos esperando que el tiempo se detuviera o desapareciera, que su presencia junto a la mía se transformara en una. Lo único que veía en la oscuridad de mis pensamientos era lo que estaba a punto de pasar.

Su mano, que masajeaba mi cuello, tuvo un doble efecto tranquilizante al tacto. Por un lado, me olvidé de todo, y, por otro, una sensación electricaba y hacía funcionar mi cuerpo de manera distinta. No quería abrir los ojos porque no tendría defensa ante lo que vería. Su respiración se acercó y se mezcló con la mía, cálida y estremecedora. Abrí mi boca al sentir sus labios sobre los míos, y el sol dentro de mí que él había creado destellaba en una tormenta, hacía mover mis manos para tocar sin reserva alguna su cuerpo desnudo. Su piel fría y aún húmeda controlaba la mía y hacía posible que ya cualquier pensamiento de abstención quedara atrás. Se separó un instante y abrí los ojos. Estaban ahí los suyos, tan oscuros y brillantes al igual que el lugar adonde mis emociones me arrastraban cuando estaba con él. La luz y la oscuridad se mezclaban en la habitación y creaban sombras que vigilaban nuestro roto paraíso. Pensé que tan sólo engañaríamos a la realidad un momento en el que podíamos hacer un paréntesis, sólo un momento que, lejos de empeorarlo todo, esperaba fuera lo mejor para ambos, así que, decidido, me puse de pie frente a él y desabroché la camisa blanca que me había prestado; pero esa noche no quería luz que entorpeciera los sentidos al tacto, y a tientas, sin dejar de verlo, busqué con la mano el interruptor de luz en la pared. Antes de apagarla, Damián sonrió discretamente y asintió. Después estiró su cuerpo sobre las sábanas para esperarme.

Pude escuchar claramente los golpes en la puerta, aunque parte de mí todavía estaba durmiendo, uno seguido de otro más fuerte que el anterior. ¿Sería la señora de la limpieza o el recepcionista obeso que venía a cobrarme? Supuse que no había pasado mucho tiempo, pues al igual que otras veces no recuerdo haberme quedado dormido. Mis suposiciones finalmente cayeron al peso de la misma realidad una vez que vi el reloj en la pared. Eran las nueve de la mañana. Rápidamente, me levanté y moví a Damián ignorando los golpes insistentes en la puerta. Casi me caí al intentar ponerme

una pierna del pantalón mientras caminaba con el pie que tenía libre hacia el baño. Me mojé la cara para despertar por completo, y, cuando regresé, Damián ya se estaba cambiando. Otros tres golpes más fuertes que los anteriores hicieron que mi desesperación aumentara.

—¿Quién diablos está golpeando la puerta? —preguntó Damián de mal humor después de un largo bostezo. Respondí con un gesto de no saber qué estaba ocurriendo.

Cansado de la insistencia, me asomé por la ventana junto a la puerta para averiguar de quién se trataba; pero no logré ver nada. Decidí abrir un poco para comprobarlo, pero al instante una fuerza que me tomó por sorpresa hizo que la puerta golpeará un costado de mi brazo y hombro, de tal forma que impactó sobre los dedos de mi pie. Solté un quejido, y al ver quién la había empujado, comprendí que lo que menos importaba era el dolor de mi pie.

Mi reacción fue intentar cerrar nuevamente la puerta, pero Juliana ya había entrado y no pensaba retroceder. Sin decir una palabra se dirigió al interior de la habitación y se encontró con Damián, quien, desconcertado, se incorporó mientras se ponía la camisa que me había prestado. Juliana inspeccionó todo a su alrededor con esa mirada de reptil que lanzaba cuando quería escudriñar algo. Hizo un gesto de comprender la situación al instante. A pesar de querer aparentar tranquilidad y normalidad frente a ella, dentro de mí sentía que lo poco que me mantenía a salvo junto a Damián del exterior ya comenzaba a colapsarse.

Soltó una risa silenciosa y malévola con una mano en la cintura. Ni Damián ni yo nos atrevimos a decir algo o siquiera a movernos. Frunció los labios e hizo un gesto de asco al ver el resto de la ropa que aún permanecía en el suelo, las sábanas revueltas y a nosotros petrificados. Evaluábamos la posibilidad de decir algo a nuestro favor o de refutar ya cualquier cosa que fuera a decir. Entonces se cubrió la boca y nariz con una mano como si hubiera encontrado la peor peste.

—Sabía que algo andaba mal contigo, pero no a este grado. Qué vergüenza y qué asco les daría a tus padres si supieran que su hijo...

—Está malinterpretando las cosas, señora —intervine rápidamente.

—Tú no intervengas —me respondió mientras me señalaba con el dedo sin voltear a verme.

—¿Cuántas veces has hecho esto? Me refiero a dejar solo a Raúl, claro, no a tus... ¿cómo se le puede llamar a esto que ustedes hacen? —dijo mientras se dirigía primero a Damián y después a ambos. Comenzaba a notar que el

desagrado que sentía por esa mujer rayaba en odio.

Damián fingía no escucharla y continuó vistiéndose. Nuestra mirada se encontró, y vi en él una enorme desesperación.

—A decir verdad, no me sorprende. Jorge y yo lo sabíamos. Yo siempre le advertí sobre ti y ni siquiera la mujer que tenías por madre se preocupó por corregir tu camino cuando tuvo la oportunidad —Damián apretó los dientes intentando no decir cualquier cosa que estuviera pensando. Se rehusaba a verla y abrochaba sus zapatos. Se levantó y dirigió al baño.

—¡Damián! —gritó Juliana en un chillido con el cual perdió su tanpreciado autocontrol.

—Señora, Damián sólo pasó la noche aquí porque se sentía mal para ir a casa, pero... —intervine nuevamente para sonar lo más cortés posible.

—No necesito explicaciones de tu parte. Si serás cerdo. Tenías bien marcado tu propósito con mi sobrino desde que llegaste... ¡Damián! Ven aquí —insistió Juliana. Cualquier cosa que me dijera no me importaba tanto como la manera en que se dirigía a Damián. No sabía cuánto más podía mantener la situación bajo control, si es que eso era posible.

—¿Ya ves cómo estoy en lo correcto al decir que Raúl está mejor conmigo? Incluso se lleva mejor con Abril que contigo. ¿Éste es el ejemplo que tú le darías? ¿En serio quieres que crezca así de desviado como tú?

—Así lo quisieron ellos, no yo —respondió finalmente Damián entre dientes, listo para marcharse.

—¡Claro! Pero en vista de tu situación, eso no es bueno. Además estoy segura de que si Jorge estuviera aquí me daría la razón.

—Pero no es así, ya no está él ni tu esposo, y a mí no vas a decirme qué es bueno y qué no es. ¿Terminaste? —Juliana estaba a punto de estallar en ira ante el comentario de Damián y tragó saliva como si se tratara del propio veneno que ya no pudo escupir. Se tranquilizó y se limpió sus ojos saltones envueltos en gruesas lágrimas antes que resbalaran por su demacrado rostro.

—Eres un desviado miserable...

—¡Señora!, es mejor que se vaya —dije al perder la paciencia.

—¡Tu! —me señaló—. ¿Le dijiste a Damián por qué estás aquí en primer lugar? Antes de que tomaras ventaja —su cuestionamiento fue como haber sido aplastado por una piedra, la cual no vi que caería sobre mí en cualquier momento. Hubo un silencio en el que Juliana nos observó detenidamente. Damián la veía con el ceño fruncido sin entender a qué se refería, mientras yo predecía lo peor.

”No, no lo sabe, ¿verdad? —me puso a prueba con un gesto victorioso. Había encontrado la mejor forma de terminar su intromisión. Sabía a qué se refería, y pude verlo en sus ojos. Ambos nos dimos cuenta, y no había peor momento que éste para algo así. ¿Cómo se había enterado? Cualquier suposición en ese momento era más que inquietante, así que suspiré tratando de prepararme para el momento de la verdad.

—¿Saber qué? —preguntó Damián indiferente, pero cauteloso.

—El porqué de la presencia de este hombre aquí, contigo.

—Juliana, evítate el drama. Es ridículo. No sé adónde quieres llegar. Aparte... ese asunto no te corresponde —le contestó Damián aburrido.

—No me diste confianza desde el primer momento que apareciste. Sabía que algo te traías y no me equivoqué... Casi puedo asegurar que sólo apareciste para ver qué beneficio podías sacar de Jorge, ¿no? Siempre había sabido que mi hermano tuvo un hijo hace mucho tiempo, al cual ni siquiera veía, y luego llegas justo el día de su entierro con tu enorme parecido. ¿No habías notado eso, Elías? —Juliana no me quitaba sus redondos ojos de encima mientras yo veía cómo Damián pasaba de la incredulidad a la duda.

”Ya no tienes que fingir, Elías, o inventar historias, pero déjame decirte algo: el hecho de que también seas hijo de Jorge no te hace propietario de nada, así que ya puedes irte olvidando de tus planes, porque todo lo que mi hermano dejó es de Raúl y de Damián —continuó Juliana y aprovechó el silencio que nos dejó su confesión. No podía siquiera escuchar claros mis pensamientos, mezclados con los tumbos de mi corazón, y el coraje que en esos momentos sentía por la interpretación que esa mujer se había encargado de tejer acerca de mi presencia ahí. Lo último que quería era que Damián pensara eso también. Aquella idea estrujó aún más mis latidos, y al ver sus ojos negros supe que todo estaba casi perdido, pues entonces me regalaba la peor de las miradas. Ya no me veía reflejado en ellos. Todo eso se había ido gracias a las palabras de Juliana, y volvían a ser como en un inicio lo fueron ante mí: tan sólo dos escudos impenetrables que ya no me encontraban. Sus ojos parecían estar viendo a un desconocido: yo.

—No, usted está muy mal. En ningún momento vine con esa idea. ¿Cree que me interesa el dinero que pudo haber dejado Jorge? —me defendí torpemente ante la tortuosa sensación que me causaba la expresión de Damián, quien permanecía perplejo e inmóvil.

—El que está muy mal eres tú. Mira que venir aquí y confundir a este pobre, aprovechándote de su aberrante condición, de su estado, ¡que bien

podría ser tu hermano! ¿Tan sólo para cumplir tu propósito? Sí que eres un enfermo.

—Ésa jamás fue mi intención. ¿Qué sabe usted de mí? No tiene ni idea y no sabe... no sabe nada.

—Claro que lo sé. ¡Eres asqueroso! Ustedes dos lo son. Tan sólo ¡mírense!, escondiéndose para hacer sus porquerías...

—¡Ya basta!

—¿Te incomoda escuchar la verdad? Sólo tengo algo que decirte y más te vale que escuches bien: a partir de este momento te prohíbo que te vuelvas a acercar a Raúl. Si lo haces... vete ateniendo a las consecuencias —terminó Juliana y con ese comentario volvió tóxico el aire que me lastimaba como pequeñas agujas cuando lo respiraba.

—Y tú, ten por seguro que esto será otro motivo para que Raúl pronto esté con nosotras, antes que lo arrastres contigo a tu perdición. Qué decepción —Juliana señalaba a Damián como la más temible juez mientras escupía una nueva bocanada de veneno convertida en reprimenda. Él sólo observaba el suelo con la mano en su frente. ¿Me estaría odiando ya? Seguro que sí.

Juliana dio la media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la puerta, que cerró de un portazo. Después del estruendo precedió el peor de los silencios entre Damián y yo. Quería pensar que lo peor ya había pasado, pero sólo me estaría engañando. Lejos estaba de ser la mejor forma para hacerlo, pero tenía que terminar lo que Juliana había comenzado.

—Ahora entiendo por qué fue tan fácil para Raúl confiar en un completo extraño si le recordaba tanto a su padre muerto —Damián hablaba, pero no me veía ya a los ojos.

—Tienes que entender que las cosas pasaron de una forma que no tiene nada que ver con lo que Juliana acaba de decir —dije en un débil intento por plantear mi versión de los hechos.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó esperando que tuviera una respuesta que nos librara de aquella situación. Por desgracia no fue así.

—Sólo la parte en que yo soy hijo de tu padrastro.

—Raúl es tu hermano, y mío también... nuestro medio hermano para ser preciso. Esto es extraño.

—Yo no lo sabía hasta hace poco. Jamás supe quién había sido mi padre, porque no tenía ningún interés en saberlo. El único motivo por el que yo llegué aquí el día que lo sepultaron fue por una tremenda casualidad. Mi madre me lo dijo, y yo había investigado dónde vivía. Supe que era un

hombre de negocios y que tenía una familia aquí. Tenía dinero ahorrado porque siempre tuve este sueño de escaparme un día y buscar mi vida en otra parte. Estaba harto de vivir siempre lo mismo y estar atado a algo que no me traía ningún futuro que quisiera. Fue por eso que se me ocurrió la estúpida idea de venir aquí. A decir verdad, ni siquiera lo contemplé así; sólo lo tomé como un pretexto para irme.

—¿Tan infeliz eras?

—No lo sé. Tal vez vacío es la palabra.

—¿Por qué detenerte aquí entonces? Si no te importaba Jorge ni su familia.

—No lo sé. Pensé que tal vez no tendría otra oportunidad de conocerlo y... bueno, llegué sin saber que ya había muerto. Entonces vi en el periódico que ese día era su entierro, y el resto ya lo sabes: te conocí a ti y a Raúl.

—¿No pensaste que era un detalle importante mencionar: “Hola, el hombre ahí muerto era mi papá”? ¿Qué pretendías ocultando algo así?

—No quería ser inoportuno ni que se prestara a malas interpretaciones. Ni siquiera sé por qué lo hice.

—¿Sabes? Sentía que algo ocultabas. Sabía que había una razón más poderosa por la cual estabas aquí, pero no la quise conocer ni pensar en ella. Una parte de mí se sentía bien contigo y... qué importa ya.

—Damián, lo que dijo esa mujer es basura, y hay una razón ahora más poderosa por la que sigo aquí... —y esa razón era él. Por algún motivo las palabras se habían atascado en mi garganta. ¿Qué sentido tendría decirlas? Damián ya se alejaba sin escucharme hacia la salida.

—Escucha, veremos la forma de que todo esto no afecté tu situación. Si todo sale bien, Juliana no tiene por qué tomar esto como motivo para hacerte quedar mal ante el juzgado —continué.

—No hables de eso como si fuera tu asunto.

—¡Claro que lo es!

—No debí haber confiado en ti —sus palabras eran la espada que permanecía en guardia para defenderse ante una amenaza; su mirada, ese escudo que me mantenía ciego a sus pensamientos. Yo estaba ahí, desnudo y desarmado frente a la fortaleza que me cerraba sus puertas cuando hacía unos momentos disfrutaba de su abrigo, sobre su techo, sin terminar aún de conocer cada pasadizo y rincón. Cualquier sensación de calidez que pude sentir en su interior fue reemplazada por el frío viento que golpeaba mi débil y destruida posición ante él.

Damián avanzó, y yo intenté detenerlo. Una expresión defensiva cortó su

serio semblante, y los dos brazos que antes me abrazaban me alejaron con un fuerte empujón. Nuevamente intenté acercarme, y un segundo impacto de sus manos me hizo retroceder. Esta vez tropecé con la silla del viejo tocador y caí de espaldas. Antes de que pudiera levantarme, Damián ya se había ido. Cerró la puerta tras él con la misma fuerza que Juliana. El silencio que permanecía era peor que el anterior, pues al menos en ese momento tenía frente a mí la razón por la cual intentaba seguir construyendo sobre un pantano invisible, el cual entonces lo absorbía todo y me dejaba sostenido de la cuerda más frágil, sin darme cuenta de que yo también me hundía.

Llevaba corriendo más de tres cuadras con la esperanza de encontrar a Damián pero supe que era imposible. Había desaparecido después de salir del hotel. No sabía lo que hacía, pero tenía en claro que antes de cualquier cosa que pudiera estar pensando tenía que terminar de escucharme. Muchas cosas dependían de ello en ese momento. Había algo más que me impulsaba a seguir corriendo por la calle a pesar de saber que no lo encontraría ya. Tal vez yo también huía en esos momentos de algo invisible que me acechaba entre sombras, fuera lo que fuera.

Me detuve en una esquina jadeando ruidosamente por la agitación. La adrenalina dio paso a una sensación de incertidumbre, y un vacío interior se hacía cada vez más grande y se llevaba cualquier otro sentimiento. Mi mente sólo funcionaba para imaginar lo que venía o recordar constantemente las últimas palabras de Juliana a Damián, en las que me advertía que me alejara y la profunda sensación de estar cayendo sin nada que me detuviera.

Tomé un taxi que me llevara hasta casa de Fernanda. Al llegar, toqué el timbre lo más sutilmente posible sin notarme desesperado. Nadie parecía acercarse, así que llamé una vez más. Finalmente, terminé haciéndolo una vez tras otra. Tal vez si molestaba demasiado alguien abriera la puerta. Nadie lo hizo.

Me senté en el suelo en un intento por aclarar mis emociones y pensamientos. Tal vez debía dejar las cosas así, irme y no volver, no provocar más problemas; pero no sin antes verlo una vez más y decirle lo mucho que había significado todo este tiempo a su lado, que me hubiera permitido conocerlo, no sin antes ver también a Raúl —no importaba lo que Juliana hubiera dicho —; animarlo a hacer aquello que más disfrutaba sin temor a caer o ser criticado. Sólo entonces me iría.

Esperé y esperé con la esperanza de que Fernanda apareciera. Era la única que podía ayudarme en aquel momento y que tal vez comprendiera mis motivos. El poco tiempo que tuve oportunidad de conocerla me dejó ver que era esa clase de persona capaz de ver los dos lados de una misma historia y comprender ambas sin juzgar. Llevaba más de una hora ahí, y desde que llegué no dejé de llamar en vano cada diez minutos a su celular. No había respondido en ninguna ocasión.

Decidí caminar hasta la casa de Damián, aunque sabía que era inútil. Seguramente, Juliana estaría ahí, vigilando que no me acercara. Para

comprobarlo, llamé también a casa de ellos, y nadie contestó. Intenté de nuevo llamar directamente a Damián, pero desde la primera vez que lo hice, en cuanto se fue y antes de comenzar a correr por la calle, la llamada se desviaba a buzón directamente. Su celular debía estar apagado. Seguí caminando y finalmente llegué ante la casa donde había pasado tantos ratos agradables en poco tiempo y a la cual ya comenzaba a considerarla una especie de segundo hogar. Llamé a la puerta y recibí la misma respuesta que en casa de Fernanda. Lo hice una y otra vez, pero ni Raúl, Damián o Juliana aparecían.

El tenue sol que iluminaba al día con un color frío había desaparecido entre las gruesas y espesas nubes convertido en un círculo gris que la vista podía soportar, a punto de extinguirse ya por completo, al igual que ese sol interno en mí que tiempo atrás había estado tan vivo, brillando siempre y abrazando con sus rayos la causa de su existencia.

Cansado y sin esperanzas me fui de ahí. La vista sólo hacía que todos mis recuerdos se oscurecieran cada vez más y formaba un monstruo que me golpeaba sin piedad una vez tras otra. Acababa de doblar la esquina sin mirar atrás cuando el móvil timbró en uno de mis bolsillos. La vibración hizo que mi corazón se estremeciera y provocó un hormigueo por todo mi cuerpo.

—¿Elías? ¿Qué ha pasado? Damián me habló hace rato y se escuchaba terrible.... ¿Está él contigo? —la inconfundible voz de Fernanda estaba del otro lado. Cada una de sus preguntas era una piedra que terminaba atada a mis pies y hacía más pesado cada paso que daba.

—No está conmigo. ¿Sabes dónde está? Lo he estado buscando todo el día. Necesito encontrarlo.

—Lo escuché muy alterado. Parece que volvió a discutir con Juliana después de que se llevara a Raúl con engaños.

—¿Pero cómo? ¡No puede hacer eso!

—No me contó a detalle, sólo que mandó a Raúl y a su hija, Abril, a una excursión que organiza el colegio, pero ni siquiera lo consultó con Damián. En realidad no se lo llevó con ella, pero es lo que pretende cuando Raúl regrese, y algo me dijo de ti que no le entendí. ¿Discutieron?

—Juliana lo sabe. Nos encontró juntos y le contó cosas de mí que no sé cómo descubrió. Ni siquiera sé cómo supo en qué hotel me estaba hospedando. No recuerdo habérselo dicho yo, y Damián, mucho menos.

—¡Dios mío! A esa mujer no se le escapa nada. Elías, eso es terrible. Ahora que lo sabe tratará de usarlo contra Damián. Ya entiendo por qué

estaba tan alterado.

—Lo sé. Por ahora no te puedo decir más. Tengo que encontrarlo. Dime si tienes una idea de dónde está.

—Me llamó desde tu cuarto de hotel. Supongo que pensaba decirte algo... Me pidió que no te dijera nada, pero pensé que tal vez ya estabas con él. Ahora mismo voy para allá. No te apresures a hacer nada. Danos un momento antes que hables con él. Sé lo que te digo.

—Lo siento. No puedo hacer eso. Yo también voy para allá —fue lo último que dije antes de cortar la llamada y caminar nuevamente en busca de un taxi. Llegar lo más rápido posible era el único objetivo que tenía en mente.

La simple tarea de regresar al hotel se hacía cada vez más difícil. Ya habían pasado más de veinte minutos y no lograba encontrar un taxi que me pudiera llevar. Los pocos que avistaba ya iban ocupados o en otra dirección. Me fui por otro camino diferente al que conocía para acortar distancia, pero fue la peor decisión que pude tomar. Entonces no sabía dónde estaba, y el tiempo parecía avanzar más rápido que de costumbre. Maldecía de mil formas por dentro y en voz alta mientras caminaba apresurado, pues ya no me quedaban suficientes fuerzas para seguir corriendo. Finalmente, encontré una avenida donde el flujo del tráfico era mayor y fue más fácil encontrar el transporte que me llevaría a mi destino; pero me había alejado demasiado. El recorrido tomó más tiempo del que pensé.

Lo siguiente se presentaba ante mí de muchas formas. Era difícil entender cómo la realidad en esos momentos superaba cualquiera de mis pesadillas, tan surrealista y aterradora como cualquiera de ellas. Hasta entonces había afrontado las consecuencias de mis acciones de la mejor forma posible, pero no terminaba de entender cómo cada una de mis decisiones me había llevado hasta donde me encontraba.

Al llegar pensé en tocar la puerta antes de abrir, pero al ser la habitación donde me hospedaba no lo consideré necesario. Justo al intentarlo, me di cuenta de que el seguro estaba puesto por dentro. Antes que pensara cualquier otra cosa, algo había ya abierto la puerta después de escuchar el crujido del pasador. Permanecía entreabierta y me invitaba a pasar.

La basura que estaba sobre la mesilla de noche y el tocador estaba regada por todo el piso, al igual que el contenido de algunas botellas y los muebles. Las sábanas de la cama también estaban en el suelo. Entré cautelosamente y cerré la puerta como se me indicó. Frente a mí estaba Damián con el rostro totalmente rígido y apretando los dientes. Tras de él, una mata de cabello

negro despeinado se asomaba. Sus cejas albinas y casi inexistentes daban un aspecto temible a sus párpados enrojecidos que apenas sostenían esos ojos desorbitados y llenos de ramificaciones rojo sangre. Sus pupilas verdes como dos limones lanzaban una invisible amenaza y me veían como a un peligroso enemigo. Héctor tenía el peor aspecto que hasta entonces había visto. Aún sin saber el porqué de su aparición en mi cuarto de hotel y en vista de su notable mal estado comprendí que nada bueno ocurría. Mi instantánea reacción se vio confirmada al ver a la mujer que yacía tendida en la cama. Su cabello rubio y largo le cubría la cara, pero la ropa, su altura y esas botas negras me hizo darme cuenta de que se trataba de Fernanda. Casi ya como una constante, mi corazón comenzó a latir nuevamente de manera acelerada. Mi respiración se agitaba y notaba cómo un calor interno acompañado por un escalofrío me erizaba la piel y me alertaba del peligro que aún no terminaba de entender.

—Damián estaba bastante alterado. Fernanda y yo vinimos a controlarlo — Héctor habló con una voz delgada y rasposa a la vez.

—¿Qué le ha pasado a Fer? —pregunté con cautela para simular estar tranquilo.

—Sólo está inconsciente. Damián la golpeó. ¡Estaba fuera de sí! Tuve que actuar. Este chico sí que es peligroso. Deberían encerrarlo en un manicomio —me respondió con una risita inquietante.

—¿Es cierto eso, Damián? —permanecía cabizbajo y sin responder a mi pregunta, mientras controlaba su también agitada respiración.

—¡Qué esperas! Habla ya a algún hospital o a la policía para que se lo lleve. No lo puedo soltar —me ordenó Héctor desesperado.

Héctor sujetaba a Damián como a un criminal peligroso que en cualquier momento pudiera reaccionar o darse a la fuga; pero no era él quien me preocupaba, sino la extraña y desesperada posición de aquel individuo sobre nosotros, pues cada vez que intentaba acercarme retrocedía.

—Acércate y dame tu celular para hablar yo —ordenó. Damián lanzó una mirada cargada de frustración y movió sus labios para decir “no”. Completamente nervioso y sin saber qué hacer, fingí buscar mi celular en mis bolsillos y no encontrarlo.

Entonces, con un movimiento rápido y brusco, Damián golpeó con la cabeza a Héctor en la cara para intentar soltarse, pero éste reaccionó igual de rápido y lo aprisionó nuevamente con el brazo izquierdo sobre su cuello, lo cual dificultó la respiración de aquél. Instintivamente, me acerqué y olvidé el peligro. Héctor se alejó en busca de algo que se encontraba en su espalda.

Con su brazo derecho erguido me apuntó con un arma.

—Hagamos esto por las malas entonces —dijo con los ojos inyectados en sangre, aún más abiertos. Rodeaba con un brazo el cuello de Damián, y con el otro sostenía el arma de fuego que me amenazaba, listo para cualquier cosa. Era un callejón sin salida.

—No sé qué es lo que quieras, pero estamos en un hotel. Si me disparas, todo mundo se enterará y no tendrás oportunidad de huir... Suelta a Damián. No haremos nada —no se me ocurrió decir algo mejor.

—No puedo hacer eso... Ahora todos están involucrados. ¿Por qué lo complican tanto? ¡Maldita sea! —Héctor comenzaba a alterarse y supuse que no tenía mucho tiempo antes de sacar a Damián, a Fernanda y a mí ilesos de lo que entonces seguía sin comprender.

Pensé en lanzarme sobre él, pero sería inútil. Antes de hacerlo, me dispararía, y, si con suerte llegaba hasta donde estaba, no había mucho por hacer con un arma de fuego en sus manos. Alguien terminaría herido o muerto. No sabía pelear, y eso me ponía en desventaja. Tenía leves conocimientos de defensa personal como todo el mundo. Pensé también en generar alguna distracción, amenazarlo con que alguien más vendría, pero todo eso sonaba desesperado, y él no lo creería. Poco a poco, la tranquilidad que me quedaba se iba sumiendo en el pánico, y eso me dejaba más vulnerable aún.

No había otra opción. Una idea había asaltado mi mente, y entonces eso significaba la única carta que podía jugar. Tenía que actuar ya. Veía hacia abajo intentando encontrar algo y movía la cabeza para hacerlo más evidente.

—¿Qué buscas?

—Mi celular. Lo deje aquí. Me parece que está bajo la cama... —le dije y me agaché poco a poco en espera de su consentimiento.

—¡Hey! Retrocede. Yo lo busco... Dime dónde está.

—No vas poder agacharte con Damián. Además, necesito levantar el colchón. Sólo lo buscaré, y tú lo tomarás, sin trucos.

—Si intentas algo... date por muerto ya —y no dudaba de su palabra. Al verlo un poco más de cerca vi su frente empapada en sudor, y mi mirada se cruzó con la de Damián por un segundo. Un poco liberado del sofocante brazo de Héctor, asintió en complicidad conmigo, y fuera lo que fuera que estuviera planeando nuevamente, debía estar preparado. Me agaché poco a poco para continuar con la farsa de buscar el celular, mientras Héctor no perdía detalle de lo que hacía.

”Es mentira. Ahí no hay nada. ¡Levántate! —me ordenó al perder la paciencia. Damián hundió la barbilla bajo el brazo de Héctor, que lo sujetaba por el cuello, abrió la boca tanto como pudo y clavó todos sus dientes con la mayor fuerza posible. Su cabeza temblaba ante el esfuerzo y su rostro se enrojeció. Héctor gritó de dolor, pero no me quitó la vista de encima. Una delgada línea de sangre corrió entre su brazo y la boca de Damián, quien cada vez clavaba más los dientes y movía la boca, tal y como un perro lo haría al arrancar un trozo de carne. Héctor no pudo más y le propinó un fuerte golpe con la empuñadura del arma a Damián. Tan pronto como pude, me levanté y tomé su otro brazo intentando desarmarlo, pero era bastante fuerte incluso para los dos. Al verse acorralado, soltó voluntariamente el arma y retrocedió para sujetar a Damián nuevamente con ambos brazos. Esta vez lo inmovilizó por completo. El arma había caído al suelo entre ambos, pero Héctor mantenía firme una larga y ancha hoja metálica que terminaba en un afilado contorno, con la aguda punta sobre un costado del estómago de su víctima.

”¡Tendré que matarlos a todos! Tendré que matarlos. No me dejaron opción —el estado en el que se encontraba lo manejaba en ese momento. Debía estar bastante drogado para tolerar el dolor o no sentir el trozo de piel casi desprendido de su brazo por los dientes de Damián, quien tenía el costado de un ojo enrojecido e hinchado debido al golpe asestado.

Héctor se encontraba completamente fuera de sí. Quería hablar, pero se mordía la lengua y decía cosas sin sentido. Arrugaba el rostro totalmente humedecido por el sudor hasta el cuello. En un afán de volver a recuperar algo de cordura, abrió aún más los ojos para intentar enfocar su visión. De pronto se controló y dejó de hiperventilar.

—No creo que hayas matado a alguien antes, ¿o sí? No tienes que hacerlo. Estás muy mal. Deberías ver a un médico. Vamos a olvidar todo, ¿eh? Yo te llevo, pero suelta a Damián. No querrás que Fernanda despierte y te vea así —las palabras apenas salían de mi seca garganta como un débil sonido a comparación de sus fuertes balbuceos. Héctor se rió ante mi comentario e intentó hablar pero sólo escupió una espesa hebra de saliva que quedó colgando de su boca. La imagen me recordó a las hienas que veía en documentales televisivos.

—N... no lo creo... ¿Crees que soy idiota? Esto ya no tiene arreglo. Si te acercas más, mato a tu novio. ¡Le saco los intestinos! ¿Me oyes? ¡Un paso más y lo mato! —era él quien no veía salida posible a la situación, y eso lo hacía perder el control. De haber querido, ya habría matado a Damián y

venido por mí. ¿Qué estaba esperando? ¿No era lo que realmente quería? Como si la situación no fuera ya lo suficientemente confusa.

No sabía si realmente Fernanda despertaría ni qué le había pasado. ¿Héctor la había golpeado? La idea de imaginar que estuviera muerta me petrificó por unos instantes. No tenía sentido. Antes, Héctor no se alejaba de ella y de verdad parecía quererla aunque no estaba seguro de qué forma y si era lo suficientemente sana esa relación para no hacerle daño. Mi instinto de supervivencia se fijaba en lo que en ese momento podía rescatar. Discretamente veía el entorno en busca de algo que pudiera utilizar para salir victorioso de aquella situación. Me asustaba pensar así, pero algo dentro de mí sabía que era necesario. Aun así, y a pesar de no pensarlo concienzudamente, mi principal objetivo era liberar a Damián para poder enfrentar a Héctor. El punto en el que se encontraba mi suerte dejaba ver claramente la única debilidad que me impedía actuar deliberadamente, y ésa era él. Cualquier cosa que hiciera en ese preciso instante repercutiría primero en Damián. No era yo quien tenía una larga cuchilla lista para ser clavada bajo las costillas. Aun así podía sentir su frío filo cortando mi cuello también. Si él moría o algo le pasaba sería peor que ser herido directamente. No me lo perdonaría jamás. Debía impedir a toda costa que le hicieran daño.

Damián no aguantaría mucho despierto. Su ojo casi estaba cerrado por la hinchazón, y desde aquí podía ver más golpes que apenas se hacían visibles en su cara. Tal vez antes de que llegara, sus labios estaban manchados por la sangre de Héctor y sus dientes también. Con dificultad se sostenía en pie y ya no tenía más fuerza para otro acto improvisado que me diera ventaja. Estaba solo. Héctor mantenía firme por el asidero su navaja que ya había traspasado la camisa de Damián. Imaginaba el contacto frío y metálico de la punta sobre su piel, y eso me hacía sentir desesperado y vulnerable. Fue por ello que prefirió soltar su arma en vez de a Damián. Sabía muy bien que la mejor arma contra mí era él. Ya no importaba cómo se había enterado, aunque me lo cuestionaba más de una vez. Me quedaba sin posibilidades, y cada segundo tenía un valor mayor que el otro.

Héctor seguía manteniendo a Damián erguido junto a su pecho como un escudo humano. Era su mejor protección en ese instante contra mí. Lo sujetaba con ambos brazos, uno por el cuello y el otro por su estómago, con el que sostenía la navaja aplicando la fuerza necesaria para tocar la piel sin atravesarla aún. Al darse cuenta de cómo su víctima perdía ya la fuerza, comenzó a descuidar un poco su inmutable posición de verdugo y avanzó con

pequeños pasos hacia el arma de fuego que estaba entre los dos. Sabía que era su pase de salida, el único que también yo veía en esos momentos. Estaba ahí en el suelo, esperando que uno de los dos la tomara y terminara con aquello de una vez, de la forma que fuera.

Aunque su principal objetivo era recoger la pistola, seguía sin quitarme la vista de encima, tal como una hiena, sigilosa y sagaz al vigilar, pero lista para atacar. “Si quisiera matarnos ya lo habría hecho”, me repetí como si fuera la última jugada que veía posible. “Es ahora o nunca”, pensé. Aproveché el hecho de que Héctor había bajado en un pequeño porcentaje la guardia, me lancé lo más rápido que pude y tomé el arma. Sentí su fría cáscara metálica sobre mis manos. Era más pesada de lo que pensaba, y aunque nunca había disparado alguna no me detendría si tuviera que hacerlo.

Todo pasó en un instante, un segundo tal vez, pero mis ojos apreciaron todo; sin embargo, mis acciones, aunque respondían con una rapidez sobrehumana, no pudieron detenerlo. Héctor se irguió de nuevo y levantó a Damián con él. Éste ya comenzaba a luchar nuevamente para zafarse sin efecto alguno, pues su débil intento se vio interrumpido. Héctor apretó los labios y elevó su brazo para tomar fuerza. En ese momento supe que todo plan no tenía sentido ya, así que me lancé contra él, pero fue demasiado tarde. El sonido quedó grabado en mis oídos. Como un carnicero al realizar su primer corte, Héctor clavó con fuerza la navaja que quedó dentro de Damián. Su grito fue interrumpido por la mano que lo ahogaba. Con la misma fuerza con que había perforado su abdomen sacó la navaja, listo para terminar conmigo. Había liberado a Damián, que quedó en el piso, sin representar una amenaza, herido y apretando su estómago sin dejar de gemir por el dolor. Su camisa blanca se tiñó de rojo.

Algo se apoderó de mí e hizo que me olvidara del arma. No lo veía como a una persona ya. Lo veía como a un insecto que debía ser eliminado y que no debía salir vivo de esa habitación, una cucaracha. Quería que sufriera, quería que reparara lo que había hecho; pero era imposible. Ya no había nada que él pudiera hacer; sólo morir, aunque él también me matara a mí. Sentir la muerte así de presente hizo las cosas más fáciles. No había ya nada que perder.

Se encontraba riendo de rodillas en el suelo, puesto en guardia, con aquella navaja manchada por la sangre de Damián. Le apunté con el arma y retrocedió.

—No lo harías, ¿o sí? Vendrían por ti también y desearías estar muerto.

—No me importa la policía.

—No hablo de la policía. No es nada comparado con lo que te esperaba allá afuera. Con suerte te mato yo primero. No tienes ni idea. ¡Yo no soy tu enemigo! Sólo hago lo que tengo que hacer.

—¿Quién es entonces? ¿Por qué quieres matarnos?

—Sólo a ti, eran las órdenes; pero lo complicaste todo, y es tu culpa: lugar y momento equivocado.

Damián temblaba a un costado de Héctor. Se hacía tarde. Jalé el gatillo.

Nada ocurría, el arma no disparaba y no quise averiguar qué pasaba. Héctor reía ante la situación, y eso solamente provocaba más mi rabia. Intenté una vez más, pero parecía estar atascada. Con toda la fuerza posible que logré encontrar reunida en mi cuerpo, le propiné una patada, que él no esperaba, en su rostro. Su risa se convirtió en un quejido involuntario parecido al de una rata junto al sonido de su nariz rota. Aplasté con fuerza una vez más su cara. Podía sentir bajo mis zapatos su nariz destrozándose en mil pedazos. Una bocanada de sangre se escapó por sus deformes labios. A ciegas blandió su navaja y e hizo un corte en una mis pantorrillas. Tomó mi pie cuando intenté patear su rostro una vez más y me hizo caer al suelo de espaldas. Rápidamente se levantó sobre mí y apretó mi garganta para asfixiarme mientras que con la otra mano intentaba clavar su navaja en mi cuello. No, no estaba dispuesto a morir sin antes matarlo primero. Aún con el arma en mis manos golpeé una de sus sienes con la empuñadura, tal como lo había hecho él con Damián, una y otra vez. Los golpes lo aturdieron, pero su mano seguía aferrada a mi cuello. Me quedaba sin aire, y mi brazo ya no podía seguir deteniendo su mano que luchaba por clavar en mi cuello la misma navaja que había herido a Damián.

Solté la pistola, pues no tenía ninguna utilidad ya. No importaba cuántos golpes diera. No tenían suficiente impacto para derribar a Héctor. Concentré toda la fuerza que me quedaba en tratar de quitarle la única arma que tenía, pero con su mano sofocándome era tarea difícil.

Héctor se quejó nuevamente y después gruñó. No sabía qué ocurría hasta que observé cómo Damián mordía una de sus piernas. Clavaba sus dientes igual que lo había hecho en su brazo. Era impresionante la resistencia al dolor de Héctor, que sólo sacudía su pie tratando de quitarse a Damián de encima. Aquello me dio un segundo de ventaja en el que cerré mi puño y con toda la fuerza que aún tenía nuevamente golpeé su rostro. Aproveché su estado para hacerlo una y otra vez hasta que mis nudillos me dolieron. Sólo así pude

liberarme de su sofocante brazo y quitarle la navaja. Sin pensarlo, la clavé en su cuello lo más profundamente que pude, pero a la mitad se detuvo. Fue como haber atravesado la corteza dura de un tronco. Lancé su pesado cuerpo y después de toser pude respirar de nuevo, aunque eso parecía quemar mi garganta por dentro.

Héctor se retorció en el suelo. Sacó la navaja de su cuello y la lanzó lejos. Trataba de detener el torrente de sangre que corría como una fuga ejerciendo presión con sus propias manos, pero fue imposible. Jalaba aire y gemía al mismo tiempo mientras blandía su mano en el aire hasta que pudo tomarme del pie. Ya no podía hacerme daño, si eso era lo que quería. Moría ante mis ojos, y eso me asustó. Me acerqué a él, pues ya no veía más amenaza. Tomó mi brazo y lo puso sobre su bolsillo. Metí la mano y saqué dos teléfonos celulares, uno pequeño y algo antiguo; el otro, nuevo. ¿Por qué quería que viera eso? Entre sollozos y gemidos incomprensibles trataba de hablar.

—Qui... qui... quin... jiiin... quinto, jintol.

—¿Quinto? —pregunté para aminorar su esfuerzo. Héctor asintió. Sus labios querían pronunciar un sonido que no podía emitir, así que me acerqué un poco más e interpreté lo que quería decir.

—¿Sol? ¿Quinto sol? —Héctor asintió nuevamente y señaló el teléfono pequeño que tenía en mis manos. Una segunda bocanada de sangre fue expulsada por su boca. Su rostro, entonces morado, estaba deformado por los golpes. Sus ojos estaban enterrados en dos cuencas magulladas e hinchadas. Nuevamente tembló y comenzó a sacudirse, emitiendo un sonido casi aterrador.

—No me dejaste otra opción —le dije y me alejé de ahí sin querer presenciar cómo su vida se extinguía poco a poco.

Damián estaba temblando en posición fetal. Había estado ahí observando toda la escena. Sus ojos apenas permanecían abiertos. Me acerqué y lo sostuve en mis brazos sin moverlo demasiado. Su herida seguía sangrando. Podía ver el tejido interior perforado y algo más que palpitaba dentro. La visión me provocó un sinfín de inexplicables emociones que se agolpaban una tras otra haciendo que mi cabeza perdiera lucidez. Era el peor momento para quedar inconsciente yo también. En cualquier instante, Damián se dormiría. No quería que eso pasara.

¿Qué garantía había de que abriera nuevamente los ojos? Jalé una de las sábanas en el suelo y la amarré alrededor de su abdomen lo más justo que pude y con cuidado. Le di ligeras palmaditas en el rostro y lo obligué a

mantenerse despierto. Los sollozos y gemidos de Héctor se habían ido sin darme cuenta en qué momento. Lo moví con un pie, pero permanecía inerte. Estaba muerto. Había matado a un hombre.

El pánico y la desesperación nuevamente me esclavizaban. La adrenalina que antes me había agotado se convirtió en miedo. No sabía cómo iba a salir de aquello que permanecía con la imagen de una persona que amaba herida en mis brazos y el cadáver en el suelo de nuestro agresor asesinado por mí. Abría y cerraba los ojos esperando que la escena desapareciera, pero todo se hacía visible como la peor de las realidades. Tenía la certeza de que la pesadilla, lejos de terminar, apenas estaba comenzando. Damián tosía, y un gesto de dolor cortaba nuevamente su rostro al igual que un pequeño cachorro herido. Lo tenía en mis brazos y no podía decirle nada que lo alentara, ni siquiera a mí mismo. Algo me había bloqueado por completo y sólo podía llorar. Gruesas lágrimas caían sobre Damián y me ahogaban incluso a mí. Fernanda había despertado sin saber dónde se encontraba, y yo no me atrevía a verle la cara. El tiempo transcurría, y no podía dejar de llorar. Algo me obligaba a hacerlo, pero quería que se detuviera. Un grito se ahogó en la garganta de Fernanda, que tapaba su boca con ambas manos. Sus ojos rojos estaban también cubiertos en lágrimas. Aterrorizada, veía el cuerpo deformado ya sin vida de Héctor en el suelo, a Damián en mis brazos apenas despierto sin decir palabra alguna y, a mí, completamente destruido y sin entender qué había pasado.

—Damián está herido. Dime que no se va a morir. Dime que va a sobrevivir —le dije mientras el mundo se hacía cada vez más pequeño y Fernanda se alejaba de mi visión hasta convertirse en una sombra. Veía cómo la recámara desaparecía, y entonces estaba el cielo de mi pueblo, limpio y con un sol brillante. Incluso creía ver a mi madre llamándome por mi nombre, igual que cuando cometía alguna travesura cuando era niño.

3
FUEGO

Mis emociones fueron detenidas y dieron paso a un impulso desconocido. No sé cuánto tiempo me había ido, pero Fernanda se encargó de hacerme recobrar el conocimiento. Todo a mi alrededor tenía un color más duro. ¿Era posible que en unos instantes me hubiera acostumbrado al suave y armonizado color de aquel cielo al cual no pude llegar? Su azul me absorbió y de pronto me escupió por un oscuro túnel hacia la realidad. Parecía que utilizaba mi cuerpo y sus sentidos por vez primera después de haberme desprendido escasos instantes de él. Percibía un extraño olor mientras mis ojos trataban de acostumbrarse a su composición física.

La habitación era un desastre. Damián permanecía envuelto por el vientre con la sábana de la cama, y una gran mancha roja se hacía visible a un costado. El charco de sangre sobre el cual yacía el cuerpo de Héctor llegaba a uno de mis pies y me manchaba la punta de mi zapato. Una extraña sensación se había quedado en mis manos al tacto. Yo también estaba manchado por la sangre de Héctor, de Damián, por la mía quizá también... La pesadilla era real.

Fernanda tenía el rostro rígido. Ya no lloraba. Caminaba de un lado a otro estrujando sus manos una contra la otra. Al verme despierto se agachó y palmeó mi cara.

—Elías, ¡muévete! No podemos llamar a una ambulancia. Hay que llevar a Damián a un hospital, ¡ya! —Fernanda sostuvo a Damián para que yo me levantara sin moverlo demasiado. Ponerme en pie fue como haberlo hecho con una gran carga sobre mí. Di un traspié pero la pared me detuvo. Tomé aire y obligué a mi cuerpo a reaccionar hasta incorporarme de nuevo.

”Traeré mi Volkswagen. Está a la vuelta. Invéntate una excusa. Por nada del mundo pueden entrar a esta habitación, ¡Elías! ¿Me escuchas?... Te necesito aquí. Damián no aguantará mucho —la voz de Fernanda era autoritaria, incluso más grave y menos aguda. Cualquiera diría que era otra. Estaba lidiando con esto mejor que yo. No sabía qué pasaba por su mente. Comprendí entonces que no había tiempo de pensar en nada más que no fuera llevar a Damián a un hospital. Las últimas palabras habían tardado en llegar a mi entendimiento: “No aguantará mucho”. Un tumbo sacudió mi corazón y originó una corriente interna que me quemaba, la cual hizo reaccionar una vez más a mi cuerpo. Las imágenes de lo que acababa de suceder me devolvieron de nuevo al contexto de aquella pesadilla. No había tiempo.

—Rápido. Esconderé el cuerpo en el armario, pero no puedo ir así a la recepción —le dije mientras evidenciaba mi ropa y manos manchadas en sangre.

Fernanda asintió y salió como un rayo por la puerta. Damián permanecía tumbado en el suelo a un lado de Héctor y movía su cabeza lentamente de lado a lado con los ojos entrecerrados. Su piel había dejado de tener ese color a parafina blanca y estaba amarillenta. Movié una de sus manos, y yo me agaché para sostenerla junto a mí. La sensación me dio energía y tranquilidad al mismo tiempo.

—Te sacaré de ésta sano y salvo. Ya verás... Estarás bien. Sólo no te duermas. Quédate despierto un rato más... —no pude siquiera meditar las palabras que salían por mis labios en ese momento, y de pronto lo había dicho—. Te amo, ¿me oyes? Quédate aquí sólo un rato más. Sé que puedes —apreté su mano junto a mi pecho hasta sentirla unida a la mía con mis alterados latidos.

Una de las comisuras de sus labios se curvó. Supuse que me había ganado una sonrisa de esas que tanto me gustaba ver. En otras circunstancias habría sido mucho mejor. Me levanté rápidamente y abrí el armario. Tomé la primera cobija que encontré. Sin miedo ni detenimiento envolví el cuerpo de Héctor. Sus ojos en blanco permanecían medio abiertos, hundidos en la masa de piel y carne deformada que solía ser su rostro. En ese momento supe que esa imagen quedaría grabada en mi mente para torturarme toda la vida. A pesar de ser un poco corpulento no pensé que pesaría tanto. Como pude, lo arrastré al armario y lo escondí ahí, recostado y con ambas rodillas flexionadas. Me di cuenta de que había dejado una línea de sangre que rodeaba la alfombra hasta el armario. Limpié la evidencia con toallas de manera superficial y dejé ropa tirada por el suelo que ocultara las manchas que habían quedado por si alguien se asomaba por la ventana. Era todo lo que se me ocurría en ese momento.

Fernanda entró rápidamente, lo cual alteró mis deshechos nervios. En un instante que no preví ya estaba levantando a Damián. Pensé en preguntar si era la mejor forma, pero me limité a ayudarlo. Lo levanté despacio hasta tenerlo en brazos. No pesaba demasiado como Héctor, y podía caminar perfectamente con él hasta donde estuviera el auto rosa de Fernanda. Para mi sorpresa y alivio estaba casi afuera de mi habitación. Lo sentamos en el asiento del copiloto y lo reclinamos por completo en un intento por brindarle comodidad. A pesar de todos los movimientos, no se quejó ni una sola vez.

Fernanda se acomodaba el cabello ágilmente mientras se veía en uno de los espejos retrovisores del auto. Tomó el bolso que estaba sobre el asiento del conductor y temblorosamente sacó una cajita negra y un labial. Sin dejar de verse, intentó arreglar el arruinado maquillaje debido a sus lágrimas. No supe cómo interpretar aquello, pero luego comprendí que había un propósito.

—Quédate en el auto con Damián. Yo me encargo. Espero verme natural y que no sospechen absolutamente nada —me indicó mientras cambiaba su preocupada expresión por una sonrisa. Si no la conociera no notaría la falsedad de su expresión.

Estaba seguro de que Fernanda encontraría una buena excusa para asegurarse de que la habitación quedara libre de posibles merodeadores o que la señora de la limpieza entrara, así que dejé reposar todos mis pensamientos en un solo objetivo. Me senté en la parte trasera del reducido coche y hablé con Damián, intentando mantener enfocada su atención en algo que lo hiciera permanecer despierto. Fernanda nuevamente me sobresaltó con su rápida intromisión y lanzó hacia mí una playera limpia antes de abrocharse el cinturón de seguridad y arrancar el auto.

Entramos directamente por la puerta de emergencias. Damián había logrado levantarse e insistió en entrar caminando, pero apenas cruzó el umbral se derrumbó y cayó de rodillas en el suelo. Yo lo sostenía de un brazo, y Fernanda del otro. Soltó un grito de dolor que hizo voltear a todos los presentes en la pequeña sala de espera, y eso provocó además que una de las enfermeras soltara los portapapeles que llevaba en su mano para correr a ayudarnos.

Otra de las enfermeras pidió ayuda por uno de los teléfonos, y las miradas sorprendidas de señoras y ancianos nos colocaron en el centro de atención. Incluso uno de los allí presentes se acercó para ayudarnos a sostener a Damián. Dos hombres vestidos de blanco llegaron al instante con una camilla, y, con ayuda de todos, lo subimos. Tomé su mano por última vez y la apreté fuerte. Caminé de prisa siguiendo el ritmo de los camilleros hasta llegar a un angosto pasillo donde nos detuvieron. Lo solté y acaricié su frente que desapareció bajo mi mano tan pronto se lo llevaron. Fernanda hablaba con una de las enfermeras. En ese momento no sabía si mi presencia sería de utilidad.

—Nos asaltaron a los tres. Él venía manejando y nos detuvieron. Nos tenían rodeados, y lo hicieron bajarse del coche a la fuerza. ¡Dios mío! Pensé que nos matarían a todos. Discutían y se quiso defender. Entonces lo apuñaló.

Los demás huyeron. Nuestro agresor lo hizo segundos después. ¡Fue horrible! —decía Fernanda desesperada. La historia era tan creíble en sus palabras que me hizo desear que las cosas de verdad hubieran ocurrido así y no de la forma en que volvía, reforzada en detalles y recuerdos para atormentarme.

Permanecía sentado en uno de los asientos. Miraba el suelo gris. Un nudo en la garganta se formó y me provocó de nuevo un ardor como si hubiera tragado en seco una píldora muy grande. A un costado, un niño me observaba anonadado, con su boca y mejillas llenas de caramelo rosa. Le lancé una fría y dura mirada con la que provoqué que saliera corriendo de ahí, sin darse cuenta de que había tirado su paleta de caramelo. Segundos después escuché lloriqueos y la reprimenda de una mujer a lo lejos. Los pasos de Fernanda se acercaban, y traté de aparentar un mejor semblante mientras se sentaba donde hacía segundos estaba el niño. Ambos guardamos silencio. Su cabello me impedía verle el rostro. Con los dedos, lo sostuvo por detrás de su oreja y dejó ver una gruesa lágrima que le recorría la mejilla.

—Lo hice para defender a Damián, a ti y a mí. No tuve otra opción. Nos habría matado —si es que había alguna justificación para ello, era ésa, y Fernanda tenía que saberlo.

—Me cuesta creer que haya planeado todo esto. No era el mismo desde hacía días. No sé por qué —Fernanda comenzó a desmoronarse, y me di cuenta de que no sólo le atormentaba el peligro de la situación, sino el hecho de que Héctor estuviera sin vida a unos kilómetros de distancia, escondido en un armario. No lograba comprenderlo al igual que yo. Siempre supe que no era un tipo de confianza, pero jamás imaginé algo así. La pregunta de por qué lo había hecho era lo único que podía surgir entre la consternación y la negación, cuestión que tan sólo quedaba atrapada en una telaraña de suposiciones que empeoraban la poca estabilidad mental que aún me quedaba. Supuse que por el momento lo mejor era permanecer lo más tranquilo posible para actuar de la forma correcta a lo que se estuviera aproximando y sentía tan presente. Aquella parte de mi mente que se resistía a doblegarse era lo único que me hacía pensar en lo más prudente e inmediato, aunque en ese momento pareciera inútil.

”Él y yo manteníamos un acuerdo extraño para poder estar juntos o lo que fuera que compartiéramos —soltó en un juego de palabras poco audibles al percatarse de cómo mi mirada escrutaba su expresión. No la conocía lo suficiente para saberlo, pero no había visto semblante con más angustia que el suyo. Siempre me había preguntado la clase de relación que ellos dos

podrían compartir y planteada de cualquier forma jamás lo entendí. Entre todo, preferí no parecer indiscreto, aunque Damián siempre se expresaba de forma indiferente ante el tema y hasta preocupado sin siquiera yo indagar en absoluto. Como fuera, entonces entrábamos en terreno peligroso. Lejos estaba de ser la ocasión adecuada para ello.

—No sé qué hubiera sido de Damián y de mí si tú no hubieras estado ahí. Gracias —dije finalmente, aunque el silencio como respuesta a mi comentario fue incluso peor que cualquier otra contestación; pero ya era tarde, y Fernanda comenzaba a perder el aplomo que anteriormente le admiraba. Éste era sustituido por un temblor involuntario que le recorría la espalda. Clavaba dedos y uñas en sus rodillas. Debido a su ansiedad, las lágrimas nuevamente le humedecían el rostro de finas facciones, sumido en la desesperación.

Al intentar acercarme se hizo a un lado y me dio la espalda. Aunque inesperado, me resultaba un comportamiento comprensible. Ya bastante había hecho ella por la persona que había terminado con aquel al cual lloraba. Eso me convertiría aún más en un perfecto intruso que sólo había venido a traer muerte y a empeorar lo que ya estaba mal. Mi actual posición sólo elevaba mis ganas de ponerle fin a todo, saber que Damián estaría bien, que Fernanda también estaría mejor. Junto a ello, la impotencia dio por terminada toda culpa que sentía. Sabía que eso sólo me impediría actuar con precisión, y, sin saber por qué, algo en mí quería estar de pie entre las sombras enmascaradas que permanecían ocultas, agazapadas en la oscuridad, riéndose de mí. Sabía que por ese momento no podía levantarme y correr hacia ellas. Sólo permanecía en pie fingiendo no verlas para, en el momento menos esperado, encender la luz y hacerlas presentes. Sólo así podría enfrentarlas.

—Me pregunto si haberlo matado era la única salida, si pensaste en otra opción —Fernanda irrumpió en mis pensamientos logrando que incluso yo mismo me lo cuestionara nuevamente.

—Lo pensé. De veras que lo hice. Si había otra, eso ya no sirve de nada... lo siento —aquello se escuchó peor de lo que creía antes de decirlo.

Finalmente, después de haber esperado lo que parecían ser horas, cuando en realidad habían sido minutos, una de las enfermeras le habló a Fernanda, que, en un movimiento rápido y preciso como ella misma, secó su rostro con las manos e hizo su cabellera hacia un lado. Los dos nos levantamos al instante.

Damián estaba bien. Su existencia reposaba la mayor parte del tiempo en

un sueño profundo donde esperaba que al menos se encontrara mejor. La noche anterior había sido una de las peores que puedo recordar. Héctor estaba presente en cada uno de los momentos que dormía, aunque me resistía a ello. Las cortas pesadillas iban y venían, me dejaban atrapado en medio del espacio onírico y la realidad; mezclaban ambos espacios para provocar nuevas pesadillas. En una de ellas, Fernanda estaba muerta, escondida en el armario, y Héctor, con el rostro deshecho, me asesinaba mientras Damián lo veía todo con una mirada que me culpaba, con la misma mirada del día anterior, cuando Juliana me había dejado frente a él como la peor de las amenazas.

Fernanda apenas me dirigía la palabra, salvo para saber si me encontraba bien, después de haber sido donante de sangre, puesto que fue lo único que Damián necesitaba para recuperarse pronto. Después de haber bebido la mayor cantidad de líquidos posibles y, en vista de mi insistencia por regresar al hotel, mientras Fernanda cuidaba de Damián, sólo logré que uno de los doctores pusiera un cóctel de somníferos y tranquilizantes en mis venas. Tal vez ante sus ojos, mi estado fuera el de una persona alterada que necesitaba descansar, tranquilizarse; pero tiempo era lo que se me agotaba.

Quería terminar antes que amaneciera. El cielo ya se esclarecía en la punta de los cerros y colinas azules en la distancia; como una referencia tortuosa e irónica fue tiñéndose de rojas pinceladas que se tornaron naranja. Eso era lo que necesitaba, lo que en ese momento hacía figuradamente: enterrar el rojo para llegar al naranja. No debían ser más de las cinco treinta de la mañana o tal vez las seis, pues aunque podía distinguir todo pese a la falta de iluminación sobre mí, aún había estrellas. La oscuridad se mostraba reacia a desvanecerse con el alba.

No estaba seguro de cuántas horas había conducido hasta llegar a este lugar. Mis manos estaban temblorosas ante el agotamiento, pero no me detuve, moví y apilé tantas piedras como pude de distintos tamaños hasta que el cuerpo de Héctor quedara sepultado bajo la seca raíz de un árbol que permanecía arraigado al borde de una empinada ladera, el cual amenazaba con desprenderse en cualquier momento. El extremo de su raíz desnuda había dejado, con el tiempo, un hueco entre la tierra dura y la cortina de piedras que caía en una pronunciada bajada. Fue el mejor lugar que encontré después de atravesar por varias hectáreas de maizales y un largo camino de terracería. El Volkswagen rosa de Fernanda parecía a punto de colapsar en mil pedazos. Por momentos, olvidaba lo llamativo que ese coche resultaba, pero terminé

restándole importancia al estar en un llano prácticamente desprovisto de vida humana.

Aun con la lejanía, poco a poco comenzaban a ser más visibles un grupo de escuetas viviendas con techos de lámina, un poblado olvidado por todos quizá, o eso parecía por el brillo que los prematuros y tenues rayos de sol reflejaban sobre la superficie de aquéllos. Entonces me pregunté si, con el tiempo, lo que permanecía lapidado bajo tierra sería descubierto. La respuesta vino tan pronto como lo imaginé. Sólo esperaba que no fuera demasiado pronto.

Di órdenes en la recepción de no ser molestado. El obeso encargado no se opuso a mi petición. Sólo se limitó a levantar la mirada por encima de un periódico amarillista y decir: “Como quiera. Nadie ha entrado estos últimos días desde que se fue”. Cualquiera cosa que Fernanda había inventado para librarse de la limpieza funcionó, y no quise estropearla argumentando algo que evidenciara la mentira.

Las espesas nubes grises sólo habían permitido que la mañana se iluminara por unas horas, lo cual dejó al sol reducido en un tenue anillo resplandeciente, pero débil para realizar su innata tarea. Había comprado de paso los detergentes y limpiapisos más abrasivos para eliminar la mancha roja en el suelo, los muebles y parte de la alfombra, lo cual me llevó más tiempo del que tenía previsto, pero finalmente la habitación podía contar otra historia para quien la observara. A simple vista, aquel cuarto de hotel podía significar las secuelas de una fiesta llevada a los últimos niveles o el simple desorden de una persona que había pasado el tiempo suficiente ahí para justificar su actual estado. Cualquiera que fuera en apariencia el motivo de su aspecto, me aseguré de que no quedara nada de ese día.

Tomé el dinero en efectivo que había dejado escondido, con el temor de no encontrar nada y comprobar que alguien había irrumpido en la habitación. El interior entre la cubierta de piel y la pasta de cartón de una vieja agenda con cierre no era el mejor escondite, pero sí el más práctico que había encontrado. La había colocado en uno de los cajones entre otros libros que había conseguido mientras trabajaba en la librería. Pensé en lo que ocurriría cuando desertara del empleo, en el futuro del abandonado negocio por sus dueños; pero eso se vio opacado al imaginar una línea de tiempo trazada que llegaba hacia mí, rodeado de todas las extrañas circunstancias en las cuales había piezas claves hacia la verdad, que entonces debía permanecer oculta el mayor tiempo posible o, de lo contrario, todo lo que se mantenía sosteniéndose con la misma fuerza que una torre de naipes colapsaría ante el menor viento, y eso sería el fin para los hermanos Arias y para mí, pieza clave y detonante en todo esto, como si una bomba invisible hubiera estado todo el tiempo sobre la familia. Yo había llegado a activar la cuenta regresiva y esperaba entonces su inminente explosión. Desde el día de mi llegada, había dejado, de manera inconsciente, piezas regadas de un rompecabezas que componían una escenografía llena de detalles, y entonces la imagen central se componía con

la muerte de Héctor. Estaban ahí, esparcidas, esperando a que alguien lo suficientemente audaz las recogiera y armara para finalmente encontrarme; pero ese alguien debía tener un interés en todo ello, y era ahí donde la inseguridad se alimentaba del miedo y sesgaba mi pobre intento de pacificar toda emoción que me impidiera avanzar con firmeza.

Los libros, la agenda vieja y el dinero en ella estaban tal y como los había dejado. Tal vez era lo único que aún permanecía en orden. El resto de todo el dinero que me quedaba para continuar permanecía en la cuenta. Mientras intentaba recordar el cajero automático más cercano, vaciaba el equipaje de mi mochila a la maleta para tenerla libre. Conservaba en ella sólo un cambio de ropa entre la cual envolví la pistola de Héctor. Al tomar su fría carcasa, una helada descarga en mis manos me causó un prolongado escalofrío. Desde hacía varios días atrás, la temperatura de mi cuerpo era fría. En ocasiones, mis manos y pies se enfriaban igual que en invierno. Mis sentidos alterados no me permitían identificar la causa de aquello, aunque tal vez sólo fuera un asunto de mi mente rota.

Tomé una ducha caliente lo más rápido posible. El vapor abrió mis pulmones y aclimató mi cuerpo. Me vestí sin prestar atención en la ropa mientras hacía operaciones matemáticas en la mente para administrar la precaria economía restante. Al verme en el espejo, comprobé que me había puesto esos *jeans* azul marino un poco ajustados que había conseguido en oferta y que jamás me había puesto. Algo me hacía ver diferente. Luego caí en cuenta de que había adelgazado un poco. Mis mejillas se habían hundido ligeramente y perfilaban más la forma de mi rostro, lo cual me añadía unos años en apariencia. Una desigual barba comenzaba a crecer y se perdía entre mi cabello que caía sobre mi frente en varias direcciones y cubría mis orejas. ¿Desde cuándo no lo había cortado? Las ojeras grises, ojos enrojecidos y piel reseca eran el complemento perfecto para lucir como un total vagabundo. Tal vez estaba siendo demasiado severo con mi aspecto. Sin darle importancia, me puse una chaqueta impermeable sobre el suéter, me colgué la mochila al hombro y, después de un largo suspiro involuntario, abandoné la habitación. Al hacerlo, las mejores noches que viví en ella asaltaron mis memorias, se reprodujeron a detalle y devolvieron algo que me faltaba: esperanza.

—Oiga, joven, va tener que apuntarse en el registro cada vez que venga. No es que tengamos muchos huéspedes, pero es lo que se hace. Si no hay nadie, sólo llegue, apúntese con la hora de entrada, tome las llaves y listo. Las dejaré aquí, en el cajón de las revistas —indicó el hombre obeso mientras

abría el cajón y dejaba las llaves de la habitación sobre la incompleta portada de una revista con la fotografía de una mujer semidesnuda.

—Bien, apuntarme y tomar las llaves. Le pagaré estos días y una semana más por adelantado. He andado algo ocupado, pero necesito tener un lugar seguro dónde regresar —saqué el efectivo y lo puse sobre el escritorio.

—¿Usted y la güerita, eh? Esa dama lo trae loco —soltó una carcajada. La desagradable sonrisa de dientes corroídos que se dibujó en su redonda cara resaltó el prominente pliegue de su papada.

—Y a quién no —fingí corresponder su camaradería con el gesto triunfante de un hombre que ha conseguido la mejor mujer del pueblo.

—¡Muy bien! Aquí tiene dónde estar a solas con ella. ¿Ha tenido más visitas últimamente, verdad? El chiquillo y un cabrón muy raro. Casi llamo a la policía cuando lo vi entrar. Le pregunté qué hacía aquí. Me dijo que lo andaba buscando, que lo esperaría. Creo que se fue porque ya no lo vi. Al rato llegó el otro muchacho y lo vi entrar a su habitación después de hablar, supongo, con usted. No vi que llegara esa vez.

—Oh, sí, ellos. El chico es mi hermano, y el otro, un amigo suyo, tengo entendido. A propósito de visitas, el cuarto está algo desordenado por las reuniones, una disculpa —respondí para evadir sus comentarios que me tomaron por sorpresa. Así fue como Héctor buscó la forma de escabullirse y Damián lo encontró ahí. Después llegó Fernanda, luego yo. Bloqueé los acontecimientos que vinieron después a mi mente.

—Está hecho. Al parecer, en el hotel no sospechan nada ni escucharon nada. Sólo vieron entrar a Damián, y, a Héctor, ir a buscarme —le dije a Fernanda apenas entré a la habitación del hospital.

—Él ya estaba dentro cuando regresé a buscarte —emparejó una voz rasposa y queda.

Damián seguía un poco pálido y tenía los labios resecos. Entrecerró los ojos al verme y los abrió lentamente con una adolorida sonrisa trémula. Me acerqué a él, y Fernanda se apartó en silencio hasta salir del cuarto de hospital. Recorrí la cortina color azul, lo cual provocó un chirrido metálico en el silencio que dejaba el viejo aire acondicionado. Era lo más cercano a la privacidad que se podía lograr ahí. Había lugar para cuatro pacientes, pero sólo había tres. Al lado de Damián, un hombre con oxígeno roncaba con dificultad boca arriba. Oculto tras la cortina, acerqué la silla junto a la cama y lo vi por unos segundos sin saber qué decir.

—Si no hubiera muerto, ella nos habría abandonado a todos. No era feliz.

Siempre me decía que tenía que cuidar a Raúl si algún día ella faltaba. No le importábamos —tardé un instante en digerir lo que Damián estaba diciendo. ¿Aún deliraba?— Mi mamá, la soñé y recordé los últimos meses —aclaró mientras se acomodaba con una mueca de dolor en la cama y trataba de incorporarse. Le ayudé a reclinarla.

—No creo que ahora tenga mucho caso recordar...

—Ahora que lo pienso, siempre estuvo ausente, ¿sabes? Antes de Jorge, tampoco pasábamos mucho tiempo juntos. De pronto era atenta, me preparaba el almuerzo y otras veces salía desde temprano y no regresaba hasta tarde. Recuerdo, en varias ocasiones, llegar de la escuela, verla bebiendo entre hombres y mujeres, riendo. “Ahí está la comida en el refri. Haz la tarea y duérmete”, era lo único que me decía —me interrumpió pensativo.

—Damián...

—Pensó que con Jorge sería feliz y tendría una familia modelo, como debe ser, pero sólo fue más infeliz. ¿Por qué tienen hijos si no están listos o no quieren? ¿Sólo por un deber social? Nadie debería tener hijos, ¿no crees?

—Yo creo que... ningún padre es modelo a seguir.

—No, definitivamente —acaricié su frente y se quejó. Era el corte hinchado en su ceja que había olvidado—. No sé qué es peor: no haber muerto o recordar por qué sigo vivo, sólo para ver... —pero entonces fui yo quien lo interrumpió:

—No, no hice lo que hice para escucharte hablar así. ¡Sé que estás por encima de todo esto! Quiero que dejes de quejarte. Quiero que estés bien. Tal vez sea mucho pedir, pero sólo quiero un poco de ayuda. ¿Puedes hacer eso?

—hablaba en voz baja pero firme mientras apretaba su mano. Damián cerró los ojos y frunció el ceño con sus largas y negras pestañas humedecidas. Hundí la cara en la almohada junto a su oído y lo rodeé con un brazo.

—Lo siento. Espero que sea la última vez que te veo llorar en mucho tiempo —me disculpé.

Recargó su cabeza sobre la mía en la almohada. Con la mano que tenía libre, acariciaba su cabello sucio por el sudor. Era increíble la energía que un simple acto como aquel me transmitía. Mientras yo conseguía recobrar voluntad y acrecentarla gracias a su cercanía, él sólo se venía abajo. Sentía la necesidad de poner en orden nuevamente su mundo, uno que también yo compartía en esos momentos y que estaba siendo manchado. Sentía pertenencia no sólo por lo que nos había unido de manera fortuita, sino

porque todo aquello tenía que ver conmigo. Había mucho de por medio, pero lo que ocurría dentro de Damián era un asunto aparte, una batalla personal, la cual sólo él podía librar. Yo, en ese momento, tomaba partido en una que no sabía dónde me dejaría. Los fantasmas de Damián nos acechaban a ambos. No sabía cómo alentarlos, pero tenía que hacérselo ver.

—Fernanda está mal. No la había visto así nunca —me dijo despacio mientras volteaba su rostro. La piel reseca de sus labios, que siempre permanecía húmeda, rozaba los míos. Entonces teníamos eso en común. Su cercanía me impidió responder de inmediato.

—Lo sé. Todos estamos mal de diferente manera, pero no he podido dejar de pensar en lo que podría estar pasando ahora. Sí, lo maté. No vi otra salida, y, de no haber tenido la oportunidad de hacerlo, él nos habría matado a ambos.

—Yo estuve ahí, Elías. Lo hicimos los dos, y sé que no había otra salida, pero lo peor ya pasó, ¿no? Te deshiciste del cuerpo y limpiaste todo. Nadie supo qué pasó, sólo nosotros tres, ¿verdad?

—Quiero pensar eso. Baja la voz —me preocupaba que alguien pudiera estar escuchando. Fui hacia la puerta y la cerré.

Damián se llevó las manos al rostro, agobiado.

—Juliana mandó lejos a Raúl. Lo inscribió en una excursión por varios lugares, a él y a Abril. Ahora mismo no sé dónde está. Esa zorra sabe lo que ha estado pasando entre tú y yo. Quién sabe cómo esté planeando usar eso en mi contra, y “alguien” me quiere muerto. Frustramos el primer intento, y ahora somos asesinos, pero no nos deshicimos de cualquier persona, sino del único interés amoroso, o lo que sea que haya sido, de mi mejor amiga, quien involuntariamente está involucrada en todo esto y... ¡Sí! Casi lo olvido, mi compañero en todo esto resultó ser hermano de mi hermano, sobre lo cual recién me enteré porque ocultó dicha información por algún tiempo, con propósitos que aún no entiendo, y lo más enfermizo es que, a pesar de creer que yo era su hermano, permitió que... hiciéramos lo que hicimos. ¡Vaya!... ¿Te das cuenta de lo jodido que suena todo eso? —pronunció sin detenerse en voz baja.

—Si lo pones de esa forma, sí, todo suena muy mal —de nuevo acerqué la silla y me senté junto a él—. Sé que tal vez haya sonado absurdo, pero ya te expliqué todo. No oculto nada más. De lo único que sí soy responsable fue de estar contigo de la forma en que lo hicimos, aunque yo seguía pensando que tú y Raúl eran mis medios hermanos por igual... pero no me arrepiento. Lo

único que me consuela es saber que intenté de muchas formas deshacerme de esos pensamientos y detener todo impulso que me ocasionaba estar contigo, pero cada vez que quería enderezar el rumbo y decirte la verdad algo pasaba y era imposible no desear todo... todo de ti. Lo siento, pero así pasó, y ya ves... no compartimos entre los dos ningún lazo genético después de todo.

—Sólo compartimos un hermano, y eso es raro. Ahora que lo pienso, tal vez no tengamos los mismos genes, pero, según me dijeron, tu sangre se mezcló con la mía. Gracias por eso. Dicen los doctores que ya venía medio vacío cuando llegué.

—Muy gracioso... Coqueteaste con la muerte, y eso sí no fue chistoso.

—Ni modo, uno no puede conservar el sentido del humor siempre — ambos sonreímos con desgana, y aquel momento fue un punto blanco en la página color negro de un libro impredecible. Aunque los buenos instantes llegaban a cuentagotas, lo cual me hacía sentirlos incluso impropios y a destiempo, los agradecía infinitamente; me hacían ver la razón por la cual seguía avanzando en ese momento.

Pero eso sólo provocó que la realidad golpeará el fondo con más fuerza y saliera a la superficie catapultada, desbordando la sombra de todo aquello que me oprimía y ya no podía evadir más. Sentía cada segundo transcurrido como una extraña ganancia al seguir vivos, pero también perdido por no haber resuelto nada. Fuera cual fuera, no sentía garantizado un futuro.

—Damián, tienes que saber algo —podía estar a su lado hasta que se recuperara por completo y pretender que todo estaría bien; pero no era así. De nuevo me acerqué y hablé lo más cautelosamente posible—: antes de irse, Héctor quiso que yo supiera algo. Él dijo: “Yo no soy tu enemigo. Sólo hago lo que tengo que hacer”. Le pregunté por qué quería matarnos, y él respondió que sólo a mí, no a ti; que ésas eran las órdenes, pero ahora los dos estábamos involucrados. Me advirtió sobre un mayor peligro, que yo desearía estar muerto. Por ahora no podemos adelantarnos a nada, pero al menos ya sabemos que no actuaba por cuenta propia.

—Era un sujeto bastante inestable, y mira que lo digo yo. Pudo haber tenido cualquier motivo. A lo mejor, sólo quería confundirte, redimirse o qué sé yo. A eso súmale que siempre andaba mal. Además... ¿por qué te quería muerto? Ni siquiera conoces a nadie aquí como para... No estarás pensando que todo esto es porque estás conmigo, ¿verdad?, y que...

—No hay que adelantarnos a nada. Aunque suene evidente, tú mismo lo dijiste: puede ser por cualquier otro motivo. Por ahora, lo primero que tengo

que hacer es averiguar todo sobre Héctor, y al decir “todo” es realmente todo: quién era, cómo era, cómo se relacionaba, qué hacía, todo.

—Yo puedo hacer eso.

—No, necesito que te quedes aquí. Aun en este hospital siento que no estamos seguros. Allá afuera sólo seríamos blanco fácil. Quien está detrás de todo podría terminar la tarea que dejó incompleta. Ya lo pensé, y no podemos estar juntos por ahora. Nos podrían tomar por sorpresa de nuevo a ambos, y esta vez ya no correríamos con la misma suerte. Además está lo de Juliana. No debe tardar en notar tu ausencia y saber que aquí estás, porque tarde que temprano tendremos que dar aviso. Recuerda que tienes las terapias obligatorias y todo eso. Si me ve contigo, sólo le facilitaremos las cosas. Ya ni siquiera me puedo acercar a Raúl. Es lo que harás: averiguar dónde está él y cuándo regresará, estar pendiente desde aquí. Por ahora es en lo que me puedes ayudar.

—¿Y tú correrás el riesgo solo? También serás blanco fácil.

—Estaré alerta y, cualquier cosa, tengo en marcación rápida a Fernanda y a ti. Si estoy en problemas, tendré tiempo de avisarles dónde estoy.

—Eso es una pésima idea.

—Por ahora no encuentro otra. Hay que empezar con Fernanda. Yo soy el menos indicado para poder hablar con ella de todo esto. Tienes que convencerla de que te diga todo lo que sabía sobre Héctor: dónde vivía, cómo se conocieron y lo que resulte relevante. De paso, tenemos que mencionarle mi parentesco con tu familia. ¿Crees que nos ayude con eso?

—Sí, yo me encargo. Tenemos nuestro idioma especial en esos casos.

—Eso pensé —la silueta de Fernanda estaba recargada en la entrada de la habitación, perdida en sus pensamientos, con la mirada fija en la puerta. No me percaté de cuándo había llegado—. Entre más pronto mejor.

—Déjanos solos un rato —me dijo Damián mientras observaba a Fernanda.

—Estaré en la sala de espera —respondí al mismo tiempo que me ponía en pie. Mis pasos hacia la salida crujían de manera dramática.

—Damián quiere verte. Iré por un café —mi voz sonaba diferente y cautelosa; reflejaba debilidad y se doblaba ante su receptor. Fernanda sólo se limitó a asentir con la cabeza y a apartar su rubia cabellera hacia un lado para retorcerla en un grueso y reluciente bucle. Me retiré al instante.

Me preparé un americano con mucha azúcar en la máquina despachadora de café para después tomar asiento en el sofá del rincón. No había mucha

gente, pero quería pasar desapercibido. De la mochila saqué los dos teléfonos celulares y los encendí. Antes de hacerlo, mi corazón dio un fuerte latido que me causó dolor. El celular pequeño de funciones básicas mostró en su pantalla verde la frase: “Quinto sol”, seguido del logotipo de la compañía telefónica. Ambos parecían tener línea. Casi automáticamente revisé los textos y el registro de llamadas. Empecé por el básico. No había nada. El teléfono más grande, operado de forma táctil, había terminado de cargar sus funciones y me pedía una contraseña de texto para acceder. A mi mente llegó la frase que Héctor intentó decirme mientras agonizaba y que había mostrado la pantalla del otro celular. Escribí puntualmente: “Quinto sol”, y el teléfono se desbloqueó. Mi corazón comenzaba a latir más rápido. La adrenalina que me provocaba mi constante estado nervioso y el café hacían que mis manos temblaran mientras manipulaba el *smartphone* torpemente. Verifiqué de igual forma los textos, el registro de llamadas, la lista de contactos e incluso la agenda. Nada. Todo estaba en blanco. Incluso el fondo de pantalla era uno predeterminado con formas geométricas de distintos colores. Busqué entre las aplicaciones instaladas, y no había nada fuera de lo normal. Intenté entrar a las redes sociales como Facebook, pero en todas me pedía actualizaciones y registro, como si jamás hubieran sido usadas. No parecía el teléfono de alguien sin alguna personalización que reflejara algo de su dueño, salvo la contraseña inicial.

Por varios minutos navegué entre las precarias funciones del teléfono pequeño y cada una de las aplicaciones del táctil sin tener éxito alguno o encontrar algo importante. No había absolutamente nada. ¿Qué esperaba que hiciera Héctor con ellos? Posiblemente, el primero sólo tenía la función de revelarme la contraseña del segundo, por si no me quedaba claro, pero, ¿eso era todo? Éste tampoco poseía alguna información que me dijera algo que necesitara saber. Mantuve la esperanza de poder encontrar algo que me guiara, algún dato clave, pero seguía igual. Guardé con desgano ambos teléfonos en los bolsillos de mi chaqueta y saboreé mi decepción con un largo trago de café caliente que me quemó la garganta.

Fernanda apareció frente a mí. Una vez más no había notado su presencia a pesar de pretender estar siempre alerta. La verdad era que constantemente iba y venía entre los huecos de mi mente. Con esa feminidad que sólo ella poseía se sentó junto a mí y cruzó la pierna mientras llevaba nuevamente su cabello hacia un costado, como si sentirlo en su espalda fuera algo molesto.

—Quinto sol... ¿Te suena familiar? —dije sin meditarlo. Eran las palabras

que permanecían flotando entre los mismos huecos de mi mente que me hacían perderme.

—¿Qué? —confundida volteó a verme después de evadirme desde la última vez que habíamos intercambiado una conversación real.

—Es lo único que sé. Lo único que dijo antes de morir.

—No, no me suena familiar —respondió abstraída. Me observó por unos segundos, durante los cuales no supe qué hacer o decir exactamente—. Definitivamente se parecen Jorge y tú.

—Extraño, ¿no?, ese asunto.

—No sé, tal vez estaba destinado a ser así. Llegas, conoces a quien es tu medio hermano y resulta que lo motivas en el momento en que más necesita de ello. Raúl era un niño muy extrovertido y alegre, como cualquiera a esa edad. Antes de que todo comenzara a complicarse y terminara con la muerte de sus papás, incluso mucho antes, ellos constantemente tenían problemas... En esa etapa fue cuando conocí mejor a Damián. Antes no éramos tan cercanos como ahora. Luego tú conoces a Damián y, bueno, es bastante obvio que han encontrado algo que no cualquiera llega a tener. Al menos eso parece. Le diste un respiro entre todo lo malo con lo que diariamente lidiaba. Entonces no es del todo extraño... Así debía ser. ¿Lo has pensado?

—Creo que hay algo de razón en eso que dices.

—Lo que sí es extraño es tu motivación al venir aquí. Querías hacer un cambio radical, pero viniste a otro lugar igual de estancado, sólo que más grande y con más población.

—Pues ésa fue mi motivación. No pensaba tanto en venir a este lugar; sólo fue un pretexto, y, de cualquier modo, el autobús desde allá tenía que detenerse aquí por más pasajeros. Lo medité durante todo el camino, y, cuando por fin se detuvo, algo me dijo que debía llegar.

—¿Y adónde querías ir entonces?

—Siempre quise vivir en Nuevo Iztacalco. Estuve investigando, y puedo especializarme ahí en muchas áreas de la carrera; bueno, luego de terminarla y graduarme.

—Querías ir a lo grande. Tengo conocidos ahí, y es cierto lo que dices: no sabía que habías estudiado alguna carrera.

—En realidad no del todo. La dejé unos semestres antes de terminarla por problemas, psicología.

—Nunca lo hubiera imaginado. De hecho, jamás te lo pregunté. Estarás de acuerdo en que las circunstancias en que nos conocimos, los momentos, sobre

todo, no se prestaban para eso. De todos modos, siempre fuiste bastante reservado al hablar de ti, y ahora veo por qué. Cargabas un pequeño secreto todo el tiempo.

—Pero ya no.

—Pues, sinceramente, Elías, espero que después de todo logres tus objetivos o lo que sea por lo que hayas venido hasta acá. El primer paso ya lo diste.

—Gracias, pero eso no es de lo que necesito que hablemos.

—No te preocupes, que a eso he venido.

—Veo que ahora te mantienes al margen y lo comprendo; de veras que sí, pero, como se lo dije a Damián, es necesario que confíes en mí. Eres lo más parecido a un aliado que tengo en estos momentos.

—¿Exactamente cómo te puedo ayudar y para qué? ¿No es mejor simplemente olvidarlo y avanzar ahora que ya está hecho? No es que podamos dar aviso a la policía o revivir a Héctor y preguntarle por qué lo hizo —Fernanda comenzaba a perder la imparcialidad en el tono de sus palabras y me hablaba con sarcasmo.

—No se trata sólo de eso. Creo que estamos en peligro —la crudeza en mis palabras debió ser la necesaria para cambiar el rumbo de la conversación y tener de nuevo la honesta atención de Fernanda.

Le conté todo acerca de los últimos minutos, cuando Héctor me previno de una amenaza más grande que la suya, de cómo el sólo seguía órdenes y que su principal objetivo en aquel momento era matarme. Fernanda me veía atónita, con los ojos abiertos y sin parpadear. Exhaló aire lentamente mientras masajeaba su delgado cuello con una mano, tratando de tranquilizarse a sí misma ante la preocupación que mis palabras habían provocado en ella. Incluso sentía cómo el recuerdo de Héctor poco a poco se iba limpiando ante Fernanda, hablando a través de mí con su última acción, buscando el perdón, principalmente de ella, a pesar de hacerlo con una ambigua justificación.

Parecía casi increíble, pero la antigua Fernanda que había conocido, aquella que me impresionaba, estaba de regreso. Su semblante también cambió. Ya no me evadía ni se mantenía precavida o a la defensiva, como en los últimos días. Al comentarle acerca de los celulares y mi decepción por no encontrar nada, me sugirió un par de ideas antes de descartarlos como útiles. Aun con todo eso, no perdía ese atisbo de angustia entre sus palabras y miradas. La tristeza se había instalado en sus ojos.

—Nunca supe con exactitud dónde vivía. En una ocasión mencionó un

lugar, pero no fui más que una vez, y eso de paso, cerca de ahí para recogerlo. No quería que yo fuera por él, tal vez porque ocultaba algo o simplemente porque afectaba su orgullo, una hombría ridícula o qué se yo. Te paso la dirección ahora que vaya por mi bolso —Fernanda hablaba sin detenerse, como si la información que tenía sobre Héctor se le pudiera olvidar. Por suerte para mí no era así.

—Gracias. ¿Cómo fue que lo conociste?

—Lo conocí en casa de Damián. Él trabajaba para Jorge y Germán, el esposo de Juliana, o algo así, tengo entendido. Sólo fue poco tiempo, según supe. Estudiaba una ingeniería en sistemas computacionales, pero no la terminó. Era muy inteligente para todo eso. Fue el pretexto para seguirme viendo. En ese entonces se ofreció a arreglar un problema que tenía con mi computadora.

—Hace tiempo, cuando recién llegué y antes de conocerlos a todos, oficialmente me topé con él cerca del hotel. Se veía con un tipo alto y delgado. No vi bien su rostro por la capucha negra que traía puesta, y, por lo que vi, le estaba vendiendo “algo” a Héctor.

—Droga, supongo. Nunca me negó su constante adicción. Algunas eran de cabecera, y, otras, decía consumirlas esporádicamente.

—Lo sabía, siempre me dio la impresión de andar bien colocado.

—Crees que él te estaba vigilando desde entonces, ¿no es así? Si no, ¿por qué lo mencionas?

—No lo sé. Es muy pronto para sacar cualquier conclusión. Ahora mismo hay un millón de teorías que podríamos plantear. Sólo sería una pérdida de tiempo. Volviendo al tema, ¿exactamente a qué se dedicaban Jorge y Germán para que Héctor se haya relacionado laboralmente con ellos?

—Jorge tenía una gerencia en los servicios financieros de un banco, y Germán era agente de bienes raíces en una empresa. Abrió su propia inmobiliaria con Jorge tiempo después. Hasta donde Héctor me contó, Jorge se prestó a ayudarlo dándole empleo cuando dejó la universidad. Ya antes había hecho otros trabajos “de encargo” para él y otros compañeros, así que estaba consciente de su eficacia. Cuando se presentó la vacante en el área de sistemas, Jorge mismo lo recomendó.

—Debió ser realmente bueno para calificar en un puesto como tal.

—Lo era, pero no estaba al mando. Creo que era sólo asistente. De cualquier modo, estaba dentro de su área. Es todo lo que sé.

—Y, ¿qué hay de sus padres? ¿Nunca los mencionó? ¿Tenía familia?

—Siempre fue muy hermético respecto a eso. En algunas ocasiones tocamos el tema, pero sólo mencionaba haber vivido de chico con su padre. A su madre nunca la conoció. No sabía nada de ella.

—¿Y dónde está su papá ahora? ¿Aún vive?

—No lo sé. Supongo que no, porque, cuando le preguntabas por él, cambiaba de tema. Hay cosas que uno prefiere mantener para sí mismo, y entiendo perfectamente eso. Nunca me entrometo en asuntos de carácter muy personales, por respeto.

Me había quedado en silencio por unos instantes, dibujando en el viento la posible vida ya extinta de Héctor, pero desistí de inmediato. En ese momento estaba yendo más lejos de lo necesario a lugares de su vida donde no encontraría absolutamente nada que en ese instante me fuera de ayuda. Sabía que todo lo demás que Fernanda supiera de Héctor era ir a otra dirección, en la cual tampoco encontraría datos de relevancia. Cruzaba la débil frontera hacia la extrema incomodidad. La relación que solía compartir Héctor con Fernanda, por más intrigante que resultara, no dejaba de ser un tema aparte sobre el cual sinceramente tenía poco interés.

—Es un buen comienzo. Quisiera verificar la dirección donde supuestamente vivía. Debe haber algo que me diga más acerca de todo esto.

—Ahora vuelvo. Iré por mi bolso —Fernanda asintió y se levantó enseguida. De nuevo, el sueño hacía que mis ojos se sintieran cada vez más cansados. Con pasos cansinos fui hacia el baño y mojé mi cara en el lavamanos. El contacto hidratante y helado del agua con mi piel apenas me devolvió un poco de la fuerza anterior. Justo después de haberme secado el rostro con una toalla de papel, la vibración acompañada de un sonido agudo desencajó mi agobiada percepción de la realidad. Saqué rápidamente el teléfono de dónde provenía la llamada. En la pantalla verde del celular básico aparecía parpadeante un número sin registro en la agenda. Sabía que, si lo meditaba demasiado, perdería la oportunidad de saber quién llamaba. Oprimí la tecla verde y llevé el celular a mi oído. No dije ni una sola palabra. Sólo escuchaba la nada de algún lugar silencioso. Segundos después, el silencio fue remplazado por el ruidoso motor de alguna máquina pesada que se alejaba, igual que un tractor de carga. Alguien lanzó un resoplido del otro lado del auricular.

“¿Héctor?”, una voz desprovista de emoción alguna llamaba al dueño de la línea. Igual que una computadora, era lo suficientemente aguda para poder ser de mujer, pero también lo suficientemente grave para poder ser de un

hombre.

“¿Dónde está ese idiota?”, la siguiente voz era de un hombre. No tenía duda de ello, a pesar de haberse escuchado bastante lejos. Casi al instante la comunicación se cortó del otro lado.

Debía verme un poco ridículo con el celular rosa lleno de incrustaciones metálicas en la carátula. Esperaba impaciente sin haber pensado cómo plantearle la situación lo mejor posible a Luka, el amigo de Fernanda. Tenía esperanza de que contestara pronto la línea al ver que se trataba de ella.

—¡Qué milagro! —contestó Luka en vez del habitual “bueno”.

—Hola, soy Elías... amigo de Damián y Fer.

—¿Elías?... ¡Oh, sí! ¿Y Fernanda?

—Está aquí, conmigo. Me prestó su teléfono. La verdad es que necesitamos pedirte un gran favor.

—Dime.

—¿Conoces a alguien que nos pueda rastrear un número? Quiero decir: recibí una llamada de un número desconocido y me interesaría saber de quién se trata, averiguar algo sobre el registro de la línea.

—Si logro convencer a un conocido que puede averiguar eso y tener acceso a esos registros, sí. ¿Para qué quiere Fernanda saber algo así? ¿Los extorsionaron?

—Algo similar, pero es muy importante saberlo. Nos harías un gran favor, créeme; sobre todo a ella —Fernanda me vio con ojos recelosos. Si Luka creía que lo hacía por ella, accedería a ayudarnos de mejor manera.

—Hmmm. ¿Ahora qué se traen ustedes tres? Por cierto, ¿cómo está ese chico Damián? Fernanda no había respondido mis mensajes desde la fiesta de Tommy, un verdadero desastre.

—Por ahora no podemos entrar en más detalles. Ya luego te contaremos — intenté no sonar grosero, pero sí marcar la prioridad y razón de la llamada.

—Qué misterio. ¡Ok! En cuanto tenga la información les hablo, pero me cuentan qué ocurre. Pásame el número que quieres rastrear.

Le di la información que necesitaba y pasé la llamada a Fernanda a pesar de sus gestos de negación que hacía. Era lo menos que podía hacer ella en esos instantes. Tomó su celular con resignación y habló con Luka.

—Hola. Sí, estamos bien. Lo sé. No, no dimos ninguna información en la llamada. Te lo agradezco. En cuanto tengas el dato, nos hablas por favor, gracias —al final, Fernanda había sido menos amable con Luka que yo. No sé por qué, pero creía que él ya estaba acostumbrado.

Me fui del hospital sin siquiera despedirme de Damián. En ese momento, no quería pasar dando explicaciones de lo que pensaba hacer, porque ni yo

mismo estaba bien seguro de qué haría o encontraría. Estar con él me hacía olvidarme de todo lo demás, desear permanecer así sin importar qué ocurriría mañana; pero no era eso lo que nos pondría a salvo.

Seguí las indicaciones que Fernanda me había dado de manera inequívoca. Había pasado ya por todos los puntos de referencia, varias tiendas departamentales, y unas cuadras más abajo se alzaba un viejo letrero con pintura blanca carcomida que dejaba el tubo metálico en su base desnudo y oxidado. Desde la ventanilla del autobús no podía leer la casi imperceptible leyenda en su marquesina; pero no había otro lugar u otro letrero cerca que pudiera confundirse con ése.

Un viejo cine abandonado delante de mí era la última referencia. Aún mantenía las letras rojas en la cartelera con las que anunciaba: “Hoy se exhibe”, salvo por la “y”, que estaba a punto de desprenderse. El autobús me había dejado ahí, entre una nube de esmog. Doblé la esquina del cine y bajé por una calle en declive. Diminutas entradas con puertas metálicas barnizadas en color blanco y negro daban la impresión de ser fichas de dominó. Los techos eran demasiado bajos en las viviendas contiguas; tanto, que una persona bastante alta tendría que agacharse para entrar. Antes de terminar la cuadra, una pequeña panadería rompía el monótono panorama. Tras el cristal, las persianas permanecían entreabiertas y dejaban ver varias charolas con diferentes panqués. El olor a harina recién horneada me trajo recuerdos.

La calle era demasiado angosta, y el andador sólo permitía que una persona pasara caminando. Después de cruzar la calle, a varios palmos más, estaba la vivienda 212, lugar que Héctor había habitado de ser cierto. Toqué a la puerta con una moneda, lo bastante fuerte para que se escuchara. El sonido metálico se prolongó con un extraño eco. Al no obtener respuesta alguna, lo hice una segunda vez, tratando de asomarme entre los barrotes por el distorsionado cristal cromado. Junto a la cerradura, en la puerta de metal, había un hoyo por el cual salía un cordón de alambre. Justo en el momento que pensé en tirar de él, una sombra negra se aproximó tras el grueso cristal de la puerta.

—¿Quién? —gritó un hombre desde dentro.

—Estoy buscando a alguien. Me dijeron que aquí vivía Héctor —respondí dirigiendo mi voz hacia el agujero en la puerta para no tener que gritar tanto. Ésta se abrió de un jalón y me tomó por sorpresa.

—Cuántas veces les tengo que decir a todos que aquí ya no se venden sus mierdas. Ese cabrón ya ni siquiera vive aquí. Ve a surtirte a otro lado —un sujeto de cabello largo, dientes manchados y la piel repleta de marcas de acné

apareció frente a mí, descalzo y con ropa muy holgada. Sostenía aún la puerta para cerrarla en cualquier momento.

—Qué lástima, pero no sólo venía por eso. En realidad necesito localizarlo. Tengo un trabajo para él... ¿Sabes dónde vive ahora?

—No sé dónde viva. Mira, ese hijo de puta me dejó con toda la deuda de los meses de renta atrasados que teníamos. No le haré ningún favor.

—Qué mal. De verdad necesito encontrarlo. Te pagaré algo en recompensa por la información. Te debió haber dicho mínimo a qué parte se mudó —una sonrisa en su boca grande y carnosa se dibujó, evidenciando una larga hilera de dientes amarillentos que terminaban siendo cafés.

—Tal vez sepa algo... ¿Cuánto traes?

Saqué el dinero de mi billetera al azar sin ver la denominación. Traía el resto en la mochila que cargaba conmigo. Decepcionado, tomó los tres billetes y los contó.

—Algo es algo. Ya vengo —dijo mientras se metía el dinero a los bolsillos y emparejaba la puerta. El aire de adentro trajo una ráfaga de viento con olor a suciedad y cigarrillo. Al regresar, el tipo traía con él un trozo de papel doblado.

—Es todo lo que sé. Él mismo anotó la dirección por si sus “clientes” lo venían a buscar. Ya hace varios años de eso. Tienes suerte de que nunca limpio, si no, lo habría tirado. Ese idiota de Héctor me debe muchas.

—¿Qué te debe?

—¿Te parece poco esconder sus mercas, aquí, en mi casa? Si la policía lo hubiera descubierto, a mí también me habría cargado la chingada. Ese malparido gastaba más comprándola que vendiéndola. Yo le dije muchas veces que le parara, pero le valía madres. Una vez tuve que gastar de mi dinero para llevarlo a un hospital, si no se habría muerto de sobredosis. Lo hubieras visto. No dejaba de temblar y tartamudear como un retrasado. Si no es por mí, me cae que estaría bien muerto, si es que no lo está ya con tanta mierda que se mete.

—Sí que te debe muchas, pero te las arreglas mejor solo que con él, ¿no?

—¡Y mucho! Yo sólo lo acepté porque necesitaba compartir los gastos. Así se la vivía de arrimado con sus amigos, y con todo mundo quedaba mal. Cuando se fue de aquí se supone que rentaría un lugar para él solo. Nunca supe cómo le fue después. Si lo ves, le dices que sigo esperando el dinero que me debe.

—Cuenta con eso y gracias por el dato —dijo finalmente antes de recibir

un “sí” de mala gana seguido de un portazo en la cara como respuesta.

El extraño sujeto de hace unos instantes se había desahogado conmigo, y gracias a eso pude persuadirlo de brindarme la nueva dirección de Héctor, si es que era la correcta; eso sin contar con el dinero de por medio que le ofrecí. De vuelta a la esquina del cine abandonado encontré a un señor con su local ambulante protegido por una sombrilla, sentado en un pequeño banco de madera, que hacía guardia entre las ollas humeantes de alimentos. Le pregunté por la dirección anotada en el papel, y de manera entusiasta me dijo cómo llegar trazando con sus manos caminos imaginarios en el aire; todo con tan sumo detalle que me costaba retener tanta información. Al final, le agradecí y tomé el mismo autobús del que me había bajado minutos antes, el cual me acercaría adonde tenía que llegar.

A diferencia de las desiertas y angostas calles por las que había caminado, entonces lo hacía por una extensa calzada con autos yendo en todas las direcciones. Di vuelta en la esquina frente a un pequeño parque con columpios y asientos en los alrededores, protegido por una hilera de espesa vegetación. Las copas de los árboles se erguían varios metros hacia el cielo, recubiertas de pájaros negros en sus ramas, que cantaban al mismo tiempo. El sol ya se había ido, y la tarde estaba lista para descansar en brazos de la noche tan pronto como se aproximara. El estruendo de algún neumático roto al fondo de la calle hizo que una parvada de aves volara lejos y acariciara las nubes. El viento sopló fuerte y creó pequeños torbellinos de tierra y de basura que luego se desvanecieron cuando un coche pasó y desintegró su camino. Arriba, los árboles blandían sus ramas, como si se sacudieran los furtivos habitantes que poblaban sus copas. Las aves se resistían, manteniendo el equilibrio con ambas alas y se aferraban con sus patas.

Una antena sobresalía sobre el techo cercado con una tela de alambre y lleno de tendederos. Bajo éste, un edificio de dos pisos revestido de piedra gris y barandales verde olivo me indicaba que había encontrado el lugar que buscaba. Me sentí observado. Disfracé mis pasos vacilantes e inseguros con una falsa determinación y caminé rápido hacia el lugar indicado mientras subía el cierre de mi chaqueta y cubría mi cabeza con la capucha.

El edificio albergaba cinco departamentos arriba y tres abajo. En la planta alta, tres estaban de frente y uno a cada lado, mientras que abajo había dos locales hacia los lados con aparadores de cristal, ambos desocupados con el letrero de “se renta” en medio. El estacionamiento sólo tenía cupo para el número de departamentos disponibles. Una persona había salido de uno de

ellos en la parte de arriba; era una chica de estatura media que cargaba una canasta con ropa, vestía un ceñido *short* de mezclilla muy corto y tenis deportivos del mismo color que su blusa de tirantes con un estampado brillante. Me miraba con insistencia desde arriba mientras trataba de mantener el equilibrio y buscaba la mejor forma de cargar la enorme cesta de plástico llena de ropa. Finalmente, la rodeó con ambos brazos en su abdomen. Sus grandes senos parecían estar depositados también en la cesta. Tambaleante, subió hasta el techo por una escalerilla de caracol que se encontraba en la esquina.

Vi el trozo de papel por última vez, aunque lo había comprobado antes de llegar. Sin más, me dirigí escaleras arriba. Según la dirección proporcionada, el departamento de Héctor se encontraba en la planta alta, el último hacia el lado izquierdo. Frente a él, me quedé sin saber qué hacer. Mis objetivos se concentraron en encontrar el lugar, pero no en cómo entrar. Tenía que pensar en algo rápido antes de parecer sospechoso. La insulsa fachada sólo constaba de una angosta puerta de madera revestida en lámina y una pequeña ventana de medio metro como diámetro o menor. En medio de éstas, un contacto eléctrico con un foco polvoso y manchado en pintura las dividía. De manera instintiva y un tanto estúpida empujé la puerta con la ilusa esperanza de que tal vez estuviera abierta. La ventana también estaba cerrada y sellada con seguro desde dentro. Volteé a ambos lados, y no había indicios de haber espectadores, así que con una tarjeta de plástico blando que cargaba en mi billetera intenté hacer que cediera el pasador mientras presionaba con fuerza.

—Necesitas la llave —una voz gritó desde el techo. Saqué la tarjeta de inmediato, y se me cayó accidentalmente al suelo.

Traté de identificar a la persona que me había gritado, pero ya no había nadie. Tan pronto como mis ojos escanearon el lugar, la encontraron bajando las escaleras de caracol que conducían al techo. La mujer de hace unos instantes dejó la cesta de plástico, entonces vacía, en el suelo.

—No se abrirá de ese modo. Necesitas la llave —me confirmó con una voz ronca y golpeada.

—Lo siento. Es que he venido por algo y soy un idiota. Olvidé pedirle las llaves a mi amigo —improvisé con una fingida risita. La chica sonrió burlonamente.

—¿Qué amigo?

—El que vive aquí, un chico raro de cejas güeras y pelo negro. Lo has visto, ¿no?

—¿Héctor?

—¡Ese mismo! ¡Qué lástima! Soy pésimo haciendo favores. ¡Es su culpa por no haberme dejado las llaves!

—Hace tiempo que no sé nada de él. Se fue y no ha vuelto.

—Sí, lo sé. Ha andado un poco ocupado con unos asuntos; ya sabes... cosas. Me pidió por favor que buscara algo y se lo llevara, pero creo que no se va a poder, a menos que encuentre la forma de entrar. ¿Puedes ayudarme? ¡Tú entras conmigo para que veas que no me llevaré nada más! —mientras trataba de aparentar naturalidad y parecer despistado, ella miraba la puerta pensativa.

—Mira, no quiero problemas. Sé que lo están buscando, pero no creo que regrese. Pierdes tu tiempo.

—No, no soy de esa clase de personas que lo buscan. En realidad soy más como su amigo, y aquí entre nos, es algo muy importante. Dependen muchas cosas de que encuentre lo que me pidió. Sería muy dramático decir que es de vida o muerte, pero... es algo importante.

—Pues regresa y pídele las llaves, si tan importante es. De paso dile que no regrese.

—¿Entonces los has visto? ¿Lo están buscando? Cuéntame.

—Lo dio a entender la última vez que se fue. Me caía bien... A veces fumábamos hierba en el techo. Es algo raro, pero muy dulce, ¿me entiendes? Me comprendía, y yo siempre le decía que no tenía por qué estar solo —dijo mientras encogía los hombros, lo cual provocó que ambos brazos apretaran sus dos enormes pechos que amenazaban con desbordarse por el escote de su ceñida blusa. Era una chica de tez morena clara con ojos felinos color avellana. La mitad de su cabello era castaño oscuro, y, la otra mitad, hasta las puntas teñidas, de un rubio cobrizo; estaba restirado en una coleta muy corta y despeinada que daba la impresión de ser las puntas de una escobilla. Hablaba con su vocecilla ronca y miraba hacia el techo cada vez que mencionaba el nombre de Héctor—. Él me quitó al pesado de mi exnovio de encima, que siempre venía a molestarme a mí y a los vecinos. ¡Imagínate! No sé qué le vi. Era un imbécil, pero Héctor no era así. Él era... diferente. Sí, ésa es la palabra —continuó después.

—Creo que habrías sido muy buena para él. Fue un estúpido si no te hizo caso —mentí en mi demostración de interés y empatía con aquella mujer.

—¿Verdad que sí?, aunque él estaba enamorado de esa zorra con la que siempre hablaba. Como sea, eso ya no pasará. Desde que se fue he notado

gente extraña que pasa. Se queda viendo el edificio, y me da mala espina. Yo hago como que no los veo y no sé nada. Quién sabe en qué clase de líos ande metido ése, pero lo puedo imaginar.

—¿Has visto que suban aquí o te han preguntado algo a ti o a los vecinos? —le pregunté cautelosamente y aliviado de haber vuelto al tema en cuestión.

—No, no que yo sepa. Por qué no mejor vas y regresas antes que anochezca o vienes otro día. Estoy muy ocupada hoy —terminó con un cambio notable en su semblante y actitud, como si recordara que no era buena idea hablar conmigo.

—No creo poder. Me has caído muy bien. ¿Cómo te llamas?

—Raquel, ¿y tú?

—Jorge —una precaución repentina me impidió decir el nombre con el que todos me conocían y dije el primero que se me ocurrió. Después de todo era mi nombre también—. Hace algo de frío, ¿no crees? —continué para intentar prolongar la conversación.

—Ya me tengo que ir.

—No puedo volver en otra ocasión, Raquel. La verdad es que, si Héctor está en problemas y necesito entrar en su departamento es para ayudarlo —seguí mintiendo. De nuevo capté su atención, y me veía dubitativa. Se inclinó por el barandal de tal forma que quedó de puntillas tensando sus gruesas y torneadas piernas desnudas mientras observaba con detenimiento cada departamento vecino y los alrededores del edificio. Ahorcado en la pequeña prenda de mezclilla ajustada, su trasero erguido tenía forma de corazón invertido en esa posición.

—Vamos a mi departamento. Ahí platicamos más a gusto.

—Está bien —terminé aceptando sin más. Su invitación me tomó por sorpresa. Pasó de la negación con sus evasivas a la repentina complicidad y aceptación ante mi postura, o eso parecía.

Una pequeña sala de estar con dos sofás roídos, una mesa más adelante y el refrigerador de frente era lo primero a la vista en aquella habitación mal iluminada. Me senté en uno de los sofás color mostaza y me hundí casi hasta el suelo. Sentí por debajo de la cubierta acolchada los alambres y la madera que lo componían.

—¿Quieres un té, agua de horchata o Coca-Cola?

—El agua está bien —se alejó moviendo las caderas ante mi respuesta. Raquel se estiró y bajó dos vasos de plástico transparentes de arriba del refrigerador. Sacó una botella de Coca-Cola y se sirvió, luego una jarra con

agua que vertió en el otro vaso.

—Aquí tienes —puso en mis manos la bebida y se dejó caer a mi lado, tan cerca, que pude percibir un ligero aroma a detergente y suavizante de telas proveniente de su ropa. Tenía la blusa húmeda en la parte del abdomen.

”Y entonces, ¿por qué no vino la perra de su novia? Me habría gustado verla.

—¿Ferna...? —quise saber, pero me detuve a la mitad arrepentido. No sabía qué tan bueno fuera seguir el juego de aquella chica. Después de todo, no la conocía, aunque ella sí que parecía haber conocido un poco más a Héctor.

—Sí, ésa, Fernanda.

—¿La conoces?

—No, nunca la traje aquí. ¿Cómo es ella realmente?

—Bueno, ella... ella es muy linda, hermosa diría yo, muy gentil y simpática, alta, rubia, ojos grandes...

—Sí, ya, ya, lo mismo decía Héctor. No cabe duda que hablamos de la misma persona, aunque ya me imagino qué clase de zorra ha de ser: una güera descerebrada, desabrida, de esas que engatusan a todos los hombres con su carita de niña buena. ¡Bah!, que si las conozco.

—La verdad ella no es así. Es muy inteligente de hecho.

—Entonces sí la conoces —puntualizó mientras me lanzaba una mirada mordaz, en algo que parecía ser más una afirmación que pregunta, como si predispusiera mi respuesta.

—Sí, la conozco bien. Diría que somos amigos.

—¿Estás al tanto de lo que pasaba entre Héctor y ella?

—No mucho. Fernanda es muy reservada en ese aspecto, igual que él.

—Ya veo, ¿y dices que Héctor te mandó a ti hoy por algo?

—Sí —parecía que el interrogatorio de Raquel había terminado y me había dejado más como presa que como cazador. Sin decir una sola palabra se levantó y fue a una de las habitaciones. Sin saber qué más decir, me puse en pie. Aquello era bastante extraño, y estaba listo para irme. Debía encontrar otra forma de lograr mi cometido. Segundos después, la chica volvió y, justo cuando me iba a despedir, sostenía ante mí una llave color bronce. Quise tomarla, pero la retiró de mi alcance.

—Espera. Antes que nada, dime... ¿qué es esto? —Raquel sacó de su bolsa trasera un celular táctil con una escandalosa carátula dorada, buscó algo en él y lo puso frente a mis ojos. La fotografía que observaba hizo que mi piel

se erizara, era como estar viendo un fantasma. Héctor posaba en ella tapando su rostro ante la cámara con el brazo descubierto, mostrando un tatuaje en la muñeca, un poco más debajo de la palma de su mano, y sentado exactamente en el mismo sofá en que hace un rato me encontraba yo. La foto había sido tomada ahí mismo en casa de ella.

—Es Héctor.

—Me refiero a su tatuaje. Obsérvalo bien.

—Es un sol... —el rostro deformado y sangriento de Héctor parecía darme una vez más la respuesta en mi mente—: el quinto sol.

—Eso me dijo cuando le pregunté —respondió asombrada y puso en mis manos la llave.

Era un espacio oscuro y reducido, igual que la cueva de alguna comadreja o animal que vive bajo tierra. Más que un departamento era sólo una habitación. En ella tenía un colchón inflable sobre una base improvisada hecha con bloques de construcción apilados. Junto a éste había dos mesas portables que sostenían un tablón rectangular de madera a manera de escritorio, sobre el cual se encontraba una computadora con monitor plano y rectangular de gran tamaño, un teclado, controles de videojuego y volantes de coche a escala, también para videojuegos. A los lados había cientos de cómics, revistas y libros, torres de discos compactos repletas de ellos. Una silla plegable permanecía escondida bajo el singular escritorio para no estorbar en el reducido espacio. Al fondo, había una puerta angosta de madera carcomida y maltratada. El hueco donde debía ir la manija y el pasador estaba relleno con un trapo duro, lo cual hacía que ésta atorara y permaneciera cerrada. Era el cuarto de baño más chico que había visto, compuesto tan sólo de un inodoro mugriento lleno de sarro, una coladera a unos cuantos pasos en un pequeño espacio para la ducha, la cual se resumía a un tubo que sobresalía de la pared. Unas pinzas mecánicas estaban pegadas a uno de los conductos donde debería ir la llave de agua para facilitar girarla en ambas direcciones. Al lado del cuarto de baño, un angosto pasillo conducía al último hueco de aquel departamento diminuto, donde solamente había una parrilla eléctrica y un microondas sobre la barra, que era de concreto desnudo. Alrededor, varias botellas de cerveza vacías complementaban el escenario.

Examiné todo con detenimiento. Mis ojos proyectaban una versión holográfica de Héctor, despeinado, desaseado y soñoliento, levantándose ya entrado el mediodía y preparándose una sopa instantánea. Había restos de ese tipo de pastas y también diversos tipos de comida rápida por todo el lugar, por lo cual asumí que eran su principal alimento en el menú diario. Lo imaginaba sentado en la chueca silla de plástico frente a la computadora, haciendo esto y aquello desde ese lugar, dejando que su cerebro hablara por medio de acciones cibernéticas sin tener que salir al exterior. Tal vez por la tarde se diera un baño y escogiera alguna prenda del montón de ropa que estaba dentro de una caja de cartón, a los pies del colchón. Podría ser alguna de sus actividades extraoficiales, reunirse con alguno de sus extraños camaradas o tal vez pasar el día acompañando a la intrépida e inagotable

energía de Fernanda. Entonces, la proyección sobre Héctor que generaba en mi mente se tornó borrosa. No sabía qué podían hacer cuando estaban juntos él y Fernanda, ni quería imaginarlo. Salté esa parte y regresé a su vida real, cotidiana, la cual era mucho menos interesante, pero podía revelarme mucho al mismo tiempo.

Cada objeto que tocaba debía tener cientos de pequeños momentos e historias para contar. El mismo entorno me estaba diciendo algo que intentaba interpretar. Las memorias esparcidas que Héctor había dejado estaban ahí, intactas. Todo ahí dentro hablaba de él, comunicaba algo, incluso a través de la gente que había conocido: Fernanda, Raquel, el sujeto extraño con el que compartió casa e incluso Jorge, aun después de muerto.

Héctor temía no salir vivo después de todo. Tenía en claro sus posibilidades de morir, aunque tal vez no en manos de quien finalmente lo hizo, ni en la manera en que pasó. Él tenía miedo a algo que hasta entonces permanecía oculto para mí. Fue por eso que, antes de partir y a sabiendas de que cualquier cosa podía suceder, le entregó la llave de su departamento a Raquel. La había prevenido diciéndole que tal vez irían a buscarlo, pero que no encontrarían nada. Le advirtió que no interviniera y negara cualquier tipo de relación que no fuera meramente la de simples conocidos. En caso de que alguien llegara a buscarlo, a no ser que se tratara de Fernanda, sólo entonces ella debía darle esa llave, una vez que se cerciorara de su identidad. Héctor quería que supiera lo último que había hecho en su vida. Tal vez no quería morir sin que alguien conociera la verdad, y ese alguien era Fernanda. Dejó los rastros necesarios durante todo ese tiempo, de tal forma que sólo ella encontrara su paradero. Nadie más sabía dónde había vivido en los últimos años, más que ella. El resto sería fácil averiguarlo, al igual que yo lo hacía en ese momento.

Encendí la computadora, y, tal como lo había pensado, el sistema me solicitó la contraseña para acceder. No podría ser tan fácil, pero tampoco tendría sentido haber encontrado todos sus indicios para detenerme ahí. Escribí “quintosol”, en minúsculas y sin espacios, igual que en el celular. En automático, el sistema indicó “reanudando”. Todo parecía estar como la última vez que había usado su computadora. Varias páginas de Internet estaban abiertas. Había una búsqueda en Mercado Libre sobre extraños complementos electrónicos; en otra, el portal de YouTube. El buscador de Google también estaba abierto y otra página en un idioma extraño que ofrecía descargas gratis de series, películas y videojuegos. Quería encontrar la

bandeja de entrada de algún correo electrónico suyo, tal vez algún servidor de *chat* o su cuenta de Facebook abierta, pero, al teclear la dirección, me solicitaba de nuevo usuario y contraseña. Busqué en todos los navegadores y su respectivo historial, pero nada estaba registrado, ni siquiera mis búsquedas de ese momento. Debí imaginarlo.

Nuevamente escudriñé cada una de las páginas que se habían quedado abiertas, pero no me decían nada. No estaba sincronizada ninguna de sus cuentas, si es que tenía alguna, cosa que empezaba a dudar. El portal de YouTube mostraba una lista de videos de un mismo usuario llamado Torhec. Al percatarme mejor en la imagen de muestra de cada video, quien aparecía al frente era él, Héctor, que tenía un aspecto un poco más sano, incluso el rostro más joven y el cabello en una melena castaño claro a la altura del mentón. Sus cejas, aunque muy claras y escasas, lucían del mismo color de su cabello y le daban un aspecto distinto. Di clic en uno de los videos, y en él hablaba sobre un nuevo tatuaje que se había hecho, y relataba su experiencia y significado. De no haberlo conocido mejor podría pensar que se trataba de otra persona. La fecha del video era de algunos años atrás.

Los demás videos en su perfil hablaban sobre consejos y soluciones a problemas con programas de computadora, videojuegos y asuntos relacionados. Nada era interesante para mí. Lo realmente llamativo era la cantidad de visitas en cada uno y los comentarios que distintos usuarios dejaban en sus videos, algunos agradeciendo y otros exponiendo diversas dudas. Podría decirse que se había hecho de varios seguidores. Jamás lo habría imaginado, pero tenía sentido, pues sus conocimientos resultaban útiles para otros, y los exponía por el medio adecuado.

Una línea invisible dividía por completo la presencia cibernauta de Héctor. Los videos anteriores mostraban a alguien completamente distinto, incluso en su aspecto. Todos ellos eran de varios años atrás. Dejó de publicarlos durante varios meses seguidos. El primero de sus videos después de su ausencia resultó intrigante al mismo tiempo que desagradable.

Estaba justo ahí, sentado de igual forma, como yo, en el mismo lugar frente a la pantalla. La única luz que lo iluminaba era la misma que irradiaba el brillo de ésta. Se había cortado todo el cabello al ras de su cráneo y teñido de blanco al igual que sus cejas. Su piel estaba enrojecida, por lo que aquella apariencia albina me recordaba a la de una rata blanca. La forma en que estaba iluminada su cara y las sombras que ésta proyectaba endurecían cada facción y hacía evidente dos grandes bolsas bajo sus ojos cerrados, que, al

igual que sus párpados, se habían tornado de un tono café; pero su aspecto envejecido y ojeroso no era lo más alarmante, sino su extraña actitud.

Con el pecho desnudo y lleno de tatuajes en formas incomprensibles, Héctor sólo se limitaba a permanecer en silencio con los ojos cerrados sin moverse en absoluto. Hasta después de cuatro minutos abría los ojos y se acercaba a la cámara bruscamente, imitando los sonidos de algún animal. Después recobraba su postura y reía a carcajadas por más de dos minutos ininterrumpidos, como si realmente algo le estuviera causando una gracia infinita. Después sólo secaba las lágrimas provocadas por la risa y abría bien los ojos, saltones y enrojecidos, como un gato en la noche. Posteriormente cortaba la grabación.

Los comentarios ante aquel extraño video eran casi todos similares. Algunos decían: “¿Qué te ha pasado, hombre?” “Me asustaste.” “¿Qué mierda fue eso? ¿Estás loco?” Otros sólo se limitaban a tomarlo como una broma y darle la bienvenida. Los siguientes videos que precedían a ése parecían volver a su tono habitual y hablar casi de los mismos temas. No vi la mayoría de ellos en su totalidad; sólo le adelanté cada cierto tiempo intentando ver o escuchar algo de relevancia. La imagen de Héctor cambió a la manera en que yo lo había conocido, con la mata de cabello negro en la coronilla y el resto al ras junto a su ceja descolorida casi inexistente.

Sólo quedaba un video más, el último registrado en ese canal. Bostecé y masajé mis apesadumbrados ojos mientras esperaba a que cargara. No sabía de dónde estaba siendo alimentada la red inalámbrica, pero estaba seguro que provenía de fuera. Comencé a reproducir el video sin prestarle total atención, sin esperanzas de encontrar algo útil hasta que dos palabras me hicieron cambiar de posición.

Héctor hablaba despacio y con movimientos lentos, explicando el gusto que tenía por varias culturas antiguas y su interpretación ancestral sobre el mundo, gracias a que su padre había sido profesor de historia. Él pudo leer varias de esas grandes leyendas y explicaba cómo especialmente una había quedado grabada en su memoria, una acerca de cómo la humanidad había sido creada por dioses mitológicos, pasando por cinco eras regidas cada una por un sol diferente. Cuatro de ellos perecieron junto al hombre, hasta llegar a la creación de un quinto sol que perdurase.

De vez en cuando, la mirada de Héctor se perdía en algún punto lejos de la cámara, pero luego regresaba hacia ella con sus penetrantes ojos, ligeramente enrojecidos; abría y cerraba un libro viejo de pasta verde, pero no lo leía.

Hizo una pausa y dio un trago a una bebida en lata que tenía a un lado. Parecía algún tónico energizante. Se levantó un momento y, al incorporarse de nuevo, traía consigo un mural. Lo había dibujado y pintado él mismo. En él había varios personajes con rostros híbridos de humano y animal, ataviados con indumentarias mitológicas y llenos de color. Héctor indicó que se trataba de varios dioses relacionados con la leyenda de la cual hablaba. ¿Era esa historia mitológica que tanto impacto tenía en él la razón por la que se reflejaba en las contraseñas que había dejado? Después de todo, esas fueron sus últimas palabras. El video terminaba invitando a los demás a su lectura. Era todo. Esta vez no reparé en leer los comentarios, pero había algo nuevo. En la información sobre el video dejaba un mensaje: “Sólo une las partes para llegar al sol en movimiento”.

Las ideas saltaban y caían en un espiral hacia un oscuro rincón de mi cerebro, adonde llegan todos los puntos sin conectar, pero que se presumen como importantes. Había visto mucho y a la vez sentía que estaba retrocediendo. Percibía la presencia de Héctor constantemente y de manera más fuerte a cada paso. Desconecté por un instante la necesidad de interpretarlo todo en mi mente y me enfoqué en buscar; sólo eso. Veía la pantalla, pero aún no lograba volver de donde quiera que todo aquello me estaba llevando. Mis ojos me ardían, y la cabeza me dolía. Me levanté con un movimiento autómatas y comencé a mover la pila de libros y las torres de discos con esperanzas de poder encontrar algo más.

Un manojo de libros cayó al suelo, y, al levantarlos, uno llamó mi atención; tenía pasta verde y llevaba por título: *Civilizaciones prehispánicas y su cultura*. Era el libro que Héctor sostenía en sus manos en el video. Lo aparté del resto, pensando que tal vez de algo serviría. Entre los bloques de concreto que sostenían el colchón, una luz parpadeaba. Estiré el brazo para tomar el objeto, de tal forma que atravesé la mano por una gruesa capa de telarañas y polvo. Era una computadora portátil.

Se escucharon ruidos por fuera, y después alguien llamó a la puerta. Inmediatamente guardé la computadora junto al libro en mi mochila y comprobé quién era antes de abrir. Se trataba de Raquel. Me colgué la mochila y di un último vistazo a mi alrededor, como si al hacerlo pudiera identificar en segundos algo que se me estuviera escapando. Supuse que era todo lo que podía hacer en ese lugar. Suspiré hondo y abrí la puerta.

—Ya me estaba preocupando. ¿Qué tanto hiciste ahí dentro? —anunció tan pronto abrí la puerta, mientras dejaba su brazo suspendido en el aire.

—Leer. Leía unos documentos para encontrar algo, pero ya lo hice. No daré más problemas por aquí —me excusé con una sonrisa falsa y entregando la llave en su mano extendida.

—Puedes venir a visitarme cuando quieras —Raquel me veía con un interés ajeno a todo lo demás, y un silencio incómodo se prolongó entre los dos.

—Gracias. Fuiste de gran ayuda.

—¿Seguro no quieres pasar? Te ves algo estresado.

—No creo poder. Gracias de todos modos. Tengo que irme.

—Como quieras —su sonrisa fue sustituida por un gesto de decepción—. Una última cosa: si Héctor vuelve y algo importante falta ahí dentro le diré que me amenazaste para entrar. Espero que no sea el caso y de verdad vengas de su parte —emparejó con la absoluta seriedad de alguien que tiene todo planeado por si las cosas salen mal.

—Descuida. Eso no pasará... y gracias de nuevo.

La gente que se cruzaba por mi camino en las calles oscuras cubiertas por el manto nocturno me hacía sentir que estaba en peligro con tan sólo pasar a su lado. Cargaba en mi entonces inseparable mochila varias cosas que seguro no quería perder y que eran piezas claves de todo. Los celulares apagados permanecían en los bolsillos de mi chaqueta. La *laptop* que había encontrado unos momentos antes junto al libro de leyendas estaba en la mochila. Incluso, el arma de fuego que se negó a ser el objeto mediante el cual cometiera el crimen final que acabó con la vida de Héctor, también estaba dentro de ella.

Al fantasma de cualquiera que fuera todo eso que me perseguía le encontraba presencia corpórea cada vez que alguien se atravesaba o caminaba lejos de mí en cualquier dirección. Un coche avanzaba lentamente y se tomaba tiempo de más para arrancar entre cada alto, logrando ir a mi ritmo desde la acera donde cada vez caminaba con pasos más presurosos. La paranoia crecía en mi cerebro conforme éste se alteraba, y el menor ruido hacía que me sobresaltara. Hace mucho tiempo no sentía miedo, uno real como ése. Lejos estaba de parecerse al que sentía al despertar de alguna pesadilla. El miedo se fundió con mis impulsos, y sin encontrar más razones para hacerlo corrí calle arriba, ignorándolo todo hasta llegar a un supermercado. El misterioso coche siguió su lento curso de todos modos, aunque por un instante podría jurar que después de pasar lentamente por el establecimiento donde me encontraba y atravesar un reductor de velocidad aceleró el motor. Yo lo observaba escondido tras un anaquel de licorería

junto al exterior, separado por el cristal. El empleado en turno me veía con ojos desconfiados. Tal vez tuviera la finta de un delincuente que huye.

—A esta hora ya no tengo permitido vender alcohol, joven —fue lo que dijo mientras recobraba el aliento de mi agitada carrera.

—Ni modo. Corrí con la esperanza de alcanzar. Será para la próxima — respondí y salí rápidamente al ver a un taxi aminorar la velocidad.

Damián dormía. Me senté en la silla al lado de su cama lo más lento posible para no despertarlo. Fernanda dormitaba del otro lado y tampoco se había percatado de mi presencia. No merecía ser parte de esto. Imaginaba su mundo lleno de buenas acciones y gente afable, colorido y siempre con sorpresas positivas. No creía que hubiera cabida para la oscuridad en una persona como ella; sin embargo, por alguna extraña razón o capricho del destino, había conocido a Héctor, me conoció a mí y entonces estaba ahí, siendo arrastrada por todo, tratando de entender algo que yo mismo, lejos de sentirme cerca, veía cada vez más difícil y oculto, pero no por ello menos amenazante, sino todo lo contrario.

Pese a todo estaba vivo. Damián estaba a casi nada de recuperarse por completo, y Fernanda estaba con nosotros. Era motivo suficiente para seguir con mis objetivos. Dejé reposar mi cabeza sobre la fría pared, que en ese momento contenía la mente con una de las peores cargas. No pude evitar sentirme nuevamente la presa. Debía recordar una vez más mi posición y darme cuenta de que eso no tenía por qué detenerme. El cazador, por más que aceche entre las sombras, puede perder ventaja en un instante y convertirse en la presa. Después de todo, si en la cadena alimenticia hay algo más sobre él, sería tan sólo cuestión de moverse por los lugares adecuados. Dejé descansar mis preocupaciones sobre esa idea y recordé lo que había logrado llevarme del departamento de Héctor. Dormir no era opción, y perder el tiempo, tampoco. Me levanté cuidadosamente, y alguien me tomó del brazo, lo cual hizo que me sobresaltara al instante por dentro. Agradecí no haber hecho ruido.

—¿Por qué te fuiste? —la luz que entraba por los pasillos del hospital a las oscuras habitaciones era lo único que me permitía ver el rostro de Damián, con sus negras y brillantes pupilas viendo a través de mí. También la estaba pasando mal, y no podía estar a su lado como quisiera.

—Fui... fui a buscar el lugar donde Héctor vivía.

—Pudiste habérmelo dicho.

—Lo siento. No tuve tiempo de hacerlo. Sólo quería... encontrarlo lo más

pronto posible.

—Ya ni siquiera me opongo al medicamento para dormir, porque sé que de otro modo no podré estar en paz. Llámame cobarde si quieres, pero no veo de qué otra forma poder hacerlo. Aun así, no sirve de mucho, porque cada vez que despierto estoy muerto de miedo, pero no por lo que pueda estar pasando allá afuera. Tengo miedo de despertar y saber que algo le ocurrió a Raúl, a Fernanda o a ti. Si nos largáramos de este estúpido hospital y me dejaras acompañarte...

—Ni de broma —lo interrumpí.

—¿Ves? Ni siquiera me dices qué es lo que realmente está pasando; sólo te veo cada vez más alterado. Quiero saberlo, estar al tanto. Si permanezco aquí es sólo porque tú me lo pediste pero...

—Ya suficiente hemos arriesgado, y por ahora no hay nada que tú puedas hacer. Te necesito aquí. Sentirlos a salvo me da motivos para seguir con esto.

—Y a mí me toca la peor parte: sólo esperar... y dormir.

—Es necesario para que te recuperes. Te prometo que, en cuanto estés en posición de moverte a tus anchas, podrás ayudarme, pero por ahora no... Oye, ¿cómo ha estado Fernanda? —cambié de tema por la salida más fácil, aunque el pensamiento había aparecido en mi mente de manera genuina.

—Ausente. Está aquí, a nuestro lado, pero... necesita tiempo, supongo, llevarlo mejor.

—Al menos ya me habla. De haber llegado un poco más temprano le habría pedido un taxi para que fuera a su casa y descansara.

—Tú también debes descansar. Has hecho mucho las últimas horas —Damián observaba mi vacilante posición—. Por cierto, ¿qué tal te fue? ¿Encontraste algo?

—No mucho realmente. Logré encontrar el lugar donde vivía, pero sólo había un completo desorden y cosas irrelevantes —pensé en contarle todo en aquel instante, pero entonces mi prioridad era analizar un poco más las cosas antes de comunicárselas a cualquiera de ellos. Necesitaba averiguar qué había en esa laptop—. Ahora regreso —dije mientras me levantaba con un ligero roce de mi mano en la suya.

—¿Qué tanto cargas ahí? —quiso saber mientras señalaba mi mochila. Yo ya estaba en pie con ella en la espalda.

—Mis cosas. Saqué todo de la habitación del hotel por si no regresaba, después de haber... limpiado todo —vi la decepción en el rostro de Damián ante mis explicaciones. Sabía que le ocultaba algo. Se limitó a exhalar

lentamente mientras arqueaba las cejas y dirigía su vista al techo, resignado.

—¿No dormirás? —indagó sin sostener ya su mirada en mí.

—Tal vez lo haga. Primero quiero... ir al baño y despejarme un poco. No tardo —masajeé su hombro como si al hacerlo mis palabras tomaran una connotación que agradeciera su entendimiento, aunque no fuera de la mejor forma. Me dirigí a la salida y me detuve un poco sólo para voltear a verlo. Todos dormían. Me regresé con pasos rápidos, y sin anteponer una razón a mis actos besé sus labios, inmóviles al inicio, para después corresponder al encuentro con los míos. Me separé para sostener su respiración y su rostro junto a mí por unos instantes. Mi cerebro despertó y comenzaba a tomar otra dirección. Después de decirle un “ya vuelvo” al oído recobré mis pasos y me dirigí a la sala, vacía e iluminada sólo por una lámpara y la luz en el interior de una máquina con golosinas.

Saqué la computadora portátil de la mochila y la encendí. No pedía contraseña alguna. Segundos después, ya estaba en la pantalla principal con un fondo de escritorio predeterminado, en el que sólo había un icono sin nombre o descripción. Tenía la forma de un sol incompleto, tan sólo la mitad derecha. Algo dentro de mí estrujó mis pensamientos.

Al ingresar a cualquiera que fuera el programa que me llevara aquella pequeña mitad de sol, la pantalla se puso en negro. Dos segundos después apareció la imagen de un sol en color gris. Era la clásica imagen con formas geométricas, representado en un círculo con un halo de destellos alrededor en forma de “s”. Bajo éste aparecía una leyenda parpadeante que indicaba: “Estableciendo conexión...” Después de tres intentos, la leyenda cambiaba a: “Imposible establecer conexión...” y prevalecía de este modo por unos segundos para después volver al estado inicial. Al repetir el proceso, más abajo, un recuadro permitía la escritura con el botón de “Iniciar”. Al lado, la palabra “¿Contraseña?” indicaba el procedimiento a seguir.

A estas alturas, todo lo referente a una contraseña me resultaba igual a las últimas palabras de Héctor. No tenía por qué ser diferente esta vez. Como si se tratara de un contenido clasificado o estar viendo algo prohibido, lancé miradas agudas hacia ambos lados, descartando la posibilidad de intrusos para finalmente teclear: “Quinto sol”, seguido de un *enter*. Al instante, el recuadro arrojó otra clave en un intercambio al parecer acertado. Era una palabra en un idioma antiguo. Era imposible siquiera pronunciarla de algún modo en cualquier idioma del que tuviera conocimiento al menos. Aquella conjunción de letras no podía alterarse, permanecía en el recuadro sin ceder.

La leyenda parpadeante indicaba en ese momento: “Sin conexión”. La austera presentación en pantalla no permitía el acceso a nada más que ingresar esa contraseña para obtener la palabra que entonces aparecía en el recuadro. El único botón activo en la esquina superior izquierda era el de “Regresar”. Repetí el proceso una y otra vez, pero nada parecía cambiar. Algo se me estaba escapando.

La búsqueda de conexión podía significar simplemente la necesidad de Internet para el funcionamiento de aquel misterioso programa. Eran horas poco habituales para buscar alguna red disponible y por ende preguntar a la enfermera por la clave. ¿Qué información escondería en su almacenamiento la computadora una vez accediendo al sistema? No había duda de que todo tenía relación con los últimos segundos de vida de Héctor, y, lo más importante, era el porqué de sus previas acciones. “¿Qué escondías, qué más ocultabas?”, hablé en voz baja hacia la pantalla inmutable, como si al hacerlo pudiera verlo a los ojos. Si tan sólo hubiera un indicio más que facilitara las cosas...

Tal vez un técnico lo solucionara, aunque no sé cuánto demoraría en hacerlo, en acceder a toda la información que estuviera ahí dentro. No estaba seguro de que fuera una buena idea dejar en manos de un desconocido una de las pocas herramientas que me guiaban a saber lo que estaba ocurriendo más allá de nosotros y que nos había alcanzado en una amenaza de muerte. Había ya manchado mis manos en sangre de alguien que no estaba del todo seguro si merecía ese destino, aunque tal cosa no estaba en mí decidirlo. Es por ello que debía pensarlo dos veces antes de actuar. Tal vez no fuera la mejor opción, por el momento, pero de no encontrar otra tendría que recurrir a ella. Cerré todo y apagué la laptop. Estaba cansado, mentalmente agotado y físicamente hecho polvo. Unos pasos rítmicos se acercaban haciendo más ruido del necesario. Los reconocí antes de ver la silueta de una mujer delgada, alta y de larga cabellera acercarse entre las sombras provocadas por el encuentro de la tenue luz y la oscuridad que había en los pasillos. Fernanda también tenía aspecto de cansancio, aunque sólo sus ojos lo proyectaran, pues, en general, la imagen era igual a la de una chica, lista para cualquier actividad.

—Esa laptop la conozco. Era de Héctor —puntualizó al instante, abstraída, como si viera un objeto místico.

—Sí, lo es. Esta cosa y un libro es lo único que pude llevarme. Espero que sea útil. No me gustaría tener que regresar ahí.

—¿Entonces sí pudiste encontrar la dirección? —Fernanda parecía asombrada.

—Sí, ya no vivía en el lugar que me dijiste, pero, por suerte para mí, encontré el lugar donde vivió los últimos días, antes de todo aquello que lo perseguía.

—¿Qué... qué averiguaste? —titubeó.

—Vendía y consumía drogas. Por lo que vi, no tenía un lugar estable. Era un genio de todo aquello relacionado con la informática y computación; nada nuevo, salvo un canal en YouTube que dejó abierto en su computadora: el suyo. ¿Sabías que tenía uno desde hace mucho y que publicaba varios videos en él?

—No, la verdad es que ni siquiera yo sabía mucho de él en ese aspecto. ¿Qué clase de videos eran?

—Cosas triviales: tatuajes, programación, videojuegos, cosas como ésas. Su aspecto cambió mucho en tan poco tiempo... y tenía una extraña fascinación por una leyenda mitológica. Su padre fue profesor de historia.

—Todo suena a él. Llegué a ver fotos tuyas de varios años atrás y casi salto de la impresión. Sé lo que todos pensaban de él, pero su locura nunca me molestó... Es difícil de explicar. Como sea, ya no importa.

—Tienes que saber algo —sentí la necesidad de hacerle saber lo que había descubierto. Fernanda volcó sus ojos en mí en espera de lo peor—: Héctor temía morir los últimos días antes de todo esto. Un... vecino lo conoció lo suficiente para darse cuenta de ello en el edificio donde vivía. Me dijo que, antes de desaparecer, él estaba bastante alterado y dio a entender que “alguien” andaba tras su rastro. Le dejó la llave de su departamento a esta persona e incluso le advirtió que negara cualquier tipo de relación con él si iban a buscarlo. Aunque fuera poco probable, tal parece que tenía la habilidad de aparecer y desaparecer como un fantasma. Su historial no es el más limpio que digamos, pero la llave la dejó por si alguien específicamente venía a buscarlo: tú. Él quería que tú supieras lo que le estaba ocurriendo si moría. Incluso me preguntaron cosas que sólo tú sabrías antes de entregarme la llave y poder entrar, eso y fingir ser amigo de Héctor, alegando haber sido enviado por él mismo. ¿Te das cuenta? Ya no es sólo una suposición. Algo lo obligó a querer matarme y hacer todo lo que hizo. Tal y como me advirtió, hay algo más.

—No sé qué decir —Fernanda se sorprendía de la misma forma que también perdía la poca tranquilidad que habitaba en ella.

—Disculpa, no era el mejor momento, pero quería que lo supieras. Damián está haciendo demasiadas preguntas, y todo esto lo tiene demasiado inquieto. No quise decirle nada todavía. Estaba despierto cuando llegué y no dejaba de cuestionarme. Creo que es mejor mantener así las cosas hasta que salgamos de aquí.

—Descuida, no pensaba decirle nada.

—¿No sabes si Juliana ha intentado localizarlo? ¿Han sabido algo de Raúl?

—Nada; al contrario, Damián intentó comunicarse con ella todo el día, pero no responde las llamadas, y el celular de Raúl está apagado o algo, manda a buzón.

—¿Y si se lo lleva lejos, si se va con Raúl y no sabemos ya nada? — pensé en voz alta, preocupado e intentando no atraer esa posibilidad a la realidad.

—No puede, no antes de que haya una resolución a su absurda demanda — los argumentos de Fernanda me mantenían tranquilo, igual que un niño pequeño encuentra la verdad absoluta en las palabras de sus padres; pero había una duda que se me estaba escapando.

—Damián tenía que haber ido hoy a la terapia con el psicólogo, ¿no?, ¿o ayer?

—Creo que sí, pero hay una buena razón para haber faltado. Sostendremos que fue un asalto, un accidente, algo extraordinario que le impidió asistir a la terapia. Damián no ha querido dar aviso, pues pensaba que se recuperaría, pero el doctor dice que no nos podemos ir aún.

—Espero que sea suficiente con eso. Deberías descansar en cuanto amanezca, ir un rato a casa. ¿No te has quitado esas botas desde... desde entonces?

—No te apures por eso. Primero hay que dejar todo en orden aquí y después... veremos qué hacer. Damián seguía despierto cuando me fui. Sería mucho mejor que estuvieras con él en vez de estar aquí haciendo no sé qué cosas en la oscuridad —y tenía razón. Por ahora no había más por hacer, y, aunque así fuera, mi concentración no me permitía continuar. Estaba agotada. Aun así, la sugerencia de Fernanda era más un intento por deshacerse de mí. Quería estar sola. Asentí y guardé la computadora en mi mochila. Ella me observaba.

—Héctor siempre cargaba con eso las últimas veces que lo vi. Cuando le pregunté qué tanto guardaba en esa computadora para traerla a todos lados, sólo me dijo: “Todo lo que sé está aquí”. No sé a qué se refería con eso. Puede que sí hayas encontrado algo importante después de todo —antes que

podiera preguntar o decir algo más se dirigió a la máquina de café y me dio la espalda. Un atisbo de esperanza volvía a encenderse.

Eran casi las dos de la mañana. El tiempo seguía transcurriendo de maneras extrañas ante mí, mezclando los días en momentos y las horas en lo que parecían días enteros. Damián estaba sentado a la orilla del escuálido colchón con una bata verde menta que dejaba la mitad de sus delgadas piernas desnudas. Sus pies descalzos rozaban con los dedos el suelo, y con una mano presionaba su cabello hacia atrás. No sabía si intentaba levantarse o ya lo había hecho. Aquella imagen suya era vulnerable. Me preguntaba cómo alguien podría pensar en hacerle daño. La forma en que habitualmente vestía, todo el misterio que lo rodeaba al caminar y al moverse no estaban en ese momento con él. Sólo veía a un chico menor a la que fuera su edad real intentando recuperarse.

—¿Estás bien? —intervine después de sentarme a su lado.

—Fui al baño. Necesitaba algo de aseo general al menos.

—No deberías de estar en pie aún.

—Tengo una simple herida en un costado. No quedé inválido —replicó con grandes ojos indignados.

—Sólo son indicaciones de los médicos. Recuerda que eres de carne y hueso —sonrió con desgana y volvió a tumbarse en la cama. Yo hice lo mismo a un costado. Frente a él podía sentir cada uno de sus movimientos, igual que antes. Escuchaba los latidos en el interior de su pecho y percibía ese olor tan característico que ya había quedado almacenado en mis recuerdos y que evocaba donde él estuviera. Ese aroma era imposible de describir, aunque quisiera encontrarle una comparación con cualquier otro.

—¿Crees que Raúl esté bien? —preguntó.

—Claro que sí; sólo que esa mujer intenta que no sepamos nada de él. Ya no es un niño. Es inteligente y sabrá manejar la situación en que lo pongan.

—Yo lo sigo viendo como un mocoso. ¿Crees que sepa qué hacer si se lo quieren llevar lejos?

—Eso dices porque has vivido siempre con él, y, si eso llegara a pasar, estoy seguro de que no lo convencerían tan fácilmente sin antes hablar contigo.

Damián me rodeó con el brazo donde tenía puesta la transfusión de un suero transparente contenido en una gruesa bolsa de plástico colgada en un arnés sobre la pared. Acaricié su rostro y toqué con mi dedo pulgar sus negras y pobladas cejas. Aquello hacía que cerrara los ojos, como si se tranquilizara

de esa manera.

—Hay algo que recuerdo haber escuchado no sé en qué momento. Todo está muy borroso a partir de... a partir de que caí al suelo. Era tu voz. Me dijiste algo... ¿Qué me dijiste? —le había dicho que lo amaba.

—No sé. Dije muchas cosas. Intentaba mantenerte despierto. Rogaba porque no te durmieras —por alguna razón que no comprendía temía decirle aquello. Realmente, no sabía si a todo eso que sentía se le podía llamar de esa forma.

Se encogió de hombros después de permanecer pensativo unos segundos. Se acercó y buscó mi mano con la suya. Nos quedamos así por largo tiempo. En silencio, agaché mi cabeza bajo su barbilla. Podía escuchar los rítmicos latidos de su corazón, un sonido cálido que alejó de mí el presente. Después, sólo cerré los ojos un momento y quedé sumido en la total oscuridad de mi interior.

Sentía que temblaba. Corría por una amplia calle que se sacudía y levantaba el pavimento en bloques. Saltaba entre ellos y veía cómo los surcos en el suelo engullían los autos y la gente que pasaba corriendo. Una casa se alzaba entre los escombros: era el hogar de los hermanos Arias. Raúl estaba afuera y me veía. Juliana abría la puerta y lo jalaba con ella hacia dentro. Damián no estaba por ningún lado. Sólo podía correr antes que el suelo se desmoronara. Un agujero hundía todo ante mis ojos, y la casa desaparecía. Corría, pero ya no había lugar hacia dónde avanzar. Me aferraba a un bloque de pavimento para no caer al vacío y podía sentir la fuerte vibración que sacudía todo mi cuerpo, acompañada de una aguda musiquilla. El cielo se abría y era blanco. Cuando estaba a punto de caer, abrí los ojos. La luz del amanecer me lastimaba las retinas, y Damián estaba acostado a mi lado. Mi teléfono celular vibraba dentro de mi bolsillo, y esa vibración recorría todo el lado derecho de mi cuerpo. El sonido que emitía me hizo salir por completo de la pesadilla.

—¿Bueno? —contesté con voz rasposa después de haber luchado contra mi propio pantalón para liberar el celular del bolsillo.

—¡Al fin! Les he estado marcando toda la mañana, y nadie me responde. Fernanda tiene apagado su celular, y tú no contestabas —era Luka, que gritaba del otro lado del auricular. Me levanté sutilmente para no despertar a Damián. Tan pronto estuve fuera de la habitación, me disculpé por no haber atendido las llamadas.

—Me quedé dormido. No... no sentí el teléfono. ¿Qué hora es?

—Van a ser las nueve.

—¿Qué pasó? ¿Pudiste averiguar algo sobre el número?

—Sí, y me tomé la libertad después de indagar un poco acerca de su propietario. Hay algo raro aquí. ¿Qué les dijeron en la llamada?

—Fue... un intento de intimidación, nada grave, pero el número nos parecía familiar. Eso es todo. Entonces, ¿a nombre de quién está esa línea?

—Germán Roldán.

—Pero, ¿cómo? ¿No es el...?

—Sí, y a menos que haya dos personas nacidas el mismo año, el mismo día, con los mismos datos, el mismo nombre y apellido, estamos hablando de que la llamada la recibieron desde una línea a nombre del Sr. Roldán, esposo de la fabulosa tía Juliana, cuñado y socio de Jorge Arias... hasta ahora presunto desaparecido.

Una pieza más al rompecabezas se había añadido y casi podía asegurar en qué lugar encajaba. La noticia de Luka mostró el lugar adecuado hacia donde debía ir todo. Las ideas que hasta entonces permanecían girando sobre un mismo lugar sin encontrar el sitio adonde pertenecían comenzaban a tomar un orden. Poco a poco avanzaban después de detenerse en seco para encontrar dirección. La forma que todo tomaba en ese momento involucraba más cosas de las que había creído en un inicio.

—¿E... Elías, estás ahí? —de nuevo la voz de Luka hizo que reaccionara. No podía articular palabra alguna. ¿Qué podía decirle? En aquel momento, él era una persona completamente ajena a lo que ocurría. Más aún en el laberinto de mi mente.

—Es... bastante raro. Gracias por la información, muchas gracias. No debió haber sido fácil conseguirla —respondí torpemente.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué está pasando realmente? ¿Fernanda está bien?

—Sí, sí, estamos bien. Descuida... Luka, tengo que irme por ahora. Tengo unos asuntos que atender.

—Oye, pero...

—Me tengo que ir. Te hablo luego —no supe de qué otra forma cortar la comunicación. Él quería saber qué pasaba, y, por el momento, no encontraba una explicación coherente para ello que no fuera la verdad.

Luego de lavarme los dientes regresé a la sala del hospital, y Fernanda ya estaba ahí; había recogido su larga y lacia cabellera en una coleta, y hojeaba una revista sin leerla. Aunque su vista la inspeccionaba, estaba seguro de que sus pensamientos muy lejos estaban de las páginas desgastadas. Me senté a su lado, listo para darle la noticia que acababa de recibir, la cual aún daba tumbos en mis pensamientos y me dificultaba poner atención en otra cosa que no fuera eso.

—Luka viene para acá —me advirtió antes que pudiera abrir la boca.

—¿Le dijiste dónde estábamos y qué había pasado? —traté de que no sonara a reclamo.

—Sí, no del todo, Elías. Ya me cansé de inventar historias. Además, dijo que tenía que hablar con nosotros en persona por lo de la llamada. No me dijo nada más.

—¿Qué fue exactamente lo que le contaste?

—Sólo que tuvimos un “asalto” hace unos días y que habían herido a Damián. Recuerda esa historia para futuras interrogaciones. No vaya a ser que no coincidamos —había un dejo de fastidio en sus palabras.

—Entiendo. Tal vez ahora mismo no sea yo de tu total agrado o confianza. Sé que ambos estamos aquí sólo por Damián. Él es tu amigo, y él es... importante para mí. Hay que mantenernos enfocados en eso. Tan pronto salgamos de aquí podrás retomar todo como lo dejaste.

—No lo creo... —aseveró tan pronto terminó de hablar mientras hojeaba la revista con fuerza para finalmente aventarla hacia la mesita de centro, se abrazó a sí misma, abrigándose de un frío invisible, ese de carácter emocional que eriza la piel—. Lo siento, es sólo que me cuesta entender todo como realmente es, y cada vez que te veo no puedo evitar pensar en... en él. Es horrible. Lo siento.

Fernanda se puso de pie con las manos en la cintura. Veía el techo. Exhalaba para intentar apaciguar lo que estaba dentro de ella y le impedía mantener la tranquilidad. No sólo era la batalla a la cual nos dirigíamos, armados con tan poco sin saber a qué nos enfrentábamos realmente, a pesar de que esta vez tenía una idea más clara de todo. Había una lucha interna, la cual se libraría dentro de cada uno: Damián, Fernanda y yo, tres personas muy diferentes en las cuales no había poder externo que interviniera para bien.

—Lo siento, lo siento mucho en verdad —no había algo más honesto que pudiera decirle en esos instantes. Tan sólo dejé que mis palabras fueran pronunciadas por mi mente rota y corazón enardecido en vez de la precaria cordura que aún me quedaba. Masajeé sus brazos para mostrarle mi apoyo. Casi al instante dejé que mis acciones reflejaran dichas palabras y la abracé con fuerza. Ella me rodeó con ambos brazos por la cintura, recargada en mi hombro. Duramos así un instante que no pude medir con el tiempo sin imaginar que aquel abrazo me habría hecho sentir mejor incluso a mí mismo.

—¿Algo malo ha pasado? —Luka se aclaró la garganta, lo cual anunció su llegada, con rostro de preocupación y una bolsa de plástico color púrpura con la leyenda de alguna tienda de ropa. Me separé de Fernanda y lo saludé al instante. Ese momento, aunque lejos estaba de significar lo que cualquier pudiera llegar a imaginar, fue sumamente incómodo. Fernanda lo saludó de beso, y Luka la abrazó mientras le preguntaba si se encontraba bien. Ella fingía estarlo, aunque no podía aparentar lo mucho que eso le costaba.

—Me tomé la libertad de hablar con tus dos roomies para que me dejaran

traerte un cambio de ropa y calzado, obviamente, escogido por ellas. ¡Ah!, y también el cargador de celular que me pediste —Luka extendió la bolsa de plástico a Fernanda.

—Muchas gracias —le dijo mientras le regalaba una sonrisa, esa que había abandonado su rostro hasta hace poco. Luka recibió aquello como la mejor de las recompensas. Todo su semblante cambiaba y suavizaba.

—No quiero ser inoportuno, pero... después de la fiesta de Tommy, lo que me dijeron de la llamada y ahora esto, es... muy extraño, por no decir preocupante. ¿El muchacho está bien?

—Sí, ya está bien; sólo perdió bastante sangre camino hacia acá, pero por ahora nada de qué preocuparse —Fernanda volteó hacia atrás y me vio con complicidad, buscando alguna aprobación para saber qué más decir en ese momento. Luka nos veía extrañado.

—Fue premeditado. Nuestros atacantes intentaban matarme, pero me defendí y sólo lograron hacerle daño a Damián, que, por suerte, aquí está, sano y salvo —dije sin más. Fernanda volteó a ver a Luka con ojos nerviosos.

—Pero, ¿cómo? ¿Por qué?

—Elías también es hijo de Jorge Arias —afirmó Fernanda. Luka abrió más lo ojos y arqueaba las cejas sin entender.

—A ver. Creo que ya me perdí.

Tuvimos que explicarle lo necesario para que entendiera la situación, sobre mi llegada al entierro de Jorge, el lazo genético que me unía a él y a Raúl, mis ambiguas decisiones al venir aquí sin esperar nada de lo que estaba pasando, cómo Héctor estaba entre nuestros agresores. Mentimos al decir que, después de lo ocurrido con Damián, él había huido, no sin antes advertirnos sobre algo más grande, algo que lo forzaba a actuar de la manera en que lo hacía. De esa manera, Héctor quedaría ante los ojos de Luka como alguien que tan sólo había tomado malas decisiones y al final renunció a la encomienda y huyó lejos, no sin antes ponernos sobre aviso. Después de todo, no estaba muy alejado de la realidad salvo por el hecho de haberlo matado, y de eso nadie se enteraría, al menos en ese momento.

—Ese hijo de... ¿Por qué rayos no me dijeron antes? Pudimos haber movido a la policía para que lo encontraran —Luka hablaba para intentar convencernos de ello todavía.

—Eso no es posible. Cualquier otra intromisión lo arruinaría todo. Si te lo contamos es porque necesito que nos ayudes una vez más. Antes de hacer cualquier cosa hay que esclarecer algo —le dije a Luka al mismo tiempo que

lo veía directamente a los ojos.

—Bien, continúa...

—Según sabemos, Jorge y Germán, aparte de cuñados, eran socios en varios negocios, ¿no? Héctor fue contratado por la misma empresa en que trabajaba Jorge por sus recomendaciones, pues ya se conocían desde antes. Fue por eso que conoció a Fernanda y a todos nosotros. ¿Podrías averiguar qué otros nexos puede haber entre esos tres?

—Ya veo, Jorge termina muerto en un accidente, tú resultas ser su hijo perdido y vienes aquí; intentan matarte, y recibes una llamada de una línea que está a nombre de Germán...

—¿Germán, el esposo de Juliana? Él está muerto, ¿no? Qué tiene que ver en todo esto —intervino Fernanda con el entrecejo fruncido.

—Se especuló su muerte porque nunca apareció. Tú misma me lo dijiste: fue secuestrado... en extrañas circunstancias. Ese número que me dieron a rastrear de la llamada que recibieron está a nombre de Germán Roldán, el mismo del que hablamos —corrigió Luka. Fernanda aún no estaba enterada sobre eso. No tuve tiempo de decírselo.

—¡Dios mío! No estarán pensando que está vivo... ¿o sí? ¿Por qué se escondería?

—No precisamente eso. Pueden ser muchas cosas —concluí.

Los tres nos quedamos en silencio al ver un grupo de enfermeras y paramédicos transportar a varias personas hacia la sala de emergencias. De pronto, la tranquilidad había dado paso a ese caótico momento entre la vida y la muerte. Lo sabía porque días atrás había atravesado por lo mismo con Damián herido a mi lado sin saber lo que ocurriría.

—Pondré manos a la obra y moveré todos mis contactos para averiguar todo lo relacionado con esos tres. Descuiden —dijo Luka tan pronto el alboroto se alejó.

—Contamos con ello, gracias de nuevo, y... por favor, no se lo digas a nadie, bajo ninguna circunstancia —apreté demasiado el brazo de Luka sin darme cuenta, dramatizando mis palabras más de lo necesario.

—El mensaje me quedó claro desde un inicio: no actuar sin antes saber. Me refiero a ti. Yo haré de cuenta que no me dijiste nada. Si todo sale bien, regreso en la tarde o el día de mañana.

—Gracias.

—¡Deja de agradecer, hombre! No es nada. Si puedo ayudar en algo, con gusto lo haré. Es una pena que estén atravesando por esto. Fer, si quieres ir a

casa, yo puedo llevarte y traerte de regreso. No creo que sea seguro que andes sola —dijo mientras se dirigía a ambos.

—No es necesario. Tomé una ducha muy temprano en el baño de los pacientes. Es suficiente con que me hayas traído un cambio de ropa. Fue muy amable de tu parte —Fernanda le sonrió a Luka, y éste sonrió aún más.

—Bueno, es mejor que me vaya. Ándense con mucho cuidado. De ser posible, asegúrense de que nadie ajeno a los pacientes entre y salga de la habitación donde está Damián —pero no era necesario que lo dijera, pues cada que alguien se aproximaba a la habitación no le quitaba los ojos de encima.

Regresamos a la habitación. Fernanda fue a los baños a cambiarse de ropa. Damián estaba sentado, y el doctor examinaba su herida mientras la enfermera humedecía gasas con líquidos antisépticos dando ligeros toques en ella. Habían trasladado a un paciente con una reciente cirugía, y varias enfermeras estaban sobre éste, lleno de tubos y artefactos médicos en su cuerpo. No tenía buena pinta, lo cual significaba más visitas por parte del personal médico. Suponiendo que alguien descubriera nuestro actual paradero y decidiera ir a terminar el trabajo incompleto o cerciorarse que estuviera hecho, esas mismas personas que me querían muerto a mí, sería difícil burlar la propia seguridad del hospital y salir victorioso. Además, como si se tratara de un instinto de supervivencia, mi mente había grabado cada rostro de las enfermeras y enfermeros; desde luego, también del doctor que nos había estado atendiendo. Podía detectar a cualquier desconocido. Afortunadamente, nada raro había ocurrido aún.

—Ojalá mi hermano hubiera sido tan considerado como el suyo. No se separa de usted —le dijo el doctor a Damián, quien involuntariamente soltó una leve carcajada.

—Tengo suerte de tenerlo —respondió una vez que sus ojos se encontraron con los míos.

Antes de retirarse, la enfermera trajo el almuerzo de Damián: puré de papa y sopa fría. Comía con desgana, y, a pesar del insípido aspecto de la comida, ésta hizo que mi hambre se alborotara. Fernanda había ido por algo de comer y regresó con un par de sándwiches y yogur para ambos. Nadie dijo palabra alguna mientras degustábamos los alimentos; salvo Damián, para quejarse por el sabor de éstos.

El día que comenzaba parecía diferir de los anteriores con una luz invisible. Fernanda, Damián y yo hablábamos sobre el hecho de que todos en

el hospital habían creído que los dos éramos hermanos e incluso bromeábamos discretamente al respecto. Nuevas visitas habían llegado a la habitación a causa del hombre accidentado que era mantenido con vida gracias a los tubos y aparatos que lo rodeaban. El cuadro no era precisamente agradable, pero nosotros tres nos lográbamos mantener aparte a pesar de estar a unos cuantos metros de distancia. Fernanda compartía con Damián un cotilleo que me era incomprensible acerca de los empleados del hospital. Aquella conversación tan frívola era un respiro incluso para mí, aunque no participara en ella. Sonreían de vez en cuando y bajaban la voz.

Saqué el libro de leyendas de mi mochila, y, al hacerlo, el peso del momento anterior cayó. La tranquilidad que provocó se fue y me dejó igual que antes. Puse el libro en mi espalda, detenido por el cinturón de mi pantalón. Damián y Fernanda seguían en su conversación sin darse cuenta de que ya me alejaba. Con señas di a entender que volvería en un momento, mientras me encaminaba con pasos vacilantes hacia afuera de la habitación. La apenas perceptible sonrisa en el rostro de Damián cambió a preocupación.

Antes de dirigirme hacia la sala del hospital fui a la recepción correspondiente para preguntar por el nuevo paciente, su estado y los visitantes. Intenté sonar de lo más natural e incluso condescendiente, aunque al final pareció que mi principal motivo era el morbo de saber si viviría o no. La secretaria no tuvo reparo en darme la información, pero una de las enfermeras que estaba de espaldas a nosotros intervino y se mostró reacia. Me dio a entender que no era algo que me incumbiera. Nuevamente, disfracé de humanitaria preocupación mis cuestionamientos. Al final, quedé un poco más tranquilo al saber el parentesco de todos los visitantes con el paciente.

Había varios relatos y leyendas en el índice de aquel libro, entre las cuales estaba la que tanto ruido había hecho en la mente de Héctor. Una oleada de ansiedad indescriptible me tomó por sorpresa y me impidió que pudiera concentrarme en el texto. Algo mantenía mis pensamientos sumidos en un oscuro lugar para llegar después adonde antes se encontraban. ¿El esposo de Juliana estaba vivo? Si eso fuera cierto, ella debía estar al tanto de todo, o tal vez quien quiera que estuviera detrás usaba la línea que había pertenecido a Germán para lanzar alguna advertencia. Si en realidad el desaparecido había muerto, tal vez el asesino estaría usando su celular. Cualquiera que fuera el asunto pendiente que tuviera con Héctor parecía estar relacionado directamente conmigo y con Jorge. Varias teorías iban más allá de eso, y la inestabilidad que causaban me devolvían al punto de partida, donde todo

había comenzado.

Casi terminé el primer párrafo sin darme cuenta. Usaba las funciones necesarias para leer, pero no estaba prestando atención. Comencé desde el inicio una vez más. Inhalé y exhalé aire, pues pensé que llenarme de oxígeno tal vez ayudaría. Obligué a mi cerebro a mantener mi concentración en el texto frente a mí e inicié por el encabezado con letras mayúsculas que decía: “La leyenda del quinto sol”.

...Para ellos, el mundo se dividía en cinco eras o soles. En sus inicios, la humanidad fue creada por cuatro hermanos, hijos de los dioses, que poblaron el mundo para que los primeros habitantes pudieran vivir y los veneraran a ellos como sus dioses; pero no había sol que los alumbrara. Vivían en las tinieblas, así que uno de los hermanos creó un sol usando una hoguera de fuego. Era demasiado débil y hecho a la mitad, por lo que no alumbraba lo suficiente ni daba calor. Es entonces que otro de los cuatro hermanos, enojado por la inútil creación, consume al medio sol uniéndose a él, formando así un sol completo, demasiado fuerte y brillante, que impedía cualquier forma de vida en la tierra. En ese entonces, los humanos eran gigantes que se alimentaban de las plantas. Al ver cómo nada prosperaba, el hermano más sabio derrocó al mismo que ahora era el sol. Éste cayó del firmamento y se transformó en jaguar. Enfurecido y seguido por un ejército de los mismos, devoró a los gigantes que poblaban el mundo. Ésta fue la primera era de la humanidad, y el sol que los alumbró fue llamado: sol de tierra.

Entonces mi mente saltó al momento en que había recibido la llamada en uno de los celulares que Héctor me había dado segundos antes de su muerte. Una extraña voz, imposible de identificar, había preguntado por él, y una segunda voz también se hizo audible, la voz de un hombre... ¿Sería la de Germán?

...El sabio de los hermanos se elevó a los cielos y se convirtió en un sol clemente que permitía la vida en la tierra. La humanidad vivía tranquilamente hasta que aquel que había caído y convertido en jaguar también se elevó y en venganza derribó al sol de un zarpazo. Al caer, el hermano que había sido sol provocó una ventisca de grandes dimensiones, tan grande que la humanidad no podía vivir entre tanto viento provocado. De caminar erguidos, tuvieron que avanzar a rastras, sosteniéndose de todo a su paso, razón por la cual, tratando de adaptarse, se convirtieron en monos. Con el tiempo, sólo sobrevivieron dos de ellos, refugiados en un bosque. Al

sol de esta era se le llamó: sol de viento.

De ser así, ¿a quién pertenecía la primera voz? Tenía pinta de provenir de alguien joven. ¿Tendría entonces Héctor algún otro aliado? ¿Podría tratarse de la chica que logró conocer una parte de él? Tal vez usaron a Raquel para intentar encontrarlo, pero, de ser así, me lo habría dicho cuando la conocí. Y si estuviera bajo amenaza por alguien más habría delatado mi intromisión en vez de ayudarme. No tenía mucho sentido.

Uno de los dioses fue quien se ofreció a la tarea de ser sol e iluminar una vez más al mundo. Los sobrevivientes de la era anterior y su descendencia poblaban la tierra en un ambiente próspero, pero poco a poco se fueron corrompiendo, desechando los preceptos y valores sobre los cuales debían regirse según los dioses. Dedicados a los placeres perniciosos y a la destrucción, la tierra sucumbía con el tiempo. Entonces, el más sabio de los hermanos decide actuar nuevamente. Insatisfecho con el rumbo que todo había tomado, pide a uno de los dioses que destruya a la humanidad. Éste surge en un gran volcán que hace llover fuego del cielo. Dobleados ante tal desgracia, los hombres piden clemencia al dios que ocasionaba su fin. Las plegarias logran conmoverlo y convierte a la humanidad en aves para que puedan sobrevivir. De esa forma salvó a una pareja que se refugiaba en una cueva de la montaña más alta. En esta era dominó el llamado sol de fuego...

Posiblemente, las voces en la llamada fueran de dos personas desconocidas para mí. Después de todo, Héctor advirtió sobre alguien más, de estar actuando bajo sus órdenes. ¿Pero entonces por qué la llamada procedía precisamente de una línea que había pertenecido a Germán Roldán?

...Nuevamente, otro de los dioses fue el encargado de tal encomienda, convirtiéndose en sol y viviendo la humanidad bajo su calor. Esta vez, los sobrevivientes de la era anterior enseñaron bajo qué conceptos debía vivir la humanidad, rigiéndose de una mejor manera, pero, nuevamente insatisfecho, el hermano que había sido jaguar corrompe con su malicia a quien entonces era el sol y logra convencerlo de eliminar nuevamente a la humanidad. Desatando así su furia, soltó sobre la tierra una lluvia que duró y perduró. Ante tal desgracia, los demás dioses convirtieron a la humanidad en peces, ya que, después de tanta lluvia, el cielo cayó sobre la tierra. En esta era, el sol fue conocido como: sol de agua.

¿Era posible que se tratara de Juliana? Si Germán no estaba vivo, la única persona que podría tener una línea suya era ella, su esposa o, mejor dicho, viuda. ¿Quién más, si no tenía contacto directo con él como para haber

conservado dicha línea? Eso mismo dejaba abierta otra posibilidad: tal vez fueran ambos. ¿Qué pasaría si Juliana junto a su esposo estuvieran detrás de la llamada? Aquello era aún más descabellado. ¿Qué interés podría haber movido a Juliana y Germán, en caso de estar vivo, para deshacerse de mí? ¿Tan sólo el hecho de ser hijo de Jorge Arias? ¿Por qué involucrar a Héctor, si al parecer quien realmente lo conocía era Jorge, y no ellos? Mi subconsciente logró responder alguna de esas preguntas, pero tan sólo ignoré la respuesta, una que ni siquiera llegó a mi mente como las muchas cuestiones y suposiciones que se encargaba de tejer.

En un intento por volver a restaurar el orden, y contrariados por el caos que habían dejado a su paso, los dioses y los cuatro hermanos se reunieron para levantar nuevamente el cielo creando las estrellas. Decididos a recrear a la humanidad en una forma más definitiva, uno de los hermanos viajó al inframundo por los huesos de los gigantes que habían creado, pero sólo rescataron la mitad, surgiendo con ello la humanidad como hoy en día se conoce. A pesar de ello, la oscuridad aún reinaba en el mundo. Decididos a crear un sol perpetuo que iluminara para siempre, los dioses se reunieron y encendieron una enorme hoguera. Varios intentaron lanzarse a las llamas para convertirse en el sol que tanto necesitaban, pero hasta el más valiente de ellos retrocedió a pesar de ser éste el primero en ofrecerse. Al final, uno de los dioses, el más pequeño y subestimado, se lanzó a las llamas sin temor, causando la indignación y rabia de aquel que se había proclamado para la tarea, por lo que se arrojó a la hoguera también. Junto a ellos, los dioses lanzaron un águila y un ocelote. No fue hasta varios días después en espera de que el sol naciera por el horizonte que de la hoguera salió el águila emprendiendo su vuelo y cargando una esfera luminosa que se elevó hasta convertirse en el sol ideal, aquel que iluminaría la tierra; pero el ocelote también emergió del fuego, llevando otra esfera de luz entre sus garras que se elevó al firmamento. Puesto que no podía haber dos soles en el cielo, uno de los dioses lanzó un conejo a la esfera, y ésta se opacó. Por eso quedó la imagen del conejo plasmada en su superficie. Pero el sol y la segunda esfera que se convirtió en luna permanecían inmóviles. Fue así que, en sacrificio, los dioses ofrecieron su sangre al dios del viento para que éste se encargara de hacer girar al sol y a la luna sin tener que encontrarse, existiendo entonces el día y la noche. A este quinto sol se le conoció como: sol de movimiento.

Ya había terminado de leerla, y sólo la última parte logró que mis

anteriores torbellinos mentales se detuvieran. Recordaba haber visto ese término antes. Entonces la frase que Héctor había escrito en la descripción del último video que publicó en Internet acudió a mi memoria: “Sólo une las partes para llegar al sol en movimiento”.

Así que de eso se trataba: Héctor tomó una referencia bastante ambigua mediante esa leyenda para poder transmitir un mensaje que bien hubiera podido hacerlo de manera simple y concisa, aunque alguien que sólo buscara la verdad de manera directa pasaría de leer un relato mitológico como ése, incluso de indagar entre los videos y la actividad en Internet que había dejado a su paso, aunque esa parte era clave en su desempeño diario, según lo visto, para cualquiera que estuviera tras su rastro.

El “sol en movimiento” era lo que perseguía en estos momentos; pero, al igual que la leyenda, en nuestro mundo aún reinaban las tinieblas. No había una luz que perdurara, y moverse siguiendo sombras ya no bastaba para ir hacia el lugar correcto. Algo me decía que aún faltaba mucho para llegar a él. Desesperado ante la idea, me dirigí hacia la habitación y, tan pronto estuve ahí, colgué la mochila en mi hombro. Damián no se encontraba en su cama. Una fuerte sacudida golpeó mi corazón, que comenzó a latir desesperado. Fernanda salió del baño que conectaba las habitaciones. Verla me tranquilizó.

—Insistió en darse una ducha. Está adentro —indicó mientras señalaba hacia atrás y salía de la habitación.

Una vez que mis latidos volvieron a su habitual ritmo, pero aún con la ansiedad corriendo por mis venas, volví a intentar acceder al único programa que poseía la computadora portátil. Entonces tenía conexión a la red del hospital, pero la respuesta era la misma. Introducía la contraseña, y me arrojaba el término en otro idioma. Algo detuvo mis dedos sobre el teclado antes de seguir intentándolo... Esa palabra imposible de pronunciar la había visto en un apartado del libro. Nuevamente busqué en el índice y repasé de manera rápida la leyenda. Deslicé mi visión sobre los renglones como un lector de códigos. Ahí estaba, era el nombre que se le había dado al primer sol de la historia, escrito en una lengua antigua. Había más términos relacionados en las referencias bibliográficas. Intenté con ellos, pero tampoco cedía. Al ingresar algo que no fuera “quinto sol”, un mensaje de error aparecía. La frase parpadeante seguía indicando la falta de conexión. El entusiasmo provocado por la idea de creer haber encontrado algo importante se deshizo tan pronto volví a fallar en el intento. Entonces probé con “sol de movimiento”, sólo para volver a obtener la misma respuesta de antes.

Retrocedí y tecleé “sol de tierra”, pero nada nuevo ocurría. Apagué la laptop y la guardé bruscamente en la mochila. Desistí por completo ante la forma en que Héctor había decidido compartir su último truco. Sentía fastidio por todo lo que se relacionara con él y su siempre presente fábula. Sólo algo logró tranquilizar mis negativos impulsos.

—Nada como estar desnudo bajo un camisón de abuela —renegó Damián con un aspecto renovado. Su cabello húmedo caía hacia los lados de su rostro, y se movía despacio pero seguro hacia una de las sillas. Se sostenía de un bordón metálico que se deslizaba por el suelo con cuatro llantas de goma pequeñas que, además, cargaba el cilindro con líquido intravenoso en la parte posterior. Al verlo bastante mejorado, pensé en huir de todo y llevarlo conmigo. Aún tenía el dinero suficiente para emprender el viaje hasta donde siempre quise llegar. Me imaginé a mí al lado de Damián en Nuevo Iztacalco, dejando atrás los fantasmas que nos perseguían, teniendo la posibilidad de compartir eso también con Raúl. La idea tenía más forma de fantasía. La ingenuidad con la que fue concebida se vio aplastada por el entorno y la realidad que entonces nos rodeaba.

Aquella ilusa ocurrencia trajo después el asunto en cuestión que agobiaba mi mente: ¿podría también Germán Roldán estar actuando bajo las influencias externas de las cuales Héctor hizo mención? Tal vez no se tratara de Juliana. Dijeron que había sido secuestrado y que nunca había aparecido. ¿Sería aún rehén de sus captores? Ellos podrían estar detrás de todo esto; sin embargo, aunque interpretara de cualquier forma lo poco que sabía hasta entonces, ninguna hipótesis era mejor que otra.

—Elías, ¿qué ocurre? —Damián había comenzado a hablar unos segundos antes, pero mi atención ya no estaba en esos momentos con él.

—Nada, es sólo que me quedé pensando en tu asunto con el psicólogo —me excusé con otra de las muchas preocupaciones en la lista.

—Ya he hablado con él y le expliqué por qué no he podido asistir. Dijo que presentando mi expediente médico no habría problema.

—Menos mal —suspiré con un alivio franco. Él puso su mano sobre la mía. La calidez tranquilizante de su compañía se vio interrumpida por unos pasos presurosos que se acercaban a la habitación.

—Luka viene para acá. Dice que encontró algo que nos va a interesar —Fernanda hablaba entrecortadamente para emitir el comunicado. Era la segunda vez que lo hacía y, debido a la rapidez, sólo podía significar una cosa: realmente había encontrado algo importante; tal vez incluso más que la

primera ocasión.

—¿Luka sabe lo que pasó? —Damián nos veía desconcertado. No vi razón para seguir ocultándolo.

—Sabe lo necesario para ayudarnos. Le dijimos que nos habían agredido y que Héctor estaba involucrado pero que al final había huido. Verás, no sé si lo recuerdes, pero Héctor me dio dos celulares que tenía con él antes de morir. Pensé que tendrían algo importante, pero no encontré nada hasta el otro día que lo dejé encendido y recibí una llamada... Escuché dos voces. Quien estaba del otro lado lo llamó por su nombre, como si lo estuviera buscando. La otra voz, aunque se escuchaba más lejos, era de un hombre, según noté. Colgué de inmediato, no sin antes tomar el número del cual había recibido la llamada. Le pedimos a Luka después que nos rastreara la información del dueño de la línea, y lo consiguió. Ese número telefónico está a nombre de Germán Roldán.

—No sé de qué hablas. ¿Por qué Héctor te daría dos celulares? ¿Y a qué viene Germán en todo esto? La policía le dijo a Juliana que lo más probable era que ya hubiera muerto. Los secuestradores se comunicaron con ella y le exigieron algo, supongo que dinero. Ella no hablaba con nadie más que no fuera Jorge en ese entonces —Damián no terminaba de comprender.

—Entonces, ¿jamás supieron realmente qué le pasó? —pregunté.

—La verdad no; al menos yo no. Mi madre y Jorge jamás hacían mención alguna, y creía imprudente preguntar; pero, bueno, ¿qué hay con él?

—La llamada provenía de una línea a su nombre. Todos los datos coinciden. No puede ser otra persona. Luka mismo lo comprobó —reafirmó Fernanda. Damián bajó la mirada pensativo.

—¿Dices que esa llamada la recibiste en un celular que Héctor te dio y que estaban intentando comunicarse con él? —continuó sin voltear a verme.

—Sí, ¿quién?... No lo sé.

—¿Y por qué no me dijeron nada antes?

—Creímos que no era conveniente con todo lo que estaba pasando. Además, apenas te estabas recuperando. Después de eso, Elías comenzó a investigar a Héctor, esperando encontrar algo que nos fuera útil. Luka se ofreció a ayudarnos cuando le contamos y ahora mismo viene para acá —emparejó Fernanda.

—¿Ayudarnos, cómo?

—Buscando cualquier nexo entre Héctor y... Germán —intervine.

—Esto es absurdo. No tiene sentido —Damián negaba con la cabeza, absorto y desviando la vista de un lugar a otro.

—Por lo demás, sólo podemos especular —dije como para encerrar a los monstruos que habitaban dentro de mí, creados por generar una teoría tras otra que lo explicara todo.

Antes que Damián pudiera seguir haciendo más preguntas, y que su mente, al igual que la mía, comenzara a trabajar tratando de encontrar una razón para que todo esto estuviera pasando, llegó Luka directamente a la habitación.

—Hey, ¿cómo sigue todo? —lanzó a modo de saludo al ver que nos encontrábamos en silencio. Me encogí de hombros para hacerle ver que las cosas seguían igual. Después dirigió sus palabras hacia Damián—: ¿Ya te sientes mejor?

—Sí, gracias —respondió Damián cabizbajo, mientras veía sus manos y las sábanas blancas que tenía entre ellas.

—No sé por dónde empezar y si en realidad ayude en algo, pero... tengo que decírselos —Luka hablaba despacio y cauteloso, algo impropio en él. Por lo poco que lo conocía, ser prudente no era su fuerte.

—Bien, aprovechemos que estamos aquí los cuatro. ¿Qué fue lo que supiste? —pregunté intrigado.

—¿Aquí? ¿No es mejor ir a algún otro lado? —Luka se comportaba de manera misteriosa, lo cual comenzaba a inquietarme. Observaba a todos lados y veía a los pacientes dormir en sus respectivas camas. En el caso del hombre magullado que seguía vivo gracias a las máquinas, una mujer descansaba, sentada al lado de su cama, y dejaba reposar la cabeza a la orilla del colchón. Lucía desvelada y demacrada. Me levanté del asiento y recorrí las cortinas azules en los marcos metálicos que ofrecían una precaria privacidad. Con señas hice que Luka se acercara, y él se sentó a los pies de la cama, mientras que Fernanda lo hizo a un lado de Damián.

—No creo que nadie nos escuche. Adelante —le indiqué, bajando un poco la voz para invitarlo a que él lo hiciera también. Luka se frotaba la barbilla.

—Un amigo de mi papá obtuvo hace un tiempo un caserón del otro lado del centro. La venta la hizo ese tal Germán Roldán. Después supe que la inmobiliaria era de él y de su cuñado, Jorge Arias. Por eso estaba familiarizado con sus nombres, así que comencé por ahí. Lo contacté, y me dio los datos de la inmobiliaria. Hice una pequeña investigación del negocio que por ahora está detenido. Después de la desaparición de Germán se recortó el poco personal de la empresa con que contaban. Luego, antes de morir,

Jorge liquidó a los trabajadores que aún quedaban y lo cerró —Luka hizo una pausa como si intentara darle orden a sus ideas.

—En aquel entonces, Jorge se mantenía bastante alterado, y ya no tenía tiempo para ese negocio sin Germán. Básicamente, era más idea de él que de mi padrastro —continuó Damián con cara de conocer mejor la historia que estaba escuchando.

—Tal parece. A lo que me refiero pasó antes que eso. Jorge trabajaba en un banco, como todos saben. Era muy lógico entonces que la cuenta de dicha empresa estuviera ahí. Un conocido mío que está en un partido político lo corroboró por mí, y, en efecto, entre las cuentas de personas morales estaba la inmobiliaria de ellos. Quise conocer los ingresos que obtenían y sus declaraciones de impuestos, lo cual fue un poco más complicado de lo que pensé. Hay lugares donde los contactos de mi papá no llegan, pero me enteré de algo mejor: según un camarada que tengo en el cuerpo de policía, el mismo que me ayudó con el rastreo de su llamada, dijo haber escuchado algo por parte de un detective que seguía de cerca movimientos financieros sospechosos, y entre ellos estaban los del negocio familiar —aseveró mientras señalaba con el dedo índice el colchón tres veces y después apuntó a Damián, quien lo vio con ojos de no tener nada que ver con ello.

—¿O sea? —pregunté desesperadamente para que prosiguiera. Fernanda y Damián sólo lo observaban.

—¿No es evidente? Empezaron a levantar sospechas por los altos ingresos de efectivo que en un inicio no llamaban la atención hasta que fueron un poco excesivos. Aun tratándose del giro y lo exitosa que fuera su empresa, era demasiado, además de evadir notablemente impuestos. Es decir, no checa con el capital activo que manejaban, y no sólo eso, sino que se registraron varias transacciones inusuales a otras cuentas y las propias, las de Germán y Jorge. Después fueron disminuyendo, pero ya habían mandado la primera señal de alerta, así que los investigaban —Luka hacía acusaciones que no estaba seguro de adónde llegarían.

—¿No podía ser solo... una buena racha? —intervino Fernanda, que parecía la única en entender los detalles. Damián nos seguía observando en una especie de trance.

—¿Buena racha? Buena racha es ganar lo que invertiste y un poco más para mantenerte en pie hasta que registres algo más real y beneficioso. No se de cuánto estemos hablando, pero no son cantidades cualquiera. Quiero decir, hay muchos ceros a la derecha —explicó mientras frotaba los dedos en el

viento como para mostrar un dinero invisible.

—En resumen, nos estás diciendo que esos dos eran corruptos por no registrar sus ganancias reales y pagar sus impuestos. ¿Qué persona de negocios “emprendedora” no lo hace hoy en día? —opiné sin saber adónde nos llevaría la información de Luka.

—No sólo es eso. ¿No lo ves? ¡Encubrían ingresos!, y de los grandes. Ahora usa un poco tu imaginación y dime: ¿por qué alguien querría encubrir ingresos millonarios? —la respuesta ante la irónica pregunta de Luka vino a mí envuelta de incredulidad.

—Porque son ilegales —contesté sin darle tono de cuestión o afirmación.

—Correcto, movían dinero de alguna otra actividad y lo hacían pasar por lícito en su negocio. Apostaría por ello —afirmó con seriedad.

—Lavaban dinero... pero, ¿de qué? —Fernanda estaba tan interesada como Luka en el tema.

—No lo sé. Evidentemente, nada bueno, eso es seguro, y aún no termino. La cuenta bancaria de Germán fue vaciada por él mismo unos días antes de haber desaparecido. Demasiada casualidad, ¿no? Poco después, Jorge también movió dinero de su cuenta, según los registros, antes de morir —concluyó Luka. Damián volteó a verme anonado, y Fernanda seguía en la misma posición de antes.

—¿Cómo sabes tanto? —preguntó Damián.

—Porque logré tener acceso indirecto a la investigación que seguía de cerca los movimientos financieros de esos dos. Después de saber que había una y el por qué —respondió inmediatamente Luka.

—¿Acceso indirecto?

—Sí, digamos que una buena fuente lo consultó por mí. ¿Tú no sabías nada de esto? Vivías en el mismo techo que uno de ellos. Era tu padrastro.

—No, jamás imaginé algo así. Yo no crecí en un hogar próspero. No teníamos mucho hasta que mi mamá se casó con Jorge. Nos brindó bastante estabilidad económica y fue mejorando con los años. Fue lo único que mejoró en realidad —Damián seguía procesando las palabras de Luka.

—Bueno, ahora que tus padres murieron, quiero decir, Jorge y tu madre, te darás cuenta de lo bien económicamente que te dejaron. Es lo más seguro, ¿no? —dijo Luka con todo el tacto que pudo, y ya era mucho decir para él.

—No del todo; sólo lo necesario. Raúl es el beneficiado en realidad. Él era hijo de ambos.

—¿Qué quieres decir? Seguramente los habrán dejado igual de bien a los

dos —Fernanda y yo no interveníamos. La conversación era sólo entre ellos.

—Sólo él. No suelo hablar con nadie de eso, pero lo que me informaron fue que nos habían dejado bien asegurados, es decir, nos cubre todo: atención médica, una buena pensión e incluso un fondo para nuestros estudios universitarios. Es todo lo que yo puedo tocar de ese dinero. No tengo acceso a la supuesta fortuna de la que tanto hablas y que tampoco me quisieron decir. Jorge dejó escrito que las propiedades y todo lo demás, que supongo es el dinero, no se nos podían entregar ni yo tener acceso hasta que Raúl cumpliera la mayoría de edad. Entonces se repartirá en partes iguales —explicó Damián.

—No pensé que lo hubieran complicado tanto. De cualquier modo, estoy seguro de que te dejaron una gran parte.

—Es por que Jorge no confiaba en mí lo suficiente, cosas del pasado. Como sea, ¿se supone que dicho dinero me debe hacer sentir mejor?

—Pues de alguna manera... sí.

—¿Crees que aquí es donde Héctor encaja en todo esto? ¿El dinero que percibían? —cuestioné para volver al tema original. Había cierto atisbo de hostilidad en la manera que Damián explicaba todo, pero de igual forma no le molestaba hacerlo, sólo que Luka era demasiado franco en sí mismo para ver matices ligeros de ello en los demás. Por otro lado, entonces sí veía una posible explicación en camino y encontraba sentido al descubrimiento de Luka.

—Es posible que se haya unido al equipo por varias razones: primera, por que vendía droga, y, segunda, por sus habilidades bastante útiles. Tiene sentido. ¿No creen? —dijo mientras daba un ligero toque a su sien con el dedo índice.

Fernanda se puso de pie y se alejó hacia la ventana, de tal forma que nos dio la espalda. Luka abrió la boca, pero luego ahogó cualquier palabra que fuera a decir. Al menos era lo suficientemente inteligente para entender dónde exactamente debía mantenerse alejado.

—Bueno, no lo sé. Tal vez esté siendo demasiado entrometido. Después de todo son sólo suposiciones. Creo que debo irme —Luka y yo nos levantamos al mismo tiempo. Hice una seña a Damián para indicarle que volvería enseguida, y él asintió. No sé en qué punto había ocurrido, pero no usar las palabras, sino entendernos a base de discretas señas y miradas, funcionaba casi igual que verbalmente entre los dos, incluso con tan sólo vernos a los ojos. Tal vez sólo fuera que la necesidad humana de comunicarse rebasaba

cualquier obstáculo.

—Gracias por todo —dijo Fernanda mientras dejaba ver un lado de su rostro. Se despidió de Luka.

—No fue nada, de verdad.

—Lo fue, gracias —de nuevo le dedicó una sonrisa, y él se la devolvió confundido.

Luka y yo regresamos a la pequeña sala de espera donde un pequeño grupo de personas acomodaba un listón púrpura en un gran arreglo de flores compuesto por tulipanes amarillos, rosas blancas y hortensias. Las dos mujeres intentaban encontrarle el mejor lugar sin que restara presencia a las flores en general.

—No sé si dije algo malo, pero lo único que sé es que ahora mismo parecen estar metidos en un problema de los grandes. ¿Me entiendes? —Luka parecía pensar muy bien sus palabras.

—Perfectamente. Siento haberte cargado un peso con todo esto, pero tu ayuda ha sido muy importante, al menos para mí. Ahora tengo más claras las cosas —le respondí.

—¿En verdad?, porque si trazamos líneas y relacionamos todo no es algo muy bueno. Lo estuve pensando y... ¿por qué no dejas que la policía se encargue? Mira, no hicieron nada malo, y si no logran resolverles nada, al menos tendrán algo de protección.

—Estoy al tanto de la magnitud del asunto. Aprecio que nos ayudes y te preocupes, pero... la respuesta es no. Por favor, no vayas a complicarnos las cosas.

—No me corresponde a mí hacerlo. Sólo era un consejo. O sea, ¡fueron atacados, Elías! —Luka pronunció las últimas palabras como si no entendiera el peligro que eso representaba. Nunca imaginé el problema que implicaba que alguien externo a lo que ocurría supiera lo que pasaba, al menos a la mitad, aun y con lo útil que su intervención había sido.

Pero cualquier respuesta que hubiera podido dar se vio erradicada por completo ante la visión que tenía delante de mí. Una mujer de edad adulta y muy delgada se encontraba en la recepción. Sostenía su gran bolso colgado al hombro entre su brazo. Portaba una falda negra un poco ceñida hasta la altura de la cintura, una camisa blanca abotonada hasta el cuello y una chaqueta negra tipo saco con amplias hombreras, las cuales resaltaban su alargada figura. Su inconfundible, lacia y recta melena a la altura del mentón hizo que el suelo bajo mis pies se sacudiera. Juliana hablaba con la secretaria, quien le

indicaba el camino mientras señalaba el pasillo que conducía a la habitación donde estaba Damián.

Sus redondos ojos me vieron y fueron asaltados por una fortuita sorpresa, una muy desagradable. Su altiva tranquilidad se quebró ahí mismo mientras me veía de pies a cabeza para después torcer sus pupilas hacia Luka y clavarlas de nuevo en mí. Se detuvo y fingió una gran sonrisa.

—¡Elías, qué sorpresa! —levantó las manos sorprendida y volteó la cabeza a ambos lados, de tal forma que fingió un asombro natural—. Creí haber sido muy clara, pero ya veo que no. ¿Puedes acercarte, muchacho? —me pidió.

—Por supuesto —respondí mientras me acercaba hasta donde ella estaba. Iba acompañada por un hombre calvo de rasgos nada fuera de lo normal y anteojos, que portaba un traje y corbata negra. Era casi una versión masculina de Juliana.

—Entiendo por qué estás aquí, pero pensé que tal vez ya estarías de regreso adonde perteneces, de donde quiera que hayas venido —dijo borrando la falsa sonrisa de su rostro que acostumbraba mostrar.

—No entiendo por qué la sorpresa. Es evidente, ¿no? Lo sabe.

—Sí, las cosas son así... No me agradas, Elías. Creo que si de verdad quisieras a Damián te mantendrías al margen, pero sólo le causas más problemas, o cualquiera que sea el sentimiento que dices tener por él.

—Eso ya no le corresponde, y es por eso mismo que sigo aquí. Además... si lo piensa bien, es para eso que está la familia, ¿no?... tía Juliana —aquellas palabras parecieron encender el desprecio dentro de ella hacia mí.

—Así que ya te sientes parte de la familia, ¿eh? No te servirá de nada porque tu querido Damián no puede tener más dinero del necesario, y aunque seas hijo de Jorge no te pertenece nada. Él me dejó a mí a cargo porque siempre supo que el hijo de su esposa era un bueno para nada.

—Es muy lindo de su parte que se preocupe tanto por sus sobrinos; quiero decir, su sobrino, pero él prefiere estar con su hermano, por si no lo había notado. Es lo más lógico. Lo que no entiendo es por qué esa idea tan fea de creer que quiero el dinero que Jorge pudiera haber dejado. ¿Tanto tenía? —dije fingiendo preocupación por esa duda inexistente. Lo que sí comprendía era el miedo de Juliana a que yo pudiera intentar algo de manera legal o de cualquier otra forma para obtener parte de ese dinero, que, al parecer, era mucho y que, sin temor a equivocarme, ella también salía beneficiada con él, antes y después.

—Raúl lo entenderá con el tiempo, y si no te interesa ningún beneficio

económico por tu parentesco, entonces sabrás mantenerte alejado, ¿verdad?

—Sabré hacer lo correcto —sentencié de manera tranquila mientras veía cómo, sin despedirse, Juliana retomaba su camino acompañada de aquel hombre.

—Encantadora mujer —Luka habló a mis espaldas. Él, entonces intimidado por la conversación que había presenciado, estaba sentado en el descansabrazos de uno de los sofás.

—Lo sé. Es... un demonio.

—¿Viste sus ojos? Te veía como si deseara que estuvieras muerto. No sé cómo pueden estar esos chicos cerca de ella. Qué vibra tan más pesada —Luka hizo un gesto de sentir escalofríos, y, al verlo, no pude evitar reír a pesar de que tuviera los nervios de punta. Juliana había entrado a la habitación de Damián, y un fuerte suspiro me tomó por sorpresa. Mis manos estaban sudorosas, y sabía que su visita no era para nada buena.

Me sequé las manos en el pantalón de mezclilla y avancé de espaldas por aquel pasillo para despedirme de Luka. Él me deseó suerte y se quedó ahí, parado, esperando a que entrara a la habitación. El hombre que acompañaba a Juliana se encontraba de pie en la entrada, simulando ser alguna clase de guardián. Su rígida postura no se alteró cuando yo entré, pero sus ojos sí me siguieron. Damián se frotaba la frente apesadumbrado, y Juliana lo observaba con una mano en la cintura. Fernanda se encontraba recargada en la ventana negando con la cabeza. Algo no andaba bien.

—Pero no entiendo por qué. Yo no hice tal cosa —Damián tenía sobre el colchón un papel que señalaba mientras hablaba.

—Pues tendrás que explicarlo mejor. Entiendo que no pudieras ir a tus terapias estando aquí, pero... esto no es nada bueno, y lo sabes. La prueba de sangre no miente. ¿No te lo había dicho el doctor?

—¿Decirle que? —intervine.

—Elías, siempre presente... Tal vez esto es obra tuya, ¿no? —respondió Juliana como deleitándose con mi ansiedad.

—Encontraron restos de éxtasis o una droga similar en la sangre de Damián cuando llegó al hospital —terció Fernanda para quitarle el gusto a Juliana de decírmelo ella misma.

—Eso no es cierto —dije al instante.

—Todos ocultamos algo después de todo, y Damián tiene que responsabilizarse y hacerle frente a las consecuencias de sus actos —Juliana hablaba para todos, tan segura de sí misma, que me hacía querer gritarle y

sacarla de ahí en ese preciso momento, lo que sólo empeoraría las cosas.

—¿Pero yo no consumí nada! No puedo responsabilizarme de algo que no hice —Damián estaba alterado y hablaba a gritos mientras que Juliana conservaba una peligrosa calma que provenía de sentir todo bajo su control.

—Negarlo no ayudará. Además, no es la primera vez que...

—Eso fue hace mucho, y tú te encargaste de meterles ideas a Jorge y a mi mamá para que me encerraran ahí. ¿Es tu plan? ¿Hacerlo de nuevo?

—Damián, si la terapia no está funcionando, tal vez sí, lo mejor sea que entres de nuevo a rehabilitación. Lo hago por tu bien y el de tu hermano.

—No volveré a ninguno de esos lugares —sus ojos negros veían una y otra vez el papel que tenía frente a él con la esperanza de encontrar otra cosa diferente. Damián intentaba mantener la calma, pero sus manos temblorosas lo delataban.

—Yo estuve casi todo el tiempo con él. Juliana, él no hizo tal cosa. Yo lo habría sabido. Se lo puedo asegurar —Fernanda le habló directamente intentando amedrentar en ella cualquier medida que tuviera en mente; pero era similar a intentar que una pantera al acecho interrumpiera su cacería.

—Linda, sé lo mucho que te preocupas por él, pero no tiene caso que lo encubras más. Sabes que es por su bien. Tiene un problema y tiene que ser atendido. La prueba no miente —cada vez que Juliana fingía amabilidad, algo dentro de mí se retorcía por la molestia de ver cada acto, palabra y movimiento de ella de manera despreciable.

—¿Por qué sigues con esto? —preguntó Damián.

—Ya te lo dije. Sólo hago lo mejor para...

—¿Por qué haces esto? —interrumpió, intentando encontrar una respuesta verdadera.

—De pronto tienes un accidente y te atacan así. Hay pruebas de que te has metido droga en los últimos días, y ahora no te separas de este extraño. Damián, es muy obvio, quién sabe con quién te estés relacionando. Casi creo que es por él que estás así —Juliana hablaba más como ella misma, se inclinaba hacia Damián y me señalaba con el dedo—. Discúlpame, pero no puedo dejar que también Raúl salga afectado por tu culpa. Es mi deber. Yo le prometí a Jorge que cuidaría de ustedes, y lo sabes. Además, ¿por qué hasta ahorita avisas de tu accidente si ya tenías días aquí? Era obvio que no querías que se supiera, así que no me culpes a mí de tus malas decisiones —terminó mientras se dirigía a la salida con aire victorioso después de que una de las enfermeras llegara a constatar que todo estuviera en orden. No conforme con

su estrepitosa intromisión, lanzó un falso deseo de pronta recuperación a Damián y me dirigió una mirada aplastante que gritaba un “te lo dije” antes de partir. El hombre de traje la acompañó sin haber dicho palabra alguna en ningún momento.

Damián suspiraba detenidamente. Exhausto mentalmente e incómodo en ese momento en que el silencio hacía más evidente los segundos anteriores, no tenía palabra alguna para alejar mis pensamientos o esclarecer siquiera una de las muchas dudas que estaban en ellos. Me senté a su lado en silencio y dejé por vez primera y sin muchas otras alternativas que mi cerebro me llevara adonde quisiera, visitando cada rincón oscuro y cada recuerdo que de alguna manera me condujera adonde quería llegar.

Juliana había dicho que Damián consumía drogas en alguna etapa de su vida, lo cual, pensándolo bien, no me parecía extraño. Tampoco era algo por lo cual juzgarlo o etiquetarlo, pero ¿por qué hacerlo en los momentos menos indicados dada la contienda de esa mujer por separarlo de su hermano? Sobre todo, ¿cómo a Juliana se le ocurrió escudriñar en las pruebas médicas mientras estaba Damián hospitalizado? ¿Habría ella sabido desde un principio que estaba él ahí?

Lo demás vino a mí con el estruendo de un tren mientras yo estaba distraído y pasmado en sus vías, de tal forma que me percaté de su presencia hasta que ya estaba frente a él, a punto de arrollarme. Claro, porque no lo vi desde un inicio... La fiesta de Tommy, el amigo de Fernanda. Damián había actuado como si estuviera bajo los efectos de otra cosa que no era alcohol, por lo cual perdió el conocimiento por unos minutos. Estuvimos después en mi habitación de hotel. Juliana llegó a la mañana siguiente y nos descubrió. Esa misma tarde en el mismo lugar había ocurrido el hecho más asqueroso y horrible que había vivido hasta entonces. Damián estuvo a punto de morir y tuve que asesinar a Héctor para que no me matara a mí o a él.

Forcé mi mente para que llegara más lejos en ese preciso recuerdo. ¿Qué había pasado con Damián en la fiesta? Expandí las memorias de ese día y las separé de todo lo demás, lo cual era una tarea confusa, pues se mezclaban entre emociones y sucesos tan cercanos uno del otro. Simulaba ir subiendo una montaña rusa para después caer en picada. Ese día, Damián me prestó ropa para ir a la fiesta. Después de haber ido a un concierto, llegamos justo a tiempo para dicho evento que Fernanda misma organizó para festejar a uno de sus amigos, un sujeto llamado Tommy, del cual no sabía nada y sigo sin saber más que el hecho de que cumplió años ese día. Parecía que todos se

conocían entre sí, y algunos me veían con curiosidad por ir acompañado de Damián. Estuve solo la mayor parte del tiempo, y fue por ello que conocí a Luka. Fernanda atendía como de costumbre a todos los invitados y platicaba con varios de ellos. Había ido Héctor y, en determinado momento, cruzó palabras con Damián. Después discutió con Luka y desapareció poco después del incidente.

¿Sería posible? Estaba llegando a un lugar donde difícilmente podría diferenciar una suposición de la realidad. Forzaba mi mente a recordar más de ese preciso momento en que Héctor había hablado con Damián. Dejé incluso que la emoción provocada, muy desagradable, que me había llegado al verlos cruzar palabra me llenara de nuevo. Entonces recordé que fue la razón por la cual salí afuera un rato y no supe qué más había pasado, pues, al regresar, las cosas se habían salido de control... Recordé al sujeto desagradable que había intentado besar a Damián y que lo tenía contra la pared. Recordé cómo su bebida cayó al suelo y después él mismo... “Apenas si bebí vodka con jugo. No recuerdo haber tomado nada más”, fue lo que dijo cuando lo cuestionamos después de haber vuelto en sí. Entonces me respondí a mí mismo, si era posible, a pesar de que aquel sujeto quisiera algo más de Damián, lo cual no ocurrió. No tenía aspecto de andar drogando a los demás, sin que lo supieran al menos. Por otro lado, Héctor sí podría tener un motivo oculto para hacerlo.

“No tienes ni idea. ¡Yo no soy tu enemigo! Sólo hago lo que tengo que hacer... Eran las órdenes, pero lo complicaste todo, y es tu culpa, lugar y momento equivocado...” “Él trabajaba para Jorge y Germán, el esposo de Juliana. Sólo fue poco tiempo, según supe.” “Crees que él te estaba vigilando desde entonces, ¿no es así?” Las memorias en mi cabeza habían tomado fuerza, girando y repitiéndose para mi interior. “Movían dinero de alguna otra actividad y lo hacían pasar por lícito en su negocio... No sé de cuánto estemos hablando, pero no son cantidades cualquiera. Quiero decir, hay muchos ceros a la derecha...” “¿Crees que aquí es donde Héctor encaja en todo esto? ¿El dinero que percibían?” “Es posible que se haya unido al equipo por varias razones: primera, porque vendía droga, y, segunda, por sus habilidades bastante útiles. Tiene sentido, ¿no creen?” Imposible detenerlas cuando en días pasados había luchado por mantenerlas a raya hasta no tener algo que me diera dirección, saber hacia dónde me dirigía y a qué me estaba enfrentando.

“Al menos nos dejaron un buen seguro, bastante amplio, según sé. Bien nos permitiría vivir un par de años mientras nos acostumbremos a esto... La

perra de Juliana no tendría que intervenir si yo me hiciera cargo.” “Ya no está él ni tu esposo, y a mí no vas a decirme qué es bueno y qué no es.” “El hecho de que también seas hijo de Jorge no te hace propietario de nada, así que ya puedes irte olvidando de tus planes, porque todo lo que mi hermano dejó es de Raúl y de Damián.” Entonces todo se esclarecía, y por primera vez, desde que apilé la última roca que cubría el cadáver desfigurado de Héctor, dejé de sentir que una fuerza mayor en el aire me observaba, me seguía y se burlaba de mí. “Raúl es el beneficiado en realidad. Él era hijo de ambos... Jorge dejó escrito que las propiedades y todo lo demás, que supongo es el dinero, no se nos pueden entregar ni yo tener acceso hasta que Raúl cumpla la mayoría de edad. Entonces se repartirá en partes iguales.”

El impulso concebido por los fantasmas que entonces se hacían presentes y mostraban su forma me hizo ponerme en pie de nuevo y buscar en los bolsillos de mi chaqueta... “No me agradas, Elías... Aunque seas hijo de Jorge, no te pertenece nada. Él me dejó a mí a cargo... ¿Por qué sigues con esto?...” “Jorge termina muerto en un accidente, tú resultas ser su hijo perdido y vienes aquí, intentan matarte y recibes una llamada de una línea que está a nombre de Germán.” “Se especuló su muerte porque nunca apareció. Fue secuestrado... en extrañas circunstancias.” “No sé bien qué pasó, pero, desde entonces, esa mujer es otra.” “No entiendo por qué razón quiere tener la custodia legal de Raúl y dejar solo a Damián. Sabemos que no es realmente su sobrino y que no se llevan bien, pero tanto como para estar peleando algo así...” Busqué en la mochila y en los bolsillos de mi pantalón también. Fernanda y Damián me observaban absortos, sin decir palabra alguna.

“Gracias, Luka”, repetía aquello para mis adentros una y otra vez. No podría siquiera expresar lo agradecido que estaba en realidad. Había traído consigo todas las piezas que me faltaban, y en ese momento encajaban a la perfección. Tan sólo quedaba comprobar si la imagen que el rompecabezas proyectaba era la verdadera. Llevé conmigo el celular en el cual había recibido la llamada: el pequeño que Héctor me había entregado. Había encontrado el trozo de papel higiénico con el número del cual me habían llamado aquél día, apenas distinguible y mal escrito en su blanda superficie.

Por último, saqué una de las chaquetas que cargaba en mi mochila y me la puse lo más rápido que pude mientras veía directamente a Damián. Me puse la capucha que cubría la mitad de mi rostro y aplastaba mi cabello. Sin importarme si alguno de los pacientes estaba observándome o no, me acerqué

a grandes zancadas y besé sus labios. Fernanda levantó una ceja y Damián se mantuvo inmóvil. Un quedo “¿qué?”, se atoró en su garganta cuando me separé de él y salí de la habitación sin más.

Por suerte, Juliana aún se encontraba al fondo del pasillo en la sala de espera que hace unos instantes ocupábamos Luka y yo. Un señor transportaba a una anciana en silla de ruedas. Caminé junto a ellos hasta la recepción para cerciorarme de que Juliana y su acompañante no se percataran de mi presencia. La secretaria se había sobresaltado con mi vacilante llegada y cerró de manera frenética una ventana con publicidad sobre citas y torsos masculinos desnudos. Me disculpé por asustarla y supliqué que me prestara el teléfono, pues era urgente que realizara una llamada. Después de balbucear una innecesaria explicación sobre el gran impacto que había tenido por la interrupción finalmente, accedió. De reojo veía cómo Juliana daba vueltas en círculos con las manos sosteniendo su largo y delgado cuello. El hombre de anteojos por fin había tomado asiento y no hacía comentario alguno. Al verlo, Juliana dio un ligero puntapié en el tobillo a su acompañante, quien de inmediato se incorporó. Parecía estar bastante enfadada por algo.

Me puse en cuclillas mientras marcaba el número telefónico del trozo de papel. La secretaria a mi lado me veía extrañada, pero no cuestionó mi comportamiento. Se limitaba a revisar unos documentos y a hacer anotaciones en el ordenador. La bocina comenzó a dar tono de marcado, y un tumbo sacudió mis latidos, los cuales escuchaba incluso palpitar a través del auricular. Levanté la mirada para estar pendiente de Juliana, y entonces, casi como un león que se esconde entre la espesa maleza, vi a una presa que ni siquiera se daba cuenta del peligro.

Juliana había sacado de su gran bolso un teléfono celular, el cual, a pesar de no emitir sonido alguno, destellaba una alerta luminosa en la pantalla. Contestó la llamada y agachó el rostro para tapar el oído que tenía libre. Lo hizo fingiendo su voz y haciéndola más grave y apenas perceptible, igual que aquel día, cuando llamó a Héctor. Lo sabía porque la escuchaba por el otro lado de la bocina.

4
AGUA

El noticiero matutino se escuchaba en el televisor. Su canoso presentador de traje gris, camisa blanca y corbata rosada daba los detalles acerca del enfrentamiento entre dos grupos del crimen organizado. Lo escuchaba a pesar del volumen tan bajo en que estaba. Las gruesas cortinas en la ventana impedían cualquier entrada de luz, aunque el sol quisiera atravesarlas; sin embargo, el cielo nocturno aún prevalecía incluso más oscuro que al anochecer. Era muy temprano cuando me levanté de la cama tras una serie de intentos fallidos por conciliar el sueño. No debía pasar de las seis de la mañana.

Damián dormía cobijado hasta los hombros. Percibía su queda y rítmica respiración, aunque, cada cierto tiempo, un gemido se escapaba por su garganta. Cambiaba de posición sin despertar. No era el único que tenía pesadillas repetitivas y constantes después del acontecimiento en aquel hotel. Pensé en despertarlo para tratar de dormir con él, como si al hacerlo en una conexión onírica pudiéramos ahuyentar los malos sueños, pero él también había permanecido la mayor parte de la noche despierto junto a mí, así que opté por dejarlo dormir un poco más.

En mis pesadillas, Héctor siempre aparecía. Salía en medio de una fuerte tormenta empujando su cripta de piedras, enlodado y sin rostro mientras se arrastraba hacia mí. Los relámpagos alcanzaban el suelo a su alrededor, de modo que no podía correr o escapar hasta tenerlo encima de mí. Por una rendija en medio de su rostro escupía un espeso barro que me ahogaba. Algunas veces traía consigo una roca en sus manos y golpeaba mi rostro. Sólo entonces despertaba.

Esta vez no había sido diferente, y mis sombríos fragmentos de sueños me hicieron no poder volver a dormir el resto de la madrugada. Acomodé en la mesita redonda las balas color bronce en una hilera. Limpié el cargador con el extremo de la manga de mi sudadera y lo puse a un lado. Acariciaba el arma como si lo hiciera para entender su simple y mortal funcionamiento, pero no era ella quien tenía poder en absoluto, sino las manos que la habían hecho funcionar para completar el propósito de su creación. Jalé el gatillo. Aún estaba descargada, y un chasquido metálico se expandió por la corredera. Supe que estaba lista para funcionar en el momento requerido. Una vez que el cargador tenía dentro la munición, lo puse en el respectivo sitio del arma. Localicé el pestillo que debía ser el seguro y lo recorrí. Finalmente, liberé el

arma de mis manos y la dejé sobre la mesa.

Ya habían transcurrido varios días desde que seguí a Juliana después de que saliera del hospital. Ignoré, en la medida de lo posible, las llamadas telefónicas de Luka hasta que entendí que no se separaría de Fernanda. Las cosas, a pesar de ser más claras en el punto en que nos encontrábamos, seguían igual de difusas al mismo tiempo. Aquel día, cuando finalmente comprobé que Juliana había sido la emisora de la llamada al celular de Héctor y dueña de la línea utilizada, no hice más que tomar todas las precauciones posibles después de haber ido aún más lejos.

Esa tarde, Juliana había colgado rápidamente la llamada como si entendiera el peligro de haberla respondido. Maldijo entre dientes y salió rápidamente del hospital con el hombre que la acompañaba. Mi primer instinto, en esos momentos, fue seguirla. Por sus acciones, según mi interpretación, parecía que tenía que comprobar algo urgentemente.

Cuando salí, ya estaban abandonando el estacionamiento en un coche negro. El hombre conducía, y ella mantenía su teléfono celular pegado al oído, distraída y dando indicaciones desde el lado del copiloto. Corrí hacia la calle y detuve el primer taxi que vi. Memorice la esquina en que el coche había virado. Lo localicé delante de una hilera de autos. El tráfico en ese momento evitaría cualquier sospecha de estarlos siguiendo, o eso pensé. Pedí al chofer del taxi que no perdiera de vista el coche negro. Lo hice de la manera más espontánea, pero terminó sonando justo como no quería: igual que un ridículo diálogo en una película de acción. No me importó. Éste asintió con la cabeza delante del retrovisor sin responder. Después de atravesar varios lapsos de embotellamiento en una zona céntrica, finalmente, el recorrido nos dejó en una amplia avenida, donde el auto de Juliana descendió en el estacionamiento subterráneo de un edificio viejo y austero.

A pasos agigantados entré en el oscuro lugar por un costado. Al fondo, un vigilante impedía el paso, y me dirigí a él para hacerle preguntas insulsas en lo que ganaba tiempo para observar más de cerca. Juliana y su secuaz habían bajado del auto y se identificaban con otro vigilante frente a las puertas de cristal que llevaban a unas escaleras de concreto, seguramente directo al *lobby* del edificio. Me retiré de ahí y corrí hacia la entrada principal. Un candelabro de arte neobarroco y aspecto barato colgaba en el techo. Al fondo, una mujer de cabello rubio amarillento con raíz negra se acomodaba una mascarada azul que le rodeaba el cuello. Frente a ella, la luz del ordenador sobre el escritorio de madera oscura le daba distintos matices y tonos a su

piel morena. Una pareja apareció por el lado izquierdo, pero el campo de visión que tenía desde afuera no me permitió ver de dónde habían salido. Se acercaron con la recepcionista e intercambiaron palabras. Después subieron por una escalera de mármol alfombrada y atravesaron el amplio vestíbulo con piso del mismo material, aunque viejo y cuarteado.

Juliana no debía tardar en subir al vestíbulo de la misma manera que lo habían hecho ellos, pero, al entrar, seguro me verían, y si lo hacía después no habría forma de subir sin identificarme. Alcé la mirada, pero el edificio no tenía indicación alguna de lo que podía ser o albergar dentro. Habían pasado más de dos minutos, y aquellos a quien buscaba no aparecían. Tal vez, algo los había entretenido ahí abajo o subieron tan rápido que no los vi. Un niño de cabello muy corto se acercó a mí. Sostenía una enorme caja con dulces y postres, y tenía costras de sangre en la frente, tal vez por alguna caída.

—Señor, ¿no quiere comprar algo? Ándele, es para dar de comer a mis hermanitos —suplicó mientras elevaba más la caja repleta de golosinas con envolturas de todos colores.

—Gracias, niño, pero ahora no —respondí sin despegar la mirada hacia dentro.

—Dos por el precio de uno —insistió, y negué con el dedo sin decir nada.

—Vete a la... —las palabras del pequeño malhablado, aunque a regañadientes, se hicieron perfectamente audibles para mí. Observé cómo se alejaba con pasos torpes debido al peso de su carga. De pronto, y al igual que la idea instintiva de seguir a Juliana, llegó a mi mente algo que tal vez nos ayudaría a ambos.

—¡Hey, niño!, acércate —le dije. Hizo una mueca de ser descubierto y, tras vacilar un poco, se acercó cuando me vio meter mis manos en los bolsillos.

—Te tengo una oferta: te voy a dar este billete y aparte estas monedas si vas ahí dentro y preguntas por alguien —el pequeño me lanzó una mirada de desconfianza y retrocedió—. No, no es nada malo. Sólo quiero que me hagas ese favor. A cambio te doy esto, y, si lo haces bien, cuando regreses te pago aún más —le dije mientras ponía el dinero en su pequeña mano mugrosa.

—No me van a dejar entrar. Una vez lo intenté, y esa señora me sacó. Aparte, la gente que vive ahí nunca me compra nada.

“¿Que vive ahí? Entonces son departamentos —me dije más a mí mismo que a él cuando, al voltear la mirada, ahí estaban los dos, Juliana y ese hombre, frente a la recepcionista.

—¡Es ella! Ya van a subir. Cuando lo hagan, ve, si puedes seguirlos, para saber en qué departamento... —pero el niño ya no me escuchó. Abrazó la caja de las golosinas y se fue corriendo hacia dentro. La recepcionista se levantó rápidamente y abandonó su cómoda posición tras el escritorio. Era bajita, y su cuerpo en forma de pera resultaba ridículamente real. Daba pequeños y presurosos pasos de pingüino mientras movía sus desorbitadas caderas y levantaba los brazos para ahuyentar al pequeño vendedor ambulante, como si fuera algún animal que se había colado de incógnito.

El niño insistía en algo que llamó la atención de la mujer, quien flexionó sus regordetas y cortas piernas para escucharlo mejor, y apuntó con el dedo hacia donde yo estaba. Los dos me observaron, y, segundos después, la recepcionista se abalanzó lo más rápidamente que pudo a la entrada del edificio sin quitarme los ojos de encima. Se dirigía hasta donde yo me encontraba. Por un momento pensé que tal vez el astuto chiquillo me había delatado o dicho algo malo sobre mí a la recepcionista, pero luego entendí sus movimientos. Mientras ella atravesaba el enorme vestíbulo, el niño corrió escaleras arriba donde Juliana y el misterioso sujeto acababan de perderse de vista.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué se llevaron mi coche? —preguntó con la respiración entrecortada, como si hubiera participado en una carrera maratónica.

—Me parece... que sí. He visto que alguien se lo ha llevado. Es un coche color... —dije siguiendo la mentira para ganar tiempo.

—¡Es blanco, modelo 99! Siempre lo dejo aparcado casi al entrar donde Don Jaime pueda echarle un ojo. No entiendo cómo... ¿Lo has visto?

—No estoy seguro, pero es exactamente como lo describe. ¿Por qué no va y les pregunta allá abajo? La verdad sentía la necesidad de pasar la voz, pero ahora mismo voy con prisa —improvisé mientras gesticulaba exageradamente al mismo tiempo que observaba el espacioso vestíbulo vacío.

—Sí, gracias joven. Dios mío, ya ningún sitio es seguro en este maldito lugar... —rezaba con la mano en el pecho de su estrecho tórax al mismo tiempo que soltaba las puertas y tomaba aire para un nuevo y largo recorrido.

El ochenta por ciento del peso de aquella mujer radicaba solamente de la cadera hasta los pies. Analizaba esa idea mientras ella se alejaba con sus peculiares pasos hasta el fondo por el lado izquierdo de donde todos salían. Segundos después, el niño bajó. Temeroso y apresurado corrió hasta donde yo estaba. No traía consigo la caja de golosinas. Apenas salió del edificio,

soltó un estruendoso lloriqueo. Lo tomé del brazo y lo hice a un lado, donde no pudieran vernos. La gente que pasaba en la calle me observaba de manera aberrante, como si yo lo hubiera maltratado.

—Cálmate. ¿Qué pasó? —lo cuestioné tan pronto estuvimos en la esquina del edificio, pero fue inútil. No paraba de llorar.

—¡Los dulces! Me quitaron la caja y la tiraron al suelo. Iba a recogerlos, pero la bruja ésa me corrió, y el hombre calvo me dio una patada para que me fuera —dijo entre sollozos. De pronto me sentí imprudente y apenado.

—No te apures. Yo lo repondré todo. Te los pagaré aparte de lo que te había prometido. Ya no llores —dije mientras frotaba con mi mano su bracito tembloroso—. ¿Cuánto valían en total? —pregunté luego.

—Eran más de trescientos —su voz delgada y ronca conmovía a cualquiera.

—Pues aquí están quinientos. Guárdalos bien. ¡No los vayas a perder! —le advertí.

—Muchas gracias, señor.

—Oye, no soy señor. ¿Qué edad crees que tenga?

—¿Treinta?

—Eso no es ser señor. Aparte tengo veinticinco. ¿Tú cuántos tienes?

—Voy a cumplir ocho —el pequeño se había limpiado las lágrimas y estaba tranquilo. Incluso sonreía.

—¿Cómo te llamas? —pregunté después.

—Me dicen Tavo.

—Tavo, ¿pudiste ver algo ahí adentro?

—La mujer y el hombre calvo estaban abriendo la puerta cuando les quise vender, pero se enojaron mucho y dijeron que no tenía permiso de trabajar ahí. Les volví a decir y me acerqué más. Luego me tiraron los dulces.

—La puerta tenía número. ¿Lo recuerdas?

—Es el número trece.

—Dices que te acercaste. ¿Viste algo más por lo cual se hayan enojado?

—Cuando me agaché para recoger los dulces, vi a una persona sentada en una sala. La puerta estaba un poquito abierta.

—¿Y no viste a esa persona?

—No, sólo sus pies. Luego la mujer me gritó y el hombre me pateó para que me fuera.

—¿Eran pies de mujer o de hombre?

—De hombre. Tenía puestos zapatos de hombre.

—Gracias, Tavo. Ahora te recomiendo que te tomes la tarde libre. Ve por un helado y luego vas a casa. ¿Suena bien, no? —aconsejé al niño mientras removía su corto cabello. Tavo abrazó mi cintura en un movimiento brusco y rápido. Después se fue corriendo sin decir una palabra más. Lo interpreté como un “gracias”.

Unos pasos apresurados golpeaban el suelo. La silueta indefinida de una persona oscureció el marco de luz que luchaba por abrirse. Pasó alrededor de las cortinas fundiéndose con la oscuridad de la habitación. Escuché cómo poco a poco se alejaban para finalmente desaparecer. Mis sentidos entraban en alerta constantemente al menor ruido. Temía que en un simple parpadeo alguien irrumpiera por la puerta y se repitiera la historia. Era la clase de miedo e intranquilidad que no le desearía a nadie.

Regresé tan pronto como pude al hospital aquel día. Seguir a Juliana hasta ese viejo edificio de departamentos resultó más que informativo y de paso esclareció una última duda. La imagen final del rompecabezas ya no sólo tomaba forma a través de especulaciones. Esta vez se estaba dejando ver. Sin dar explicación alguna, comencé a preparar todo lo necesario para marcharnos de ahí. Fernanda me detuvo e insistió en que ella se encargaría del procedimiento necesario para que nos dejaran ir del hospital. Damián no podía ocultar su desconcierto y preguntaba una y otra vez qué pasaba.

Así fue como finalmente llegamos a esta habitación, en un hotel bastante alejado del que solía hospedarme, y eso dio lugar a algo que ninguno de los tres quisiera recordar. Nos encontrábamos en una zona turística ubicada poco después de atravesar el centro de la ciudad, lo bastante concurrido para no quedar en medio de la nada, pero lo suficientemente alejado del bullicio y tráfico de cada día. Fernanda llegó con nosotros, y, minutos después, Luka ya la estaba esperando para llevarla a casa. Concluimos en que en ese momento no podíamos decirle nada hasta que supiéramos qué hacer exactamente.

Al llegar cerré la puerta y recorrí las cortinas. Fernanda y Damián me veían moverme de un lado a otro, acostumbrados ya a mi extraño e impredecible comportamiento, pues sabían que, dadas las circunstancias actuales, era por una buena razón. Me recargué de espaldas al tocador, y ellos se limitaron a esperar a que finalmente dijera algo, preocupados.

—Es Juliana. Ella ha estado de algún modo detrás de todo esto. Aún no sé a qué grado, pero lo está —anuncié sin más—. La llamada que recibí al celular de Héctor, la que resultó venir de una línea a nombre de Germán, la hizo ella... Ella lo buscaba. Después de que fue al hospital lo pude

comprobar porque llamé a ese número mientras la observaba. Respondió, y la escuché del otro lado. No hay duda —continué después tratando de ser lo más preciso. Damián resopló para ahogar un suspiro y se rascó el cuero cabelludo con ojos de haber comprendido algo que no quería que fuera cierto.

—¿Estás completamente seguro? —preguntó Fernanda mientras dirigía su mirada al suelo, atónita.

—Sí. Eso no es todo. La seguí cuando se fue del hospital. Iba bastante molesta. Se subió a un coche acompañada de ese mismo hombre con el que llegó. Se detuvieron en un edificio. Busqué la manera de entrar sin ser visto y, al final, le pagué a un niño para que los siguiera cuando ya se estaban yendo. Es un edificio de apartamentos. Al parecer, Juliana había visitado a alguien en el número 13, un hombre —dije para resumir lo acontecido.

—Germán —terció Damián con voz segura. La mención de ese nombre provocó que los tres quedáramos en silencio, absortos.

Era lo mismo que pensé al instante que mi mente imaginó el suceso. Juliana mantenía oculto a su esposo aparentemente desaparecido. Saboteaba a Damián por algún motivo, el cual podría estar relacionado con el dinero de Jorge; todo con la imprecisa ayuda de Héctor. ¿Qué clase de plan maestro habían organizado? ¿Era el dinero el motivo real de su actuar? Todo ello dejaba incluso más incógnitas y alcanzaba a desenterrar lo que hasta entonces me parecía un accidente. La muerte de Jorge encajaba tan bien como el número correcto en una ecuación o tal vez sólo estaba cayendo en la sugestión, dejando que mi cerebro me guiara hacia lo que temía y al mismo tiempo quería que fuera afirmado, seducido por la paranoia de necesitar explicarlo todo.

A Fernanda le costaba entender cómo había logrado despejar tanto con una simple acción. Debía pensar que era lo bastante suspicaz para hacer algo así, pero la verdad sólo había actuado de manera correcta ante las circunstancias que se me presentaban, como si las herramientas estuvieran ahí, ante mí, para ser utilizadas. Aquel pequeño vagabundo llegó justo cuando lo necesité, y, aunque el maltrato que recibió me hacía sentir culpable, todo eso se compensaba cuando sabía que era por algo mayor. Después de todo, no fue en vano, ni para mí ni para él.

Después de haber explicado con todo lujo de detalle el camino recorrido hacia mis deducciones y cómo se había presentado todo, Fernanda y Damián apoyaron mi decisión de mantenernos ocultos unos días. Del mismo modo era imperativo encontrar la manera de llegar al fondo de todo e idear algo que

nos lo permitiera. Era ahí donde me encontraba. Cada acción y cada reacción hecha u obtenida confluían en eso.

Confrontación, era la idea en una sola palabra que llegaba hasta mis manos y sostenía el arma de fuego, volviendo a estudiar su estructura una y otra vez, tentado por el poder que me aplicaba para después abandonarla en un lugar sobre la mesa, como si afectara mis pensamientos por el tiempo que estuviera en contacto conmigo.

—Llevas una hora sentado ahí con esa pistola —la voz de Damián a mis espaldas trajo de nuevo el presente consigo, acompañado también del palpitar enardecido que su sola existencia cerca de mí provocaba en este sol interno que por un tiempo había permanecido dormido, envuelto en la ausencia de su presencia completa, temeroso a extinguirse y dejar de brillar dentro de mí si él lo hacía.

—No podía dormir —me expliqué mientras dejaba el arma nuevamente sobre la mesa.

—Desperté hace rato y me volví a dormir. No te has movido —aseveró con preocupación.

—Mi mente es la culpable —respondí.

—Espero que no pierdas los estribos. Todo sería más complicado si tuviera un Elías demente a mi lado —dijo mientras tomaba mi mano. Se había levantado, acercado otra silla y sentado junto a mí.

—Estaremos bien —afirmé mientras veía sus ojos, tan oscuros y transparentes al mismo tiempo. Sus largas pestañas negro carbón parecían ser el manto nocturno que protegía una luna oculta.

—Has estado tan ausente que comenzaba a olvidar cómo se siente estar solo junto a ti —dijo mientras apretaba mi mano. Sostenía su fuerte mirada en mí, una que sólo llegaba a observar cuando, en efecto, estábamos solos, sin nadie que afectara nuestro refugio. Me adueñé de ella al instante y la guardé junto a otros placeres que en ese momento me causaban la adicción más oscura y aun así brillante que pude llegar a sentir.

La droga invisible que sus ojos ejercían sobre mí cambió la atmósfera de la habitación. La percibía entonces como el escenario perfecto. El rezago de luz solar que bordeaba las cortinas acariciaba la piel de Damián y mantenía su costado derecho tenuemente iluminado y el izquierdo ensombrecido. Una playera azul en cuello “v” y un *pants* rayado color gris lo vestían. Su piel, pálida como la parafina, tenía aspecto de pertenecer a un museo de cera gracias a la luz que lo alcanzaba. Mis pupilas lo recorrieron de pies a cabeza,

y sus ojos estaban ahí, esperándome, cuando regresé a ellos de nuevo, esclavizado por la sensación que me cubría. Me costaría encontrar algo equiparable después de él, algo que me mantuviera en ese estado.

Me acerqué con una incomprensible cautela hacia su rostro y besé sus labios. Era como si lo hiciera nuevamente por primera vez; pero, tan pronto su boca estuvo cerca de la mía y su respiración convertida en el mismo aire que también yo respiraba, todo volvió a cobrar sentido. La cautela desapareció y fue sustituida por el frenesí de un deseo sin memoria ni pensamiento, saciado tan sólo por aquello de lo cual existía, rogando por su contacto, haciendo de Damián su único creador y sosegador.

De pronto, todo eso se fue. Creció sin tiempo ni medida hasta donde el instinto y el deseo actuaban solos. Su piel no podía estar más conectada a la mía, y nuestras almas descansaban en algún otro lugar donde también se reencontraban, como dos amantes del pasado en la plenitud de no ser vistos o juzgados. Si había forma de sentirlo más, parte de mí la habría encontrado en ese momento. Si hubiera posibilidad de unirme más a él, habría ocurrido en ese preciso instante sin darnos cuenta; pero no había. Mis emociones se elevaban de manera desmedida hasta llegar a pensar que era más que una persona. Sentía haber encontrado algo invaluable que me esparcía en un universo paralelo, sin forma ni límite.

Cuando regresé de donde quiera que me encontrara, Damián reía sin algún motivo evidente. Sus mejillas estaban tenuemente enrojecidas y no lograba comprender el motivo de su risa hasta que me percaté de que su herida estaba sangrando. El frío atravesó mi pecho, y la calidez de hace unos instantes desapareció.

—Eso no está bien. Se me olvidaba por completo que... ¿por qué no dijiste nada? —había dejado que mi preocupación hablara sola.

—¿Y arruinarlo todo? Claro que no. Descuida, sólo siento un ligero cosquilleo. Me pasó antes, en el hospital.

—¿Un ligero cosquilleo?

—De verdad, alcánzame una nueva venda de ese cajón —continuó diciendo incluso más tranquilo que antes.

Al retirar el vendaje, el pequeño corte transversal al costado de su vientre apareció. Dos pliegues de piel unidos por una costura médica dejaban ver la sangre que brotaba en pequeños puntitos. La herida parecía inflamada. Me levanté de inmediato, y el fresco ambiente que dejaba la madrugada en el interior del cuarto golpeó mi piel desnuda. Incluso sentía la alfombra helada

bajo mis pies descalzos. Abrí el cajón del tocador y saqué el material necesario para limpiar la herida y volver a vendarla. Mis manos temblaban al hacerlo, pero después actuaron sin miedo. El pequeño corte había dejado de sangrar.

—Ya está —anuncié cuando terminé. Ambos nos vimos a los ojos, y su risa me contagió. ¿Realmente estábamos riendo? Recordaba que por sinuoso que todo pareciera siempre encontraría esos momentos al lado de Damián aún dentro de la noche más oscura o el día más tormentoso.

Me sorprendí al percatarme de la hora en el reloj. El día ya había avanzado lo suficiente e incluso el ruido de la ciudad entraba hasta la habitación. No dejé que el peso de mis pensamientos golpeará la tranquilidad que tan fortuitamente había llegado, pese al percance de hace unos momentos. Un prolongado suspiro infló mi pecho, y, entonces, la somnolencia que tanto me había faltado hace unas horas me empezó a invadir. La recibí sin oponerme. Damián estaba a mi lado, y no importaba nada más por el momento. Poco a poco me fui quedando dormido, mientras él encontraba la posición perfecta que embonara con mi cuerpo.

Damián hablaba casi a gritos. Tal vez eso fue lo que me despertó. Tenía su teléfono celular pegado al oído con el altavoz activado. Una voz apenas audible se escuchaba. Me sonaba bastante familiar, aunque había mucho ruido de fondo. Me froté los ojos para esclarecer mi visión.

“¿Por qué hablas tan bajo? No te estoy entendiendo —insistía Damián con el entrecejo fruncido. Luego dirigió sus palabras hacia mí—. Es Raúl. Algo no anda bien”, en ese momento su desconcierto también me atravesó, dejando pasar los pensamientos que hasta hace poco había detenido. Vaya forma de volver a la realidad.

—Es que no puedo hablar muy fuerte. Me escucharán —susurró la voz de Raúl por el altavoz en el celular de Damián.

—¿Quién? ¿Dónde estás? —lo cuestionaba su hermano.

—Llegamos apenas ayer. Fue por nosotros la tía Juliana y un desconocido. Ese señor no se va de aquí y nos está cuidando. Abril tampoco lo conoce.

—Pero, ¿estás bien? ¿Les hizo algo?

—No, nada, sólo no nos dejan salir ni hablar con nadie. Le pregunté a mi tía por ti. La escuché decir que estabas en el hospital. Dijo que no pasaba nada y que pronto vendrías tú también a casa. Está muy rara. Vas a venir, ¿verdad? ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Dónde estás?

—Aquí, en casa de la tía Juliana, con Abril —dijo Raúl un poco más fuerte.

—Juliana no es buena persona, Raúl. Nos ha mentido a todos.

—¿Lo dices porque te cae mal o porque algo pasó?

—¡No seas tonto! Lo digo en serio. Por ahora quédate ahí y, si algo pasa, comunícate de nuevo en lo que veo qué hacer. Sólo actúa normal y no le digas nada, ¿sí?

—Está bien. Alguien viene. ¡Ya me voy! —terminó con una voz apenas audible, seguido del golpe del auricular al cortarse la comunicación.

Durante la corta llamada, permanecí en silencio. Por un lado, me tranquilizaba saber que Raúl ya estuviera aquí otra vez y que pronto lo veríamos, pero se escuchaba bastante desconcertado. Sólo esperaba que no hiciera algún movimiento errático o que Abril lo delatara involuntariamente con su madre. Entonces me di cuenta de que lo estaba subestimando igual que Damián lo hacía. Se empezaba a dar cuenta de que algo no marchaba bien; algo aparte del hecho evidente de estar casi cautivo en casa de su tía. Ella debió haberlo mantenido así con alguna mentira.

—Ya era hora de que llegara. Ese hombre que los vigila en casa debe ser el mismo que estaba con Juliana en el hospital —dije sin meditarlo mientras lo pensaba.

—¿Y si vamos por él y lo traemos con nosotros? —propuso Damián.

—No creo que sea buena idea. Sólo le daríamos más argumentos a Juliana contra ti. No hay que fiarse de ella. Además, ese hombre está ahí —respondí.

—Tienes razón.

—Él está bien y quería saber si tú lo estabas también —concluí mientras veía sus ojos pensativos.

La comida del hotel era pésima, casi igual que la del hospital. Justo cuando estaba considerando la posibilidad de salir fuera en busca de alguna cafetería, Fernanda llegó sin aviso poco tiempo después y trajo consigo una bolsa llena de comida rápida, pasta, sándwiches y pastelillos, lo cual era perfecto en aquel momento con el hambre que ambos teníamos. Fernanda llegó sola. Desde aquel día, en cada una de sus visitas diarias, Luka iba y venía por ella. Todos agradecíamos su preocupación a pesar de que Fernanda lo encontrara innecesario.

—No le dije que vendría. Se está volviendo molesto. En verdad es un poco exagerado creer que hay algún peligro en ir y regresarme sola —se explicaba.

—Todos acordamos que no está de más tomar esa precaución —dije justificando la actitud de Luka.

—No lo tomen a mal. No tengo nada en contra de él y lo aprecio mucho, pero... a veces se torna fastidioso. Ustedes no lo saben porque no han pasado tanto tiempo con él como yo —replicó Fernanda con una innecesaria sobriedad, lo cual provocó una fuerte carcajada de Damián, que se encontraba recostado en la cama mordisqueando unas galletas con chispas de chocolate —. ¡Es en serio! —dijo avergonzada.

—¿Cómo la vez que me contaste? Cuando se asustó con el gato tuerto que adoptaste y casi lo pateó, ¿recuerdas? Me dijiste que te habías enojado con él por eso, y al día siguiente apareció disfrazado de gato sin un ojo, lo cual te avergonzó frente a todos tus invitados, por cierto —Damián hacía un esfuerzo por no reír con cada palabra que decía, un poco para no evidenciar a Fernanda y otro tanto porque, cada que lo hacía, una mueca de dolor se dibujaba también en su rostro debido a la herida aún sin cicatrizar.

—¡Ni me lo recuerdes! Y eso no es nada. Ha hecho cosas peores —concluyó Fernanda mientras se sentaba en el pequeño banco de madera frente al tocador. La fugaz sonrisa dibujada en su rostro desapareció cuando sus ojos repararon en el arma de fuego sobre la mesa—. ¿Han pensado en algo? —continuó.

—Elías sigue creyendo que lo mejor es ir a ese apartamento — Damián no podía ocultar el tono de desaprobación en sus palabras.

—¿En verdad? ¿Ir y tocar sin saber quién abrirá la puerta?... Eso una vez que logremos colarnos al edificio. ¿Luego qué? ¿Quién te garantiza que todo saldrá como lo tienes en mente? ¿Piensas amenazar a Juliana y a Germán con

esa pistola, que te lo digan todo y después salir por la puerta trasera tranquilamente? ¿Y si las cosas se complican, como seguramente pasaría? ¿Les pegas un tiro a los dos y te vas? Elías, perdona que te lo diga, pero estás en un error si crees que así se solucionará algo —Fernanda hablaba con tal vehemencia que hacía parecer ridículos mis planes, faltos de criterio y movidos por el ímpetu de querer hacer algo al respecto sin antes pensar en la lógica de su ejecución. Todos quedamos en silencio.

—¿Y entonces? No digo que sea así de fácil. Sólo creo que tal vez sea... una posibilidad —respondí intentando que no pareciera un reproche.

—Lo he pensado bastante y creo que la única forma de librarnos de Juliana es demostrando lo que intenta hacer. De nada nos sirve llegar al fondo de todo, si no podemos probarlo. Es en ese punto en el que no sé por dónde empezar —opinó Damián.

—¿Demostrarlo? ¿De qué forma podría ser eso? —lo cuestioné.

—No lo sé, encontrando pruebas, jugar su juego también. Ella intenta dejarme fuera de la partida e ignora que estoy al tanto de todo, que tú lo estás también. Usemos eso.

—Ahora tenemos una idea de por qué le ordenó a Héctor que me matara, pero, ¿cómo probaríamos eso y ante qué?, ¿la policía? Todos querrán saber dónde está Héctor. ¿Y si descubren lo que realmente le pasó? —al decir aquello intenté no ver a Fernanda.

—Tal vez Damián tenga razón. Si encontráramos la forma de probarlo, Juliana será la principal sospechosa en cuanto a la desaparición de Héctor. Ese hotel en el que te hospedabas estaba prácticamente desierto. Quienes lo atendían rara vez se mantenían pendientes, y, según dijiste, no lo vieron entrar a tu habitación; sólo a Damián y a mí. Podemos sostener nuestra versión de los hechos —emparejó Fernanda sin mostrarse incómoda ante el tema. Su temple habitual había regresado a ella por completo.

—Héctor fue a buscar a Elías con la idea de matarlo, pero no lo encontró y se fue. Se mantuvo vigilando desde algún punto cercano. Llegué yo al hotel, luego llegó Fernanda, y al último, Elías. Héctor no quiso actuar ahí mismo y esperó hasta que todos saliéramos en el auto de Fernanda. Nos emboscó fingiendo un asalto, pero al final desistió de su plan cuando salí herido. Le advirtió a Elías sobre el peligro y huyó lejos —reconstruyó Damián los hechos ocurridos de aquel día, pero cambió el orden para ocultar lo que finalmente había pasado—. Suena creíble, ¿no? Sólo tenemos que hacer que todo encaje a la perfección —puntualizó.

—Sólo falta encontrar la forma de hacerlo. ¿Quién podría tener algo que demostrara lo que hizo y por qué? No estamos siquiera seguros de quién es el hombre que se oculta en ese apartamento. Suponiendo que fuera Germán, es obvio que está actuando junto con Juliana, y, de tener posibilidad de abordarlo, como Elías propone, de nada nos serviría, aunque le apuntáramos con una pistola —continuó Fernanda.

—Pero podría ser un buen estimulante para sacarle la verdad —emparejó Damián.

—Fernanda tiene razón. Aunque nos dijera la verdad, no tenemos la certeza de que así sea. Seguiríamos en las mismas y sin pruebas que nos permitieran detener a Juliana de lo que está planeando. Además... una vez haciendo eso nos habremos expuesto, y sólo nos quedaría huir; eso si no terminamos muertos en el intento —dijo convencido de ello.

Costaba creer que realmente esa mujer, la cual desde el primer momento había despertado mi desagrado, fuera la causante de todo. Sabía que algo más la movía, y ésa era la pieza que faltaba en el rompecabezas que se mantenía incompleto, aunque en ocasiones revelara parte de su forma. En ese momento olvidaba por completo que compartíamos cierto lazo genético. Después de todo, Juliana era la hermana del que había sido mi padre. Planteado de cualquier forma, seguía sin sentir que compartíamos algo más que no fuera el mutuo desprecio, en especial ella, pues no se le dificultó quererme muerto. Absorto en mis pensamientos, no me di cuenta de en qué momento Damián hablaba con Fernanda sobre la llamada de Raúl.

—A nadie le agrada que Raúl esté bajo la sombra de esa arpía, pero, siendo lógicos y aun pensando con la mente más fría, no tendría sentido hacerle algún daño. A final de cuentas, por algo lo quiere con ella —le comentaba Fernanda a Damián.

—Ya no sé qué pensar. Ahora que lo mencionas, hasta es posible que sienta algún cariño por él. Raúl y Jorge siempre han sido sus consentidos. Con ellos era otra. Nunca ocultó su desprecio hacia mi madre por más hipócrita que fuera con ella, y, desde luego, hacia mí también —Damián arqueó sus pobladas cejas en un gesto de saber bien de lo que hablaba.

—Entonces ahora que Jorge no está, ¿realmente crees que quiera hacerse cargo de Raúl?, ¿sólo por ser hijo de su hermano? —lo cuestionó Fernanda.

—No veo por qué no. De paso, con ello le causa la satisfacción de fastidiarme a mí —aseveró Damián.

—Debe haber algo más. Estoy seguro de que no sólo es eso —intervine

para volver al tema en cuestión.

—Ya hemos hablado de eso. Sólo espero que no haya sido así, porque, si lo fuera y tuviera nuevamente a la perra de Juliana frente a mí, no dudaría en dispararle con esa pistola —Damián hablaba con la convicción suficiente para saber que no bromeaba. El resentimiento en su rostro que aquello le producía lo traicionaba. Fernanda me vio con preocupación, casi adivinando a lo que se refería—. Elías piensa que si en verdad Jorge y Germán lograron crear una buena fortuna gracias al dinero ilícito del que Luka nos habló, tal vez el esposo de Juliana fuera el causante de la muerte de Jorge, y, con ello, de mi madre también, o posiblemente sólo estuviera implicado en sus muertes con o sin el conocimiento de Juliana. Haya sido así o no, ahora posiblemente quiera obtener la parte del dinero que, según dicen, Jorge dejó a Raúl, a mi madre y a mí —explicó Damián a Fernanda.

—Pero si así fuera, no puede hacer nada, ¿o sí? Jorge dejó escrito que sólo cuando Raúl cumpla la mayoría de edad podrán disponer del dinero, y faltan algunos años para eso. ¿Qué va a hacer?, ¿esperar? —Fernanda parecía confundida.

—Cuando vi a Juliana en el hospital, me dijo algo acerca de ese dinero. Ella cree que yo vine aquí por ese mismo motivo, para obtener algún beneficio. Por eso y el simple hecho de estar en contacto con Damián y Raúl me quiso muerto. Ella mencionó: “Jorge me dejó a mí a cargo”. De ser así, tener custodia legal de Raúl le ayudaría en algo, ¿no? —respondí.

—Se reúne el esposo desaparecido con la familia y todos contentos. Juliana y Germán con su hija, Abril y Raúl también... —propuso Fernanda para resumir mi teoría.

—Hay demasiados puntos que no logro entender. Juliana estaba muy apegada a Jorge. ¿En realidad estuvo de acuerdo con un asesinato premeditado contra su único hermano? Y luego de pronto quiere encargarse de su sobrino. No hay lógica en eso —rebatí Damián, con lo cual puso en duda todo lo anterior.

—Ya sabemos hasta dónde puede llegar. Todo es posible —concluyó Fernanda para darle palabras a lo que todos sabíamos.

Damián arrugaba el entrecejo a tal grado que sus grandes ojos se empequeñecían y sus espesas cejas negras se unían en una sola. Fernanda lo observaba preocupada. Si no me equivocaba, su mente estaba suspendida aún en la explicación de mi teoría conspiratoria. Había tenido ya tanto tiempo de sobra con lapsos de ansiedad que llegué a pensar en más de una. Todas

compartían algo de absurdo en ellas. Todas parecían tener alguna grieta por donde escapaba la poca credibilidad que buscábamos, incluso la recién expuesta.

—Hay alguien que sí parecía estar al tanto de todo, alguien que al parecer dejó algo importante en sus pertenencias —Damián lanzó una mirada hacia mi mochila, que yacía desparramada en el suelo alfombrado bajo la mesa.

—Héctor. Lo sé. Ya revisé por todas partes, y no hay nada, en los dos celulares, en la laptop que encontré en el lugar donde vivía, incluso leí esa leyenda de la que tanto hace mención en todos lados —dije desilusionado—. Cinco soles y la creación del mundo —aseguré.

—Pienso que tal vez sólo quería jugar con nosotros. ¿Qué tiene que ver con todo esto una leyenda antigua? —dijo Damián.

—Al parecer intentaba disfrazar algo o hacer una relación metafórica con ello —respondí.

—Dijiste que pensabas llevar esa laptop con algún técnico. Si quieres, yo puedo hacerlo. Hay que empezar por ahí. No creo que sea tan difícil burlar los candados que tiene —propuso Fernanda, que, en una de sus anteriores visitas, había visto e intentado descifrar la clave para acceder de algún modo a lo que fuera que ocultaba el extraño programa. Al igual que Damián, después de varias pruebas, decidimos no intentarlo más. La pila se estaba agotando y no tenía el cargador de corriente.

—Si era tan bueno en esto como decían y él creó ese programa, entonces no será tan fácil burlarlo —afirmé convencido de ello.

—¿Qué buscaba Héctor al final con todo esto si estaba dispuesto a matarte? Es extraño que en el último momento haya decidido mostrarte todo lo que había detrás. Para hacerlo, claramente tenía un plan b, pero... ¿y si sólo es una trampa para que alguien más, quien quiera que sea, nos encuentre? Casi todas las laptop y celulares poseen algún dispositivo de localización incluso con el simple hecho de conectarse a Internet —analizaba Damián.

—Él no estaba seguro de lo que hacía. Era presionado por Juliana, tal vez por Germán o alguien más. Temía morir en el camino. Por eso se aseguró de dejar algo que lo explicara todo, al menos hasta donde le correspondía, estoy seguro —insistí en ello. Nadie dijo nada después.

Fernanda tenía la vista fija en un punto muerto, pero no estaba observando nada, sentada, con los brazos cruzados y pasando un dedo meñique por su labio inferior. Su larga cabellera rubia estaba recogida hacia un lado como de

costumbre. La dorada mata capilar armonizaba sobre la superficie de cuero color café de su chaqueta. Bajo ésta, una blusa a cuadros color rojo ceñía su casi perfecta y femenina figura de gráciles proporciones. Era la primera vez que la veía con pantalón de mezclilla, ajustados a su imagen, sin alterarla, y complementados con unas botas de tacón color beige hasta la altura de las rodillas. Damián permanecía recostado. Tomó de nuevo el paquete de galletas y comenzó a comer una. El sonido del empaque de plástico era lo único que se percibía en el interior de la habitación, salvo por los lejanos ruidos provenientes de maquinaria pesada y construcción que lograban atravesar los muros de la habitación.

—Me quedaré con ella un poco más. Haré un par de intentos otra vez, y, de no tener algún avance mañana, la llevas con un técnico —le dije a Fernanda. Mi voz llegó de manera abrupta al frágil ambiente de concentración individual que cada uno tenía en aquel instante.

Después de haber comido, Fernanda recogió en una bolsa de plástico los restos y envolturas que habían quedado, luego la depositó en el cubo de basura mientras hablaba acerca del fragoso cambio de clima en los días anteriores. Algunas veces, el viento seco y helado soplaba tan fuerte por las tardes que arrastraba consigo polvo, basura y hasta naturaleza muerta que quedaba rezagada bajo la puerta y las ventanas. El sol sólo salía por momentos al mediodía, y una espesa masa de nubes blancas y grises lo cubría nuevamente horas después.

—¿Por qué hay un vendaje ensangrentado en la basura? ¿Te lastimaste, Damián? —cuestionó Fernanda mientras se subía el cierre de su chaqueta para salir al fresco exterior.

—¿Qué?... No, sólo que me moví muy rápido y... —vaciló Damián para excusarse, pero terminó riendo. Luego me lanzó una mirada de complicidad, y Fernanda asintió avergonzada.

—¡Ah! Ya veo... ¿Cómo no lo imaginé? —dijo con una mano en la frente.

—Pero no le pasó nada. Sólo fue... algún movimiento —completé.

—Sí, sí... No hace falta explicar. Bueno... ya me voy. Avísenme si algo sucede —se despidió.

El resto del día transcurrió mejor de lo que pensaba. Pese a todo lo que estaba ocurriendo y los lapsos de ansiedad que me atacaban al recordar algún detalle de lo acontecido, lo que se levantaba y la innegable presencia de aquello que se aproximaba, lograba aislarme junto a Damián en algún punto ciego. Nos sentíamos a salvo e invisibles a las miradas del fantasma que

proyectaba su sombra e intentaba cegarnos a nosotros mismos, respirando el humo gris que dejaba tras de sí, perdidos y desprovistos de orientación alguna, pero esta vez, por un momento, me sentí a salvo. Era algo que venía junto a Damián sin que él lo supiera. Sólo esperaba que ambos lo pudiéramos sentir de la misma forma.

Al menos, la programación era mejor ahora, ya que el hotel sí contaba con televisión de paga. Damián tomó unos analgésicos, y dedicamos la tarde a ver una trilogía de películas basadas en un famoso *best-seller*, según se anunciaba en los créditos iniciales. Sólo la primera resultó interesante. Después perdí el interés, aunque Damián parecía estarla disfrutando más que yo. En ella, un adolescente se da cuenta de que es el último de un linaje de seres con inteligencia superdotada que sólo se activaba al realizar una especie de extraño ritual, mezcla de muchas creencias paganas y antiguas. Por un momento sentí que escucharía las palabras “quinto sol” entre algún diálogo de los personajes. No fue así; sin embargo, otros términos y mitos se asemejaban.

La noche había llegado invisible e inadvertida a nuestro pequeño resguardo. Mientras daba espacioso trago al agua embotellada por la que me había levantado, recorrí unos centímetros la gruesa cortina en la ventana, y la luna se encargó de iluminar mi visión con su luz, a pesar de permanecer pequeña y difuminada como una pincelada de acuarela apenas perceptible entre la bruma nocturna que dejaban las nubes. Damián ya no prestaba atención a la tercera y última de las películas, saturada de excesivos efectos visuales y personajes caricaturizados en lo que pretendía ser una batalla apabullante, lejos del tono sobrio y misterioso en que su primera parte había transcurrido. Supuse que tal vez sería un deleite para sus seguidores.

Unos dedos fríos tocaron la piel de mi espalda y me provocaron un ligero espasmo. Erguí la columna al instante y sentí un crujido óseo que sólo yo escuché. Damián dejó que mi piel, aún cálida por el abrigo de las sábanas, compartiera la temperatura de sus manos. Masajeaba mi espalda, y eso provocaba que un hormigueo placentero recorriera de nuevo mi cuerpo hasta llegar al cuello, donde esparcía por todo mi cerebro la sensación. Mi piel se erizaba a su regreso, en el cual ya no sólo las manos de Damián acariciaban la superficie, sino todo mi pecho. Me rodeó con ambos brazos por la espalda y puso su barbilla en mi hombro izquierdo. Luego me quitó de las manos la botella y bebió agua también. Sus labios húmedos reposaron trémulos en mi oreja y provocaron sensaciones que ya reconocía al escuchar el ritmo de su

respiración. Me propinó un ligero mordisco bajo el cuello y después se separó mientras me tomaba de la mano para llevarme con él, adonde ya jamás podría huir. Dejé abierta la pequeña rendija en las cortinas por donde el aura de la luna entraba y alcanzaba las sábanas, haciéndolas parecer la superficie plateada que la revestía. Esta vez me aseguraría de no presionar el costado de Damián donde el vendaje cubría su herida.

Era como si jamás hubiera estado con nadie. La sensación a su lado era plenamente nueva. Descubrir eso era tan fascinante como turbador. Nunca fui muy conocido por demostrar demasiado afecto a quienes quería. En mis prioridades, jamás había estado involucrarme de tal manera con una persona del modo que entonces lo hacía. Jamás había existido alguna palabra entre Damián y yo que nos uniera de alguna forma como personas. Estábamos en esto porque así lo deseábamos y no necesitábamos nada más, al menos en ese momento. La interrogante a lo que compartíamos permanecía oculta en mi mente, en un inicio, sin encontrar lugar dentro de su misma procedencia. Más tarde me parecía inconsecuente ante los hechos recientes. Por algún tiempo, sólo me encontraba fascinado de haberlo conocido y de disfrutar de lo que compartíamos. Sin querer arruinar en ningún sentido su placentera compañía, sólo dejé que él me guiara adonde quisiera. Ya no tenía más pretextos ni resistencias, aunque bien sabía que existirían unas cuantas ocultas; pero no deseaba tenerlas, no con él.

Pero de pronto algo vedó nuestra existencia compartida. Pensé que después de eso sería imposible volver a lo que éramos, que tal vez Damián comprendería el roto y mórbido cimiento sobre el cual se había originado esto que ya no se alejaba de ninguno de los dos. Nuestro primer encuentro fue en un escenario con dos ataúdes. En uno de ellos estaba el padre que nunca conocí; en el otro, la madre de Damián. Nuestros pasos se habían encontrado y caminaron juntos sobre el recuerdo de un cadáver. Había sangre en nuestras manos y una amenaza constante caía en nosotros. ¿Debería crecer algo realmente bueno como esto en un lugar sin esperanza? Su primera mirada llevaba la muerte dentro de sí. Sus ojos negros cargaban el peso de un escudo viejo y endurecido. Su pálida piel llevaba consigo la juventud que se bebía por minutos y escupía después. Las circunstancias no habían sido justas con él, ¿y con quién lo eran? Contenía en sus labios la fuerza de un alma ciega que caminaba entre penumbra, pero no se perdía. Podía verlo, podía verlo entre mucha gente y saber que era él. Él sabía quién era yo. Me había mostrado lo que internamente pensé que había perdido. Sin saberlo, Damián lograba liberar la mejor representación de mí hasta ese momento.

Veía todo en retrospectiva y me daba cuenta de que no habíamos perdido nada. Todo seguía intacto entre los dos pese a los vaivenes a los que habíamos estado expuestos. Todo el cambio que podía sentir era en un nivel

superior. Fuera lo que fuera, esto que nos unía había encontrado la forma de crecer en el desierto, seguía creciendo y nos seguía consumiendo. Consientes o no de ello, no hacíamos otra cosa que alimentarlo y prepararlo tal vez para lo que nos esperaba más adelante, con la esperanza de encontrarlo fortalecido ahí después. ¿Sería que la sombra detrás también lo alcanzaría? ¿La muerte alzaría sus garras y lo destrozaría todo? Muy dentro podía sentir que, de ser así, algo en mi interior dejaría de existir, se llevaría consigo una pieza importante, un faltante que me dejaría incompleto. Avanzaría por el mundo como un ser mutilado.

De nuevo no conciliaba el sueño. Mi brazo se había entumecido por sostener la mano de Damián, quien sí había logrado dormir, y esta vez lo hacía de manera tranquila. Me desprendí lentamente para no despertarlo. El vidrio que quedaba al descubierto en la ventana estaba empañado. Cuando me levanté a recorrer la cortina comprobé que, allá afuera, el frío incrementaba. La habitación debía mantener una temperatura templada, pues, aunque no sentía calor tampoco tenía frío. Al verme en el espejo del baño me di cuenta de lo mucho que había crecido mi cabello. Ya no podía hacer nada por él más que peinarlo con mis manos hacia atrás para que se mantuviera ahí, aunque siempre terminara cayendo hacia un lado, pesado y ligeramente ondulado. En combinación con la desigual barba, cada vez más evidente, lograba añadirme unos años. Lucía mayor de lo que en realidad era.

Saqué de la mochila los dos celulares. Poco tiempo después de haber llegado a la habitación, Damián me los había pedido. Les quitó el *chip* telefónico bajo la pila, los arrojó al retrete y jaló la cadena. Supuse que era lo mejor; sin embargo, esperaba no necesitarlos más en un futuro o estaríamos perdidos. Ni siquiera había colocado la pila o la tapa de cada uno de ellos. Sólo los guardé en uno de los compartimentos de la mochila. Mientras identificaba qué pila pertenecía a cada celular, algo llamó mi atención. Por dentro de la tapa de plástico más grande, la cual pertenecía al *smartphone*, una pequeña insignia amarilla sobresalía. Parecía estar dibujada con alguna especie de pintura plástica. Era una mitad de sol, una mitad izquierda... igual que la pequeña mitad derecha en el escritorio de la laptop que me dirigía siempre al escueto programa.

Filtré mis pensamientos sin guardar esperanza alguna de haber encontrado algo importante. Mi corazón latía cada vez más de prisa mientras inspeccionaba la laptop ya sobre la mesa. No había nada especial en ella; sólo su cubierta cromada color negro con el logotipo de la marca fabricante. En la

parte de abajo tampoco había nada grabado. Tal vez si quitaba la pila, sí, ahí estaba: una mitad de sol derecha, trazada con la misma pintura amarilla bajo la cubierta trasera del smartphone. Entonces, una sensación parecida a estar teniendo un *déjà vu* llegó a mi mente y la sacudí. Dos mitades de un sol... “Sólo une las partes para llegar al sol en movimiento”. ¿Eso era? ¿Unir las dos mitades, de qué forma? La respuesta vino tan simple como se presentó. Algo conectaba el teléfono celular con la laptop de Héctor.

Una vez habiendo puesto la pila y la tapa en el celular, lo encendí de inmediato casi sin pensarlo. Introduje la familiar contraseña para desbloquear la pantalla. Ahí estaba de nuevo, desprovisto de algún indicio que me guiara a algo más. “Unir las dos partes... para llegar...”, repetía en mi mente una y otra vez. “¿Cómo encontrarlas, cómo saber si aquí están?”, me pregunté. “¿Qué debo hacer? ¿Qué estoy haciendo? Tan sólo estoy buscando.” No sabía que respondiéndome de manera tan obvia ante algo evidente lograría dar un paso más. Eso es: nunca busqué realmente. De manera literal, navegué entre las funciones del teléfono inteligente y encontré la que deseaba. Seleccioné la opción “buscar”, marcada con la imagen de una pequeña lupa que desplegaba un recuadro en blanco para ingresar la palabra clave. Escribí “quinto sol” en el teclado táctil, y la búsqueda arrojó sólo un resultado.

Ahí estaba otra vez: la pequeña mitad izquierda de un sol color amarillo. Por más que había entrado a todas las opciones de aquel teléfono celular, nunca la había encontrado, hasta ese momento. Presioné la insignia por encima de la pantalla táctil, y una versión reducida de ese extraño programa la abarcó por completo. La figura de un sol destellante en color gris, la leyenda parpadeante que indicaba “estableciendo conexión” y el recuadro donde ingresar alguna palabra clave; no había diferencia alguna. ¡Eso era! Dos partes. Esos dos programas debían unirse en base a la conexión. Las contraseñas tal vez aún no terminaban de aterrizar en mis pensamientos cuando mis ojos buscaron el letrero en acrílico pegado a una de las paredes de la habitación.

Bajo el reglamento del hotel estaba escrita la clave para acceder a la red inalámbrica. La ingresé en el smartphone, y éste la reconoció de inmediato. Encendí la laptop tan bruscamente que poco faltó para haber estropeado el botón de encendido. Mis manos estaban temblorosas. Una adrenalina desconocida me inundaba. Pensé que así debían sentirse los detectives al encontrar la verdad en un caso difícil, aquellos que representan un reto. Una vez que el ordenador portátil inició sus funciones, lo conecté a la red del hotel

rápidamente. Ya estaba todo listo. Si me encontraba en lo cierto y el procedimiento era el que imaginaba, no tenía por qué fallar esta vez. Me aferré a esa idea mientras la incertidumbre desgarraba mis sentidos.

Ahora o nunca. Inicé los dos programas en ambos dispositivos. Ingresé las palabras “quinto sol” en cada uno, donde debía ir la contraseña. Bajo ésta, la leyenda “estableciendo conexión” apareció parpadeante. Acompañada de mi asombro, la frase cambió a “conexión establecida”, seguida de un sonidito agudo, igual que el timbre de haber respondido con éxito a una pregunta en los *shows* televisivos sobre concursos. La computadora portátil arrojó esa frase en el idioma antiguo de antes, mientras que, en el teléfono celular, el espacio para introducir una nueva contraseña estaba esperando. ¡Claro que era eso! Por ese motivo el programa no permitía ingresar nada después. Tenía que hacerlo desde el smartphone.

A tientas busqué el libro con pasta verde dentro de la mochila bajo la mesa. Era como realizar alguna tarea escolar compleja que necesitaba de una guía. La leyenda en ese libro confirmaría si estaba en lo cierto. Sólo para estar seguro, comprobé una vez más el significado de esa frase en idioma antiguo. “Sol de tierra”, ingresé las tres palabras en el teclado táctil con dedos sudorosos, y percibí un movimiento en la pantalla de la laptop. Todo parecía indicar que el primer paso estaba hecho.

Ambas pantallas mostraban una pequeña parte de ese sol color gris dibujado en amarillo, lo cual indicaba que había ingresado correctamente la primera clave del proceso. Asimismo, otro juego de letras en el idioma antiguo aparecía en su respectivo lugar, inalterable. No era más que una pista para ingresar la contraseña adecuada en el programa del teléfono inteligente. Rápidamente apoyé el libro de leyendas sobre la mesa y deslicé mi dedo en busca de palabras con tipografía diferente, mientras escrutaba con ojos de halcón cada renglón. No me tomó mucho tiempo dar con su significado. Del mismo modo que lo hice segundos atrás, ingresé la frase “sol de viento”. De nuevo, las palabras en aquel idioma cambiaron, y, en ambos programas, el amarillo daba color al sol gris. Repetí el proceso anterior confirmando las claves con ayuda del libro: “sol de fuego”, “sol de agua”. La imagen del sol ya no era gris. Estaba casi completo.

Tan sólo faltaban los rayos ondulados del extremo derecho, y entonces la figura simétrica en forma de sol estaría completa, rebosando en su interior un color amarillo, brillante e intenso. Tanto el smartphone como la laptop compartían en sincronía el proceso hecho hasta ese momento con las claves.

Por esa razón, no lograba avanzar. Faltaba la otra mitad, y sólo quedaba el último paso para acceder a lo que sea que Héctor había planeado tan rigurosamente. Su mente retorcida e inteligente seguía viva y lanzaba su última jugada. “Maldito infeliz”, pensé para mis adentros con emociones detenidas ante la expectación. Una sonrisa temerosa me saludó desde el reflejo oscuro de la pantalla apenas visible sobre la proyección del programa que indicaba las últimas palabras en ese idioma: el último paso. La demencia de Héctor parecía contagiar mi rostro en ese instante. Lo seguía viendo en el distorsionado reflejo mientras me mordía el labio superior con tanta fuerza que logré hacerme daño. ¿Y si no encontraba nada? ¿Si todo aquello era un engaño con otro propósito? Supongo que no tenía más remedio que averiguarlo de una buena vez. Con manos heladas y entumidas tecleé: “sol de movimiento”... El sol estaba completo.

Una barra indicaba el proceso de descarga que la última clave había iniciado. Comenzó desde cero por ciento hasta llegar al cien. Mientras eso ocurría, un aviso se sobrepuso en la pantalla de la computadora portátil y amenazó con apagarla en pocos segundos si no se conectaba a la corriente eléctrica. La pila estaba agotada. Del mismo modo, la descarga también ocurría en el teléfono celular, que aún conservaba media carga en la pila. El conteo había terminado, y un fólter se abrió en el directorio de archivos. El contenido era el mismo en ambos dispositivos: una serie de videos donde el perturbado rostro de Héctor aparecía como imagen preliminar.

Tan pronto lo comprobé, la pantalla de la computadora se oscureció. El previo aviso indicaba su inminente apagado. Segundos después, un sonido lo confirmó, y ya no había más que hacer. Por suerte, aún tenía el smartphone para comprobar el contenido recientemente añadido, aquello que Héctor quería que viera, por lo que hasta ese momento había arriesgado mucho, yendo tras la pista que había dejado a su paso en el camino que concluyó con su muerte, una muerte que fue consecuencia de dos mundos que colisionaron: el suyo y el mío.

—¿Encontraste algo? —la voz de Damián interrumpió mi absorta concentración.

—Son... son videos. Fue lo que Héctor dejó —dije sin meditar las palabras que salían directamente de mi mente. Damián apartó las sábanas rápidamente y, mientras caminaba hacia mí, dando traspiés, se ponía los calzoncillos que estaban en el suelo.

—¿Qué clase de videos? —preguntó y volvió a acercar la silla junto a la

mía.

—No los he visto. Apenas accedí a ellos. También están en la laptop; sólo que ya no tiene carga y se apagó —expliqué sin quitar la vista de la pantalla en el celular.

—¿Y qué esperas? ¡Veamos qué son! —apresuró Damián. El reciente descubrimiento me había dejado en una especie de trance. Era casi como estar en contacto con el mismo Héctor, que me guiaba hacia lo que él quería que viéramos. Un largo suspiro se escapó de mi pecho. Damián me veía con una mezcla entre incredulidad y asombro.

Sin más, seleccioné el primer video en la lista, señalado con el número uno al final de la descripción. La imagen de Héctor apareció. Esta vez, su familiar aspecto inundaba la pantalla del smartphone. Bastante tenso y fuera de sí comenzó a hablar con una voz congestionada:

No sé cómo comenzar, bueno, empezaré por explicar el motivo de estar grabando esto. Yo... estoy preocupado... Hace algún tiempo que trabajo con dos sujetos adinerados: Jorge Arias y Germán Roldán. Me ofrecieron la oportunidad. Ellos... ellos están hundidos hasta el cuello y pronto lo estaré yo, ¡ja! ¡Qué idiota he sido! Los dos están aliados con un grupo criminal. No pensé que fuera la gran cosa, pero están relacionados con uno de los grandes. He visto sus alcances... y ahora no puedo salir. ¿Cómo iba a saberlo? ¡Caí como un pendejo!, pero ya ni siquiera importa... Todo esto comenzó porque a ambos les ayudaba a lavar su maldito dinero. Lo movían. Ellos lo distribuían en varias cuentas bancarias como les indicaban que lo hicieran. Necesitaban de mí, porque trabajando ahí podía burlar ciertos candados... ciertos límites que ni el mismo Jorge conocía, y de pronto quieren obtener más, más de lo que ganaban ya por arriesgar su pellejo todos los días. Desapareció una gran cantidad de dinero en las cuentas de esos hombres, y ahora nos tienen bajo la mira... Mordieron la mano que les daba de comer. Es evidente que ellos dos son los culpables. ¿Quién más podría haber sido?, par de imbéciles.

Héctor se detuvo. Comenzaba a respirar ruidosamente. De forma brusca e inesperada propinó una serie de golpes en su frente con la palma de la mano, como si eso fuera a tranquilizarlo. Piezas invisibles comenzaban a caer en el rompecabezas aún sin forma definitiva, buscando su lugar. De pronto podía predecir cuáles estaban a punto de aparecer. Damián estaba a mi lado derecho, y, casi por instinto, nuestras miradas buscaron encontrarse, compartían la misma información. Sus ojos negros se habían encendido en un

brillo luminoso que reflejaba la tenue luz artificial de la pantalla frente a nosotros, a través de la cual, un primer plano de Héctor intentaba tranquilizarse.

Héctor se quedó en silencio por un momento, se sacudió la nariz con los dedos y después continuó:

¡Germán desapareció! Él... hace días que no sabemos nada. Jorge no dice ni una maldita palabra, pero se muere del puto miedo igual que yo. No hay duda de que ellos lo tienen. Tal vez ya lo mataron. Soy el último en enterarme de todo, pero es obvio. Jorge insiste en que todo se resolverá pronto y me sigue dando excusas. Si las cosas empeoran, buscaré la forma de escapar, aunque no quisiera irme de aquí... Si algo me pasa o muero, encontraré la forma de que esto se sepa.

Concluyó cortando la grabación con un clic.

—¡Lo sabía! —grité y saqué de su concentración a Damián.

—Es lo que necesitábamos, ¿no?, pruebas. Juliana tiene que estar involucrada en algún punto —emparejé conmigo.

—Puede que tal vez sean más que eso... Por algo los ocultó tan bien. No debían ser vistos por cualquier persona —le dije mientras comprobaba el número de videoclips en la carpeta descargada y, sin más, reproduje el segundo de la lista.

Esta vez Héctor tenía un aspecto peor que el anterior. Su piel enrojecida brillaba por la grasa facial provocada por no haber lavado su rostro en un largo tiempo. Temblaba constantemente y apretaba los párpados en un intento por enfocar su turbia y cristalizada mirada. Chasqueó los huesos de sus manos, las presionó una contra la otra y comenzó a hablar viendo hacia un lugar perdido en su oscura habitación, más tranquilo de lo que hubiera imaginado...

Está muerto, Jorge está muerto. Él y su esposa terminaron fritos en un acantilado por la carretera. ¿Un accidente? Ni de puta broma que lo fue. La mujer de Germán habló conmigo hoy y dice que estamos siendo vigilados. Un hombre fue a verla y la amenazó de muerte si no regresamos todo el dinero que robamos.

Héctor comenzó a reírse de la misma forma que lo había hecho en uno de sus videos, tosió después y se sofocó con su propia saliva. Se aclaró la garganta mientras carraspeaba para detener la tos y continuó:

Sumé todo, y es demasiado. Desapareció mucho dinero, y yo creyendo que ya recibía mucho más de lo que he visto en toda mi perra vida. Ellos piensan

que Juliana y yo tenemos esa cantidad, pero la verdad es que los cabrones de Germán y Jorge se lo llevaron a la tumba. Sus cuentas están vacías, y nadie sabe por qué... Tal vez Jorge lograra moverlo antes de que lo mataran, pero, ¿y Germán? De haber querido huir, su esposa lo sabría... Esa zorra no me gusta nada, Juliana, pero está segura de que puede conseguir el dinero. Espero que tenga razón, porque cada día siento más la sogá al cuello... mierda.

Ninguno de los dos dijo nada. Damián se desplomó en la silla y dejó caer el peso de su cuerpo en el respaldo, con los brazos cruzados y los ojos escarbando el suelo. Aquello era terrible de escuchar, incluso para mí por muchos motivos. Durante varios días, incluso meses, no me había quedado más que la distorsionada visión de mis indagaciones, y entonces, finalmente, la verdad se reproducía con el rostro de Héctor frente a nosotros, exonerándolo incluso de la blanda posición que le había tocado representar en una jugada mayor, mostrándonos una perspectiva distante, pero al mismo tiempo central de lo ocurrido. Era gracias a ello que la muerte de la madre de Damián ocurría como algo simplemente secuencial en la versión que Héctor nos daba, alguien que tan sólo estaba al lado de Jorge en el momento que culminó con la muerte de ambos.

—Mi pobre madre siempre pensando que ese hombre nos traería a los dos una mejor vida. Y, ¡vaya lío en que se metió! —Damián evitaba verme a los ojos. Se abrazó a sí mismo y movió de forma inquieta su pierna izquierda de arriba a abajo. Después de un largo suspiro continuó—: Yo estaba fuera cuando pasó. Raúl me habló varias veces, pero no me di cuenta. Después llamó a Fernanda y me dijo que algo muy malo había ocurrido. No le querían decir qué pasaba. Le dije que iría enseguida. Habíamos bebido, y Fer me llevó a casa. Eran cerca de las ocho de la noche. Cuando llegué, Juliana estaba ahí con dos agentes. Raúl lloraba tan fuerte que me estremecí, así que corrí hasta la sala, y ahí estaba, sentado en el suelo. En cuanto lo vi, supe lo que había pasado. Me senté en el descansabrazos del sofá, le hablé a Raúl y entonces comenzó a gritar: “Mamá, papá”, una y otra vez...

—Damián, no imagino lo doloroso que eso...

—Hay que ver el tercer video —interrumpió. Aquella voz fría e inexpresiva me devolvió al día en que lo conocí, cuando parecía contener detrás de un muro miles de fieras emociones que se filtraban en señales apenas reconocibles. Recordé sus oscuras pupilas protegidas por un escudo invisible, pero en posición defensiva ante mí, un extraño en ese cementerio.

Era el misterio que lo rodeaba y envolvía, la fuerza que emanaba de él y lo abrazaba, la manera en que lograba embestir al mundo cuando se lo pedía, pero ser lo suficientemente temerario para desnudarse ante mí y dejarme verlo en la más vulnerable posición que alguien puede llegar a estar lo que más me unía a él. Sabía que se daba cuenta de ello y, sobre todo, que lo admiraba por el mismo motivo, razón por la cual hacía de mí el árbol que ensombrecía su travesía cansada, el apoyo que necesitaba para volver con más fuerza. Lo que tal vez Damián no sabía era que, confiando en mí, aplicaba ímpetu a mi voluntad, fuego a mis pasos y aplomo a mis decisiones. Necesité de todo este tiempo a su lado para darme cuenta de lo mucho que nos complementábamos.

La expresión de Damián me exigía dejar de lado cualquier comentario que pudiera hacer. Señaló nuevamente el teléfono celular, y seleccioné entonces el tercer video. Esta vez, Héctor ya no lucía tan alterado. Mantenía la calma anteriormente vista, pero sus manos se movían de manera lenta y extraña, al igual que sus actos. Supuse que era la consecuencia de alguna sustancia.

Ella es más astuta de lo que pensaba. Esa mujer ya tiene todo planeado y ahora parece que soy su perrito. Me da órdenes a cada rato. Juliana quiere tener la tutela de su sobrino, el menor de edad, para cobrar una parte de la tajada que Jorge dejó. Ese hijo de puta no fue tan idiota. Resulta que todo lo que ganaba lo invertía en seguros de vida, propiedades y varios negocios y aparte una cuenta protegida para su familia. Juliana está segura de que su hermanito Jorge la puso como beneficiaria después de la esposa y el hijastro, pero ahora que nada más quedan los hermanos huérfanos, sólo hay un familiar directo que puede manejar ese dinero, y es ella misma. Eso sólo si el mayor se aparta... Me enferma la idea de tener que confiarle mi seguridad a esa mujer. Si aún estoy vivo es porque los de arriba no se enteraron de que estuve involucrado con Germán y Jorge en el robo. Ella me garantizó no decir nada si la ayudaba con su plan. Por ahora, no me queda más remedio que obedecerla en todo...

—Lo usaba. Está claro que lo mantenía bajo su control... ¿De verdad habrá tenido contacto con el grupo del que tanto habla? ¿Por qué le habrían de perdonar la vida? —indagó Damián mientras pausaba el video.

—Lo estás escuchando. Con el dinero que Jorge dejó intenta pagar esa deuda que tiene con ellos. Por eso todo este jueguito: desacreditarte a ti. Los exámenes de sangre que te hicieron en el hospital donde aparecieron rastros de droga fueron gracias ella. ¿Recuerdas la fiesta de Tommy? ¿Quién más si

no Héctor fue quien la puso en tu bebida siguiendo las órdenes de ella? Por eso supo lo que teníamos, que yo soy hijo de Jorge... — pero ya no quise terminar y, en vez de ello, quité la pausa al video y dejé que Héctor continuara hablando, para completar lo que ya sabía y estaba seguro que diría.

Nos dieron un plazo, y Juliana quiere obtener ese dinero lo antes posible. La mitad ya fue cubierta con lo que ella y yo habíamos logrado reunir. ¡Ni siquiera lo disfruté! Tenía tantos planes que... ¡ya da igual! He visto que un hombre de traje la lleva en un coche negro a varios lados, y ese mismo coche es el que he visto estacionado fuera de varios lugares cuando salgo... Nunca voy a mi casa por la ruta directa. Paso rodeando la ciudad entera con la esperanza de no ser visto y tomando algunos atajos de noche. Hoy me asignó una nueva tarea, y no sé qué pensar de eso. Un sujeto extraño llamó la atención de Juliana. Estaba en el entierro de Jorge, y nadie ahí lo conocía. Por alguna razón, ella quiere que lo vigile y siga a todos lados. Debe ser porque platicó largo rato con sus dos sobrinos... La mierda que me tomo para mantenerme tranquilo cada vez tiene menos efecto.

Terminó cortando la grabación mientras se levantaba de golpe, alterado.

—No es el dinero como tal lo que Juliana tanto busca. Intenta salvarse de “ellos”, y yo amenazaba su plan. Temía que intentara reclamar algo por ser hijo de Jorge, y cuando se dio cuenta de lo que había entre nosotros no dudó en querer deshacerse de mí. Fui una pieza no prevista en su juego —afirmé en voz alta, más para mí mismo que para Damián, quien aún no terminaba de procesar la información del mismo modo que yo.

—No podemos dejar a Raúl con ella... No es sólo una mala persona. Es realmente peligrosa, Elías —completó Damián. Fue como envolver de más peso a la realidad. Ambos atribuíamos las peores cosas en ella, pero no habíamos determinado hasta qué punto podría resultar en un verdadero cáncer para todos, así que ya no sólo temíamos por nuestro propio bienestar, sino por el de aquellos a quienes queríamos.

Ese tal Elías no se separa del rarito, Damián, el mejor amigo de Fernanda... Casi no puedo verla a ella sin que él esté ahí. Aunque me purgue, es ahora mi herramienta principal para poder seguir de cerca a ese cabrón. Sé que no le caigo bien a Elías y él tampoco a mí. Lo he visto con Fernanda y no lo quiero cerca de ella. No me confío para nada. Hay algo muy extraño en él, pero me trago mi puta rabia porque siempre hemos de estar los cuatro juntos, y aunque eso es bueno para observarlo, no deja de

ser una patada en el culo. Juliana debe estar al tanto de lo que... significa Fernanda para mí. Me ve a los ojos y sonrío. ¡Mierda! ¿En verdad se nota? Lo que menos quisiera es que saliera perjudicada con todo esto, pero he negado todo tipo de relación más allá de sólo conocerla. Espero que sea suficiente. Aparte, ¿quién creería que alguien tan perfecta como ella se fijaría en alguien como yo? Quienes sí parecen tener algo más que una amistad son esos dos. Elías siempre anda tras Damián y se ven de una forma desagradable. ¿Desde cuándo se volvió su protector? Así va a ser difícil llevar a cabo lo que Juliana tiene pensado para su sobrino. En realidad, ni siquiera tienen parentesco alguno. Damián es hijastro de Jorge, pero también lleva el apellido Arias. Juliana no parece tener ningún tipo de cariño hacia él. Esa mujer es más fría que una piedra...

Damián me había quitado el smartphone y comenzaba a hacer la transferencia de los videos a su teléfono, uno bastante similar. Mientras el proceso se realizaba, el cuarto video de la lista se reproducía y nuestros ojos dedicaban su atención a la pequeña pantalla donde Héctor seguía hablando. Era extraño que siguiera teniendo contacto con él más de lo que pude haberlo hecho cuando estaba vivo. El silencio de la madrugada hormigueaba en mi cabeza, y la voz de Héctor parecía un eco distante. Entorné mis cansados ojos en una de las pausas, y, cuando volví a prestar atención, nuestro locutor había cambiado de postura, una más seria, la que cualquier persona adoptaría para dar una noticia importante.

La dictadora tiene un nuevo plan, y la víctima es Damián. Ha repasado los últimos deseos de Jorge, y está claro que no puede pasar sobre él. Es mayor de edad, aunque no parezca, y él tiene la responsabilidad directa de todo. Juliana me ordenó apresurar las cosas con incentivos... Sabía que ese enclenque era gay, pero no que había sido internado en rehabilitación a los diecisiete. ¡Ja! Esos niños de papá y mamá no aguantan nada. Tengo que hacer que vuelva a probar algo para que Juliana pueda tener argumentos de lo que anda ladrando en los juzgados. Se ha vuelto insoportable, más que cualquier mujer que haya conocido. Tiene un pero para todo. Disfruta recordándome nuestro acuerdo y los riesgos que corremos. De poder alejarme de ella, lo haría, pero no hay forma.

—¿Por qué te internaron en rehabilitación? —cuestioné a Damián tan pronto Héctor confirmó lo que ya sabía.

—He cometido algunas estupideces en el pasado, o muchas tal vez... no me enorgullece reconocerlo, pero, ¿tengo que hablarte de eso ahora?

—Sólo quisiera saber por qué —insistí.

—Bien, tuve un... amigo que me pedía hacer cosas. Yo lo quería, así que pensé: “Damián, si él te lo pide es porque quiere que tú lo hagas para él”. Fui un imbécil. Lo sé, pero en resumen hacer eso me arrastró a muchos lados, y... él no me quería como yo pensaba. Fin de la historia.

Damián arqueaba las cejas y levantaba la mirada al techo. El tema en cuestión lograba alterar su estado anterior. Su voz era diferente, y, aunque apenas me mostrara la punta del iceberg, sabía el pesar que ello le provocaba con tal sólo recordar, así que preferí consolidar algo que había dejado de lado hace mucho.

—¿Sabes que yo te quiero, que no importa nada de eso y que estaré aquí hasta que todo termine? —mis palabra salieron catapultadas desde un lugar que hasta entonces había permanecido oculto y sellado, casi pidiendo a gritos que rompiera esas cadenas. Dos ojos negros habían sido la llave. Damián titubeó, quiso emitir alguna palabra, pero su garganta ahogó cualquier cosa que fuera a decir. Rió nerviosamente por lo bajo y apretó con las manos sus rodillas desnudas.

—Lo sé y me lo has demostrado. ¿Quién soy para negarlo?... y mira que desde entonces no me fío de las palabras de nadie —dijo clavando sus pupilas en las mías cuando un rayo atravesaba algo en mi interior.

Quería decirle que nadie nunca más lo haría pasar por algo así, que todo aquello había sido un efímero sueño cruel y que yo cobijaría su bienestar, pero todo resultaba tremendamente intrascendente ante la situación que atravesábamos. Por primera vez sentía un irracional deseo por anteponernos ante lo más importante. ¿Era correcto que nada fuera más importante como tener la certeza de su presencia junto a la mía mañana? Qué importaba ya, cuando me encontraba en un lugar muy lejano al que anteriormente creía estar. Damián ya no sólo conformaba un presente del cual no me quería desprender; formaba parte de algo más importante: un futuro que no había previsto después de un ahora quebrantado. ¿Era la muerte a la que temía o era a perderlo? Ninguna de las dos: era enfrentarme a mí mismo después.

—¿Qué importa eso ahora? Hay un último video... —continuó diciendo, y, un segundo después, sus labios estaban sobre los míos, lo cual alejó cualquier duda y pensamiento respecto a todo. No hacía falta siquiera que lo dijera. Esta vez era diferente. Yo encontraba mi lugar.

Me costó trabajo separarme de su contacto, pero intentaba mantener mi mente en lo que realmente nos quitaba el sueño. ¿Qué ocurría? Había

esperado el momento en que todo pudiera estar claro ante mis ojos. Estaba algo cansado de ir y venir sin respuesta aparente, de no saber qué clase de estructura se construía sobre los escombros que permanecían en la oscuridad remanente entre nosotros. Pero en ese momento que la tenía frente a mis ojos no hacía más que pensar con mis instintos más primarios. No había cosa que deseara más en ese momento que volver a repetir la experiencia de hace unas horas, de sentir nuevamente el calor enervante de su piel sobre los lugares que más aclamaban su contacto... Ya habría tiempo para ello, y, tratando de entenderme a mí mismo, fingí prestarle atención al último video que Héctor logró registrar. Volqué poco a poco mi atención en ello.

Elías es hijo de Jorge. ¡Que si el mundo es pequeño! Ahora sé por qué la cara de ese cabrón se me hacía tan familiar. Juliana lo averiguó de algún modo y está más insoportable que nunca. Si acaso la llego a ver es para que desquite todo su coraje conmigo. Me he detenido bastante, pero hay veces que deseo romperle la cara. Si fuera hombre ni siquiera dudaría un segundo. Empiezo a sospechar que algo se trae entre manos. Ahora está más ausente, y la última vez que la vi fue cerca de aquí. Se bajó del mismo coche que he visto antes, un Mercedes color negro. Luego entró a un edificio viejo. Alguien la esperaba dentro del auto, porque salió minutos después. Supongo que es el mismo hombre que siempre la acompaña a todos lados. No quise tener más problemas y me fui rápido de ahí...

Héctor se detuvo en seco, interrumpió una de sus habituales risas burlonas, y una cara de preocupación la reemplazó. Su cabello negro permanecía aplastado, desaliñado y grasoso, pegado a su frente cristalizada en puntos brillantes de sudor ante la cámara. Comenzaba a alterarse igual que antes. ¿La droga que usaba había dejado de tranquilizarlo?...

¡Tengo que matarlo!... ¡Nunca he matado a alguien!... Una vez golpeé a un idiota que me había robado. Lo hice hasta verlo inconsciente. Supongo que vivió porque escuché que volvió al negocio, pero jamás quise matarlo realmente. Siento culpa por eso. ¡Y ahora esa perra me pide que mate a Elías! No me agrada, pero no sé si tenga las agallas suficientes para hacerlo así nada más. Juliana descubrió a Elías con Damián en un hotel... Sabía que esos dos se traían algo. Lo siento por Damián. Se quedará solo... ¡Que si tiene mala suerte! Fernanda no me cuenta gran cosa, pero no le ha ido muy bien, pobre idiota...

Héctor se reía y, acto seguido, parecía estar lamentándose por algo. Se frotó los ojos con lo cual dejó dos cuencas enrojecidas. Un par de pupilas

buscaron la cámara después, como si recordara algo realmente significativo.

No sé qué ocurra después. Ya no estoy seguro en ningún lado y veo ese coche negro en todo momento... Tengo un constante delirio de persecución y ahora quiero decirte a ti, Juliana, que, si no logro mi cometido por alguna razón, todo esto que ha pasado queda registrado y alguien más lo sabrá... ¿yo gano?

—Sabía más de todos de lo que hubiéramos imaginado, ¿no?— aseveró Damián una vez que el último video terminó.

—El edificio, el hombre en el Mercedes negro... es lo mismo que viene haciendo. Héctor nunca logra esclarecer si Germán realmente está muerto. Lo asumió como todos por su desaparición. Está claro que es él a quien Juliana visita en ese lugar —respondí sin dejar de ver sus ojos.

—Estos videos son prueba suficiente, Elías. La tenemos... No lo sabe, pero está en nuestras manos. Vayamos por Raúl y mostremos esto ante cualquier abogado. La maldita está arruinada y no lo sabe —un odio puro exaltaba la voz de Damián.

—No, no funcionará así —lo contradije.

—¿Entonces cómo?

—¿Damián, crees en mí?

—Más de lo que quisiera.

—Lo haremos de otra forma, pero necesitamos a Luka y a Fernanda —estaba convencido de que por el momento no había mejor opción. Dejé descansar todas mis inquietudes sobre la mejor solución aparente que llegaba, cautivando a nuestra desesperación, intentado convencer a la razón.

Eran las cuatro de la mañana cuando me golpeé el pie con una pata de la mesa que había en la habitación. El dolor me recordó cualquier cosa que se escapa de nuestros alcances y nos obliga a generar un plan de contingencia que amortigüe las consecuencias. Damián había insistido en bajar al lobby del hotel y traer consigo algo de azúcar, galletas o dulces que nos obligaran a seguir despiertos, ya que, después de haber intentado dormir sin éxito alguno, las ideas comenzaron a surgir. No sólo trajo golosinas, sino también dos vasos grandes de café. Comprendí que ésa no sería una noche fácil.

—Deberías estar con ellos e ir por Raúl tú mismo —insistí después de haber planteado la idea anteriormente.

—Lo haré, pero tú esperarás a que todos estemos dentro del auto y en camino. Entonces sí podrás entrar al edificio como tienes planeado —me respondió un Damián autoritario.

—Sólo quiero asegurarme de que estén a salvo. No sabemos qué tan peligroso sea ese hombre que los vigila —le respondí.

—Yo me aseguraré de ir por mi hermano y traerlo conmigo, pero también de que tú no cometas una tontería antes de tiempo. Entraré contigo.

—No, ni hablar. Quiero preocuparme sólo por mí cuando esté ahí dentro.

—Lo dices por la última vez que estuvimos juntos con alguien que te quería muerto, ¿no? Vamos los dos. Me esperarás, y es lo último que negociaré contigo.

—No, no bromeo. Irás con Fernanda y Luka por Raúl. Ella se hará cargo de distraer un rato al hombre ése, y tú sacarás a nuestro hermano de ahí. Es el plan, uno que ya es bastante arriesgado para todos, sobre todo para ti.

—Elías, estoy perfectamente bien. No puedo correr del todo o dar de saltos, pero, ¡fuera de eso estoy bien! Prométeme que me esperarás para entrar contigo a ese lugar.

—¿Es necesario hacer esto?

—No lo haré de otra forma. Vayamos pensando en otro...

—¡Sí!, sí... tú ganas. Una vez que logren sacar a Raúl de ahí, te esperaré para entrar al edificio —accedí por último sin oponer más resistencia. Quería que Damián tuviera una idea clara de lo que debía hacer, sin importarle nada más.

Damián abrió un paquete de sus galletas favoritas, se sentó al borde de la cama y, mientras las comía, su mirada proyectaba imágenes invisibles sobre un punto perdido, algo que sólo él podía ver y entender. Sus pensamientos intrigaban a los míos cuando no estaban en una misma sintonía, unificados en la órbita sobre la cual giraban nuestros planetas. Con un extremo cuidado, dio un sorbo ligero al café, pero, entre atención y distracción, la expresión en su rostro se crispó cuando el humeante líquido quemó sus labios. Maldijo por lo bajo y apretó la mandíbula.

El plan ideado hasta ese momento no era del todo complicado. Sólo tendríamos que convencer a Luka de ayudarnos en dicha tarea. Fernanda se podría encargar de ello. Tal vez era demasiado pedir, pero ella era la única en esos momentos que podía ayudarnos. Por consiguiente, estaba seguro de que Luka la seguiría adonde fuera con la mínima explicación, eso sí, una muy convincente que mantuviera sus preguntas y comentarios inapropiados al margen de la situación. Era demasiado tarde para llamar a cualquiera de los dos en ese momento, y, suponiendo que no estuvieran dormidos, no tenía las palabras adecuadas en mi mente para comunicar mi intención al actuar.

Cada minuto que avanzaba me traía un detalle más, resolvía las inconsistencias con alguna alternativa, y con aquel desfile de ocurrencias nítidas en mi mente comencé a hacer borrones en las últimas hojas amarillentas del libro verde, anotaciones que mantuvieran los detalles en palabras escritas para que no se escapara absolutamente nada, pues cualquier segundo no premeditado o contemplado podría resultar en una catástrofe, igual que aquel día taladrado en mis memorias cuando tomé una de las decisiones más difíciles: tener el coraje necesario para quitar una vida a cambio del bienestar propio y el de alguien a quien quería, aunque, lejos de terminar la faena, tan sólo fuera el comienzo.

Fue así que una pequeña pero pesada gota de agua pluvial trajo consigo el verdadero significado de un riesgo real y abrumador. La acompañó una sensación de miedo; sin embargo fue sustituida rápidamente por algo que necesitaba: valor. Estaba bajo la lluvia que un cielo turbulento había provocado. Mis pies temblaban pero no vacilaban al dar cada paso, firme y decidido. Aunque la tormenta retrasara mi camino habría de llegar a cualquiera que fuera ese destino. Sentía cómo me entregaba ante aquel sinuoso paisaje imaginario, envuelto en la ventisca fría, abrazando todo aquello que me daba fuerza y cargaba conmigo. No dejaba de repetirme la razón de cada paso dado. Pronto, Raúl podría ocuparse de las cosas que necesitaba vivir, recuperaría su confianza, y los muros que en ese momento lo detenían ya no estarían. Damián se libraría de ataduras que lo mantenían hundido y podría brillar bajo el sol que eligiera. Todo lo que ensombrecía aquella existencia debía colapsar para construir algo que les permitiera avanzar. La tormenta debía parar ese día. Sólo así, el horizonte sostendría un nuevo sol que nos mostraría hacia dónde continuar. Héctor tenía razón después de todo. No había mejor forma de agradecerle el favor que terminar lo que había dejado inconcluso. Vaya que la vida es extraña y nos da las respuestas en las peores presentaciones. Tan sólo hay que desnudar sus oscuras ropas para ver el propósito en su interior.

—¿Qué ocurre? —preguntó Damián mientras yo reía sin razón aparente bajo su férrea mirada.

—Nada, sólo pensaba en lo agradable que sería estar juntos los tres otra vez.

—Tal vez no sea el momento, pero... ¿te quedarías conmigo y con Raúl?

—Parece que no te has dado cuenta. Somos familia después de todo.

—Una bien extraña —y ahí estaban sus ojos regalándome lo mejor que

tenían. ¿Qué mejor motivo había para aventurarse a imaginar el futuro? Le sonreí, y él me sonrió. Entonces mi sol interno estalló con cada latido, y una fuerza desconocida me sacudió. Ya no quería huir ni esconderme. Esto tenía que terminar ese día. Sólo así podría tener la oportunidad de encontrarme con ese futuro cobijado por una nueva y mejor luz.

Para ilustrar la situación de manera gráfica, la tarde de ese día era fría. Un denso cielo gris plagado de nubes oscuras casi renegridas vestía el firmamento. Era el aviso de lo que parecía ser una fuerte lluvia. Me encontraba en el estacionamiento del hotel viendo cómo Luka abrochaba el cinturón de seguridad a Fernanda en el asiento del copiloto. Damián parecía vacilante, pero finalmente subió al coche, un Honda color plata muy lustrado. Habíamos repasado el plan a seguir una y otra vez en la habitación del hotel; sin embargo, no dejaba de sentir que algo se me escapaba. Mentalmente estaba listo, pero por alguna razón quería extender aquel momento. Metí la mano por la ventanilla y la dejé reposar en el hombro de Damián. Él puso también su mano sobre la mía.

—Ten cuidado, mantente alerta y avísame cualquier cosa, como acordamos —le indiqué blandiendo mi teléfono celular.

—Así será —correspondió y después dio un largo suspiro.

—Fernanda, no tomes riesgos innecesarios si ese sujeto se pone difícil. No sabemos de dónde lo haya sacado Juliana.

—Descuida —asintió Fernanda. Lucía un poco más arreglada y hermosa de lo habitual sin parecer premeditado. Sus ojos tenían una apariencia más grande enmarcados en una oscura sombra que contrastaba sobriamente su piel clara. Apenas me había percatado de que su cabello estaba más claro. El rubio pálido, como dientes de león, le daba una apariencia mucho más refinada, aunque con ello simulara ser una mujer adulta.

—Ya relájate. No te preocupes por ellos que yo me hago cargo. ¡Por cierto, casi lo olvido!... —se interrumpió Luka y acto seguido escudriñó con las manos la guantera del coche—: ¡aquí está! Toma —dijo mientras me extendía un fólter amarillo.

—¿Qué hay aquí?

—Es la investigación sobre las cuentas bancarias de Germán y Jorge Arias. Ahí viene todo; no sólo eso, sino también las pruebas de evasiones de impuestos y los desorbitados ingresos de la inmobiliaria, pruebas más que suficientes, junto con los videos que dices Héctor que te dejó. Sólo será cuestión de tiempo para que los trámites legales procedan. De inmediato tendremos a esa mujer en un juzgado —indicó orgulloso de su trabajo, luciéndose un poco de paso para Fernanda.

—No sé cómo agradecértelo, Luka. Esto es mejor de lo que imaginaba —

dije mientras veía los estados de cuenta y unas hojas de cálculo, a simple vista, incomprensibles.

—Deberías agradecersele también a él. Luego que esto termine llévale un pastel o un *pay* de queso. Te lo ganarás enseguida —dijo mientras me extendía una tarjeta de presentación en la que se indicaba el nombre de un agente llamado José Luis Ontiveros.

—Lo tendré en cuenta —asentí mientras apretaba la mano de Luka para después escuchar el motor encenderse. Luego de ver una vez más la expresión de Damián, el auto se alejó y, con ello, sus ojos negros.

De vuelta a la habitación envié un texto a mi madre para disculparme por el tiempo ausente y planteando una ambigua promesa de regresar pronto. No obtuve respuesta. Me pregunté qué podía estar pasando por su mente en aquellos instantes. Tal vez su resentimiento por mi huida no se había alejado del todo, y, mientras más pensaba en ello, llegaba a la conclusión que ser hijo único era algo difícil. Había algo egoísta en la naturaleza de una madre acaparadora como la mía, a veces innecesariamente. Era el día menos indicado para pensar en ello.

Ya habían transcurrido cuarenta minutos desde que Damián, Fernanda y Luka partieran. Mientras caminaba en círculos por la habitación pensaba que resultaban los minutos más largos que hubiera experimentado. El tiempo transcurría de manera surrealista y sin espacio en mi mente. Un segundo podía significar mucho, y, el siguiente, tan sólo la elipsis tortuosa que cerraba un minuto más. La pantalla de mi viejo teléfono celular se iluminó. Era un texto de Damián: “Estamos vigilando la casa desde una distancia considerable. La cámara de Luka tiene un *zoom* bastante útil para facilitarnos el trabajo, y hasta el momento no parece haber nada extraño. Si la cosa sigue así, Fernanda se bajará a tocar la puerta”. Tan pronto terminé de leer, le respondí de igual manera con la advertencia de que no quitaran los ojos de encima de la casa por si algo ocurría. Odiaba tener que exponer a Fernanda de esa manera.

Veinte minutos más despedían al presente, y esperaba sentado al borde de la cama. La idea de revisar una vez más el arma para tener algo que hacer golpeó mi alborotada mente. Busqué en la mochila, pero no estaba. Un espasmo me quemó desde dentro y salió convertido en escalofrío. ¿Dónde estaba? Busqué por todos lados sin éxito: los cajones de cada mueble, bajo la cama, en el baño y el clóset, nada. De pronto, mi teléfono vibró nuevamente sobre la mesa. Leí un nuevo texto de Damián: “Me llevé el arma de Héctor.

Confío en ti, pero lo hice para asegurarme que me esperarás. No te enojés demasiado”. ¡Maldición! Lo ocurrido sólo había logrado inquietarme más. Damián tendría que darme una mejor explicación.

Mientras golpeaba con la punta del zapato una de las paredes intentando encontrar el flujo correcto de energía que me tranquilizara tan siquiera un poco, por tercera ocasión el sonido característico emitido por la vibración de mi teléfono me hizo correr a él. Esta vez era una llamada entrante que contesté lo más rápido que pude.

—¿Elías?, un coche negro salió del garaje disparado hacia la avenida principal. Lo grabamos y tenemos la matrícula, pero no se aprecia bien quién va dentro. Los cristales tenían un protector o algo así.

—Debe ser ese hombre. ¿Qué ha pasado desde entonces?

—Nada más. Buscaremos la manera de entrar si nadie abre la puerta.

—No me agrada esa idea.

—Descuida, Fernanda me acompañará, y Luka tiene el dedo listo para llamar a sus compinches en la comisaría por si algo ocurre. Aparte... traigo el arma.

—Damián, eso no es lo que habíamos acordado. Más te vale ser prudente. ¡Hablo en serio!

—¿Tú diciéndome que sea prudente?... No te preocupes. Todo saldrá bien. Es por mera precaución de saber que me esperarías.

—Te esperaré, sólo... ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Te hablo después —finalizó Damián.

Tan sólo fue cuestión de unos minutos después de haber colgado la llamada que tres golpes sigilosos llamaron a la puerta. Una mala sensación llegó e hizo a un lado todo pensamiento. Tras varios segundos de quedar congelado y sin hacer ruido alguno, finalmente decidí comprobar de quién se trataba. Debía ser tan sólo la camarera o algún servicio al cuarto equivocado. Mis piernas tardaron en responder más de lo acostumbrado. Al entornar la vista en la mirilla de la puerta, tan sólo vi el exterior distorsionado del pasillo. No había nadie. Me alejé poco a poco, y un par de pisadas irrumpieron del otro lado. La sombra de alguien se proyectaba por debajo. Esta vez la puerta fue sacudida por tres fuertes golpes.

Casi en automático corrí hacia la mochila donde se encontraba la laptop de Héctor, los dos móviles y el fólter amarillo con las pruebas, abrí todas las ventanas de la habitación para buscar dónde esconder la mochila, pero todas se alzaban varios pisos arriba sobre tejados de otros edificios y residencias.

Desesperado, dirigí la mirada hacia todas direcciones, y, en una de ellas, la mugrienta caja metálica que era parte de la calefacción yacía unos cuantos centímetros más arriba. Sin meditarlo, comencé a rasgar la tela mosquitera con una de las figurillas que adornaban el cuarto de hotel. Por suerte era de plástico y logré hacer un corte al tercer intento. Me valí de ello e hice otro corte transversal de lado a lado hasta formar una cruz. Temblando, intenté sacar una pierna al exterior mientras sostenía con una mano la mochila para que no cayera al vacío, y, con la otra, me sostenía para no caer. Sólo había una oportunidad.

Quien fuera que estuviera tras la puerta intentaba forzar la cerradura. El picaporte giraba de un lado al otro, y suaves crujidos metálicos contaban los minutos que me quedaban. Respiré profundo. Lancé la mochila hacia la caja sin soltarla. Tan sólo logré que ésta colisionara sobre la superficie y desprendiera una nube de polvo. Tenía que soltarla. Tomé toda la fuerza que tuve y, en un giro de casi trescientos sesenta grados, vi la mochila elevarse y quedar suspendida por un instante en el aire, acariciar violentamente las paredes del edificio para después caer sobre la caja, con una parte de su peso sobresaliendo. Hacía falta abrir bien los ojos para encontrarla fácilmente. No había más por hacer.

Entré de nuevo en la habitación y cerré todas las ventanas. Los ruidos habían cesado, pero aún percibía la presencia de alguien tras la puerta. Levanté la bocina del teléfono pegado a la pared de la habitación. Me comunicó a la recepción, y anuncié lo más conciso posible y en voz baja la situación: que alguien trataba de entrar por la fuerza. Un golpe aún más fuerte sacudió la puerta, y ésta cedió un poco más. Colgué la llamada sin poner atención a la voz del otro lado que me hacía preguntas. Tomé mi teléfono celular y escribí un texto a Damián: “No vuelvan a la habitación...”, pero ya era tarde, y la puerta se abrió con un estrepitoso golpe sobre la pared. Un hombre calvo se acomodaba las mangas de su traje negro mientras me sonreía desde el pasillo. Entró a la habitación y cerró la estropeada puerta. Me aseguré de enviar lo que había escrito. Segundos más tarde, sin poder correr a ningún lado, traté inútilmente de golpear al intruso. Éste esquivó mi golpe, y una mano fría sostuvo mi nuca para arrojarme con gran fuerza contra la pared. El golpe me desorientó. Mi vista se nubló. Caí al suelo, y un segundo golpe en el rostro oscureció todo.

El olor a aceite quemado me despertó. Todo permanecía difuso y unas cadenas ataban mis manos a través de una vieja defensa metálica y oxidada.

A pesar de no ver bien, me percaté de que estaba recargado sobre la parte delantera de un auto desmantelado. El foco amarillo en el techo se movía y proyectaba las sombras en el suelo de concreto debajo de mí. La cuerda que lo encendía chocaba con su cubierta de cristal, y el sonido penetraba agudo en mis oídos como si hubiera estado sordo por mucho tiempo. Mi visión se aclaró, y el escenario se presentó ante mí. Estaba en lo que parecía ser un taller mecánico en desuso.

Me costaba creer lo que ocurría. Abría y cerraba los ojos como si al hacerlo lograra un cambio de escenario. Cada decisión que tomé pensando en que todo se solucionaría, creyendo finalmente que estaríamos a salvo, fue una terrible postergación a lo que en ese momento me amenazaba. Eso comenzaba a ser digerido por mi mente de la peor manera. Podía incluso sentir cerca la inexorable muerte aguardando en ese frío lugar, acariciando mis perturbados latidos con su guadaña. ¿Realmente era así como terminaría? Pensé en Damián y en Raúl. Quería creer que estaban juntos en ese momento, fuera de peligro. Algo en mi interior me decía que no era así. Mi cuerpo comenzaba a temblar, y, dominado por la desesperación, comencé a patear con todas mis fuerzas la defensa del auto, una y otra vez, sin importarme que mis pies estuvieran atados también. Cualquier esfuerzo era inútil a pesar de la adrenalina que comenzaba a mover mis impulsos.

Todo se repetía. De nuevo mis sentidos buscaban algo de lo cual valerme para salir vivo una vez más. Tenía que alertar a Damián y Fernanda. Además de la muerte, que por segunda vez se divertía con mi pelea, tenía una cosa igual de segura: si lograba vivir, jamás me volvería a hospedar en ningún hotel. La idea me hizo pretender que había una esperanza; pero aquella ocurrencia se desmoronó con unos pasos que se acercaban a mí. Los lustrados zapatos negros y el traje le dieron una personificación al verdugo que siempre estuvo esperando al final del camino.

—Jorge Elías Arias, has metido las narices donde no te correspondía —puntualizó con una voz grave para después detener el foco con uno de sus dedos. No respondí—. Hagamos esto rápido... —continuó. Aferré mis manos a mi pecho con las cadenas, tratando inútilmente de que aquello me protegiera del arma color plata que ese sujeto traía entre sus manos. Sus guantes de piel la sostenían como si fuera parte de su brazo.

”En realidad quien debería estar aquí es él y no tú, pero, ¿qué puedo decir? Nos facilitaste el trabajo, y ahora tomas su lugar —dijo imitando el tono de una conversación fortuita mientras sacaba de sus bolsillos un teléfono celular

y lo ponía ante mí. La imagen de Héctor con su cabello negro y cejas despobladas me lanzaba una última mirada. No se iría tan fácil, aunque ya estaba muerto.

”No me he presentado, pero seguro has oído hablar sobre nosotros, ¿no? Si ves los noticieros, estarás al tanto de para quién trabajo. No es por asustarte, pero estás metido en un problema mayúsculo. La buena noticia es que yo puedo perdonar tu intromisión si me das lo que busco. Tómalo como un negocio, si es que te interesa seguir existiendo —se presentó con una ridícula formalidad.

—¿Y cómo es que debo llamar a mi negociante? —lo cuestioné.

—Morales, aunque no importa, porque, si todo sale bien, y espero que así sea, no tendremos que volver a vernos —respondió con la sonrisa de un comercial empresarial, se aclaró la garganta y continuó—: verás, me ha ocasionado muchos problemas tu búsqueda personal. Desde que Héctor desapareció y logré seguirle el rastro, tan sólo te encontraba a ti. Entonces me di cuenta de que era contigo que me tenía que dirigir, ya que tienes en tu poder ciertas cosas que no deberías. Estoy seguro de que sabes a qué me refiero, pero, por si las dudas, te refrescaré la memoria... —se detuvo un instante para mostrarme nuevamente una imagen desde su teléfono. Tardé unos segundos en reconocerlo, pero era el sujeto de dientes manchados que alguna vez visité y que me dio una pista sobre el último paradero de Héctor. Parecía ser una foto reciente. Su cabello largo a la altura de los hombros le cubría gran parte del rostro, pero no ocultaban el corte sangrante en su nariz —. Pobre imbécil. Se resistía a cooperar conmigo, ¿sabes?, pero luego cambié su actitud hostil, y me dijo todo lo que necesitaba saber. Por supuesto, mencionó tu visita. Podría haberlo dejado con vida de ser más servicial, pero con el tiempo te das cuenta de que lacras como ésa también pueden representar un ligero peligro. Más vale no correr riesgos —al ver los ojos de aquel hombre, encontré todas y cada una de las sombras que me habían perseguido. Ahí estaba todo temor, la prueba fehaciente de que uno no puede huir para siempre de algo que de una forma u otra llegará. Preparado o no para ello, aquí estaba.

Morales, apellido con el que se hacía llamar él mismo, ignoró la llamada que lo solicitaba desde su teléfono celular, el cual mantenía entre sus manos. El sonido me alteraba de sobremanera por algún motivo. Ya estaba imaginando un millón de razones de quién y por qué lo llamaba en ese instante. ¿Y si tenía que ver conmigo? Tal vez yo correría el mismo destino

del hombre que había asesinado, aquel a quien puse en la lista negra tan sólo con ir a cuestionarlo. No estaba tan loco después de todo, cuando, al igual que Héctor, llegaba a tener la sensación de que alguien me seguía por todos lados. No sé en qué momento Morales comenzó a relacionarme directamente con todo eso, si Juliana se lo había pedido o si actuaba por cuenta propia, pero en ese momento no parecía importar ya. Él estaba decidido a encontrar lo que fuera que buscara.

—Debo admitir que me sorprendió la intromisión de una patrulla cuando intenté entrar a la pocilga donde Héctor vivía. Creí que nadie se había dado cuenta. ¿De casualidad fuiste tú quien llamó? —tenía varias ideas sobre adónde quería llegar con toda esa charla—. ¿Por qué lo haría?

—Para ser sincero, no entiendo qué tengo que ver yo —respondí. El rostro de Morales se endureció al apretar la mandíbula. Sus músculos faciales delataban un peligroso cambio de humor. De inmediato supe quién pudo haber llamado a la policía si alguien intentara entrar en el departamento de Héctor: Raquel.

Casi sin aviso, un golpe llegó a un costado de mi espalda. El dolor fue insoportable, y mordí mi lengua para evitar gritar. Morales pateó una vez más en el mismo lugar con gran fuerza, y esta vez adopté una posición fetal. Su puño negro nuevamente sacudió mi rostro. Un fuerte crujido estalló dentro de mi cabeza. La visión comenzaba a nublarse de nuevo, y el dolor se fundía en todo mi cuerpo con una palpitación insoportable.

—Creí que sabías lo que te convenía. Sé que encontraste algo ese día. Una señorita bastante comunicativa me lo dijo cuando hice una segunda visita. Tal vez fue ella quien llamó a la policía y no tú, ¿cierto?; pero no te preocupes, porque no le hice ningún daño. Sigue viva después de todo —Morales frotó la piel de su calvo cráneo y sin más me apuntó directamente con el arma. Sentí su frío borde en mi frente—. ¿Dónde está lo que te llevaste y qué era? —continuó con voz firme. En mi nuca, la parte delantera del auto viejo me detenía mientras que el arma de Morales tocaba mi frente y me aprisionaba con ella.

No tenía muchas alternativas. Dicho de mejor forma, no tenía ninguna que no fueran las palabras. Estaba encadenado de pies y manos. Los golpes me habían aturdido a tal grado que ni siquiera sentía parte de mi rostro. La visión del lado izquierdo era nula. Morales buscaba las pruebas que yo había escondido en el último minuto, pero, al parecer, no se dio a la tarea de buscar correctamente por todo el cuarto de hotel. Recordé que Damián había

transferido los videos que Héctor había dejado también a su teléfono celular; sin embargo, ¿qué garantía podía haber de que aquel hombre me liberaría una vez que le dijera dónde estaba la mochila con todas las pruebas? Me mataría de cualquier modo, y en ese momento no se me ocurría más que alargar el tiempo. Entonces me pregunté cuántos golpes podía seguir soportando antes de volver a perder el conocimiento o morir.

—Un libro... sólo me llevé un libro y usé su computadora. No sabía lo que hacía. Yo sólo quería entender por qué me había atacado. Es todo —respondí torpemente mientras tragaba una gota de sangre tibia que había llegado desde mi mejilla a los labios.

—No te creo. ¿Sabes dónde está? ¿Está vivo? —dijo antes de volver a patear mi estómago. Solté una bocanada de aire acompañada de un agudo grito en mi garganta. Un hormigueo me recorrió el cuerpo sin dejarme respirar por varios minutos. Tosí, y la sensación logró ser más soportable.

—Huyó. ¡Me defendí, y él huyó! Estaba muy drogado y decía cosas sin sentido —afirmé tratando de sonar lo más convincente posible. Ni siquiera Morales o Juliana sabían qué le había ocurrido a Héctor. Tenía que utilizar eso a mi favor.

—¿Dónde está lo que te llevaste? ¿Dónde está Héctor? —recibí un golpe tras otro en las costillas, el vientre y la espalda. Quise pedirle que se detuviera, pero, en vez de ello, endurecí todo mi cuerpo, esperando que el dolor y el daño infligido fuera menos. De nuevo todo comenzaba a oscurecerse. Me desplomé en el suelo con manos y pies encadenados hacia arriba. “¡Incorpórate, Elías!”, me decía a mí mismo, pero la fuerza de voluntad no bastaba en aquellos momentos. Había límites en los cuales el poder de la mente no llegaba. Volvía a sentir mi cuerpo magullado, y el dolor me hacía temblar. No sabía si estaba sudando o era la sangre que brotaba de algún punto lo que goteaba en ese momento desde mi rostro. Tal vez si dejaba que la oscuridad me engullera ya no despertaría esta vez.

El estruendo metálico de alguna pesada puerta corrediza me devolvió a la realidad. La oscuridad comenzaba a alejarse cuando mis sentidos buscaban el origen de aquel ruido. Tendido en el suelo, bajo el coche, vi cómo los pies de dos personas se acercaban. Mi estropeada visión no lograba percibir ningún detalle más.

—¡Suéltalo ya! —la voz de Damián, clara y reconfortante lo ahuyentó todo.

Mientras me apoyaba en la defensa del auto, y con ayuda de las pocas

fuerzas que mi cuerpo almacenaba, logré incorporarme sobre mis rodillas. Al conseguir levantar la mirada entre una nube invisible de humo, vi a Damián sosteniendo a una mujer por el cuello. Su brazo permanecía erguido con el arma de Héctor en sus manos. Morales y él se apuntaban el uno al otro.

Los ojos negros de Damián se abatían ante los míos, me veían con indulgencia y, casi al instante, una rabia contenida los devolvían hacia la imagen del hombre frente a él, el verdugo que quería terminar el trabajo que Héctor no pudo completar. La mujer que Damián aprisionaba del cuello intentó liberarse, pero él la sometió de nuevo y le hizo daño. Entonces pude ver su rostro por un momento, y su delgada anatomía me confirmó que se trataba de Juliana. Una enorme desesperación sacudió mi inútil y adolorido cuerpo atado. Aquello no podía estar ocurriendo. Tenía que estar delirando o viéndolo a través de una pesadilla. Tal vez estaba muriendo en ese momento.

—¿No escuchaste? ¡Libéralo o les disparo a los dos! —Damián no jugaba. El dedo en el gatillo vacilaba por momentos, pero no desistía. Desconocía esa agresiva expresión en su rostro hasta hace unos momentos. Morales lo veía de igual forma, pero subestimaba la determinación de su contrincante.

—Pensé que tenías todo bajo control, Juliana —dijo ignorando las órdenes de Damián.

—Morales, dile que me suelte... Esto es ridículo —le pidió Juliana de manera casi natural.

—Adelante, muchacho. Dispárale. No me interesa... Todos aquí son un completo dolor de cabeza. Me están haciendo perder el tiempo —Morales irguió aún más su arma hacia Damián. Esperaba que él actuara.

—¡No seas idiota! Yo no estoy en tu contra —le espetó Juliana.

—¿Ah, no? ¿Entonces puedes decirme por qué nunca mencionaste quién era realmente él? —dijo mientras me señalaba sin bajar la guardia.

—Porque Héctor se tendría que haber encargado de ello. No pensé que fuera una amenaza. ¡Míralo! Ni siquiera lo es —Juliana usaba su acostumbrada habilidad con las palabras de manera cuidadosa.

—Alguien que no sé cómo logró dar con el paradero de Héctor y tiene en su poder información que puede ser peligrosa no sólo para ti, sino para mí también. ¿Y no es una amenaza? —la contradijo Morales en tanto me señalaba con un dedo mientras sacudía el arma de fuego directo hacia Damián y Juliana con la otra mano.

—¿Qué información puede tener ese Don Nadie? ¡Héctor es un cobarde! Ni siquiera pudo cumplir su tarea —Juliana apenas podía hablar por la

presión de los dedos de Damián en su garganta.

—Me parece que estás olvidando toda la información que manejaba y lo que hacía, ¿no? —le recordó su cómplice mientras lanzaba una sonrisa mordaz que silenció a Juliana, tomó aire y continuó—: Desde el momento en que ustedes entraron al negocio, me he dedicado a limpiar su desorden una y otra vez. Se suponía que el trabajo era simple: quitarle el dinero a tus sobrinos como acordamos y corregir la estupidez que cometió tu esposo. ¿Quién tiene que dar la cara después de todo? Si se dan cuenta de que algo falta conmigo a cargo, yo personalmente me encargaré de darte la peor de las muertes a ti y a toda tu familia, Juliana Arias, incluyendo a tu hija —le advirtió sin perder el control.

—No es necesario, Morales. De ser así, sabes que tú nos ofreciste esto e irían primero por ti... No alcanzarías siquiera a pensarlo cuando tu cabeza sea carroña sobre alguna carretera. Sabes cómo funciona el sistema y tu lugar en él, así que más vale que pienses bien las cosas, porque, sin nosotros, veo muy difícil que recuperes ese dinero —era una batalla entre los dos, y ninguno parecía dispuesto a perder. Damián los observaba sorprendido sin soltar a Juliana. Era como tener un gran lobo al acecho y estar sosteniendo una serpiente, sin saber cuál sería el principal objetivo de aquél.

—Suficiente. ¡He dicho que lo sueltes! ¡Hazlo ahora! —ordenó nuevamente Damián mientras se acercaba un paso con cautela hacia Morales, sosteniendo el arma con más fuerza mientras hundía los dedos en el cuello de Juliana.

El hombre calvo rió con soberbia, como si no creyera la insistencia de Damián. Después, su expresión se tornó tensa y peligrosa, igual que minutos atrás, antes de comenzar a asestar un golpe tras otro. Como un lobo que embiste sin aviso, cambió la dirección de su arma color plata y de nuevo me apuntó a mí. Aún luchaba por mantenerme consciente.

—Más vale que sepas bien lo que haces... Suelta el arma o lo mato. No lo diré dos veces —no había salida. “No debiste haberme buscado”, pensé mientras veía a Damián como si fuera la última vez que pudiera hacerlo.

—Damián, no cometas una tontería. Entrega el arma y déjame ir —le aconsejaba Juliana con una suavidad inusual en sus palabras. El brazo de Damián temblaba presa del nerviosismo; arrugaba su rostro en señal de estar buscando una decisión que ni él mismo sabía. Estaba consciente de que en cuanto la bala saliera disparada del arma que Damián sostenía, Morales haría inmediatamente lo mismo. Yo moriría de cualquier modo. Luego, él tendría

que hacer lo que creyera correcto para detener a Juliana, encontrar a Raúl y huir... ¿Era eso lo mejor?

—¿Crees que estoy jugando? ¿Eso crees? —Morales volvió a sujetar con fuerza el arma plateada y tiró del gatillo. Un sonido seco salió del cañón, amortiguado por lo que parecía un corcho de metal. El arma se sacudió en sus manos, y cerré los ojos sin tener oportunidad de pensar en nada más.

—¡No!, está bien, está bien —el grito de Damián provocó que cada fibra muscular en mi cuerpo se tensara. Había apretado los dientes con tanta fuerza que me hice daño sin saberlo. Abrí los ojos y vi el perturbado rostro de Damián suplicante, como el de una presa enjaulada. Sus ojos negros ya no se protegían. Me lanzaban la más pura mirada que había visto. Un sonido agudo taladraba mi oído izquierdo. La abolladura que la bala había provocado en la superficie del auto estaba a escasos centímetros de mí.

Juliana se liberó de Damián, y éste no se lo impidió. Ella arrebató el arma de su mano y la lanzó hacia Morales, quien la atrapó en el aire con un movimiento ágil. Las cosas habían terminado en el mismo punto de aquella vez. Los dos, en ese momento, no representábamos peligro alguno para ellos. De nuevo se encontraban unidos para atacar y hacían posible que uno de mis peores temores cobrara vida.

—Todo esto es por el dinero de Jorge, ¿no? Les daré todo lo que me corresponde. Buscaré la forma, pero tienen que liberarlo a él y dejar que me lo lleve —proponía desesperado Damián. Sus palabras fueron ignoradas.

—Déjame a mí terminar el trabajo de Héctor. Después, yo misma lo buscaré para encargarme de él. No habrá más baches en nuestro camino después —se ofreció Juliana.

—¿Matarías a tu sobrino por ti misma? No es que me sorprenda, pero lo dudo —la retó Morales.

—Deja que te lo demuestre —Juliana protegía las emociones en sus palabras pronunciadas de la manera más impávida.

Morales la observó por varios segundos en lo que mis apabullados latidos contaban cada instante que transcurría al compás de mi lenta caída. Observé mi entorno, el techo de lámina, las miles de herramientas polvorosas, recubiertas en gruesas telarañas, al hombre de traje que traería mi muerte, a Juliana, a Damián entre ella y yo intentando contener su impotencia y cerrando dos puños con los nudillos enrojecidos. Sus grandes ojos giraban en busca de algo que pudiera usar para defenderse.

Nunca tuve la garantía de que las cosas resultaran bien para todos. Sabía

que algo así podía ocurrir, pero no de esa forma. Pensaba todo aquello cuando Damián volvió a hundir su mirada en mi desvalida presencia. “Perdona por no haber podido sacarnos de este lío. Siento que las cosas terminaran así”, sentía cómo mis palabras atravesaban el espacio transportando mi mensaje hasta él a pesar de no haberlas dicho.

Morales se divertía ante la situación y soltó una carcajada de incredulidad. Tenía ambas armas de fuego en su poder, una en cada mano. Después de escrutar el gesto confiado de Juliana, éste finalmente le ofreció el arma color plata que traía consigo desde el inicio. Ella vaciló unos segundos, y finalmente la tomó. Entonces supe todo terminaría ahí. Damián negó con la cabeza e intentó acercarse, pero nuevamente el hombre que cargaba nuestro destino le apuntó con el arma color negro y lo obligó a detenerse, la misma arma con la que Héctor había intentado asesinarme tiempo atrás.

—¿Por qué? —le preguntaba Damián suplicante a la que alguna vez fuera su tía Juliana.

—Apártate —le ordenó con sus ojos saltones para después dirigir el arma a la altura de mi cabeza—. Lo siento, Elías —dijo sin moverse un solo palmo. La serpiente frente a mí estaba lista para dar la última mordida. Esta vez no fallaría. Imaginaba los colmillos grandes y afilados que se llevarían mi existencia. Su mirada me decía lo que ya sabía, y aunque no digería por completo el hecho de mi inminente muerte, no quería que ésta me abrazara viendo a mi ejecutor. Tan pronto el pensamiento llegó a mí, tenía un segundo más, regalé la última mirada a la persona que me había hecho descubrir quién era realmente, aquella que logró dotar de dirección a mi sinuoso camino. Damián intentó acercarse nuevamente, y levanté la mano mientras un “no” salía de mis labios. Le sonreí, y él me devolvió la sonrisa, una de esas que tanto me gustaban. Era la mejor imagen que podía tener para morir. Entonces me di cuenta de lo afortunado que me sentía de poder verla una vez más, y con ello el sol en mi interior enardecía mis últimos latidos. Las largas y espesas pestañas color negro de Damián se humedecieron en un parpadeo. Él, sin aceptar lo que estaba a punto de ocurrir, repetía “no” en sus labios una y otra vez. Entonces cerré los ojos intentando retener la imagen que tuve segundos atrás, y el sonido seco de un disparo silenciado volvió a escucharse.

El impacto fue detenido al mismo tiempo por el sonido de una superficie orgánica, distinto al que había provocado la abolladura en el viejo auto. Había pasado cerca de un segundo cuando otro disparo comenzó la ráfaga de dos más en forma consecutiva. ¿Estaba ya tan lejos del mundo material que

ni siquiera sentía tal cosa?... Entonces, el punzante dolor por todo mi cuerpo me comprobó que seguía vivo. Abrí los ojos, y de nuevo el suelo grasiento cubierto de polvo se presentó ante mí. La vista me fallaba aún más. Era como estar bajo el efecto de algún extraño veneno.

Mis ojos finalmente reaccionaron entornando su visión justo para atestiguar el acto final de Juliana. Morales había caído sobre sus rodillas y luchaba por mantenerse erguido en aquella posición, abatido por cuatro agujeros que comenzaban en su pecho y terminaban en el hombro izquierdo. La sangre brotaba en cantidades desiguales y teñían de rojo su camisa blanca. Con ojos crispados e inyectados en ramificaciones rojas intentaba asesinar a su agresora a través de una mirada, pero no podía más que balbucear, en vez de pronunciar palabra alguna. Incapaz ya de hacer reaccionar su brazo, el arma se le escapó de la mano y cayó al suelo. Incluso ante el asombro de aquella escena que se reproducía de una manera surrealista, no dejaba de ver a Héctor morir, aunque la realidad indicara que se trataba de Morales.

Juliana disparó una vez más, y esta vez un fragmento en la cabeza de aquel hombre se desprendió y sacudió su cuerpo entero. La perturbadora imagen terminó cuando éste se desplomó boca abajo después de un instante de haberse balanceado sobre sus rodillas. Damián estaba petrificado a mi lado. No me percaté de en qué momento había logrado acercarse a mí, pero observaba boquiabierto lo ocurrido, al igual que yo. Morales yacía inerte sobre una creciente mancha casi escarlata. Juliana lo había matado.

Mientras intentaba aterrizar los hechos ocurridos en mi mente, aturdida, la mujer frente a nosotros se dedicó a estudiarme con sus grandes ojos abiertos por unos instantes. Luego, sin decir nada, hizo un dobladillo en el extremo de sus acostumbrados pantalones negros, con lo que dejó al descubierto unas botas con tacón del mismo color, rodeó el cuerpo de Morales, intentando no mancharse el calzado con la sangre en el suelo que poco a poco se expandía y, finalmente, tomó el arma antes que ésta fuera alcanzada por el espeso líquido.

—No es por ti. Me ayudo a mí misma... —rompió el silencio con voz resuelta después de que un profundo suspiro escapó de su garganta—. Entonces Morales tenía razón. Están al tanto de muchas cosas. Qué lejos has llegado, Elías. Incluso has logrado arrastrar a Damián hasta aquí —continuó Juliana mientras desmontaba el cargador del arma negra y la guardaba dentro de su abrigo. Ninguno de los dos se atrevía a responder algo. A pesar de escuchar las palabras de Juliana bastante lejanas, mi estropeada visión me

permitía darme cuenta de lo cerca que estaba de nosotros. Arqueó las cejas, impasible, sin quitarme los ojos de encima—. ¿Tanto los asustó Morales que ahora no dicen nada? No quería ser tu enemiga, Elías, pero éste no es tu asunto. Me subestimaste desde el inicio... Si quieres que todo siga por buen camino, continuaremos donde se quedaron las cosas. No sé hasta qué punto sepas en lo que estás metido, pero vas a comenzar diciéndome qué ocurre con Héctor. Sabes dónde está, ¿no es así? —casi como un reloj, Juliana marcaba los segundos dando ligeros golpes a un costado de su pierna con el arma plateada mientras hablaba amenazante. Tan sólo habíamos cambiado de verdugo, y en ese momento no sabía hasta qué punto la fría mente de aquella mujer podía llegar con tal de resolver el problema. A pesar de su inmutable actitud, lograba sentir un dejo de nerviosismo en sus palabras. Se había dado cuenta de lo mucho que sus planes se complicaban, y todo lo que con ello se involucraba.

—¿Vas a decírmelo? —levantó el arma frente a mí, y con ello volvimos a la misma realidad de hace unos instantes.

—No harás nada —intervino Damián.

—Acabo de eliminar al único que podía ayudarme. ¿Qué crees que me detiene para no matar a tu noviecito? —dijo sonriendo segura de sí misma.

—Lo sabemos todo: de dónde procedía el dinero que generaba nuestra familia y con quiénes estaban aliados; lo que hicieron Jorge y tu esposo. No sólo eso... tenemos pruebas, y claro que estás implicada en todo. Si algo nos pasa, ten por seguro que se sabrá. ¿Creíste que éramos tan imbéciles para llegar hasta aquí sin herramientas? — con cada palabra que Damián lanzaba como filosos dardos, el semblante de Juliana cambiaba de la seguridad a la preocupación.

—¿Héctor les dijo...?

—Todo. Huyó, y no sabemos dónde está, pero antes nos dijo todo lo que sabía de ti, incluso lo grabó. ¿Sí sabías? —la interrumpió Damián tomando ventaja del desconcierto en su interlocutora. No sabía qué tan bueno era acorralarla de esa manera. Aquello desataría toda su desesperación o la obligaría a actuar con más astucia, y, cualquiera que fuese su decisión, no nos dejaba fuera de peligro, sino, por el contrario, la volvía más impredecible.

Juliana apretó los labios y, sin advertir sus movimientos, se abalanzó sobre Damián. Lo tomó por el cuello de la sudadera y lo empujó contra el auto.

—Vamos a tener una larga plática tú y yo. Despidete de tu protector porque no sabrás lo que le va pasar después —pronunció aquellas marcadas

palabras en voz baja sin siquiera parpadear. Damián se resistía a continuar con el arma plateada contorneando su rostro.

Justo cuando pensé que la pesadilla continuaría con lo inevitable, conmigo lejos de Damián sin saber el futuro que esa mujer pudiera estar planeando para ambos, con Raúl viviendo en alguna mentira para que le fuera fácil aceptar el hecho de que su hermano había desaparecido, conmigo, tal vez compartiendo el mismo destino de Héctor o Morales, justo cuando estaba por idear algo con lo cual disuadir a Juliana de llevar a cabo lo que fuera que estuviera pensando, después de todo yo tenía la verdad y las armas para destruirla al igual que Damián. A pesar de que podía torturarnos, le sería difícil obtener lo que buscaba. Aún restaba mucho camino, si quería que las cosas salieran de acuerdo a su plan, y necesitaba a Damián vivo para lograrlo. Eso era una garantía para mí también. Justo cuando mi mente resuelta trataba de levantar mi cuerpo abatido, un ruido volvió a captar la atención de todos, y Juliana, que intentaba mover a Damián fuera del viejo taller, dejó de hacerlo. La puerta se abrió por segunda vez, y unos pasos se acercaron a nosotros... ¿Es que nunca terminaría?

—Detente, Juliana, acepta que hemos fracasado —una voz grave, fuerte y clara, igual que la de un locutor de radio que da las noticias inundó el lugar. Juliana dio un paso hacia atrás, sorprendida, sin dar crédito de lo que veía y escuchaba. El hombre recién llegado abandonó las sombras detrás del auto desmantelado y se presentó ante nosotros.

No debía tener más de cincuenta años o menos. Su rostro de tez clara pero bronceada estaba cubierto por una espesa barba de algunas semanas. Aquellos ojos castaños me vieron directamente como si intentaran interpretar la imagen que tenía frente a él. Buscaban algo en mí. Su expresión me tomó por sorpresa sin saber si estaba viendo al que pondría fin a todo o tan sólo representaría una complicación más. Conforme los minutos avanzaban, me costaba trabajo lograr que mi vista siguiera funcionando. Sentía que mi cerebro estaba siendo exprimido igual que si unas manos invisibles lo aplastaran. Mis atrofiados sentidos recobraron su función por unos instantes en los que el hombre perplejo salió de su introspección cuando el silencio fue cortado por unos gritos agudos.

—¿Qué haces aquí? Has echado todo a perder —farfulló Juliana con los nervios de punta. Había cruzado el borde de esa ligera cordura que aún le quedaba.

—Explícame qué hacen Damián y Elías aquí —le exigió aquel

desconocido con autoridad, ¿Cómo sabía mi nombre? ¿Sería que después de todo era cierto que Juliana ocultaba a Germán? Si se trataba de él, aquello no podía ir peor. Mi subconsciente trataba de encontrar la respuesta, seguro de saberla. No entendía cómo aquellos rasgos me resultaban tan familiares.

—¿Jorge? —lo llamó Damián igual que si lo conociera. El mundo se detuvo por unos instantes, en los que intentaba comprender lo que ocurría, o así lo sentí.

“Tu padre no tenía en mente formar una familia, y yo no estaba segura de querer estar con él, menos ser una carga para sus ambiciones, así que decidí tenerte sola”, las palabras de mi madre que tanto tiempo atrás había escuchado se repetían en mi mente. Hubo una época en que no podía evitar sentir demasiada curiosidad al respecto. A ella no le agradaba mucho el tema y lo trataba de la manera más breve posible; sin embargo, no se negaba a responder mis cuestionamientos, razón que después de muchos años utilicé para catapultar mis vagos anhelos de encontrar alguna vida distinta, lejos de donde nací y crecí, decisión que me llevó hasta ese lugar.

—¿Cómo diablos... es que estás aquí? Te enterramos hace ya muchos meses, ¿pero qué...? —masculló Damián tropezando con sus palabras, sin poder ordenar las dudas que en ese momento lo trastornaban.

—Enterraron un cuerpo en ese ataúd; no a mí —respondió arrastrando la voz mientras nos observaba de tanto en tanto. Daba la impresión de estar viendo un fantasma cuando se percataba de mi presencia. Yo debía tener el mismo semblante. Jorge estaba vivo. Trataba de materializar esa realidad con la prueba viviente frente a nosotros, pero cada vez que llegaba a mi mente tenía menos sentido aún.

Jorge dio un paso, y la suela de su zapato tocó el charco de sangre. La imagen de Morales inerte en el suelo con parte de su cráneo destrozado parecía impactarlo menos que nosotros mismos. Con sus ojos recorrió el cuerpo sin vida como si se tratara de un forense para después percatarse de las cadenas que me ataban. Sin pensarlo más de una vez comenzó a buscar algo en los bolsillos de Morales hasta que un tintineo entre sus manos se hizo audible. Lanzó unas llaves directo a Damián, que rebotaron en su pecho y cayeron al suelo. Atónito y desprevenido, tardó en darse cuenta de lo que significaban.

—Libéralo —le ordenó Jorge a Damián mientras señalaba las cadenas que me mantenían pegado a la oxidada defensa del auto inservible.

—¿Qué estás haciendo, Jorge? No debiste venir —lo cuestionó Juliana en un agresivo murmullo mientras se acercaba cara a cara con él y lo tomaba del brazo. Su hermano se liberó bruscamente de las afiladas manos que intentaban contenerlo.

—Morales me advirtió sobre ti, sobre Héctor... ¿Qué más me has ocultado, hermana? Te las has arreglado muy bien tú sola mientras yo vivía en ese

asqueroso departamento, ¿no? —le respondió aún más agresivo. A pesar de que intentaba modular su voz, ésta resonaba en las paredes como si hablara desde un megáfono.

No podía dar crédito a lo que mis ojos veían y mis oídos escuchaban. Cualquier pensamiento que antes tuve se disipó. El peligro que sentía había quedado detenido con ellos mientras intentaba encontrar la razón de todo lo que ocurría. Damián abría el candado que mantenía las cadenas sujetas a mi alrededor sin quitarle la vista de encima a quienes en ese momento discutían entre ellos. Una vez libre, pude ponerme en pie con su ayuda, pero las manos invisibles que me exprimían el cerebro tomaron más fuerza. De nuevo mis sentidos comenzaron a fallarme. El dolor en mi cuerpo se intensificaba a medida que el calor en él disminuía. Damián me sostenía e intentaba no ejercer demasiada presión, pero aun el roce más suave desataba un dolor agudo y latente. Era demasiado pronto para mantenerme en pie. Odiaba sentirme tan vulnerable, estado que le debía a los golpes del hombre que yacía muerto en el suelo. Me apoyé de nuevo en Damián y me senté sobre el cofre del auto, esperando que el mundo dejara de girar demasiado rápido en mi cabeza.

—Elías, estás pésimo. ¿Puedes mantenerte en pie?... Me siento terrible de verte así —dijo Damián mientras me contemplaba con preocupación.

—Me pondré bien. Sólo necesito descansar un rato aquí —respondí mientras me rodeaba a mí mismo con ambos brazos.

—Raúl no está... Vimos a ese hombre salir corriendo de la casa, y, al entrar, sólo estaba Abril. Se veía bastante asustada, pero nos dijo que una mujer había ido por Raúl y que se lo había llevado casi a la fuerza. Después de platicar un rato con ella recibí tu mensaje. Fernanda y Luka intentaban mantenerme tranquilo, pero yo sabía que algo andaba mal. Decidimos volver después de todo y movilizamos a los guardias del hotel, pero al llegar a la habitación no había nadie. Vi manchas de sangre en la pared y salí casi corriendo al departamento que dijiste. Cuando llamé a la puerta, Juliana abrió de inmediato, como si esperara a alguien. Estaba sola, así que la cuestioné sobre Raúl y sobre ti. Le di a entender que estaba enterado de muchas cosas y la amenacé para que me trajera hasta aquí... No se me ocurrió nada más. Fernanda y Luka no se dieron cuenta de que me fui. Deben estar buscándome —Damián dictaba en voz baja la hazaña que había realizado para llegar hasta mí, y era imposible no conmoverme ante ello. Seguía sorprendiéndome aún en momentos como ése. Traté de sonreírle, pero los músculos de mi rostro se

tensaron al instante y me advirtieron del dolor—. ¿Qué haremos ahora? Se llevaron a Raúl, y tú no puedes moverte más que yo; no en ese estado... No entiendo qué rayos está ocurriendo aquí —continuó Damián desesperado y provocando que las circunstancias tomaran más peso del que ya tenían.

—Si él dejó que me desataras, no creo que tenga las mismas intenciones que los otros. Saldremos de ésta... otra vez —le dije entre dientes. Escuchaba mis propias palabras como ajenas. Quería aferrarme a esa idea a pesar de no estar seguro de nada. Damián tragó saliva con dificultad, y ambos nos percatamos del silencio que nuevamente absorbía el entorno, así como los dos pares de ojos que nos observaban, unos de modo apacible y los otros amenazantes. Juliana y Jorge habían dejado de discutir e intercambiaban cuchicheos que sólo ellos entendían.

—Tienes que esconderte, Jorge. No pueden verte. ¿Qué no lo entiendes?... Llevémonos a Damián, y yo me encargo de lo demás —sugirió Juliana usando un tono de voz muy distinto a cualquier otro, parecido al de la falsa amabilidad con la que me había recibido en el comedor la primera vez que nos vimos.

—¿Te “encargas” dices? ¿Como te encargaste de Morales?...

—Él ya no deseaba ayudarnos, y sus amenazas me tenían harta... tú sabes cómo nos presionaba con el asunto del dinero, cómo nos vigilaba día con día. Incluso tuve que confiarle la vida de mi hija...

—Y la de mi hijo también —replicó Jorge para interrumpirla.

—No podía hacerle nada a Raúl si quería recuperar el dinero.

—Sabías que él era la única persona con la cual podíamos ponerle fin a todo esto. Le entregábamos su dinero, y nosotros podíamos marcharnos con Raúl y Abril. Ése era el plan desde un inicio; no éste —sentenció nuevamente Jorge sin importar las miradas de advertencia por parte de su hermana, quien se palmeaba los labios con un largo dedo índice en un intento por callarlo—. Qué importa ya si me están escuchando. Me han visto y lo saben todo, pero... yo sí que estaba poco enterado —continuó arrastrando la mirada hasta donde me encontraba, mientras nos señalaba a Damián y a mí.

—Las cosas no han cambiado mucho. Para cuando descubran que Morales está muerto, nosotros ya estaremos bastante lejos —insistía Juliana.

—Después nos irán a buscar.

—Eso no lo sabemos. Nunca los hemos visto, y ellos tampoco a nosotros, por favor ¿Qué tanto les puede afectar perder un poco de dinero?

—¿En verdad crees eso? Ellos saben todo sobre nosotros gracias a

Morales. Aunque el trato haya sido sólo con él, deben tener algún registro sobre nosotros... Esa clase de personas jamás dejan cuentas pendientes, hermana.

—Olvidas que estás muerto para todos. No te buscaran, y en cuanto a Raúl, Abril y yo, buscaré la forma de cambiarnos de identidad o algo se me ocurrirá, pero, ¡tenemos que seguir! —Juliana se llevó la mano a la frente para descubrirla de su recto flequillo. Su rostro ovalado y anguloso sobresalía aún más de esa forma. La paciencia se agotaba en ella.

—La inmobiliaria de la familia, los negocios, los coches, las inversiones en tanta aseguradora... todo se infló gracias a ustedes y sus tratos con este hombre. ¿De quién fue la brillante idea de dar el gran golpe?, para agradecerle el favor por estar todos aquí reunidos tratando de mantenernos con vida —intervino Damián mientras señalaba al cadáver tendido en el suelo. Había sumado la ironía de sus palabras a la ecuación. Todos volteamos a verlo.

—Estás bien enterado, Damián —aseveró Jorge pensativo.

—Después de ser atacado la primera vez, te preguntas muchas cosas —Damián se levantó la sudadera y dejó al descubierto la herida inflamada, provocada por el corte que Héctor le había infligido tiempo atrás—, aunque luego nos dimos cuenta de que esto no era para mí, sino para... Elías —terminó puntualizando. La expresión en el rostro de Jorge se crispó en desconcierto.

—Es verdad... Trataste de asesinarlo. Sabías que era mi hijo también y no te importó —arremetió contra su hermana haciendo énfasis en las últimas palabras. Juliana tan sólo lo veía con sus grandes ojos abiertos en forma circular—. ¡Él es de nuestra familia! —le gritó.

—No, no lo es. Nunca estuvo con nosotros... —intentaba justificarse.

—¡Porque Lidia así lo decidió! Yo no supe de Elías hasta tiempo después y te lo confié a ti. Tú me sugeriste que era lo mejor, porque, según tú, ella no me convenía, así como tampoco me convenía Beatriz ante tus ojos...

—¡Porque esa mujer era una ramera! —gritó Juliana con un alarido que dañaba los oídos; pero a Damián no sólo le afectaba de esa forma. En un movimiento brusco había llegado hasta donde Jorge y Juliana se encontraban. Señalaba a la mujer, quien lo veía despectiva y alterada. Antes que pudiera pronunciar palabra alguna que reflejara su desprecio hacia ella, Jorge lo detuvo.

—Tranquilo, chico. ¡Damián!, tranquilo... Apártate. No hagas una tontería

—Jorge detuvo, con su mano izquierda, a un Damián silencioso, pero lleno de rabia, mientras que con la otra detenía el brazo de Juliana, que portaba aún el arma plateada.

—Ni siquiera la menciones —le advirtió Damián con un gruñido mientras exhalaba para tranquilizarse. Juliana lo observaba inmóvil con el rostro paralizado. Sólo sus ojos se movían sin pestañear. Poco a poco retrocedió y frotó sus manos con fuerza una contra la otra, como si al hacerlo se liberara de la tensión provocada por la rabia repentina. Su semblante cambió al siguiente instante y volcó su atención en Jorge—. Ella... ella también... ¿escapó como tú? —había una peligrosa llama dibujada en su mirada. Damián comenzaba a alimentar la idea de que su madre pudiera estar viva también mientras que yo no podía más que seguir luchando por mantenerme en pie... Jorge negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no —afirmó.

—Entonces, si tú no ibas con ella en el coche cuando pasó el accidente, ¿quién era? —preguntó Damián luego de aclararse la garganta tras un minuto en el que no pude interpretar la guerra interna que ocurría en él. Trataba de asimilar por segunda y última ocasión que su madre había muerto.

—Vamos, Jorge, díselo... No te importa que los secretos de nuestra familia salgan a la luz, ¿qué más da entonces? Deja que Damián sepa la clase de persona que tenía por madre —retó Juliana a su hermano, y éste asintió con la cabeza.

—El día que Beatriz murió en ese accidente fue por que trataba de escapar de mí, de todos nosotros. Huía con Germán, y yo estaba ahí para verlo —aseveró Jorge.

—¿De qué? ¿Cómo que con Germán? —el desconcierto y la incredulidad se mezclaban en Damián. A pesar de ser yo tan sólo un espectador de la historia que antecedió e involucraba a la familia Arias, lograba sentir la consternación de romper una realidad dibujada de manera casi imborrable. Al igual que Damián, nada de lo que había creído era totalmente cierto, ni siquiera el pasado.

—Ella y Germán se burlaron de todos nosotros. El esposo de mi hermana planeó “el gran golpe” del que hablabas; sólo que nunca estuvimos enterados. Robó bastante dinero sin importarle que todos estuviéramos involucrados. Tu madre estaba al tanto de eso, y desde tiempo atrás compartía “algo” con él. Juliana sospechó de ellos en una ocasión, pero yo jamás lo creí. Fui ciego porque el cariño que aún tenía por Beatriz me impedía ver esa realidad.

Quería que fuera feliz, pero, cada vez que lo intentaba, ella me rechazaba. Tú mejor que nadie sabes de esas interminables noches en que discutíamos, lo insoportable que era tu madre esos últimos días, incluso contigo, aunque ni siquiera solía pasar tiempo con nosotros. Vivíamos juntos, pero prácticamente no nos veíamos. Yo pasaba demasiadas horas trabajando y ordenando los asuntos con respecto a nuestro “negocio”. Tu madre la pasaba fuera la mayor parte del día, y a veces ni siquiera sabía por qué hasta ese entonces tú llegabas a ausentarte días enteros y Raúl la pasaba solo. Cuando por fin llegábamos a coincidir en la noche, todo era un desastre. Dios sabe todas esas veces que prefería cenar fuera para que, cuando llegara a casa, ya todos estuvieran en sus habitaciones y no hubiera ninguna clase de reclamo o discusión. Ya no éramos ni la mínima parte de la familia que fuimos en un inicio. ¿Recuerdas cuando Germán desapareció? Juliana y yo estábamos desesperados y no sabíamos qué hacer. Él había escapado con el dinero, y la policía comenzaba una investigación al respecto. Las cuentas y el dinero lavado ya eran un blanco que tenían en la mira. Nuestro trabajo consistía básicamente en ingresar el dinero que Morales nos reportaba como parte de nuestros negocios, la Inmobiliaria Arias principalmente. Lo hacíamos por partes y después lo distribuíamos en varias cuentas. La tarea nos resultaba más fácil gracias a mi puesto en el banco y a la ayuda de Héctor. Nuestras ganancias e inversiones, aunque elevadas, no cubrían ni la cuarta parte de la cantidad que Germán se había llevado. Teníamos que hacer algo pronto, si no, estaríamos muertos. Durante ese tiempo, Juliana y yo vimos muchas posibilidades, pero nada resolvía el problema. Para ese entonces, Beatriz se mantenía en contacto con Germán, sin que nosotros lo supiéramos... Lo habían planeado todo. Tal vez ella no fuera la de la idea, pero apoyaba a Germán.

—Eso es mentira. No tiene sentido —replicó Damián mientras se alejaba de Jorge. Negaba con la cabeza en señal de haber llegado al punto máximo en el cual su mente no quería seguir escuchando.

—Yo pensé lo mismo muchas veces. Juliana la pasó igual o peor que yo. Luego me di cuenta de la verdad. Bastó un solo descuido de tu madre para que todo cobrara sentido. Una tarde en que ella estaba en el estudio, Raúl golpeó la puerta con su balón y salió corriendo para saber qué ocurría. Yo estaba en la sala. Aproveché la distracción para entrar. Ella solía encerrarse en ese lugar varios días a la semana y casi siempre a la misma hora. Cuando abrí su computadora, el correo electrónico estaba abierto. Se comunicaban

por ese medio. Alcancé a leer el más reciente, en el que Germán le explicaba el plan a seguir, que se verían en una cabaña a la afueras de la ciudad y de ahí partirían juntos. Incluso, ya había comprado los boletos de avión, aunque no especificaba en qué aeropuerto ni de qué ciudad. Memorice el día y la hora del encuentro antes de cerrar todo. Ella entró segundos después al estudio, y, por supuesto, enfureció tanto que ni siquiera me dejó darle una excusa. Actué como si no hubiera visto nada. Ella lo creyó... Esos días fueron un infierno. Sabía la verdad, pero no podía enfrentarla. En varias ocasiones consideré pedirle que no se fuera, que no nos abandonara. Consideré perdonarle todo, pero después recordaba al imbécil de Germán y los odiaba por igual. Entonces pensé en esperar pacientemente ese día para por fin enfrentarlos a los dos y ver con mis propios ojos lo que ingenuamente me costaba creer. Tenía la esperanza de que tal vez todo fuera un malentendido. Ese día llegó más rápido de lo que creía. ¿Recuerdas la ocasión cuando saliste de la casa para ir a la escuela y me encontraste dormido en el auto? Fue el día que tu madre se fue, el día que murió aunque ustedes se enteraran tiempo después... —Jorge hizo una pausa y sacudió su cara con ambas manos en un movimiento que me recordaba a mí mismo frente al espejo. Damián ya no se molestaba en verlo a los ojos. Su mirada se perdía ansiosa en los alrededores y el techo de lámina. Jorge tomó aire y continuó—: ese día había bebido tanto que ni siquiera recuerdo cómo llegué a casa, tampoco haberme quedado dormido en el coche. Cuando me despertaste y vi la hora corrí hacia dentro. Beatriz se había puesto su blusa favorita. Estaba lista para irse. Ni siquiera me preguntó dónde había estado toda la noche. Contrario a eso, ella me recibió con una sonrisa y se despidió como si nada, subió a su auto y se fue —algo impidió que Jorge pudiera seguir hablando. Su garganta se cerró, y su voz se volvió un balbuceo. Carraspeó para recobrar las palabras enmudecidas.

Ya no había más fantasmas. Se habían ido con la verdad que reclamaba su derecho a existir en la realidad de aquellos que habían sido cegados. Cada pieza había caído en su lugar, y sólo quedaba atestiguar su recreación. Damián parecía ser el más afectado o quizá lo subestimaba otra vez. De cualquier forma, sabía lo que debía hacer a partir de ese momento. Juliana nos observaba con fascinación, pero no por ello bajaba la guardia. Tan sólo se daba el lujo de ver desdibujada aquella imagen que alguna vez fue inquebrantable en el rostro de Damián y que en ese momento se desvanecía en mil pedazos. Lo que ella no podía ver era lo real de su derrota. Con Jorge

traído de una muerte ficticia y estando entre nosotros, no le quedaría más remedio que ceder a cualquiera que fuera la negociación que en ese instante ya me planteaba para un intercambio de intereses justo. Tenía que funcionar. Jamás hubiera imaginado lo útil que resultaría encontrar a mi padre después de todo, y mucho menos en las circunstancias en que ese momento llegaría.

—Termina —ordenó Damián, resuelto a escuchar lo que Jorge aún tenía por decir.

—Yo... yo seguí a tu madre minutos después. Quería ir más deprisa, pero sabía que si se daba cuenta de que estaba tras ella no podría seguir con lo planeado. Después de todo, conocía el camino y adónde se dirigía. Lo sé porque yo estuve con ella en esa cabaña mucho tiempo atrás... Al llegar al lugar, su coche ya estaba estacionado ahí. No había duda. Yo dejé mi auto más adelante donde no pudieran verlo. De ahí caminé hasta la cabaña y esperé en un árbol sin nada más en la cabeza que el sentimiento de haber sido traicionado por ellos dos. Juliana no estaba enterada de nada, así que le llamé. Le dije que me encontraba esperando a que los dos salieran para poder sorprenderlos. Seguía pensando que tal vez hablando con Beatriz ella desistiera de irse, y, si no, al menos tenía que frustrar sus planes. No iba a dejar que Germán se la llevara. Mi audaz “hermanita” desde luego me aconsejó que no los dejara irse. Quién sabe qué ocurrencias tenía en mente. Justo cuando pensaba en ir y tocar a la puerta, los dos salieron sonrientes. Él la abrazaba y besaba. Sólo Dios sabe el odio que sentí en esos momentos, una ira que jamás había experimentado. Corrí hacia ellos, y, cuando por fin me vieron, borré esa maldita sonrisa de sus caras. No alcancé a decir palabra alguna o llegar lo suficientemente cerca cuando ambos subieron al coche de ella y se largaron de ahí. Corrí lo más rápido que pude hasta mi auto y fui tras ellos. Iban demasiado rápido, pero logré seguirles el paso. Había una nueva desviación que, por los señalamientos preventivos, ni siquiera había sido habilitada. Dieron vuelta ahí pensando que me perderían de vista, pero no fue así. Salimos por completo de la autopista, y cada vez aceleraban más. La carretera era bastante angosta y desprovista de asfalto, razón por la que me costaba tener el control total del auto. Entonces pasó lo que ya sabes. Justo al terminar una de las curvas en pendiente, su auto cedió, derrapó por varios segundos y dio una vuelta entera, por lo que salió por completo de la carretera. Apenas alcancé a frenar lo suficiente para no impactarme con ellos. Cuando logré controlar el auto y detenerme, bajé de inmediato. Me costaba salir de mi asombro, y la única preocupación en ese momento era encontrar a

Beatriz con vida... Entonces escuché los lloriqueos de Germán desde lejos. Estaba completamente prensado entre el toldo del auto y su asiento, pero seguía con vida. Era quien iba manejando. Supongo que la bolsa de aire amortiguó el impacto, pero, cuando vi el asiento del copiloto, supe que no había esperanza alguna de que ella estuviera viva. No quiero ni describir las condiciones en que estaba, no... no puedo —Jorge agachó la cabeza y un suspiro involuntario ahogó su voz. Damián no dejaba de verlo con dos grandes ojos abatidos que cerró instintivamente, como si aquella imagen se estuviera materializando frente a él, al tiempo que Jorge la describía.

”Estaba muerta. Me aparté sin saber qué hacer. Busqué a ambos lados de la carretera, pero nadie se aproximaba. El lugar estaba desierto. Entonces pensé en todo lo que pasaría después y me dije: “Ojalá simplemente pudiera desaparecer”. Intenté hablar con Germán. Le pregunté dónde había escondido ese dinero, pero ya ni siquiera podía decir nada. Se estaba muriendo. El odio que le tenía no se iba a pesar de la lástima que me causaba. Entonces la idea vino a mi mente. Desaparecer era posible, y Germán me serviría para poder lograrlo —afirmó Jorge mientras compartía una mirada de complicidad con Juliana.

—Y lo hacías perfecto hasta ahora —lo contradijo su hermana.

—¿Y cómo fue que lo lograste? No debió haber sido fácil hacer pasar el cadáver de Germán como tuyo —cuestioné a Jorge, con lo cual capté la atención de ambos mientras Damián dejaba caer el peso de su cuerpo sobre el viejo cofre a mi lado.

—Has dado en el blanco. Te recuerdo que con dinero y los contactos adecuados todo es posible —intervino Juliana nuevamente, satisfecha de sí misma, confirmándome que estaba en lo correcto.

—Después de darle la noticia a Juliana, ambos acordamos que sería lo mejor. Le quité a Germán de la mano el reloj y su anillo de matrimonio para reemplazarlos por los míos. La evidencia tenía que ser mínima, así que prendí fuego al interior del auto. Él parecía seguir vivo... De cualquier modo moriría, y sinceramente ya no me importaba. Después de unos minutos, simplemente subí a mi auto y luego empujé el suyo hasta lanzarlo por completo al vacío —explicó Jorge con ojos ausentes. Revivía el momento en su enredada cabeza mientras yo imaginaba aquel suceso de la manera más cruda.

—¿Sólo así? ¿Los quemaste y te deshiciste de ellos? —cuestionó Damián a Jorge, sorpresivamente tranquilo, pero con reproche en sus palabras.

—A pesar de todo, lamento tener que haberlo hecho. Debió ser difícil para ti enterarte así... —se excusaba.

—No, ¡no tienes ni idea! Por lo menos esperas un ataúd abierto para darte cuenta de la realidad, pero tan sólo teníamos la ausencia y una notificación de defunción —replicó mientras subía la voz con ojos acusadores.

—Damián, ella ya se había ido... No trato de justificarme, pero tuve que hacerlo para poder escapar —explicó con cautela.

—Ustedes dos merecen lo que les está pasando. Han tenido mucha suerte hasta ahora, pero eso está por terminar —sentenció Damián.

—La misma suerte que por lo visto han tenido Elías y tú entrando a la boca del lobo. No nos juzgues tan rápido, muchacho. Piensa que tal vez hubieras hecho lo mismo de estar en mi lugar —Jorge abandonó su posición junto al cadáver en el suelo para reunirse con su hermana.

—¿Cómo es que él aceptó ayudarles después de darse cuenta del robo? —los cuestioné en voz alta al mismo tiempo que señalaba el cuerpo sin vida en medio de nosotros, antes de que hablaran entre ellos.

—Morales quería recuperar ese dinero, y Juliana supo negociarlo con él. No le resultó tan fácil convencerlo. Tuvimos que contarle todo, y desde entonces no nos quitaba el ojo de encima —respondió Jorge.

—No sólo es la autora intelectual de la idea, sino que además negociaba con todos, con Héctor, con Morales, incluso contigo... —puntalicé, alimentando el conflicto que Jorge tenía en contra de su hermana.

—Al fin alguien reconoce mi esfuerzo —intervino Juliana con cinismo. Una mordaz sonrisa alteró su rostro endurecido.

—Le ordenó a Héctor que me matara, pero él no pudo hacerlo después de todo. Tal vez si no hubieras llegado hace unos minutos ahora mismo estaría muerto —continué dirigiéndome a él sin hacer caso al comentario de Juliana.

—¿Dónde está Raúl? —cuestionó Damián mientras se acercaba a ellos después de haber vuelto al presente.

—No lo sabrás —le respondió Juliana mientras Jorge la seguía observando con reproche.

—Bien, esto es lo que haremos... —dije para exigir la atención de ambos, al mismo tiempo que intentaba ponerme en pie. El suelo se movió por unos segundos en mi cabeza, pero mantuve mi posición—: Héctor dejó en nuestro poder una serie de videos donde explica todo lo ocurrido, el plan de Juliana y todo lo que él sabía acerca de ustedes. Temía morir, y fue su manera de comunicar la verdad, una verdad incompleta, pues, al parecer, él nunca supo

lo de Germán ni que Jorge seguía vivo. Tampoco sabía quién era realmente Morales. En muchos sentidos, tan sólo fue una marioneta, y, aunque no conocía del todo los hilos que lo movían, se aseguró de dejar bien documentada su experiencia —proseguí, trazando mi negociación.

—¿Jorge, crees eso? —le preguntó Juliana.

—Viniendo de Héctor sí —planteó Jorge.

—Y lo hizo —aseguré mientras me acercaba a Damián y extendía mi mano. Él pareció entender mi petición y de inmediato buscó en sus bolsillos. Yo asentí con la cabeza confirmando su acción. Luego de unos segundos, Damián me tendió su teléfono celular con la lista de videos en pantalla que Héctor había dejado. Reproduje parte del primero frente a Jorge y Juliana: “Hace algún tiempo que trabajo con dos sujetos adinerados. Jorge Arias y Germán Roldán me ofrecieron la oportunidad. Ellos... ellos están hundidos hasta el cuello y pronto lo estaré yo...” Ambos se quedaron sin habla. La imagen de Héctor proyectada en la pantalla no sólo hizo palidecer a Juliana, también logró que Jorge retrocediera aún más y nos diera la espalda. No era difícil predecir lo arruinado que se sentía en ese instante... “Si algo me pasa o muero encontraré la forma de que esto se sepa.” El primer video concluyó sin interrupción alguna de ambos. Después, sólo reproduje partes aleatorias de cada uno de los demás. Con cada confesión que Héctor permitía conocer, algo en el interior de Juliana se iba desfigurando.

Estaba quedándose sin posibilidades. Su seguridad la había abandonado, y tan sólo la acompañaba el apremio de que todo estaba fuera de su obsesivo control. “No sé qué ocurra después. Ya no estoy seguro en ningún lado y veo ese coche negro en todo momento... Ahora quiero decirte, a ti, Juliana, que si no logro mi cometido, por alguna razón, todo esto que ha pasado quedará registrado y alguien más lo sabrá... ¿Yo gano?”, dejé que las últimas palabras documentadas de Héctor contra Juliana fueran escuchadas por su destinatario.

—Yo también lo busqué después de que intentara asesinarme. Quería entender el motivo de todo esto y lo que encontré fue algo mucho más detallado. No sabemos dónde está Héctor, pero todo lo que yo necesitaba saber está aquí, en estos videos que dejó a su paso. Morales también andaba tras él después de que desapareciera. ¿No es así? Le preocupaba que alguien con demasiada información anduviera por la calle actuando de forma extraña. Juliana le ocultó a qué grado contribuía Héctor con el plan. Por lo visto, ni siquiera sabía del parentesco que tengo con ustedes. Todo lo negociaba directamente con ella, pero tenía sus dudas. Apuesto a que el día de la visita

al hospital se preguntó muchas cosas acerca de mí, por eso es que ahora estoy aquí. Morales creía que yo tenía pruebas que los incriminarían a todos, y no estaba tan errado. La cosa no termina ahí. He recibido la ayuda de un “contacto” también. No sabe más que lo necesario acerca de su pequeña organización delictiva, y los nexos que puedan tener con algo más allá de eso los desconoce, pero con su ayuda pude obtener algunos expedientes respecto al caso. ¿Mencionaron que la policía ya los estaba investigando, no? Pues no sólo cuento con ello, sino con el dato del detective al que se le asignó dicho asunto... —expuse la situación tratando de ser lo más convincente posible. Juliana torcía sus delgados labios de tanto en tanto sin parar de mover nerviosamente sus manos. Jorge se limitaba a poner atención con expresión de haberlo visto todo ya. Mis palabras no parecían sorprenderlo.

—Muy bien, ¿intentas amenazarnos entonces? —interrumpió Juliana con su recurrente posición de superioridad, la cual en ese momento me resultaba ridícula, a pesar de que seguía portando el arma que Morales le había dado, con la cual lo había asesinado. Entonces eso parecía ser su única ventaja.

—Por supuesto que no. Sólo intento llegar a un acuerdo —respondí dándome el lujo de ser gentil.

—Déjalo terminar —la reprimió Jorge mientras se acariciaba la barba con un manotazo, como si estuviera a punto de presenciar el mejor espectáculo de su vida.

—Ahora mismo deben estar buscándonos. Sabía que no nos enfrentábamos a cualquier cosa. Yo quería llegar al fondo de esto por muchas razones, pero el dinero no es una de ellas. Damián intenta tan sólo recuperar a su hermano y tratar de reconstruir la vida que tenían. No interferimos en sus planes en absoluto... Deben dejarnos ir ahora mismo. De no hacerlo, sólo se complicarían más las cosas, ya que el material del cual hablo saldrá a la luz. Si permiten que nos vayamos, les doy mi palabra de que nada de esto se sabrá nunca. Héctor debe estar bastante lejos y jamás volverá. No es para nada una amenaza. Tampoco nosotros lo seremos. Puedo garantizar ambas cosas con total seguridad, y no sólo eso... Damián cederá todo lo que le corresponde del dinero a ustedes dos si aceptan el trato. Podrán huir ahora mismo y tener tiempo suficiente para pensar qué hacer y deshacerse del cuerpo de este hombre. Buscaremos la forma de transferir tanto dinero como sea posible... —mi última carta estaba a punto de ser lanzada.

—Es un trato bastante justo —aseveró Jorge sin duda alguna en su rostro. Su reacción me tomó por sorpresa. Juliana apretó los dientes, lista para

rechazar cualquier otra cosa.

—Incluso el dinero de Raúl les será transferido. Él se tiene que quedar con Damián. Es todo lo que pedimos a cambio —condicioné de inmediato. La última apuesta estaba hecha.

—¡De ninguna manera! Tengo prácticamente total derecho sobre él ahora, y, para disponer del dinero, primero Raúl debe ser mayor de edad. ¿Nos tomas por estúpidos? —intervino Juliana apenas terminé.

—Mi hijo tiene que irse con nosotros —secundó Jorge.

—Puede que la lucha contra Damián le haya funcionado a Juliana y la tutela de Raúl sea casi suya ahora, pero, que nosotros sepamos, aún no se dice la última palabra. Aún se puede revocar si así lo desean. ¿En verdad piensan huir con él en esas condiciones? Si la verdad se sabe, tendrán siempre que mantenerse ocultos. ¿Cómo aceptará Raúl el hecho de que su padre siga con vida y cómo le volverán a explicar que su madre no lo está? Él quiere estar con Damián. Tal vez no tengan la mejor relación, pero se entienden. ¿Qué le dirán para justificar la ausencia de su hermano? Si se van con él, tal vez logren tener una parte de ese dinero, pero, si aceptan que Raúl se quede, podemos devolverlo todo a ustedes. El tiempo pasa rápido y seguro que podrán esperar —continué sin dejar que aquella negativa por parte de ambos me intimidara.

—No tiene caso escucharlo, Jorge. No creo que ese sentimiento por Raúl sea desinteresado. Llémonos a Damián. Si tanto le importa su hermano, tendrá que irse con nosotros. Antes podemos hacer que Elías hable y nos diga dónde están todas esas supuestas pruebas —Juliana cambió de táctica mediante una alternativa con la cual convencer a Jorge para lograr su cometido.

—¿Y exactamente cómo harías eso? No es difícil adivinarlo viniendo de ti —la cuestionó su hermano de tal forma que parecía más una reprimenda. Juliana se quedó sin palabras.

—Pueden hacer lo que quieran para lograrlo, ¿golpearme?, ¿mantenerme oculto?... ¿matarme? Es eso lo que Juliana tenía en mente desde un inicio, pero no quería mancharse las manos de sangre, especialmente porque compartimos la misma, tal vez. De cualquier forma, todo se sabrá antes que puedan deshacerse de todas las pruebas. Tal vez destruyan el celular de Damián, pero esos videos desde luego están en varios lados. ¿Es necesario llegar a eso? Jorge... sé que no es lo que quieres, pero, ¿podrías cargar con otra muerte? ¿Qué sentiría Raúl de saber que su papá estuvo de acuerdo en

matarme? Llevarías eso en tu conciencia sólo para lograr escapar una vez más. Nos guste o no, también soy tu hijo. Creo que si Raúl supiera todo eso jamás te vería igual —a pesar de que sentía estar recurriendo a un discurso barato, no estaba muy alejado de la realidad. Una extraña satisfacción surgió cuando confirmé que de hecho había tocado una fibra sensible en Jorge.

—Sé que tal vez nunca fui de tu total agrado. Si todo lo que dijiste es verdad... entonces mi mamá te traicionó de la peor forma, a todos; pero no la juzgaré por eso. También sé que, de no ser por ti, tal vez ni siquiera tendría un hermano. Deja que se quede conmigo. Hazlo por eso. Hazlo por Raúl —intervino Damián para darle más fuerza a mi argumento. Entendía mi estrategia a pesar de lo mucho que le costaba hacer a un lado su creciente rabia contra Jorge y Juliana.

—Son un par de... ¡Jorge! ¿Crees algo de lo que éstos te dicen? Tenemos que hacer algo ya. ¡No podemos quedarnos más tiempo! —Juliana parecía estar llegando al punto máximo de dificultades con las que podría lidiar.

—¿Adónde llevó esa mujer a Raúl? —fue la respuesta de Jorge a Juliana.

—¡No!, no puedes estar hablando en serio —replicó con una aguda negación.

—Morales ya no confiaba en nosotros. Nunca lo hizo. Para asegurarse de que cumpliéramos nuestra parte, quiso mantener lejos a Raúl mientras se resolvía el asunto de la tutela. No le agradaba la idea de custodiarlo en casa de Juliana junto con Abril, así que mandó a una mujer para hacerse cargo de él por un tiempo. No tuvimos más opción que aceptar —explicó Jorge mientras se frotaba la frente con aire un tanto cansado como resuelto.

—¿Es que dejan la vida de Raúl en manos de cualquier persona? —reprochó Damián, lo cual, a pesar de ser cierto, temí que arruinara la decisión de Jorge.

—Les voy a decir dónde está... El trato está hecho y cuento con tu palabra, Elías. Tendrás que permanecer aquí por un tiempo para poder localizarte luego que mi situación mejore y todo este asunto se calme —las palabras de Jorge llegaron a mí como la mejor noticia que pude haber recibido en todos mis años de vida consciente. Lo habíamos logrado.

—¿Cómo puedes hacerles caso? ¡Esto es increíble! Debí mantenerte oculto en otro lugar. Siempre te has dejado influir por cualquier... —Juliana ya no terminó lo que iba a decir, se abalanzó sobre nosotros, pero Jorge la detuvo sin que ella pudiera hacer nada. Estrujó con fuerza el delgado brazo de su hermana y le arrebató el arma. Luego la lanzó lejos entre un montón de

chatarra oxidada.

—Ya se hicieron las cosas como tú quisiste por mucho tiempo y por eso hemos llegado hasta aquí. ¡Mírate! Has perdido por completo los estribos. Germán pudo haberte fallado, pero aún tienes a tu hija también. No tienes por qué seguir con esto, y lo sabes. Se acabó —Juliana temblaba de pies a cabeza y poco a poco fue abandonando su posición de ataque por una más reservada que vino acompañada segundos después de una sonrisa alarmante. Me pregunté qué estaría pasando por su mente, y una vez más esa respuesta llegó al mismo tiempo que mi cuestionamiento.

—Jorge, ¿sabes... tienes idea del tipo de relación que estos dos llevan? —dijo Juliana en voz baja. Su corta y lacia cabellera le cubría parte del rostro y dejaba a la vista tan sólo uno de sus ojos saltones.

—No empecemos otra vez —la reprimió su hermano. Estaba consciente de que, llegado el momento, Juliana recurriría al argumento más bajo para cumplir su objetivo. Lo que sentía por Damián era parte de ese argumento, sólo que Jorge parecía no querer escucharla esta vez.

Jorge volvió a tomar por el brazo a su hermana antes que ésta siguiera hablando y la llevó casi a rastras hacia la salida, abrió el pesado portón con pintura vieja y salieron al exterior. Damián corrió tras ellos para vigilar sus movimientos. Temía que se fueran sin decir dónde estaba Raúl. Había permanecido inmóvil y me había sostenido con mis propios brazos. Al intentar dar un paso, el dolor interno, que había permanecido anestesiado por mi mente, volvió embistiendo con más fuerza todo mi cuerpo y nubló por segundos mi visión. Antes que pudiera colapsar por completo, me arrodillé sobre el suelo y respiré profundo, intentando mantenerme despierto una vez más. Aquello sólo hizo que el dolor se intensificara. Los golpes de Morales habían ocasionado más daño del que pensaba.

—Siguen afuera. Jorge le quitó a Juliana su teléfono. Entonces ella está hablando con alguien... ¿Qué pasa? —me informó Damián para después correr asustado hacia mí, rodeando el cadáver sobre el suelo.

—No importa es sólo... dolor —le respondí.

Jorge entró de nuevo al taller y se detuvo por un instante. Observaba el cuerpo de Morales intentando descifrar algo. Una melodía aguda y plana se escuchaba amortiguada desde algún lugar.

—¡Rápido! Busca dentro de sus bolsillos —le ordenó a Damián, que instintivamente buscó en el lugar indicado y sacó el teléfono celular de Morales, y así liberó el sonido de la llamada, el mismo que me había puesto

los nervios de punta minutos atrás. ¿Se trataría de la misma persona que intentaba comunicarse con él? Jorge contestó la llamada luego de tener el teléfono en sus manos y la puso en altavoz. El bullicio de una multitud se escuchaba desde el otro lado.

—¿Sí? —saludó Jorge con voz firme y ordenada como la de Morales.

—¡Hey!... Me acaba de llamar la tipa ésa, de la vez pasada. Me dijo que quiere ver al chico. ¿Se lo llevó? —preguntaba una voz femenina bastante áspera.

—Sí.

—¿Qué? No te escucho bien... ¿Recuerdas que dijiste que te hablara para ver si podía sacarlo a algún lado? El chico no ha dado ningún problema, es muy tranquilo y todo el día estuvo insistiendo en que lo trajera a ver una película que se estrenó hoy o algo así. Te estuve llamando, pero, como no contestabas, pensé que no había problema si lo traía al cine. Por eso se escucha tanto escándalo. Ahorita mismo lo estoy viendo. Está en una fila para comprar palomitas.

—¿Qué cine?

—Está muy cerca, justo unas calles más adelante, después de esa lavandería donde llevas tu ropa. Es el cine Premier35. Seguramente lo has visto cuando pasas. Entonces, ¿está bien?

—Está bien.

—Te escuchas muy raro... Tengo que colgar. En cuanto el bodrio ese termine, llevo al niño a casa y te llamo una vez más. Ya viene. Adiós —la mujer del otro lado colgó la llamada.

—Tienen a lo mucho dos horas para localizarlo. Es mejor que se vayan apresurando —nos advirtió Jorge.

—Hay varios Premier35. ¿Cómo sabremos cuál es? —lo cuestionó Damián.

—Si me ponía a platicar con ella sospecharía. Juliana la llamó y dijo que Morales le había permitido ver a Raúl, que si no le respondía en un par de minutos tendría problemas con su jefe. Por eso la mujer acaba de llamarlo... ¿Qué esperan? ¡Busquen a Raúl! —ordenó Jorge mientras yo ya me había puesto nuevamente de pie. Obligaba a mi cuerpo a funcionar de la misma forma que lo haría estando sin daño.

Entonces salí de ese lugar como jamás pudiera haber imaginado. Jorge puso mi brazo sobre sus hombros y, con ayuda de Damián, me sostuvo hasta estar fuera del taller. La luz del día filtrada entre las nubes grises me

deslumbró. Apenas si podía ver a través de la rendija que mis párpados permitían. Juliana se encontraba de espaldas sin prestarnos atención alguna. Había un enorme terreno lleno de escombros y basura bordeado por una reja metálica con tiras de plástico azul, tejida, entre sus orificios. Jorge nos vio con decisión y asintió con la cabeza. Le correspondí de igual forma, y pude percibir en sus ojos la sensación que él tenía de estar haciendo lo correcto.

—¡Vamos, Elías! Aguanta un poco más. Ya casi llegamos —me animaba Damián mientras dejaba descansar el peso de mi cuerpo magullado al borde de una esquina, justo después de haber cruzado la calle.

Atravesar el llano árido y desprovisto de vida, salvo los restos de objetos desechados, como un cementerio de memorias producto de la vida urbana, me había dejado agotado y sin aliento. Intentaba respirar, pero el aire parecía dañar mis pulmones, igual que si de pronto éste fuera incompatible con mi morfología. Damián había insistido en ayudarme a caminar él solo e hizo que Jorge se apartara. A pesar de que la tarea habría sido más fácil con su ayuda, supuse que sería lo mejor. Así estaría pendiente de que su hermana Juliana nos dejara marchar sin más sorpresas o artificios.

—¡Luka! Llámalos... Llama a Fernanda y dile que necesitas saber la ubicación exacta de cada cine —logré articular mientras mi ruidosa respiración lo permitía.

—Tal vez sea mejor que te lleve a un hospital primero —opinó Damián, quien parecía doblemente preocupado.

—No, no hay tiempo. Tenemos que encontrar ese cine. Llama a Fernanda —insistí.

—No va a ser necesario. Es ella de nuevo —dijo para después contestar su teléfono celular—. Fer... sí, sí, estoy bien. Déjame hablar. Encontré a Elías y está conmigo. Escucha, necesito que Luka investigue algo por nosotros una última vez... ¿Conoces la cadena de cinemas Premier35? Ahora mismo, Raúl está en uno de ellos. Busquen la dirección de cada uno que haya en la ciudad. La única referencia que tenemos hasta ahora es que está antes de una lavandería... No puedo decirte nada más. Sí, de camino les explicamos todo. No tarden —Damián colgó sin despedirse, y sus dedos se deslizaban con agilidad en la pantalla mientras manipulaba alguna función que no entendía. Casi pude identificar segundos atrás la exasperada voz de Fernanda, que atravesaba el auricular del teléfono.

—Acabo de mandar nuestra ubicación a Fernanda por un mensaje, y vienen para acá. Parece que estamos bastante lejos. Vamos, esperemos ahí —explicó mientras volvía a sostener mi brazo y rodeaba sus hombros para dirigirnos hacia una gradilla de aluminio. Estaba situada junto al anuncio que indicaba la circulación de una ruta de autobuses, al parecer, poco concurrida.

—Me pondré bien —mentí para aminorar el peso de Damián. Él tomó mi

mano y acarició sutilmente mi nuca, igual que yo cuando era pequeño e intentaba manipular un objeto caro o delicado.

Un sinfín de sonidos internos taladraba mis oídos en ese instante. Mi existencia física tan sólo era acallada por mis pensamientos, algo a lo cual me había acostumbrado. El dolor infligido se sometía ante las impresiones que habían dejado los instantes transcurridos. En todos ellos, volvía una realidad que luchaba por hacerse con un lugar en el espacio. Se trataba de Jorge. Apareció justo cuando había borrado su imagen, y, gracias a él, todo lo que vivía en ese momento estaba aconteciendo. No construí un presente sobre un ataúd después de todo, y aunque así fuera, veía la razón principal frente a mis ojos intentado hacer más ligero nuestro presente. Era Damián. Él estuvo desde el inició cuando tan sólo buscaba mi propio camino. Por ese motivo y sin alguna duda abandoné mi rigidez actual. Mis dientes dejaron de castañear. Dejé que su calor me recibiera. Recosté mi cabeza adolorida en sus hombros en un intento por no ceder a las necesidades de mi cuerpo por extinguirse de la realidad.

Huí de casa cuando me sentía insatisfecho, cuando hacía algo que molestaba a mi madre o simplemente había armado un problema del cual ella pudiera sentirse avergonzada. Me mantenía distante de muchas personas, y entonces estaba ahí, sin saber qué tan lejos podía llegar por un simple motivo. Pero todo ello no podía estar completo hasta ver a Raúl de nuevo, verlo con esa sonrisa que sólo su edad le permite, la cual no proviene de un estímulo exterior, sino del mismo interior, esa que sabía que recordaba a Damián aquellos días que no exigían nada de sí, sólo ser él mismo.

El lejano ruido de la construcción y circulación vial se vio interrumpido por otro más cercano. Era el Honda de Luka. Me percaté de ello cuando ya estaba casi frente a nosotros. Fernanda nos observaba desde el parabrisas en el asiento del copiloto. Luka se quitó el cinturón de seguridad con dificultad y salió del auto tan pronto como la gravedad se lo permitió.

—¡Elías, Damián! —gritó Fernanda apenas abrió la puerta del auto.

—¡Les hemos llamado todo este tiempo! ¿Dónde carajo estaban? —acusó Luka mientras me veía más de cerca—. ¡Oh! ¿Qué pasó? —indagó en voz más baja.

—¿Tienes la ubicación de ese cine? —pregunté sin saber si aún hablaba lúcidamente. Respondí a su pregunta con otra más importante.

—Suban al auto. ¡Por Dios, Elías! Esos golpes no se ven nada bien. Deberíamos ir ahora mismo a un hospital —intervino Fernanda. Ella abrazó a

Damián tan pronto sus ojos compartieron cierta información, la cual desconocía. Era esa conexión que sólo había visto entre ellos dos. Tan pronto como mis sentidos me advirtieron, ya estaba dentro del auto en el mismo asiento donde segundos antes se encontraba Fernanda.

—Sólo hay tres cines de esa cadena cerca de una lavandería —aclaró Luka tan pronto arrancó calle abajo.

—Bien, vamos al que esté más cerca. Hay tiempo suficiente —señalé.

El recorrido me hizo volver a la noche en la que Fernanda manejaba su Volkswagen color rosa por toda la ciudad hasta un bar, el cual no recuerdo lo suficientemente bien. Fue el día en que la conocí, y, al comparar la situación con el presente, dejé escapar una sonrisa, pero nadie se percató de ello. Damián explicaba lo acontecido en un resumen bastante digerible para alguien que no estuvo ahí. Podía ver el rostro aterrorizado de Fernanda desde el retrovisor.

—¿Jorge vivo?... Si pensaba que este asunto no podía dar más sorpresas, me equivoqué —dijo mientras se llevaba la mano a la barbilla, impresionada.

—Siempre fue Juliana la que estuvo a cargo de todo, de “los asuntos familiares” al menos —reafirmó Damián.

Fernanda seguía tan absorta durante el recorrido que ya no hacía cuestionamiento alguno o siquiera comentaba algo más al respecto. Luka se concentraba en el camino y recurría un dispositivo *GPS* en su auto que le indicaba el recorrido. Sus ojos mantenían un patrón de desplazamiento en la mirada que iba del parabrisas a la pantalla del dispositivo electrónico y, finalmente, al retrovisor. Mientras un silencio incómodo se hizo de pronto en el interior, pude ver por un segundo los escrutadores ojos de Luka, quien evaluaba mi estado.

—Según este traste, el cine está aquí, luego de dar vuelta. Elías, estás molido. Tú quédate aquí mientras nosotros vamos a buscar señales de Raúl. ¿Me recuerdan la descripción que esa niña nos dio sobre la chica? —indicó autoritario.

—Según Abril, la mujer que se llevó a Raúl tiene cabello muy rojo y tatuajes en los brazos; es alta y de complejión media —le respondió Fernanda a Luka después de haber permanecido en silencio largo rato.

—Bien, vayamos entonces. Hay un teléfono en la guantera que no uso, pero que tiene servicio. Mi número está en la agenda. Cualquier cosa rara que veas, te comunicas —me ordenó Luka mientras aparcaba el auto en un lugar del estacionamiento frente a la entrada del cine. La tarea de la búsqueda se

suponía fácil en vista de los escasos visitantes. El lugar aparentaba estar medio vacío.

Damián abrió la puerta del auto, pero vaciló en salir. Fernanda y él se vieron nuevamente con complicidad. Comprendía lo que ocurría.

—Vayan todos. Estaré bien aquí. Así podrán buscarlo mejor —dije convencido de ello. Damián asintió y apretó mi mano antes de salir y cerrar la puerta tras de él, no sin antes cerciorarse de que todas tuvieran puesto el seguro. Justo cuando avanzaba, algo lo detuvo y se llevó las manos al costado de su abdomen. La herida no había cicatrizado del todo. Fernanda se acercó rápidamente a él, y Damián aseguró estar bien. Luego ambos caminaron con pasos seguros para seguir a Luka, quien ya se encontraba cuestionando a uno de los empleados afuera del cine.

Recliné el asiento de tal manera que mi espalda descansara un poco. Era mucho mejor que estar sentado sobre cualquier superficie dura y fría. Las pulsaciones con las que el dolor se hacía presente no disminuían, pero, conforme transcurrían los minutos, las sentía casi tolerables, a excepción de algún movimiento inadvertido que generaba una nueva descarga. Pero aún con la sensación de haber sido embestido por una fuerza que triplicaba la mía y los daños ocasionados por ella, no alejaba de mi mente la última acción de Juliana. Había dejado para el final un último esfuerzo, y, al parecer, Jorge no estaba enterado de la relación que había entre Damián y yo. No estaba seguro de qué tanto habría afectado esa información en su decisión; sin embargo, confió en mí desde el momento en que planteé mi versión de los hechos, en su mayoría verdad, salvo la muerte de Héctor. De cualquier forma, ya estaba bastante enfadado con su hermana y la manera en que llevaba las cosas. Eso sin duda fue la principal herramienta para aminorar la influencia que ella tenía en él e hizo posible que mis palabras fueran persuasivas.

Transcurrieron cerca de veinte minutos, cuando Fernanda, Luka y Damián atravesaron las puertas de cristal camino al estacionamiento; sólo ellos tres. Mientras se acercaban al auto con pasos apresurados, trataba de convencerme que aún quedaban dos cines más donde buscar. Impedí que cualquier pensamiento negativo arruinara lo cerca que nos encontrábamos de salir hacia la superficie sin habernos perdido en el camino.

—Nadie ha visto a una mujer ni a un adolescente con esas descripciones. Las salas están prácticamente vacías —indicó Luka tan pronto subió al auto.

—Revisamos las dos salas con horarios cercanos, y nada. No está ahí —lo secundó Fernanda.

—Rápido, vayamos al siguiente en la lista —apresuró Damián para después corroborar el estado en el que me encontraba. Lo vi con ojos de aparentar estar bien y tener todo bajo control.

—En la llamada que hizo Jorge a esa mujer se escuchaba bastante bullicio. El cine en el que están debe ser un poco más concurrido —afirmé al recordar ese detalle.

—Y vigilado. Aquí ni siquiera hay alguien en la entrada de las salas —Fernanda parecía más tensa que antes.

Luka arrancó el auto hacia la siguiente dirección a mayor velocidad que antes. Damián y Fernanda hablaban en voz baja sobre lo ocurrido, pero esta vez él no parecía cómodo explicando las circunstancias de los hechos en el pasado y presente. Ciertamente era algo que le afectaba, y de momento parecía seguir siendo procesado por nuestras agitadas mentes. Luka me preguntó si no tenía la sospecha de que tal vez nos hubieran seguido. Expliqué que por ese momento estábamos fuera de peligro, pues a la persona que estaba tras nosotros ya no le sería posible continuar con la tarea, a menos que regresara de entre los muertos. Eso era prácticamente imposible. Jorge había hecho un trato con nosotros y se encargaría de mantener a su hermana Juliana al margen de todo. El único peligro latente en esos momentos era la posibilidad de perderle el rastro a Raúl nuevamente. De ser así, la esperanza de volver a encontrarlo quedaba suspendida en un espacio incierto, así como el tiempo que ello nos tomaría y la búsqueda que tendríamos que organizar. Todo se realizaría sin certeza alguna, pues, para ese entonces, Jorge y Juliana ya no podrían hacer mucho al respecto sin exponerse. Lo único que mantenía mi espera en una aparente calma era haber escuchado la voz de esa mujer al teléfono con quien Raúl se encontraba. No parecía estar al tanto de la naturaleza real de su tarea. Tal vez ignorara completamente el origen de Raúl, por lo que ni siquiera la percibí como alguien que representara peligro alguno. Aun así, estaba claro que mantenía un nexo con Morales, lo cual, desde luego, no era nada confiable en ningún sentido.

El proceso en el segundo cine se repitió de la misma manera. A pesar de que insistí en bajar y ayudar en la búsqueda al menos en los sitios más usuales, los tres se negaron. No era consciente de la pésima finta que tenía hasta que vi mi reflejo en uno de los espejos del auto con más detenimiento. Mi rostro se había hinchado. Una mancha violeta contorneaba mi nariz, y un corte transversal surcaba el puente de ésta. Restos de sangre se habían fusionado con la pestaña inferior en uno de mis ojos, que sufría el mismo mal

y estaba notablemente más cerrado que el otro. El conjunto visual era poco atractivo, así que, en vez de seguir inspeccionando mi pésimo aspecto, me dediqué a observar con detenimiento a la gente que entraba y salía del cine por si conseguía advertir el paradero de nuestro objetivo.

Esta vez la demora ahí dentro fue mucho mayor. Quedaban menos de cuarenta minutos restantes para las dos horas aproximadas que debían permanecer dentro del cine. Minutos más tarde, y para aminorar mi desesperación, vi salir de nuevo a Fernanda, Luka y Damián, solos otra vez. Un fuerte latido desbordó un escalofrío en mi cuerpo. Sólo quedaba un lugar donde buscar.

—Nada, el último en la lista al parecer es el más pequeño. Está dentro de un centro comercial —dijo Luka tan pronto cerraba la puerta del auto al entrar.

—¿Esos dos dijeron adónde irían o dónde localizarlos en caso de que no encontremos a Raúl hoy? —cuestionó Fernanda sin más. Era justo la pregunta que permanecía suspendida en mis pensamientos.

—Apenas si pudimos salir. No tenemos una garantía más que la palabra de Jorge —sentenció Damián y de esa forma impidió que cualquier otra conjetura fuera dicha.

Durante nuestro último recorrido, observaba cómo la luz del día se perpetuaba en la claridad de las calles grises, perceptible sólo para aquellos que absorbían el final de su presencia. Ya no había rastro del sol en el firmamento, y la blanquecina luna dejaba verse en una prematura aparición, esperando a la noche que la hacía brillar para estar completa. La gente cruzaba presurosa las calles, y el viento helado hacía revolotear sus cabelleras. Luka maldijo fuertemente cuando una mujer se atravesó en su camino mientras el semáforo estaba en verde, pero, lejos de alarmarme, tan sólo esperé a que retomáramos el camino y la velocidad que antes llevaba el auto. Tras virar precipitadamente más de una vez debido a un fallo de trayectos en el gps, finalmente, un edificio rectangular de colores amarillo pálido y blanco se alzó frente a nosotros. El gran anuncio cilíndrico que indicaba diversas marcas y comercios, incluido el cine que buscábamos, nos confirmó que era el lugar correcto.

Esta vez no pensaba quedarme a esperar. Olvidando mis contusiones y el dolor, salí del auto, al igual que todos. Por unos segundos, la sensación taladrante en mi cabeza me hizo detenerme un momento, pero, a pesar de ello, avancé con aplomo. Damián y Fernanda insistían en que me quedara. En

vez de eso, seguí caminando, por lo que no tuvieron más opción que salvaguardar mi equilibrio. Conforme más avanzaba, lograba convencerme de que podía hacerlo más deprisa y, casi sin pensarlo, ya estaba caminando al mismo ritmo que los demás.

El cine se encontraba en la planta alta. Subimos las escaleras eléctricas sin esperar a que éstas nos llevaran en su recorrido automatizado. La gente a mi alrededor se hacía a un lado al verme, mientras algunos lanzaban comentarios compasivos y otros tan sólo seguían su camino. Incluso un hombre de edad avanzada se acercó para preguntarnos si todo estaba bien, pero no le presté atención alguna. Luka le dirigió unas palabras para no ser descortés y después se adelantó y comenzó la búsqueda. Damián, Fernanda y yo lo seguíamos.

Las voces entusiasmadas de la gente provocaban un extraño zumbido en mis oídos. Se empalmaban una con otra y formaban una masa de sonidos incomprensibles. Tan ajeno al motivo de mi presencia en ese lugar, intenté separar mis sentidos y darles una dirección que me permitiera encontrar cualquier señal que nos llevara hacia Raúl. Fernanda se separó de nosotros y comenzó por preguntar al personal de limpieza y área de comida. Luka atravesó las largas filas en las taquillas y cuestionó autoritario a los jóvenes vendedores. Uno de ellos solicitó ayuda por radio. Al minuto siguiente, un hombre con uniforme azul perteneciente a la seguridad del lugar hablaba con Luka en persona. A pesar del semblante frío y serio, no dejaba de ser educado. De igual modo, el guardia tomó su radio para solicitar asistencia. Interpreté el movimiento de manos que indicaba lo que era el propósito de aquella plática. El hombre había terminado de explicar algo, asintiendo varias veces con la cabeza, y, casi al instante, tres sujetos con el mismo uniforme se reunieron con él. Recibieron las indicaciones para después comenzar con una improvisada búsqueda por caminos separados entre las salas y los lugares clave del lugar. Luka corrió hacia nosotros. Fernanda llegó al mismo tiempo que él hasta donde nos encontrábamos. Damián, al igual que yo, utilizaba sus ojos como única herramienta y estiraba el cuello de vez en cuando para ver mejor entre movimientos ágiles.

—¿Cómo convenciste al personal para que comenzara una búsqueda? — preguntó Fernanda asombrada.

—El correcto uso de la palabra para intimidar. Ningún negocio quiere un escándalo que incomode a sus clientes, ¿o sí? Podría espantarlos —le respondió Luka, que se regodeaba en su logro, igual que un niño pequeño. Su compañera le respondió con una tímida sonrisa, y éste se sonrojó. Podría

jurar que todos habían caído en cuenta de ello, menos él mismo.

Casi como un cronometro que marcaba el tiempo exacto fue que un rayo invisible cayó sobre mí en ese momento. Algo en mi interior había crujido. Era eso o realmente mi cerebro había quedado totalmente desorientado. La sensación, hasta entonces desconocida, me hizo doblarme por completo y caer nuevamente de rodillas. Un quejido salió de mi garganta con una voz que no parecía ser la mía. Entonces todo transcurrió en lapsos imprecisos de tiempo.

—¡Damián! —gritó una voz familiar desde lejos.

—¡Ve! —dije lo más fuerte que pude mientras le daba un empujón para que se alejara. Damián permanecía completamente absorto entre mi situación y la voz que lo llamaba.

—¡Elías, es Raúl! Lo encontraron... ¡Hombre, debiste haberme hecho caso! Mejor que venga una ambulancia pronto —dijo Luka mientras me sostenía con un brazo para que no colapsara por completo y, con su otra mano, maniobraba su celular.

No supe en qué momento había sucedido, pero de estar de rodillas en el suelo pasé a estar tendido boca abajo. El piso frío parecía tragarme entero, y la sensación de estar cayendo hacia un vacío inexistente me causó varias sacudidas, aunque no sabía si aquello realmente estaba sucediendo. Como pude, agudicé la mirada para ver qué ocurría. Uno de los guardias de seguridad interrogaba a una mujer de pelirroja cabellera, tal como Abril la había descrito, mientras, por su parte, Damián y Raúl hablaban con otro de los guardias. En un pestañeo todos estaban a mi alrededor. Los gritos de Fernanda parecían haberme traído de donde fuera el lugar al que iba mi presencia.

—¡Elías! ¡Oh Dios! —repetía una y otra vez horrorizada.

Intenté obtener nuevamente el control sobre mi cuerpo, pero era inútil. Sólo logré ver los rostros de preocupación en los allí presentes al levantar la mirada lo más que me permitía mi posición. Alguien sostenía mi mano, y esa sensación la recordaba bien. Era Damián. De pronto vino la necesidad de ver sus ojos negros, de ver a Raúl después de lo que me parecía un largo tiempo sin nuestras extrañas y elocuentes conversaciones. Por varios meses, él había traído junto a Damián lo que muchos llamarían familia, por peculiar que ésta pareciera.

—¿Qué le pasó? ¿Por qué no llegan los paramédicos? —escuchaba a Raúl en un volumen bastante bajo a pesar de que parecía estar hablando fuerte.

—¡Elías! ¡Aguanta, ya no tardan! —Damián sacudía mi mano una y otra vez. Pero el bullicio de la gente se apagaba poco a poco. Ya no había un suelo que me sostuviera. De pronto, el mundo estaba tranquilo. Lo habíamos logrado después de todo. Escuché mi nombre repetirse por último una y otra vez en las voces del grupo que me acompañaba. Me habría gustado darle una mejor bienvenida a Raúl.

5
MOVIMIENTO

Mi madre siempre solía decir que el tiempo era más sabio que cualquier persona, y, mientras algo ocurría a nuestro alrededor, se trataba tan sólo de la forma en que trabajaba para darle el lugar correcto a cada cosa y situación. Estaba claro que ante las quejas de impaciencia que yo lanzaba cuando era chico, eso era lo último que me gustaba escuchar; algo tan simple, pero que cobra un sentido genuino cuando se experimenta, cuando la hora correcta llega y de pronto todo comienza a fluctuar de maneras demasiado favorables así como naturales, aunque no por ello fáciles, igual que poder encontrar la unión que dan las costuras a un objeto funcional y bien elaborado hecho para un propósito mayor, como un paracaídas.

Todo lucía exactamente igual que como lo había dejado antes de partir: mi recámara, la sala de estar. Mi madre no había movido absolutamente nada. Nuestras primeras conversación después de mi llegada habían sido demasiado reservadas a pesar de la cantidad de cosas que tenía por contar, pero todo se resumía tan sólo a lo que ella necesitaba saber. Siempre mantuve inescrutable cualquier asunto que fuera más allá de nuestra relación familiar, algo que ella y yo teníamos en común; sin embargo, no pude evitar hablarle sobre Damián y Raúl. El desconcierto en su rostro me indicó lo evidente que resultaba estar ocultando una infinidad de acontecimientos tras aquella mención, pero, lejos de indagar más al respecto, tan sólo se limitó a preguntar si habían sido amables conmigo. Mi respuesta fue un “sí, muy amables”, que, al decirla, parecían volcarse sobre mí todas esas emociones vividas a un mismo tiempo, abrumándome de tal modo que era imposible no sonreír para mí mismo o detener el fortuito suspiro que ello acarrea.

Un domingo bastante tranquilo dejaba caer el sol después de una tarde calurosa. Los días solían ser así en Páramo Alto. Mientras picaba en pequeños trozos varias verduras y albahaca para el estofado que mi madre cocinaba, recordaba lo poco que faltaba para reunirme en el lugar previamente acordado con Jorge. Su llamada a primera hora de la mañana me había tomado por sorpresa. Habían transcurrido ya casi dos meses desde la primera y última vez que lo vi gracias al incidente ocurrido en el taller mecánico abandonado. Recordé entonces la golpiza de Morales, el hombre con quien Juliana había hecho equipo. Después de todo, las secuelas causadas eran motivo para tenerlo siempre presente.

Ese mismo día en que dimos fin al juego del gato y el ratón logramos

encontrar a Raúl. La mujer que lo mantenía oculto huyó tan pronto como pudo. No volvimos a saber nada al respecto, y creí que era lo mejor. De cualquier modo, él nos había contado que en ningún momento había recibido algún maltrato por parte de ella, ni siquiera de Morales. Al parecer, manejaban la situación bastante bien para poder mantener a Raúl tranquilo y que no sospechara nada de lo que estaba pasando en ese entonces. También nos contó que, después de la llamada que había logrado hacer a Damián para saber si se encontraba bien, no hizo más que planear cómo escaparse de la discreta pero constante vigilancia con la que lo custodiaban. La idea de ir al cine para el supuesto estreno de una película no fue más que el pretexto perfecto para huir una vez que estuvieran dentro de la sala, pues ya se había ganado la confianza de su captora. La mujer había corrido tras él luego de que Raúl saliera de la sala sin ninguna otra explicación más que la de ir al baño. Aquel lapso de tiempo fue suficiente para perderse de vista y pedir ayuda a uno de los vigilantes, quien inmediatamente informó a los demás. Fue en ese preciso instante que pude ser testigo de la riña cuando la pelirroja dio con su paradero también. Después de varios intentos por mantenerme consciente ante la mirada de todos, tan sólo logré alargar mi lucidez unos segundos más. Lo último que vi fue a Damián.

Desperté entrada la noche en un hospital. Había precisado una intervención quirúrgica a causa de la costilla rota que lo empeoró todo. Fuera de ello, logré recuperarme con rapidez a pesar de que la visión en mi ojo derecho no volvió a su habitual estado. Según el doctor que me había atendido, era consecuencia de un traumatismo menor, lo cual, con el paso del tiempo, se disiparía. Hasta este momento no había visto mejora alguna, pero me tenía sin cuidado. Bastante afortunado me sentía ya de haber salido con vida o al menos con daños mínimos. Damián insistía en que continuara con una serie de exámenes para poder mejorar el problema, pero tan sólo daba largas al asunto. Además, no tenía seguro médico que lo cubriera y no me sentiría cómodo con la idea de saber que alguno de ellos costearía el servicio.

Raúl era otra de las personas a las cuales la información acerca de todo lo ocurrido se le había dado reducida a puntos clave con los cuales comprendería la situación que lo rodeaba. Cuando nos cuestionó acerca de su tía Juliana y Abril, tan sólo mencionamos el hecho de su inminente huida a causa de los errores cometidos; todo de la manera más generalizada posible. Justo unos días después de haberle compartido a Damián la idea de regresar por un tiempo con mi madre para mejorar las circunstancias con ella y

conmigo mismo, recibimos el aviso. La demanda a la cual Juliana le había dado arduo seguimiento estaba resuelta. Ella se retractaba de toda acusación debido a malos entendidos familiares y dejaba claro que la tutela de Raúl seguía a cargo de su hermano. Fue la primera señal de que Jorge estaba cumpliendo con su parte del trato.

—Pareces estar en otro lugar. ¿Qué pasa por esa cabeza tan revuelta? —las palabras de mi madre provocaron una risa involuntaria, igual que años atrás.

—Nada en realidad. Me distraje un rato... Creo que iré a dar un paseo por la plaza. Quisiera visitar a un par de viejos amigos —respondí.

—Elías, sabes que ya ninguno vive aquí —señaló y dejó en duda mis palabras. Me limité a sonreír mientras encogía los hombros, y ella negó con la cabeza al mismo tiempo que tomó el resto de las verduras para preparar la comida. Parecía divertirse con mi actitud despistada, cuando en realidad estaba consciente de que algo más sucedía.

A Jorge le costó trabajo convencerme de que lo viera en Páramo Alto. Por alguna razón había notado mi ausencia en la ciudad. Al lado de los hermanos Arias, no le fue difícil predecir que me encontraría ahí, en el lugar que me vio crecer y donde hasta hace poco tiempo había permanecido toda mi vida. Afirmaba tener que hablar temas demasiado importantes conmigo que no fueron tratados con anterioridad. Eso dejaba un umbral de motivos bastante vagos y difusos para la situación, ya de por sí contingente. Ante las negativas de Jorge para llevar a cabo la reunión en otro tiempo y lugar, no tuve más remedio que acceder a su proposición.

El reloj marcaba la hora exacta, y aún nadie se aproximaba, tan sólo el bullicio lejano de los adolescentes en la plaza principal o las familias que disfrutaban de la usual reunión fuera de sus casas un domingo por la tarde. Caminé un momento por la orilla de la carretera y recibí los cálidos rayos de un sol apacible que ya se escondía en el horizonte.

Damián y yo hablábamos constantemente por teléfono, pues, por alguna razón, los servicios de mensajería por Internet no se me daban muy bien. Luka insistió en que conservara el teléfono móvil que me había facilitado aquel día para cualquier emergencia, y, a pesar de eso, seguía utilizando el mío. No era uno de última generación, pero tenía exactamente la misma utilidad para mí. En cuanto a las pertenencias que Héctor había dejado a su paso para ser descubiertas, fueron destruidas, no sin antes conservar los videos donde documentó su travesía final, material que fue nuestro pase de salida en el crucial momento, donde todo colapsó ante nuestros ojos.

Tratar de dejar todo como un episodio resuelto y enterrado era casi imposible entonces. Prueba de ello fue ver a la orilla de la carretera un automóvil azul marino que se encontraba detenido. Las placas en la parte de atrás indicaban su procedencia. Di unos pasos más, y la figura de un hombre que permanecía de espaldas se dejó ver tras el impropio escenario. Mantenía la mano junto a su rostro, y una bocanada de humo se fundió con el aire al tiempo que fue expulsada. Jorge lanzó el cigarrillo al asfalto después de sentir mis pasos, se reunió conmigo después de un obligado saludo que tan sólo consistía en la llana pero fuerte mención de mi nombre. Caminé por el terreno en declive lleno de piedras y hojarasca hasta llegar a la vieja fuente que sólo era un pozo. Jorge seguía mis pasos sin mencionar palabra alguna. El arroyo seco había desaparecido ya entre los sedimentos y creaba un sendero hundido lo suficientemente bajo para ocultarnos de cualquier par de ojos entrometidos que transitara por la vialidad.

—Hacía años que no regresaba a este lugar. No parece haber cambiado mucho —dijo Jorge para romper el silencio mientras escudriñaba los cielos del pueblo con su mirada, esperando que le revelaran algo.

—Me resulta diferente ahora —respondí con voz fría.

—Supongo que ya recibieron el aviso... Juliana no lo está pasando bien, y Abril quiere que regresemos. Nos pregunta por qué tenemos que huir. Esa niña es bastante intuitiva, ¿sabes?

—Lo sacó de su madre, supongo.

—No deberías juzgarla tan fácil, Elías. Estaba pasando por una mala racha y sólo hizo lo necesario para proteger a los suyos... igual que tú.

—Al menos tenemos eso en común ella y yo.

—Entonces es un mal de familia —Jorge tenía ambas manos en los bolsillos de su chaqueta negra. Permaneció en silencio con el entrecejo fruncido mientras sus pensamientos lo asaltaban. Un ramillete de tenues arrugas surcaba el contorno de sus ojos—. ¿Qué ocurrió realmente con Héctor, Elías? —cuestionó sin más.

—¿Era eso de lo que querías hablar? —respondí apacible con otra cuestión.

—Sólo quiero que me ayudes a entenderte mejor.

—“Lo necesario para proteger a los nuestros”, ¿no? Lo mencionaste hace un momento.

—Vaya... Entonces no dudo que hagas lo necesario si alguna otra vez las cosas lleguen a ponerse feas.

—¿Alguna otra vez? Esto no puede seguirnos toda la vida, al menos no de este lado —sentencié. Mis palabras resultaron ser más agresivas dichas que cuando las tenía en mente.

—Es cierto. Tal vez nunca podré dormir tranquilo otra vez o dar una caminata sin temor a ser identificado, pero tú te sientes lo bastante seguro para volver a tu antigua vida, ¿no?

—Mañana mismo estaré de vuelta en casa con Raúl y Damián, si es a lo que te refieres.

—En verdad te tomas muy en serio esa responsabilidad con ellos. Te has ganado un lugar en la familia, y eso nadie puede negártelo.

—Tengo una oportunidad y voy a aprovecharla. Terminaré todo lo que dejé pendiente y estaré cerca de mi hermano y de Damián. Ésa es la verdad.

—Ya veo. En cierto modo es reconfortante saber que alguien más estará pendiente de mi hijo, ya que yo no puedo; no de cerca.

—¿A qué viene todo esto realmente?

—Sólo quiero saber si puedo confiar plenamente en ti. Además... hay cierto asunto que me gustaría aclarar. Juliana me dijo algo que me desconcertó bastante. No le creí, pero necesito saber si tú y Damián... ¿cómo es que se llevan tan bien? ¿Hay algo entre ustedes que deba saber? —Jorge no sabía cómo formular la pregunta que tenía en mente. Hablar de eso mismo era justo lo que quería evitar. Respiré hondo mientras frotaba mi barbilla y dejaba escapar una risa burlona. Preví la situación. Sabía exactamente qué responder.

—Jorge, no sé qué responderte. Esa mujer... quiero decir, tu hermana, hizo hasta lo imposible por desacreditar a Damián. Ya lo sabes. Yo me acerqué primero a él porque era la única manera de ganarme la confianza de ambos. Tal vez no seamos hermanos de sangre, pero compartimos la misma familia. A los dos los veo de esa forma.

—Te creo, pero sólo por si se me escapa algo no está de más advertirte que... no me daría mucho gusto saber que mi hijo esté involucrado en asuntos innecesarios, ¿me entiendes?, asuntos que sólo te correspondan a ti o a Damián —más que advertencia, las palabras de Jorge venían con una fuerte amenaza de por medio.

—Entiendo perfectamente. No es necesario que lo menciones. No hay ningún asunto como tal que pueda afectarle ni a él ni a nadie.

—Eso está mejor. ¿Quién lo diría, eh? Parece que hubieras llegado justo a tiempo para hacerte cargo de las cosas.

—Es lo que intento y, ya que estamos aquí, quiero pedirte una sola cosa — le dije sin inmutarme. Llevaba varios días dándole vueltas al mismo asunto. Por la forma en que se habían complicado las cosas a partir del momento en que Jorge apareció, esperaba muy en el fondo que pudiera entenderme una vez más.

—A ver... ¿Qué sería eso? —preguntó sosteniéndose la barbilla con los dedos.

—Has venido hasta aquí sólo para despejar tus dudas, para saber que sigue en pie lo prometido. No confías del todo en mí, y eso es normal. Me doy cuenta de ello. Sólo espero que esta vez no haya ninguna duda respecto a mis intenciones, las cuales no se interponen con las tuyas —Jorge exhaló aire con los ojos casi cerrados mientras le hablaba, atento, pero deseando que fuera directamente al asunto, sin rodeos, así que expuse de una vez mi mensaje—: en verdad necesito que te alejes de nosotros; sólo así puedo hacerme cargo de todo, incluido el desorden que tú y Juliana dejaron. Raúl ya ha pasado por suficientes cosas. Necesita retomar el ritmo habitual que tenía en su vida, la que antes conocía. Damián ya se está encargando de todo lo relacionado con el dinero y las cuentas que dejaron. Cuando los trámites con el banco y la aseguradora procedan, tendrás una parte de ese capital. El trato sigue tal y como lo negociamos, pero Raúl no puede verte ni saber que estás con vida. Eso desestabilizaría todo cuando apenas se está haciendo a la idea de que sus padres murieron. Echarías abajo ese esfuerzo. Tampoco puedes aparecer de la nada frente a nosotros, ni siquiera desde lejos para observar, como sé que lo has estado haciendo. Nos pones en peligro a todos, lo sabes bien, así que por favor te pido que desaparezcas. El único contacto que tendrás será conmigo tan sólo para informarte de la situación —expliqué sin pausa alguna aquella letanía. Jorge no pudo interrumpirme y se mantuvo perceptivo todo el tiempo.

—Estás consciente de que cuando él sea mayor de edad las cosas cambiarán. Tal vez se entere de otra forma y entonces querrá saberlo todo —respondió luego de permanecer en silencio por unos segundos.

—Tal vez, pero hasta entonces, y mientras todo vuelva a la normalidad, debes permanecer lejos —recalqué. Jorge aventó las llaves de su coche al aire y las atrapó con una mano. El movimiento trajo a mi mente el zarpazo de un felino, igual de inesperado que uno real.

—Lo tienes todo bien planeado. Eres un buen hombre, Elías, y tienes agallas. Es una lástima que tu madre no me haya permitido estar cerca de ti.

—Gracias, pero después de todo no fue muy necesario —aquello se había

escapado de mis pensamientos sin que lo razonara antes. Jorge rió por lo bajo y dio un largo respiro que infló sus pulmones para finalmente ofrecerme su mano con la esperanza de que yo la estrechara.

—Cuídate y cuida también de mi hijo —se despidió.

—Así será —le respondí con un firme apretón de mano.

—Y deja de preocuparte por mi presencia. Después de todo, estoy muerto —lo irónico de su comentario parecía divertirlo.

—Que así siga siendo —fue lo último que dije antes de ver cómo Jorge encendía su auto y retomaba el camino fuera del pueblo. El sonido de los neumáticos aplastando las piedras y una nube de polvo despidió ese momento. No pude evitar recordar aquella pregunta que llegaba a mi mente infantil hace muchos años. ¿De verdad tenía un padre? Con el tiempo, el interés por saber de él murió, como pasa siempre. Lejos estaba de imaginar que lo vería ahí, precisamente en ese lugar.

Los silbidos fusionados de distintas aves sustituyeron mi frágil sueño por un despertar poco agradable. Desde hacía tiempo lograr dormir resultaba una tarea difícil y, prolongarlo lo suficiente para descansar, aún más. Pensé haber dormido temprano, pero entre el insomnio y el choque de pensamientos aún dispersos por la visita de Jorge, no me percaté de que el sol de la mañana había dado paso al comienzo de la tarde.

Me levanté con un fuerte dolor de cabeza y varias llamadas perdidas de Damián. Parecía que después de todo los planes no cambiarían. Tenía que reunirme cuanto antes con él. No había razón alguna para seguir deteniendo el curso hacía el cual nos dirigíamos. Tomé el teléfono celular entre mis aún entorpecidos dedos mientras aclaraba las ideas una a una conforme llegaban a mí. Acto seguido devolví la llamada a Damián.

—¡Por fin! Te estuve marcando toda la mañana.

—Lo sé... No dormí bien. Disculpa... ¿Cómo están todos?

—Raúl aún insiste en hablar con Abril, pero está tomándolo todo muy bien. Fernanda es la que está un poco distanciada de todos, incluso conmigo, pero así es ella... Necesita un tiempo. Luka es quien más sufre por eso. Ya sabes... se había acostumbrado a tenerla cerca y demostrarle su incansable lealtad.

—¿Y tú?

—¿Yo? A comparación de hace un tiempo, mucho mejor. Sólo falta que estés aquí —Damián bajó el tono de voz. Había un tono dulce en ella que poco a poco dotaba de energía ciertas palabras, esas que hacían tomar fuerza

y dirección a mis emociones.

—Eso es lo que quiero decirte. Salgo hoy en la tarde para allá.

—Pensé que aún estarías una semana más, pero... qué mejor —dijo sin ocultar su entusiasmo.

—Tengo varias cosas que contarte sobre... ya sabes qué.

—¡Oh!, sí, ya veo. Yo también quisiera hablar contigo. Bueno, no es algo que realmente urja, así que te espero mañana aquí... No pensarás irte de nuevo en autobús, ¿verdad? Puedes usar el dinero de la cuenta que te dije para el boleto de avión.

—Damián, respecto a eso... no me lo tomes a mal, pero me siento un poco extraño haciendo uso de ese dinero, y no sólo es por la procedencia que ambos sabemos, sino por tu familia.

—¿Es por todo lo que dijo Juliana alguna vez?... No seas ridículo. Lo necesitas para volver más rápido. Además, no eres cualquier persona. En todo caso, tú sí eres un auténtico Arias —me contradijo Damián con un acento burlón cuando mencionó el apellido Arias. Reí celebrando su ocurrencia.

—Está bien. Usaré los beneficios por ser miembro de su club. En cuanto deje el pueblo y llegue al aeropuerto, te lo haré saber.

—Con cuidado.

—Así será... Damián, ¿está todo bien?

—Sí, no pasa nada. Hablamos cuando llegues —finalizó Damián antes de despedirnos.

Luego de la llamada creció cierta incertidumbre. Algo parecía preocuparle a Damián y podía imaginar qué era. Después de mi recuperación en el hospital, cuando finalmente volví a casa de los hermanos Arias, el hogar donde pasé los últimos mejores momentos de mi existencia, todo continuó muy diferente. Nuestra comunicación disminuyó, y, a pesar de haber terminado lo mejor que pudimos aquella situación, podía sentirse una profunda tristeza que atravesaba los muros del lugar y llegaba a mí en forma de silencio. El duelo por la muerte y sobre todo las circunstancias en que la madre de Damián terminó era una de las muchas razones por las que suponía que él estaba así. Raúl, por su parte, también se había aislado. No quiso volver al colegio de inmediato y pasaba largas horas frente a la televisión o dormido.

Había ocupado todas mis energías en resolver lo que una vez nos había mantenido en peligro a todos y entonces no sabía qué más hacer por ellos o qué hacer por mí. Sin darme cuenta, también me aislé poco a poco en ciertas

ocasiones, y por primera vez desde que había llegado sentí una enorme distancia entre los tres, una que me costaba digerir, como si de pronto ya no perteneciera a ese lugar. Tal vez así tenía que ser. Cumplí mi propósito al compartir todo ese tiempo al lado de Damián y de Raúl, de haber hecho todo lo que hice. ¿Qué motivos había para pensar que terminaría de otro modo?; pero, por fortuna, esas erróneas conjeturas se fueron tan pronto recordé el tiempo transcurrido, desde el día en que lo vi por vez primera en ese apacible cementerio donde todo comenzó.

Damián aún cargaba con demasiados fantasmas para ahuyentarlos todos a la vez. Una noche en la cual intenté hablar con él luego que Raúl se había ido a dormir me dijo no sentirse bien, pero no argumentó nada más. Esa vez dejé la puerta de mi habitación abierta, y unas horas después él entró. Ésa fue la noche que volví a dormir a su lado. No sabía qué decir o hacer, así que sólo lo abracé hasta que se quedó dormido. Aquello me devolvió la tranquilidad que me hacía falta. A la mañana siguiente dijo haber tomado en cuenta el consejo de Fernanda y comenzó a tomar terapia. Yo bromeé al respecto con él y le hablé sobre mis semestres cursados en psicología. Entonces surgió un poco de ánimo en su rostro.

Con el pretexto de hacer tareas rutinarias en la casa y fuera de ella, logramos acercarnos aún más. Raúl había regresado a clases. Algunas veces por la tarde, volvíamos a pasar tiempo juntos los tres, el necesario para hacernos saber uno al otro, sin palabras, que aquella extraña combinación funcionaba para todos, nos aislaba de los conflictos que surgían en cada uno de nosotros, devolviéndonos así algo de esperanza. Estaba casi seguro de que Damián y Raúl podían percibir ese sentimiento de igual forma.

Damián recuperó las clases perdidas del semestre en curso para tenerlo todo en tiempo y forma para las vacaciones. Se encontraba a la mitad de sus estudios en diseño gráfico. Todo volvía a la normalidad, y con ello cuestioné mi lugar durante aquel instante. Sabía que lo siguiente era volver a Páramo con mi madre. Necesitaba hablar con ella y contarle, hasta donde fuera prudente, muchas de las cosas que habían ocurrido, pero sobre todo plantearle el futuro que quería para mí, uno que continuaba en el mismo lugar, al cual en ese momento tenía más de una razón para volver.

Todo estaba listo. Reservé con éxito el boleto de avión para mi regreso a la hora deseada. A pesar de haberle dado la noticia a mi madre desde la noche anterior, no dejaba de hacer preguntas sobre qué tan confiable y estable era lo que tenía en la ciudad. Le había repetido hasta el cansancio el hecho de poder

terminar mis estudios y ejercerlos en cuanto pudiera. Le expliqué las miles de oportunidades que tendría, el espacio en la familia que me habían brindado y todas esas confiables personas que había conocido. Incluso le conté acerca de Fernanda, y un destello de emoción brotó de sus ojos. Rápidamente entendí qué estaba pensando. Justo cuando preguntó si era por esa joven que tenía tanto ímpetu en regresar, eliminé su figuración con un seco “no”, tan contundente, que ni siquiera permitió la continuación de su conjetura; pero ella me conocía lo suficiente para saber que algo muy grande se escondía tras mis palabras, algo más que movía mi voluntad. Prometí verla de nuevo muy pronto, pero, cualquiera que fueran mis palabras, sólo elevaban la tristeza de aquella despedida, así que las sustituí por un fuerte y prolongado abrazo. No tenía más que agradecimiento para ella, y cualquier reproche que le tuve en el pasado resultaba ridículo en ese momento. Nunca experimenté aquella sensación. Jamás había tenido que desprenderme de nada o nadie a quien amara, porque era lo único que permanecía siempre presente e imborrable. No existía nada más a lo cual sentir apego. Por ello, partir esta vez resultaba tremendamente catártico al mismo tiempo que doloroso. Esta vez, la realidad tan cercana era más abrumadora que la incertidumbre de la primera ocasión.

Como pasé la mayor parte del viaje dormido, tendría la suficiente energía para pasar todo el día entero desde mi llegada al lado de Damián. Lo realmente cansado fue el trayecto en autobús desde Páramo hacia el aeropuerto. En un inicio, la emoción por volver mantenía mi cerebro despierto y ansioso; pero las horas, conforme fueron avanzando de manera estática en mi asiento, aunado al movimiento vaporoso de las nubes tras la ventanilla, me trajeron una extraña tranquilidad que terminó por devolverme el tiempo para dormir que había perdido la noche anterior.

Una vez que el avión tocó tierra, tomé el primer taxi fuera del aeropuerto sin avisar de mi llegada a Damián, así que tal vez no se percataría aún de mi presencia fuera de la casa. La misma pequeña maleta y mi mochila era todo el equipaje que cargaba. La cortina en la sala de estar se recorrió, y el rostro de Raúl apareció tras la ventana. Segundos después, el otro hermano estaba frente a mí, con esa tenue sonrisa suya hacia un lado. Sus grandes ojos negros veían fijamente los míos bajo ese par de cejas pobladas que casi se unían con su oscuro cabello alborotado que le cubría la frente.

—Esperaba tu llamada, entra —dijo conteniendo la emoción en sus palabras mientras observaba a su alrededor. Una vez que estuve frente a él, nuestras manos se unieron por segundos casi de forma inconsciente. Acaricié

su brazo izquierdo para contener dentro el frenesí por sentirlo en la forma que realmente necesitaba. Raúl se percató de aquel extraño saludo, pero no pareció darle importancia. Me recibió con un abrazo, e hice lo mismo con Damián, uno que escondía el verdadero motivo que nos unía.

Aquella tarde decidimos no preocuparnos por nada. Raúl platicaba de los avances y competencias que tenía con su equipo de fútbol. Habían cambiado al entrenador, lo cual motivó a más de uno; sin embargo, varios se habían salido del equipo, lo que, según él, benefició a todos, pues eran los más problemáticos del grupo. Era agradable escucharlo hablar de esa forma. El gusto con que lo hacía podía contagiar a cualquier persona, e incluso, las dificultades que se le presentaban, se quedaban al límite de las que un estudiante como él debía tener. Eso también era reconfortante en muchos modos. Por vez primera, después de un tiempo, había atisbos de tranquilidad; pero, pese a todo, los rincones oscuros de aquella estabilidad aparecían al girar en cualquier dirección. La repentina huida de Juliana con Abril salió entre palabras del mismo Raúl. Tan sólo me limité a repetir lo que ya se había dicho. El obligatorio cambio de tema vino por sí solo después.

Raúl tenía práctica con su equipo ese día. Lo dijo de último momento, pues, entre las muchas novedades qué comentar, casi se olvidó de ello. Fue corriendo a su habitación, y minutos después salió con el uniforme deportivo puesto. Tomó una botella de agua del refrigerador que dejó abierto para luego salir dando traspies por todo el lugar. Apenas si tuvo tiempo de despedirse antes que el estruendo de la puerta al cerrarse se llevara cualquier otro sonido.

—Damián... Jorge fue a Páramo —dije tan pronto estuvimos solos. No quería que ese asunto nos persiguiera en algún otro buen momento.

—¿Qué? —respondió desconcertado.

—Sí, insistió como no tienes idea. Acabé accediendo. Tenía que hablar conmigo de asuntos importantes, o eso dijo.

—¿Y qué era lo que quería? ¿Hay problemas otra vez? —preguntó temeroso de saber la respuesta.

—No, todo está bien. Verás... por lo que platicamos, creo que tan sólo quiere asegurarse de que sigamos cumpliendo con el trato del dinero, y, más que nada, tenía dudas respecto a algo. Juliana le menciono lo de nosotros. Dio muchos rodeos, pero al final me lo preguntó. Yo le dije que ella había inventado muchas cosas en tu contra, que mi interés por ustedes, por ti, no era más de lo que parecía — expliqué.

—Pensé que Jorge no le creería cuando ella se lo dijera. Sinceramente, me

da igual lo que piensen los dos.

—No me malinterpretes. A mí también me da igual; sólo no quiero que a causa de eso se vea afectado el trato que tenemos con ellos. Se lo dejé bien claro y le pedí por favor que no se acercara durante el tiempo pactado. Cualquier cosa respecto a ese dinero tendrá que verlo a través de mí... No hay nada de qué preocuparse —concluí mientras me acercaba a él.

—Sabes que eventualmente Raúl sabrá que Jorge está vivo. ¿Qué le diremos entonces? ¿Crees que nos reclame habérselo ocultado? —dijo con ojos meditabundos.

—Tal vez lo haga, pero confío en que entenderá el porqué de las cosas. Hasta entonces todo estará bien, y él decidirá qué hacer después —lo reconforté mientras deslizaba mis dedos entre su cabello alrededor de su oreja. Al hacerlo, algo que parecía tener existencia propia brillaba dentro de mí y se fundía con mis latidos, igual que la primera vez. Damián me observaba con ojos entreabiertos, y su cercanía me traía una tranquilidad enervante—. ¿Qué era eso que me querías decir? —cuestioné tan pronto tuve memoria de nuestra pasada conversación telefónica.

—Es sobre nosotros —respondió antes de soltar un largo suspiro—. Nunca hablamos realmente de eso, tal vez por las circunstancias en que nos conocimos, pero ahora me lo he estado cuestionando mucho y no dejo de pensar en qué pasará... Elías, ¿por qué regresaste? Lo que quiero decir es que pudiste haberte quedado, y ahora que estás aquí me pregunto si tal vez te sientas unido sólo por este asunto, por Jorge, o cualquier otro motivo. Después de todo, como acabas de decir, puede que no sea más... de lo que parece —continuó.

—Sí es más de lo que parece, y la verdadera razón por la cual estoy aquí eres tú. Quiero estar contigo, construir algo aquí... a tu lado, si tú quieres también. Creí que ya lo sabías —titubeé arrastrando mis palabras. Damián sonrió.

—Claro que quiero... Entonces, ¿estamos juntos? —farfulló lento y con cautela, suavizando la voz.

—Más de lo que parece.

—¿En todo?

—Mucho más —tomé su rostro y recorrí sus labios con los míos. Había extrañado la sensación de su cálida respiración unida a la mía. Estábamos en el mismo sofá de hace varios meses, donde una noche, por vez primera, nuestra presencia física se unió y comprendimos lo que con palabras no

lográbamos concebir del todo. Esa vez conocí cada extremo de él y encontré mi lugar.

—Estaba haciendo memoria, y desde hace días no dejó de darle vueltas a algo... Cuando pasó lo de Héctor en aquel hotel y estaba medio inconsciente, escuché que me decías algo en particular —se detuvo Damián pensativo.

—Dije muchas cosas. Quería mantenerte despierto... No hay que recordar eso —recomendé. Sabía bien a qué se refería y qué había dicho... Tal vez en otro momento se lo diría. Aquellas palabras encontrarían el momento y la emoción indicada para llegar a él otra vez.

—Bueno, no tiene importancia. Sólo me acordé... Mi hermano llega de sus entrenamientos a las siete de la tarde. Tenemos unas horas... ¿Vienes?, a menos que tengas una idea mejor —una vez de pie, Damián se quitó la camiseta de manga larga que traía puesta. El contorno de su torso delgado fue iluminado por la amarillenta luz del sol que se filtraba a través de las cortinas.

—Ninguna —dije mientras lo admiraba y, al igual que aquella noche, lo seguí por el pasillo que conducía hasta su habitación.

Entonces, un viejo pensamiento resurgió en aquel instante. Pocas eran las cosas que tenía claras, pero una de ellas era disfrutar cada segundo del presente que en ese momento me daba una de las mejores bienvenidas. Otra era lo afortunado que resultaba ser yo en esos momentos, pues jamás imaginé tener tanto, más de lo que un día llegué a necesitar o pensar que podría tener.

Ésta era sin duda mi nueva familia.

— NUEVO IZTACALCO —
CINCO AÑOS DESPUES

Le había dicho a Sandra que no agendara más citas para después de las cinco de la tarde. Leonel tampoco asistiría a más pacientes hoy, y, al parecer, ningún otro psicólogo tenía planeado hacerlo. Ese 24 de diciembre sería más significativo que los anteriores. Nunca sentí el abrumador espíritu de la Nochebuena, pero una cena me aguardaba en casa. Bastante fortuna fue haber hecho que todos coincidieran. Fernanda, Luka y hasta mi madre habían accedido a ir, motivo más que suficiente para estar entusiasmado.

Repasaba la lista de pendientes en mi cabeza mientras me enfundaba el pesado abrigo negro con que había llegado al consultorio. Días antes, Damián y yo compramos todo lo necesario para la cena. Nuestros grandiosos invitados confirmaron su presencia casi al mismo tiempo, lo cual nos tomó por sorpresa, y tuvimos que apresurar los preparativos. Justo cuando dejé todo en orden, Sandra llamó a la puerta.

—¿Profesor? Espero no interrumpir. Acaba de llamar Damián. Me pidió que le dijera que ya fue al aeropuerto por la señora Lidia. Llegó hace apenas unos minutos aquí, a Nuevo Iztacalco —informó la joven secretaria mientras tachaba con su bolígrafo una anotación en el cuadernillo que sostenía con firmeza.

—¡Es cierto! Olvidé llamarlo para preguntar. Gracias, Sandra. Ya que estás aquí, trata de localizar a todos antes de irte. En caso de que nadie más vaya a venir puedes cerrar —le ordené con gentileza.

—Muy bien. Así lo haré —sonrió.

—Pasa una linda Navidad —le dije antes de que cerrara la puerta.

—¡Gracias, señor Arias!, quiero decir, joven profesor —vaciló avergonzada y con las mejillas sonrosadas.

—Es más fácil si sólo me llamas Elías aquí en el consultorio y profesor en clase —aconsejé relajado, escondiendo lo mucho que me divertía la forma en que se intimidaba ante mí.

—¿Sí, verdad?... Que pasen una linda Navidad usted y sus hermanos —dijo más tranquila.

—Gracias, Sandra —le respondí mientras salía del consultorio junto a ella. Pensaba en lo eficiente que había demostrado ser todo este tiempo entre tan desordenado equipo. Fungía el obligado puesto de secretaria con creces. Cuando me invitaron a formar parte del grupo, ni siquiera podíamos darnos el lujo de tener una secretaria que ordenara nuestros itinerarios de trabajo, pero desde que ella estaba ahí todo comenzó a fluir mejor.

Damián bromeaba siempre conmigo y me decía que yo le gustaba a

Sandra. Para él, era algo tan evidente como el mismo frío seco que ahora cernía sobre la ciudad en esos días de invierno. “Es toda ocurrencia tuya”, solía decirle cada que el tema de nuestra secretaria aparecía en una conversación. Ella incluso percibía la mala actitud de Damián, pues jamás llegó a tener la suficiente confianza para dirigirse a él.

A veces, incluso yo mismo podía sentir que los demás nos observaban de manera distinta, y no los culpaba. Vaya cuadro familiar que debíamos proyectar ante todos esos ojos fustigadores. Muchos guardaban su distancia, y algunos más se mostraban realmente curiosos o fascinados, como si fuéramos motivo de asombro. Socialmente, lo entendería mejor si aquel comportamiento viniera de un espacio geográfico pequeño con creencias arraigadas; pero no era así. Vivíamos desde hace ya varios años en Nuevo Iztacalco, tal como Damián y yo lo previmos. Una vez que terminé mis estudios desde aquí, pude ingresar al mismo instituto como profesor. Tiempo después logré que Damián entrara también. Impartíamos sólo una clase; yo, en el ámbito de la psicología, y él, en el diseño.

En la sala de profesores se esparcían varios rumores acerca de nosotros, lo extraño que les resultaba nuestra relación y lo poco que hablábamos con los demás; pero, fuera de ello, siempre mostraba una actitud accesible y amable para todos. Sin ir más allá de la simple cordialidad, Damián, en cambio, les devolvía sus juicios convertidos en hostilidad, una que hacía que lo tomaran por soberbio. Aún recuerdo la primera impresión que me dio cuando estuve cerca de él hace ya tanto tiempo. Debía ser exactamente la misma.

Entre mis alumnos, siempre destacaba Sandra, y cuando se enteró sobre el grupo de terapeutas del que yo formaba parte insistió en trabajar con nosotros. Pensé que tal vez sería buena idea contratarla como secretaria, y no estaba equivocado.

—Profe... ¡Elías! Antes de que se vaya, mi amiga Gretel quiere que le diga algo —exclamó la joven con nerviosismo.

—¿Sí? —pregunté en señal de estar atento.

—Dice Gretel que por favor le diga a su hermano Raúl que le desea muy felices fiestas y que espera que le llame, para verse otra vez...

—Muy bien. Dile que con gusto le paso el mensaje a mi hermano —contesté sin saber qué otra cosa decir.

—Discúlpeme. Usted no conoce a Gretel cuando algo se le ocurre. No me la quitaré de encima después si no paso el recado —se excusó.

—No hay problema —me despedí de ella con una mano mientras salía al

exterior.

El camino hacia el auto resultó tremendamente largo con el frío abrumador que hacía afuera. Olvidé ponerme los guantes, y mis manos ya estaban entumidas cuando abrí la puerta. Observé el blanco cielo por la ventanilla, pero mi respiración empañó más aún el cristal. Encendí el motor y esperé un poco a que éste tomara ritmo. Al limpiar el parabrisas, alguien apareció frente a mi auto. Una joven delgada con abrigo color marrón me invitaba a que bajara la ventanilla mediante señas.

—¿Jorge Elías Arias? —me llamó por mi nombre completo.

—Sí. ¿Has venido por alguna cita? —cuestioné mientras la veía apenas entre la pequeña rendija que me permití abrir. Una ráfaga de viento helado congeló mi rostro. Era más alta que las chicas promedio. Su cabello largo y castaño junto a sus grandes ojos miel me trajeron la sensación de estar viendo a alguien que ya conocía.

—Soy Abril Roldán. ¿Me recuerdas? —se presentó confirmando la idea. Vaya que habría más de una sorpresa ese día.

—Sube al auto —le indiqué, y, después de vacilar un poco, subió al asiento del copiloto mientras se frotaba las manos.

—Apenas si te reconocí, ¿Abril? ¿No estabas con tu madre y con...? —titubeé confundido sin saber qué pregunta hacer primero.

—¿Con ella y con Jorge? Sí, pero, descuida, no vienen conmigo —afirmó mientras se acomodaba la boina color rosa pastel que le cubría la cabeza y las orejas. Sus mejillas, enrojecidas por el frío, estaban salpicadas por diminutas pecas que delataban sus redondos ojos.

—Vaya, jamás pensé que volvería a verte por aquí. Raúl quiso contactarte en muchas ocasiones, pero...

—No era prudente, lo entiendo —me interrumpió como si ya conociera la historia y hubiera escuchado aquello más de la cuenta.

—Te recuerdo bien. Un día apareciste y no te despegaste de Damián y Raúl —afirmó mientras miraba al exterior.

—Sí, ése era yo... ¿Ocurre algo? ¿Por qué de pronto estás aquí? ¿Alguien los está siguiendo? —mi corazón palpitaba con viejos latidos, fantasmas que aún permanecían presentes aunque enterrados.

—Nadie me sigue. Jorge y mi mamá llevan días desaparecidos. No he sabido nada de ellos, y pensé que tal vez tú sabrías algo —sus serias palabras llegaron a mí como un choque de adrenalina.

—Hace algunos meses que Jorge dejó de responder mis llamadas. ¿Era por

eso? —Abril asintió con ojos preocupados a mi pregunta—. ¿Hace mucho que desaparecieron? —continuó.

—No lo sé. Sé tanto como tú. Ya no estaba con ellos cuando ocurrió. Hace tiempo que los dejé.

—No debe haber sido fácil vivir con ellos.

—No, no lo fue. Estoy al tanto de todo lo que pasó, y es... una pesadilla, ¿sabes? La forma en que murió mi padre y la madre de Damián. A esa edad uno no se imagina lo desequilibrada que es tu familia, ¿verdad?

—No sé qué decirte, Abril. No podemos cambiar lo que sucedió, pero al menos hicimos lo mejor que pudimos con lo que teníamos.

—Como sea, ya da igual, sólo venía a comprobar si sabías algo de ellos.

—Pero, ¿cómo me encontraste? ¿Vienes tú sola?

—Jorge había dicho que vivían aquí. Mencionó lo del grupo de terapeutas, y el resto yo lo investigué. Además, mi novio es de aquí, así que no fue muy difícil encontrar el lugar. Tu nombre y tus servicios están en el directorio —afirmó haciéndolo parecer algo evidente—. Me tengo que ir. Están esperándome —continuó dispuesta a bajarse del auto.

—Abril, espera... ¿Estás bien? ¿La persona con quien vienes es de confianza? —la detuve.

—Sí, claro que lo estoy. Vengo con Isaac. Es inofensivo. Lo conozco desde hace tres años, y se podría decir que fue mi boleto de salida. De no ser por él, tal vez seguiría con mi antigua vida, con ellos dos, siempre permaneciendo en silencio y mudándonos de lugar cada que podíamos... Isaac ha sido muy bueno conmigo. Además... sé cuidarme sola —mis cuestionamientos parecían incomodarle, así que dejé de lado la atención que su persona me causaba. La creía demasiado joven para tomar el camino por el cual avanzaba, pero su voluntad y criterio parecían demasiado fuertes. Resultaba claro que estaba haciendo lo correcto y, sobre todo, lo mejor para ella.

—Bien. Hoy tendremos una cena en casa. Eres bienvenida. Si quieres ir, puedes llevar a tu novio.

—Gracias, pero no creo que esté bien. Tal vez en otro momento. No quisiera hablar más de la cuenta con Raúl. Apuesto a que ni siquiera sabe nada.

—Sabe sólo lo necesario: que soy parte de la familia, que tu madre huyó contigo por difamar a Damián, por intentar quitarle lo que era suyo y ser descubierta.

—Pero no que Jorge estaba vivo y toda la fabulosa historia familiar.

—No, Jorge quería hacérselo saber cuándo cumpliera los dieciocho. Ése fue nuestro trato; pero ahora que no sabemos nada de él, no sé cuándo llegue ese momento.

—Entiendo... puede que sea mejor vivir en esa mentira, pero merece saber la verdad. A veces es necesario tener en claro las cosas.

—Sí, a veces. Por favor, no dejes de avisarme si sabes algo de ellos —finalicé al ver cómo Abril se levantaba el cuello de su abrigo para amortiguar la oleada gélida del exterior. Lo más rápido que pude saqué de mi billetera una de las tarjetas de presentación que Damián había diseñado para mí. Ahí estaban todos los números de contacto que utilizaba. Se la extendí, y ella la tomó sin decir palabra alguna—. Cuídate —me despedí, y ella sonrió mientras asentía con la cabeza antes de cruzar la calle dando grandes zancadas, con las manos en los bolsillos de su abrigo. Seguí su recorrido a través de la distorsionada imagen por el espejo retrovisor. Subió a un auto aparcado del otro extremo. Una figura masculina al volante arrancó de inmediato.

Esta vez no quise tomar la vialidad principal y, en cambio, transité por un camino alternativo entre fábricas, almacenes y edificios abandonados. De noche era peligroso debido a la falta de alumbrado público, pero a esas horas del día resultaba perfecto para evitar el bullicio urbano de la civilización, plagado de conductores desesperados, sonidos de claxon y vendedores ambulantes. Encendí la radio con la esperanza de escuchar un poco de música, pero la estación que sintonizaba transmitía la repetición de algún noticiero matutino. Cuando estaba a punto de cambiarla una noticia llamó mi atención.

La voz grave de un hombre al micrófono informaba sobre el cadáver con varios años de descomposición encontrado en una desviación fuera de la autopista, junto a un pequeño poblado, donde dos menores de edad, quienes recogían la cosecha de maíz en compañía de su padre, descubrieron el cuerpo mientras jugaban con su perro guardián. Apagué la radio de inmediato después de comprobar los detalles. Respiré profundamente pensando que no había razón para preocuparse. La policía y gente al azar encuentra cadáveres todo el tiempo. Es el mundo en el que vivimos. Tenía suerte de poder hacerlo un lugar mejor para las personas que amaba, para mí mismo y tal vez también para algún paciente que hubiera encontrado ayuda en mi consultorio.

El complejo habitacional donde vivíamos tenía uno de los mejores sistemas de seguridad, y su costo era bastante elevado, algo que con nuestro

suelo jamás podríamos permitirnos a pesar de ser un lugar pequeño sin excentricidades más que el propio resguardo y exclusividad. Al enterarse sobre el lugar, Damián hizo enseguida los trámites para obtener el crédito necesario. Si algo teníamos claro era que nunca era demasiado invertir en la seguridad propia, sobre todo, después de lo ocurrido. El primer piso se encontraba por encima del suelo y luego daba paso a un desnivel hacia la cochera. Había una entrada hacia la cocina desde ahí. La fachada era minimalista. Escalones de granito gris se elevaban hacia una puerta metálica color plata enmarcada por dos simples farolas de pared cilíndricas que emitían luz fría de lado a lado. En su interior, la sala de estar, el comedor, la cocina y un cuarto de lavado conformaban la primera planta. Las recámaras se encontraban subiendo la escalera junto a la pared.

Un Audi azul eléctrico estaba estacionado en el límite de la cochera, así que tuve dificultades para entrar. Al parecer, el primero de los invitados ya estaba ahí. Cuando pasé por la cocina, un fuerte olor a especias con distintas esencias aromáticas me dio la bienvenida a casa. Varias voces provenían desde la sala de estar. Todo el lugar era iluminado por la cálida luz de distintas velas aromáticas sostenidas por bases de hierro negro. La chimenea eléctrica había sido encendida. Una pista de audio que mezclaba música de piano con el limpio y pausado sonido de varios instrumentos dotaba de otra dimensión a esa fecha decembrina. Dicha ambientación tan perfecta parecía ser obra de una sola persona, y no me equivoqué.

—Menos mal que llegué antes para darle espíritu a este lugar. Después de todo, ¿qué tan seguido podemos reunirnos en estos días? —argumentó Fernanda mientras sonreía con ambos brazos extendidos al acercarse a mí.

—¡Maravillosa como de costumbre! ¡Qué sorpresa! No los esperaba tan pronto —articulé sin poder disimular el gusto que sentía al verla. Luka también había llegado con ella.

—¡Elías!, pensé que no volvería a verte, hermano... ¿Ni una llamada siquiera? Parece más bien un retiro que una mudanza —saludó con un fuerte apretón de mano y un abrazo que más bien parecía una embestida eléctrica. Sí que nos extrañaba.

—Lo siento. Entre adaptarnos, levantar todo de nuevo y nuestras ocupaciones... tú sabes. ¡Pero aquí estamos! —me justifiqué. Debía tener una sonrisa de oreja a oreja, pues Damián me observaba con ojos contemplativos. Conocía esa mirada de gusto por analizarme cuando teníamos en común la misma razón para alegrarnos. El vínculo invisible entre ambos de compartir

una emoción, una que en ese momento no encontraba algo más parecido para definirla que una entera plenitud.

Luego de habernos puesto al día sobre las más importante novedades, dejé que Damián y Luka siguieran conversando en la sala de estar. Al preguntar por mi madre, Fernanda me dijo que bajaría en unos momentos, y aquello sólo podía significar una cosa: la decoración de interiores no fue en lo único que estuvo trabajando desde que llegó. Prometí ir directamente hasta mi recámara tan sólo para cambiarme de ropa. Desde luego, Fernanda me siguió escaleras arriba para asegurarse de ello. Me puse una de mis camisas favoritas color vino, pantalones de algodón color negro, zapatos y un suéter gris. Al abrir la puerta, mi madre y Fernanda estaban esperándome. La imagen de ambas me sorprendió igual que el hecho de haberlos encontrado a todos reunidos cuando llegué.

—¡Mamá! Qué bien te ves —dije impresionado.

—Se lo debo a esta señorita —respondió mientras veía a nuestra asesora de moda con gratitud—. Feliz Navidad, hijo —luego de abrazar a mi madre tras recibir sus buenos deseos, la observé mejor. Fernanda le había ataviado con un elegante vestido ocre dorado a la altura de la rodilla que hacía juego con un abrigo café muy oscuro. Las medias color piel terminaban el atuendo con unos zapatos de tacón negros. El tenue maquillaje y su cabello recogido lograban rejuvenecerla un poco sin exagerar. No recuerdo la última vez que la había visto así de arreglada.

Fernanda, por su parte, había cambiado un poco de imagen. El rubio pálido de la última vez fue sustituido por un tono melocotón en su larga cabellera recogida hacia un lado, que, acompañado del carmín en sus labios, le daban a su belleza un aspecto occidental. Los zapatos que ella portaba, desde luego, eran lo doble de altos y estrechos que los utilizados por mi madre. Un ceñido vestido color púrpura de hombreras y mangas largas enaltecía su grácil figura.

Todos estábamos reunidos en la sala de estar. Mi madre y Fernanda continuaban conversando. Raúl, que ya había llegado a casa, se reunió con ellas. Luka y Damián, por su parte, seguían en una impetuosa conversación acerca de famosos ilustradores. Después de haber agradecido por la presencia de todos esa noche, la cena estaba lista. Fernanda y Damián la habían preparado, así que entre ellos dos montaron la mesa y sirvieron cada platillo. Luka descorchó una botella de vino tinto que había traído consigo mientras tomábamos asiento. La velada transcurría entre anécdotas y los continuos

comentarios graciosos de Luka. Todo resultaba mejor de lo que habíamos planeado Damián y yo.

—Por cierto, Raúl, Sandra me dijo que te dijera que Gretel quería que la llamas —dije en cuanto recordé el enredado mensaje. Raúl casi escupió el trozo de filete que estaba a punto de comer.

—Grosero. No deberías hacerla esperar —lo reprendió Fernanda. Damián le lanzó una mirada cansina y puso los ojos en blanco.

—¿Qué? —le respondió Raúl aparentando normalidad.

—Nada —respondió su hermano mientras arqueaba las cejas con una sonrisa en los labios, divertido por su reacción.

—No es mi novia ni nada. No pienso llamarle —se encogió de hombros despreocupado.

—Entonces sé claro con ella —le aconsejó Fernanda mientras lo señalaba con el tenedor.

—Hablando de rompecorazones, en la universidad que trabajamos Elías y yo hay un montón de alumnas que se mueren por él. Por alguna razón, a mí me odian, pero a él lo ven como si fuera Adonis —confesó Damián para todos los presentes.

—Por supuesto que no. Estás exagerando —respondí.

—Debe ser el traje —opinó Raúl.

—No sólo el traje. Elías es muy atractivo. Felicidades, señora Lidia, traje al mundo un hombre muy guapo, ¿no le parece? —me elogió Fernanda.

—Mi opinión no cuenta. Es mi único hijo. Siempre lo he visto guapo —respondió mi madre.

—Entonces seré profesor también. Tal vez eso me haga sexy —intervino Luka simulando tener una expresión seria ante la idea.

—Y te puedo prestar alguno de mis trajes, si gustas —le ofrecí generoso. Todos reímos ante su reacción entusiasta. Si a alguien le sobraba carisma era a él, aunque dicha cualidad jamás le había ayudado con Fernanda.

Allá afuera, la temperatura continuaba descendiendo, pero eso no parecía importar a algunos vecinos, quienes salían en sus coches uno tras otro, despidiendo a la media noche. Tal vez pasarían el resto de ella en otro lugar. Casi nadie parecía tener invitados en casa, pues la mayoría llevaba vidas solitarias y apartadas a excepción de un matrimonio frente a nuestra casa que, en constantes ocasiones, sorprendimos hablando mal de nosotros con el guardia de seguridad. Nunca entendimos por qué, así que simplemente ignorábamos su actitud, pues no infringíamos ninguna regla para la estada

pacífica del recinto.

Luego de un prolongado rato de convivencia, Fernanda y Luka fueron los primeros en partir. Les ofrecimos quedarse en casa esa noche, pero se rehusaron a ello. Según Luka, ambos habían alquilado dos cuartos de hotel a las afueras de Nuevo Iztacalco para viajar apenas el cielo se aclarara, puesto que ambos tenían deberes y ocupaciones que atender a su regreso. Les esperaba un largo recorrido por la autopista, así que no los detuvimos más. Minutos después, mi madre también nos dio las buenas noches y se retiró a dormir, no sin antes ayudar a recoger los platos sucios que quedaban. La detuve en el acto argumentando que no era necesario, y, tras varios intentos, terminó por aceptar. Le habíamos instalado una de las habitaciones que nunca usamos salvo para apilar las cajas con distintos objetos y recuerdos que nunca desempacamos tras la mudanza. Al regresar escaleras abajo, Raúl observaba por la ventana.

—¿Ya vieron? La vecina tiene rato viendo para acá —nos informó Raúl al mismo tiempo que recorría las persianas y bajaba las cortinas.

—Qué manera de perder el tiempo la de esa... señora —espetó Damián mientras dejaba caer el peso entero de su cuerpo sobre el sofá.

—Bueno, yo me iré a dormir también. Espero mis regalos mañana. El que no pusiéramos arbolito no es excusa —sentenció Raúl mientras me daba un manotazo en la espalda a su paso.

—Pero no espíes, si no, Santa no vendrá —le gritó Damián fingiendo voz infantil.

—Están en el auto, pero no pienso ir por ellos hasta mañana —le confesé a Damián una vez que escuché cerrarse la puerta en la habitación de Raúl.

—Elías, puedes olvidarte de todo, pero no de detalles como éstos, ¿verdad? —me encogí de hombros ante su observación—, pero apuesto a que no están envueltos —continuó poniéndome a prueba.

—En realidad sí —afirmé mientras cambiaba la lista de reproducción y bajaba el volumen de la canción *How many nights?*, de nuestro grupo favorito. Fue la primera de las canciones en reproducirse.

—Tu secretaria —se respondió Damián a sí mismo. Asentí con la cabeza y me arrodillé entre sus piernas.

—¿Recuerdas cómo pasamos esta noche la vez anterior? —pregunté mientras recargaba mis brazos en sus rodillas.

—Raúl llegó muy tarde. Te preocupaste por él. Se fue a dormir. Tú y yo nos embriagamos justo aquí, porque nos cancelaron la reservación en aquel

restaurante. Subimos como pudimos las escaleras y eliminamos la evidencia; no recuerdo cómo. Después amanecimos en el suelo de mi habitación con un resaca terrible y todavía vestidos... ¿Quieres repetir la experiencia? Hagámoslo —dijo mientras reía como un niño que planea una travesura.

—Bueno, Raúl siempre ha tenido sueño pesado, y mi madre no bajará tampoco. Te lo aseguro... Además, ella se regresa pasado mañana temprano, así que continuaremos solos tú y yo, celebrando, pero sin terminar inconscientes esta vez.

—Eso está mejor. Así podremos hacer más cosas —me confesó al oído. Sus labios recorrieron el contorno de mi rostro y se detuvieron en los míos.

Nuestra respiración, que se mezclaba, la cera de las velas casi consumida por completo junto al último atisbo del aroma que emanaban, la tenue luz que nos guiaba y el contacto de sus manos hicieron que el tiempo permaneciera sin espacio. Nada interrumpía nuestra paz en ese momento, ni siquiera el mensaje con el que Abril llegó tras nuestro encuentro esa tarde. Ya habría tiempo para decírselo a Damián y pensar en algo, pero no había nada de qué preocuparse. Permanecíamos seguros. En ese preciso momento tan sólo importábamos nosotros dos.

Mensaje del Autor y Contacto

¡Hola lector! Si has llegado hasta aquí, gracias por haber elegido mi novela y darte el tiempo necesario para terminarla, en verdad significa mucho, ojalá fuese de tu agrado, de ser así, espero puedas recomendarla en un futuro, compartir tu descubrimiento con alguien más que creas, le pueda gustar.

Fue emotivo, divertido, y hasta liberador escribir acerca de Damián y Elías, saber que su historia pueda estar llegando a diferentes lectores me hace creer que hay muchos aspectos no explorados en ella, si alguna vez vuelven a visitarme los dos, estoy seguro será no solo porque yo los extraño.

Si tienes una opinión la cual quisieras compartir conmigo, no dudes en mandar un correo electrónico:

ebercervantes@hotmail.com

www.facebook.com/eberj.cervantes.9

Gracias y saludos, un abrazo.

Eber

Table of Contents

[EL QUINTO SOL DE LOS HERMANOS ARIAS](#)

[Copyright](#)

[TIERRA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[VIENTO](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[FUEGO](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[AGUA](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[MOVIMIENTO](#)

[23](#)

[CINCO AÑOS DESPUES](#)

[Mensaje del Autor y Contacto](#)